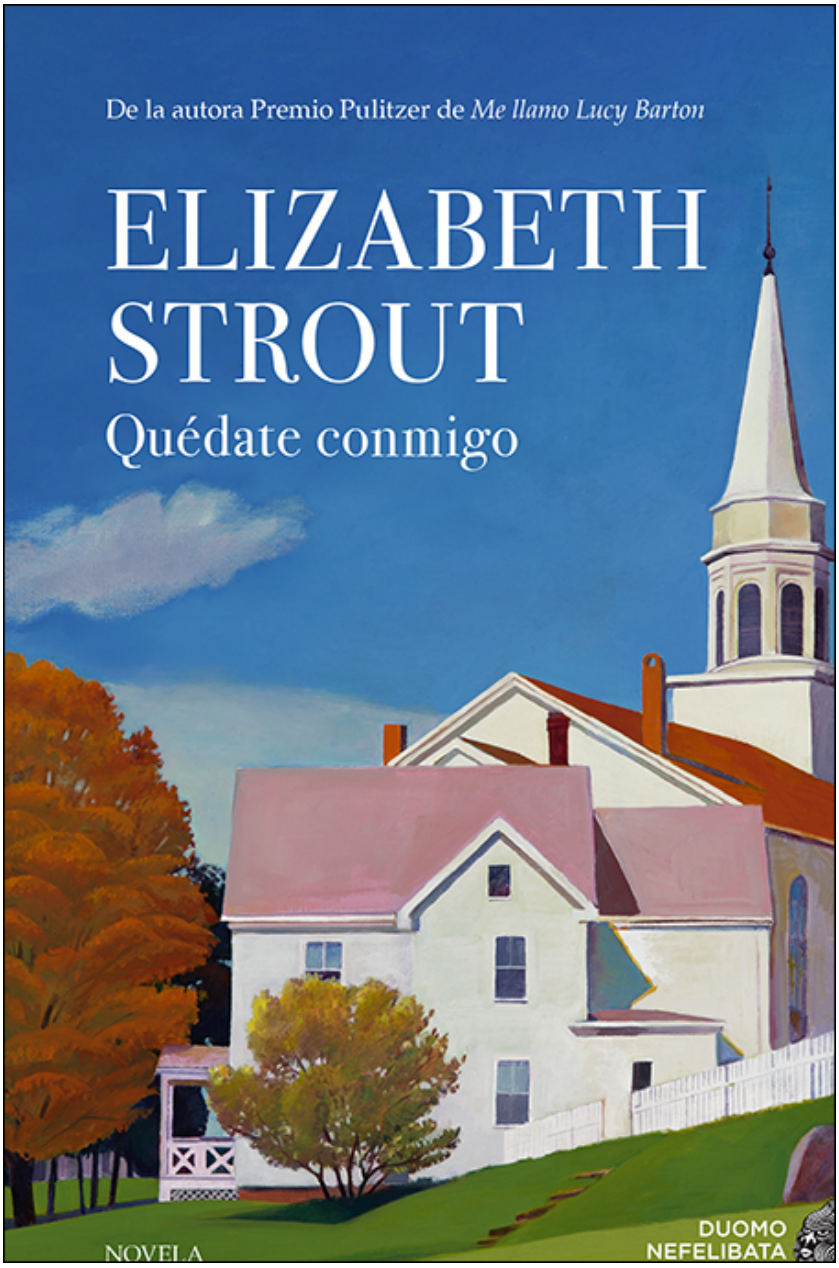
De la autora Premio Pulitzer de *Me llamo Lucy Barton*

ELIZABETH STROUT

Quédate conmigo



NOVELA

DUOMO NEFELIBATA

Quédate conmigo

Elizabeth Strout

Duomo ediciones

Barcelona, 2022

Índice

Portada
Portadilla
Dedicatoria
Libro primero
Libro segundo
Libro tercero
Notas
Créditos

En memoria de mi padre,
R. G. Strout

Libro primero

1

Oh, ya hace años de eso, pero una vez hubo un reverendo que vivía con su hija pequeña en un pueblecito del norte próximo al río Sabbanock, en el tramo donde el río es estrecho y los inviernos eran especialmente largos. El reverendo se llamaba Tyler Caskey y, durante un tiempo, su historia se contó en los pueblos que bordeaban el río e incluso en la costa, hasta que surgieron tantas versiones de ella que perdió su garra original, aunque, naturalmente, el mero paso del tiempo afecta al vigor de cualquier historia. No obstante, se dice que aún hay algunos habitantes del pueblo de West Annett que recuerdan con claridad los hechos acaecidos en los últimos meses del invierno de 1959. Y si les preguntáis con la suficiente paciencia, refrenando vuestra curiosidad, es probable que consigáis que os cuenten lo que aseguran conocer, si bien tendréis que ser vosotros los que juzguéis la fidelidad de sus relatos.

Sabemos con seguridad que en esa época el reverendo Tyler Caskey tenía dos hijas, pero la menor, casi un bebé, vivía con la madre de Tyler a unas horas de distancia, más al sur, en un pueblo llamado Shirley Falls, donde el río se ensanchaba y las carreteras y edificios se concentraban y adquirían más solidez, y donde las cosas adoptaban una fisonomía más seria de la que se puede encontrar más al norte, en los alrededores del pueblo de West Annett. Allí se podía –y aún se puede– circular a lo largo de kilómetros por tortuosas carreteritas, sin cruzarse nunca con nada, aparte de alguna que otra granja rodeada de extensos campos y bosques. En una de esas granjas vivían el reverendo y su hijita Katherine.

La propiedad tenía al menos un siglo y la familia de Joshua Locke la había construido y cultivado durante décadas. Pero, al final de la Gran Depresión, cuando los agricultores no tenían dinero para pagar a jornaleros, la granja se había deteriorado. La herrería, puesta en marcha antes de la Primera Guerra Mundial, también fue decayendo y cerró. Al final, la casa fue ocupada, y así siguió durante años, por el único heredero, Carl Locke, un hombre que rara vez iba al pueblo y que, cuando alguien le pedía que abriera la puerta, lo hacía armado con un fusil. Pero, a su muerte, Carl dejó toda la propiedad –la casa, el granero y los campos– a la iglesia congregacionalista, aunque, al parecer, nadie recordaba haberlo visto en el templo más de dos veces en toda su vida.

En fin, pese a los tres edificios blancos de la Academia Annett, West Annett era un pueblo bastante pequeño; y también lo eran las arcas de su iglesia. Cuando el reverendo Smith, que había sido el ministro de culto durante años y años, decidió por fin jubilarse y llevarse a su esposa sorda a Carolina del Sur, donde, según parecía, les esperaba un sobrino que se ocuparía de ellos, el consejo parroquial les dedicó una tibia despedida, y después pasó página con entusiasmo y realizó una ventajosa transacción inmobiliaria. La rectoría de la calle Mayor se vendió al dentista del pueblo, por lo que el nuevo reverendo viviría en la granja Locke, fuera del pueblo, en Stepping Stone Road.

El Comité del Púlpito había recomendado a Tyler Caskey con esa perspectiva en

mente, contando con el hecho de que su juventud, su naturaleza robusta y cordial, y la incomodidad que había manifestado desde un principio cuando se hablaba de dinero, impedirían que se quejara de vivir en medio del campo, a más de tres kilómetros del pueblo; y acertaron en todo. En los seis años que llevaba viviendo allí, el reverendo no se había quejado ni una sola vez ni había pedido nada a la iglesia, aparte de permiso para pintar de rosa las paredes del salón y del comedor.

Lo que explica, en parte, por qué la casa seguía estando un poco desvencijada, tanto por dentro como por fuera. La barandilla del porche estaba rota y los escalones de la entrada ladeados. Pero tenía esa agradable fisonomía que a veces caracteriza a las casas viejas; era un alto edificio de dos plantas, con grandes ventanas y un bonito tejado inclinado. Y si se examinaba por un momento su estructura –la orientación lateral al sur, el zaguán trasero que daba al norte–, se comprendía que quienes la habían construido años atrás sabían lo que se hacían; la casa poseía una simetría sobria, grata a la vista.

Y así empezamos, un día de principios de octubre, cuando es fácil imaginar un sol radiante, los campos en torno a la casa del reverendo teñidos de pardo y dorado, los árboles de las colinas con brillantes tonalidades de un rojo amarillento. Había, como siempre, mucho de qué preocuparse. Los rusos habían lanzado al espacio sus satélites Sputnik hacía dos años –uno seguía dando vueltas alrededor de la Tierra en ese preciso momento, con aquella pobre perra muerta dentro–, y se decía que espiaban a los Estados Unidos desde el espacio y también desde el interior del país. Nikita Jruschov, un hombre achaparrado y tremendamente feo, incluso había llegado a los Estados Unidos de visita hacía un par de semanas, le gustara o no a la gente, y a muchos no les gustaba; les daba miedo que lo mataran antes de que regresara a su país, ¡y qué horrores vendrían después! Los expertos, quienesquiera que fuesen y comoquiera que lo hiciesen, habían determinado que un misil teledirigido de Moscú a Nueva York caería en un radio de 11,7 km con respecto a su objetivo, y aunque era un consuelo vivir fuera de ese radio, había tres familias en West Annett que tenían refugios antiatómicos en el jardín trasero porque, después de todo, nunca se sabe.

No obstante, resultaba que ese era el primer año después de muchos en que el número de seguidores de las iglesias no había aumentado en un mayor porcentaje que el de la población de los Estados Unidos, lo que, si se pensaba bien, tenía que significar algo. Quizá quería decir que la gente no se estaba dejando llevar por el pánico. Quizá quería decir que la gente deseaba creer, parecía creer –concretamente allí, en el extremo norte de Nueva Inglaterra, donde seguía viviendo la misma gente desde hacía años, y no había muchos comunistas entre ellos (aunque sí alguno)– que, después de medio siglo de colosales atrocidades humanas, el mundo podía convertirse por fin en un lugar decente, virtuoso y seguro.

Y ese día, el día en el que hemos decidido empezar, era bonito, luminoso y soleado, y las copas de los árboles lejanos estaban teñidas de un tono rojo amarillento intenso y brillante. Aun teniendo presente lo horribles que pueden ser esos días otoñales, duros y cortantes como cristales rotos, con el cielo tan azul que parece a punto de partirse por la mitad, el día también era precioso. La clase de día en el que resultaba fácil imaginar al alto reverendo dando un paseo y recitando: «Alzaré mis ojos a los montes». De hecho, ese otoño, el reverendo Caskey tenía costumbre de dar un paseo matutino hasta el final de Stepping Stone Road para luego regresar rodeando el Ringrose Pond. A veces, seguía hasta el pueblo con rumbo a su estudio del sótano de la iglesia y, por el camino, saludaba a los conductores que le tocaban la bocina o se detenía a hablar con los ocupantes de un coche que paraba junto a la acera,

inclinando el cuerpo robusto para mirar por la ventanilla, sonriendo y asintiendo, con la mano apoyada en la puerta, hasta que el conductor subía la ventanilla y le decía adiós con la mano.

Pero no esa mañana.

Esa mañana el reverendo estaba sentado en el estudio de casa, tamborileando con un bolígrafo en el escritorio. Justo después de desayunar, había recibido una llamada de la escuela de su hija. La profesora era una mujer joven, la señora Ingersoll, y le había preguntado al reverendo, con una voz extraordinariamente cristalina, aunque un tanto aguda para su gusto, si podía pasar por la escuela esa tarde para hablar del comportamiento de Katherine.

–¿Hay algún problema? –había preguntado el reverendo. Y durante la pausa que había seguido, había añadido–: Iré, por supuesto. –Se había levantado, con el auricular negro en la mano y había echado un vistazo a su alrededor como si en el estudio hubiera algún objeto fuera de lugar–. Gracias por llamar –había dicho–. Si hay un problema, naturalmente quiero saberlo.

Notó un dolorcillo punzante bajo la clavícula y, al tocársela con la mano, tuvo la sensación extraña y fugaz de ser un soldado a punto de jurar bandera. Después, durante unos minutos, anduvo de un lado a otro por delante del escritorio, dándose unos golpecitos en los labios con los dedos. Por supuesto, nadie quiere empezar una mañana de ese modo, y menos aún el reverendo Caskey, quien había sufrido lo suyo en tiempos recientes; y aunque sus conciudadanos eran conscientes de ello, lo cierto es que estaba mucho peor de lo que nadie imaginaba.

El estudio del reverendo en la vieja granja había sido durante muchos años el dormitorio de Carl Locke. Era una habitación espaciosa de la planta baja, que daba a lo que una vez debió de ser un jardín lateral muy bonito. Aún había una vieja pila para pájaros en el centro de un círculo de ladrillos, ya rotos en su mayoría, y plantas trepadoras que crecían sobre una celosía inclinada, detrás de la cual se vislumbraba parte de un prado y un deteriorado muro de piedra que se perdía a lo lejos.

Aunque Tyler Caskey había oído anécdotas sobre el viejo malhumorado y, según algunos, desaseado que había habitado la casa antes que él, y aunque su esposa se había quejado durante meses después de la mudanza diciendo que en los días de calor aún se notaba en la habitación un olor a orina, lo cierto era que a él le encantaba el estudio. Le gustaban las vistas; incluso había acabado sintiendo una cierta afinidad con el viejo. Y ahora pensó que no saldría a dar su paseo matutino; se quedaría allí sentado, donde otro ser humano parecía haber batallado con su rectitud y probablemente también con su soledad.

Había un sermón que preparar. Siempre lo había; y el de ese domingo llevaría por título «Sobre los peligros de la vanidad personal». Un tema espinoso, que requería mucha discreción –¿qué ejemplos concretos utilizaría?–, sobre todo porque el reverendo esperaba impedir con su predicación una crisis inminente en el horizonte eclesiástico de West Annett, que giraba en torno a la compra de un órgano nuevo. Se puede estar seguro de que, en un pueblo pequeño en el que solo hay una iglesia, la decisión de si dicha iglesia necesita o no un órgano nuevo puede adquirir una cierta importancia; la organista, Doris Austin, estaba dispuesta a tomarse cualquier oposición a la compra como un ataque personal, una postura irritante para quienes experimentaban una reticencia instintiva ante cualquier cambio. Así que, como no había mucho más de lo que ocuparse en ese período, el pueblo estaba a punto de ocuparse de esa cuestión. El reverendo Caskey era contrario al órgano, pero no decía

nada en público y solo intentaba inducir a los fieles a reflexionar con sus sermones.

La semana anterior se había celebrado el Domingo de la Comunión Mundial y el reverendo había recalcado ese aspecto a la congregación justo antes de la ofrenda eucarística. Eran cristianos, en comunión con el mundo. Siguiendo la tradición, el viernes previo al Domingo de la Comunión Mundial se había oficiado a mediodía un servicio dedicado a la Sociedad Benéfica de las Mujeres de la Congregación, y era ahí donde el reverendo esperaba hablar sobre los peligros de la vanidad personal, para disuadir a ese grupo de mujeres, encargadas de recaudar la mayor parte del dinero de la iglesia, de incurrir en cualquier gasto superfluo (Jane Watson quería manteles de lino nuevos para la hora del café). Pero no había sido capaz de ordenar sus pensamientos y, para Tyler, a quien le gustaba imaginarse en sentido metafórico agarrando delicadamente a sus oyentes por el blanco pescuezo de Nueva Inglaterra –«Oíd ahora»–, su actuación de ese viernes había sido decepcionante; solo les había brindado elogios de carácter general, por sus esfuerzos, por el dinero recaudado.

Ora Kendall, cuya voz cómica siempre parecía estar reñida con su cara menuda y su alborotado pelo negro, lo había llamado una hora después del servicio para ponerle al corriente de todo, como era su costumbre.

–Dos cosas, Tyler. A Alison no le gusta oírte citar a santos católicos.

–Bueno –dijo Tyler con aire relajado–, no creo que deba preocuparme por eso.

–Segundo –continuó Ora–, Doris quiere el órgano nuevo incluso más de lo que quiere divorciarse de Charlie y casarse contigo.

–El asunto del órgano, Ora…, es decisión del consejo.

Ora emitió un murmullo meditabundo.

–No seas bobo, Tyler. Si tú mostraras algún entusiasmo por el órgano, el consejo diría que sí en un instante. Doris cree que deberías hacerlo porque ella es especial.

–Todo el mundo es especial.

–Oh, seguro. Por eso tú eres reverendo y yo no.

Esa mañana, Tyler Caskey estaba intentando escribir de nuevo algunas líneas sobre la vanidad. Había tomado algunos apuntes del Eclesiastés 12 sobre el aparente sinsentido de la vida, contemplada desde una perspectiva humana, «bajo el sol». «Bajo el sol, todo es vanidad y correr tras el viento», había escrito. Tamborileó con el bolígrafo en el escritorio y no escribió sobre la vida vista desde la perspectiva divina, «por encima del sol», lo que mostraría que es un regalo recibido de la mano de Dios. No, se limitó a mirar por la ventana del estudio.

No posó los ojos, absortos y muy azules, en la pila para pájaros, ni el muro de piedra, ni en ninguna otra cosa; tenía la mirada perdida en el vacío. En algún rincón de su memoria flotaban sutiles retazos de recuerdos inconexos: el póster que, de pequeño, tenía colgado en su cuarto con las palabras «Un niño obediente nunca replica»; las mesas de pícnic del campo de los Appleby, donde se reunían para cenar alubias al estilo de Maine; las cortinas granates del salón de la casa donde aún vivía su madre con su hija menor, Jeannie… Y ahí su mente se entretuvo: el aire posesivo de las grandes manos de su madre puestas en los minúsculos hombros de la niña mientras la guiaba por el salón.

El reverendo miró el bolígrafo que tenía en la mano. «La mejor alternativa en una situación difícil» era la explicación que había dado al principio, pero ya no le hacía falta explicarse. Todos sabían dónde estaba la niña y nadie, que él supiera, desaprobaba su decisión. Y, efectivamente, nadie lo hacía. En esa época, no se esperaba que un padre criara a una niña pequeña solo, sobre todo cuando había tan poco dinero, y aunque la Sociedad Benéfica le había proporcionado unas pocas horas

de los servicios domésticos de la señora Connie Hatch (le pagaban una miseria), la congregación entendía que, por el momento, la niña estaba mucho mejor con la abuela Caskey, quien, por cierto, jamás se había ofrecido a quedarse también con la pequeña Katherine.

No, Katherine era suya.

«Cada uno lleva su cruz»: esas fueron las palabras que se le pasaron por la cabeza en ese momento. El reverendo hizo una mueca, porque Katherine no era su cruz. Era un regalo de Dios.

Irguió la espalda e intentó imaginarse conversando con la joven profesora, concentrado en escucharla atentamente, con las manos apoyadas en las rodillas. Pero tenía los puños de la camisa gastados. ¿Cómo era posible que no se hubiera fijado? Cuando los examinó con mayor atención, se dio cuenta de que la camisa estaba vieja: había llegado al punto en el que su esposa se la habría quedado, le habría cortado las mangas por los codos y la habría llevado con los leotardos rosas de *ballet* que no tenían pies.

«Me siento más libre», decía siempre. Pero a veces abría la puerta vestida así y, cuando Tyler le decía bromeando que eso quizá ponía en peligro su trabajo, el hecho de que Marilyn Dunlop fuera a la casa y encontrara a la esposa del reverendo paseándose con camisas de hombre con las mangas cortadas y leotardos de *ballet*, de que Marilyn pudiera incluso «explayarse» al informar al resto, su esposa había respondido: «Dime, Tyler, ¿hay algo que pueda decidir yo sola?». Porque le molestaba muchísimo que las paredes de la vieja granja no le pertenecieran a ella sino a la iglesia, que no pudiera pintar una pared sin su permiso, aunque, por supuesto, la iglesia se lo concedió cuando el reverendo aseguró que él pagaría la pintura. «Lo quiero todo rosa», había dicho entusiasmada su esposa, abriendo los brazos con euforia; más adelante, como es lógico, Tyler no le había contado que su hermana, Belle, había comentado durante una visita: «Por el amor de Dios, Tyler, parece que viváis dentro de un chicle». (Y ahora el salón tenía un brillo rosa pálido, y las paredes, iluminadas por el sol, reflejaban un halo rosado que parecía llegar hasta el pasillo y colarse por debajo de la puerta del estudio).

Tyler se levantó, salió al pasillo y atravesó el salón rosa.

–¿Señora Hatch? –dijo.

Connie Hatch estaba terminando de lavar los platos del desayuno y se dio la vuelta, secándose las manos con un paño. Era una mujer alta, casi de la misma estatura que Tyler. Se rumoreaba que, mucho tiempo atrás, un indio agawam se había introducido a hurtadillas en el linaje de la familia de Connie, y, observándole las facciones, era fácil preguntarse si tal rumor sería cierto, porque tenía los pómulos marcados y las cejas oscuras, pero no así el pelo, que era castaño claro. Aunque se lo sujetaba con horquillas, a menudo le caían mechones sobre la cara, que a veces le tapaban la marca de nacimiento a un lado de la nariz, roja como la mermelada de frambuesa. Tenía unos ojos verdes preciosos.

–¿Qué cree que debería hacer? –dijo Tyler alzando las muñecas. La del reverendo era una pregunta seria, y escrutó con la mirada la cara de la asistenta. Quizá fuera esa cualidad, entre otras, la que hacía que fuera tan popular en su congregación: esos momentos de súbito desconcierto, de honda incertidumbre. Al manifestarse en un hombre que siempre parecía mantener el dominio de sí mismo, que soportaba sus desgracias con una resignación abstraída y apacible, esos momentos de sincera perplejidad permitían que sus parroquianos, en concreto las mujeres, pero no solo ellas, lo vieran de golpe sorprendentemente vulnerable, y hacían que pareciera aún

más estoico en los intervalos que transcurrían entre dichos episodios. Casi heroico.

–¿Con qué? –preguntó la asistenta. Cogió el paño con las dos manos y le miró los puños de la camisa–. La camisa está gastada, por lo que se ve. –Enarcó las cejas oscuras salpicadas de canas en una expresión cansada de solidaridad–. Cosas que pasan –dijo, y terminó de secarse las manos.

–¿Cree que debería comprarme una nueva?

–Sí, creo que sí. –Connie apartó con la muñeca un mechón de pelo que se le había escapado de detrás de la oreja; después, metió la mano en el bolsillo del jersey y encontró una horquilla–. Ya puestos, cómprese dos.

El reverendo, aliviado de tener una misión concreta que llevar a cabo, decidió que iría hasta Hollywell y haría allí sus compras en vez de quedarse más cerca de West Annett y arriesgarse a que lo viera uno de sus feligreses, el cual quizá se preguntaría, después de ese domingo, si también él había sido víctima de los peligros de la vanidad personal. Cogió la billetera, las llaves del coche y el sombrero, y, tarareando a media voz el himno que tenía en la cabeza –«Seré sincero, pues los hay que tienen fe en mí»–, bajó los escalones ladeados del porche.

Una ardilla brincó por el porche y el viento empujó una rama contra un postigo. Dentro, todo estaba en silencio, de no ser por los ruidos que hacía Connie Hatch al abrir y cerrar la puerta del armario de las toallas y fregar el suelo del salón. Pensemos, por un momento, en Connie. Tenía cuarenta y seis años. Esperaba tener hijos, pero no había ocurrido. Eso, junto con otros incidentes que sí habían sucedido (secretos que le perturbaban el sueño, a menudo con la horrible presencia de dos ojos que la miraban), la tenía recluida dentro de un íntimo caparazón de confusión cada vez mayor, y si alguien hubiera entrado en el salón del reverendo y le hubiera preguntado: «Connie, ¿cómo ha sido tu vida?», quizá no habría sabido qué responderle. Bueno, de todos modos, nadie se lo iba a preguntar.

Pero le costaba concentrarse en sus pensamientos. Su mente era como el parpadeo intermitente de un canal mal sintonizado en el televisor que su marido había llevado a casa el invierno anterior. Había olvidado preguntar al reverendo si estaría de vuelta para comer, aunque probablemente no llegaría a tiempo si había decidido ir hasta Hollywell; pero la incertidumbre de no saber qué se esperaba de ella le ocupaba el pensamiento. (Y ello pese a que el reverendo fuera la persona más acomodadiza para la que había trabajado nunca; no había ocurrido lo mismo con su esposa). Años atrás, Connie iba mal en la escuela, y ninguna mancha de nacimiento la había marcado tanto como eso: el horror rojo de un insuficiente en la cabecera de sus exámenes y las anotaciones garabateadas en rojo en los márgenes. Un profesor había escrito en letras mayúsculas: «CONNIE MARDEN, USA LA CABEZA». Connie golpeó la recia pata de madera del sofá con la fregona. Si el reverendo regresaba para comer, le prepararía una sopa de tomate de lata y un plato de galletas saladas con mantequilla; eso siempre le gustaba. Se detuvo para volver a recogerse el pelo.

¿Sabía Connie que era una de esas mujeres que nadie ve cuando se cruza con ellas en el colmado? Probablemente sí. Pero había dulzura en su cara, una indecisión conmovedora, como si hubiera pasado muchos años intentando estar alegre y, a pesar de haberse rendido, aún le quedaran huellas de una antigua y afanosa bondad. En otras palabras, sus facciones no se le habían endurecido; en esa región había muchas mujeres que tenían las facciones endurecidas, mujeres con caras que, en la madurez, podrían haber pertenecido a un hombre, pero ese no era el caso de Connie Hatch.

A veces aún podía oírse a la gente comentar: «Connie Hatch tiene unos ojos

preciosos», pero muy probablemente la conversación acababa ahí, porque… ¿qué más podía decirse de ella? Llevaba años casada con Adrian Hatch, había trabajado en la cocina de la Academia por un tiempo y después en la granja del condado –como llamaban al hogar de ancianos–, pero lo había dejado dos años atrás para ocuparse de su suegra. Era un verdadero acto de santidad, convenían todos, dado que Evelyn Hatch ni mejoraba ni empeoraba, pero seguía instalada en la vieja casona de los Hatch, mientras Connie y Adrian continuaban viviendo a su lado en la caravana.

Más adelante, los habitantes de West Annett intentarían recordar todo lo posible sobre Connie. Solo unos pocos hablarían de lo unida que estaba a su hermano, Jerry, y de que no había vuelto a ser la misma después de la muerte de este en la guerra de Corea. Connie ya no iba a la iglesia, lo que molestaba a algunas mujeres de la Sociedad Benéfica; a ella no le importaba. Lo que le importaba, cuando salió por la puerta trasera de la casa del reverendo para sacudir la fregona, era que la noche anterior Adrian no la hubiera defendido cuando Evelyn había soltado: «Ni siquiera puedes controlar a tu dichoso perro, Connie. Figúrate si hubieras tenido hijos». Adrian estaba en la puerta de la caravana y no había dicho nada.

Connie sacudió la fregona con tal arrebato de rabia que el mocho salió despedido y ella tuvo que bajar los escalones para recogerlo de entre las hojas y la grava, mientras el fuerte sol daba de lleno en el granero.

El reverendo iba camino de Hollywell por la carretera secundaria, buscando a Dios y esperando evitar a sus feligreses. Conducía con la ventanilla bajada, el codo apoyado en el borde y la cabeza agachada para observar las colinas a lo lejos, o una nube blanca como un merengue, o el lado de un granero recién pintado de rojo e iluminado por el sol de otoño. «Antes –pensó– me habría fijado en esto». Aunque estaba fijándose en ese instante. Esa sensación contradictoria era algo que había empezado a temer; por ese motivo conducía despacio, y también porque a veces lo asaltaba el horrible pensamiento de que podía arrollar a un niño, aunque no se veía un alma en la carretera, o podía estrellarse, sin querer, contra un árbol.

«Sigue moviéndote», pensó.

«Y sigue buscando a Dios». El cual –si se creía en los salmos, como Tyler– lo estaba mirando siempre desde el cielo, contemplando a todos los hijos de los hombres y considerando todas sus obras. Pero lo que Tyler anhelaba era la llegada de la Sensación: el momento en el que cada destello de luz que acariciaba las ramas caídas de un sauce llorón, cada hálito de aire que doblaba los tallos de hierba hacia la hilera de manzanos, cada lluvia de hojas amarillas del *ginkgo* que caían al suelo con tan tierna y franca dulzura impregnaba al reverendo de la profunda e indefectible conciencia de la presencia de Dios.

Pero Tyler desconfiaba de los atajos, y la gracia barata le inspiraba terror. A menudo pensaba en las observaciones de Pasteur, para quien la casualidad solo ayudaba a las mentes bien preparadas, y en esa época esperaba tener un momento de exaltada comprensión como consecuencia «casual» de su disciplina en la oración. Había un miedo con el que convivía, una caverna oscura dentro de él: el temor de no volver a tener la Sensación, de que esos emocionantes momentos de trascendencia solo hubieran sido fruto de una forma de histeria juvenil –y quizá ni tan siquiera masculina–, del tipo que, llevado al extremo, podía probablemente engendrar a la católica santa Teresita, quien había muerto jovencísima y cuya inocencia rebasaba a la suya en la anchura y longitud del cielo. No, por el momento Tyler estaba atado al mundo terrenal y lo aceptaba. El sol se reflejaba en el capó rojo del viejo Rambler y

los neumáticos retumbaban sobre el asfalto. Dejó atrás un prado salpicado de vacas y un puesto de calabazas junto a una granja. Cuando regresara a casa, le compraría una a Katherine.

Main Street se extendió ante él, con la estafeta de correos de Hollywell tapizada de hiedra y, a poca distancia de la tienda de ropa para hombre, un hueco para aparcar. «Dad gracias en todo», y Tyler metió el coche, comprobó que llevaba la billetera y salió bajo el sol.

Pero… ¡oh!

Vaya por Dios.

En la otra acera, esperando a que el semáforo cambiara –y justo en ese momento se puso verde–, Doris Austin, con la trenza de pelo oscuro enroscada y pulcramente sujeta en lo alto de la cabeza como una cestita, un paquete en una mano y un bolso en la otra, miró una vez más a derecha e izquierda, con prudencia, y empezó a atravesar la calle; dentro de un momento alzaría la vista y vería al reverendo Caskey y, ¡oh no!, él no quería verla. Entró en una farmacia que tenía una alfombrilla de goma en la entrada y sonó una campanita.

«Nadie se baña dos veces en el mismo río», había dicho Heráclito, y Tyler, pensó en esas palabras mientras esperaba dentro de la farmacia, porque a menudo tenía la sensación de que había agua corriendo alrededor de él, y de que Doris Austin era una ramita atrapada en un pequeño remolino junto a sus tobillos, pues la mujer –que tocaba el órgano en la iglesia y era la directora del coro– parecía dejarse ver en todas partes, en el aparcamiento de la iglesia o en el mostrador de carne del colmado, y siempre le decía: «¿Qué tal estás, Tyler? ¿Cómo lo llevas?», en un tono quedo y confidencial que lo sacaba de quicio.

Pese a ello, el domingo anterior, mientras Doris se ponía el jersey en el vestíbulo después del servicio, Tyler le había manifestado: «Eres muy importante para esta comunidad, Doris. Estoy seguro de que nadie pasa por alto nuestra bella música». Naturalmente, era probable que no fuera así. De hecho, era probable que, algunos días, ya en casa y sentados a la mesa para comer, los fieles se burlaran de ella, porque Doris se sentía en la obligación de cantar un solo los Domingos de Eucaristía y siempre era un espectáculo embarazoso, tanto de ver como de oír. Una miembro del coro tocaba algunas notas al órgano mientras Doris, apoyada lánguidamente en la barandilla, se balanceaba de un lado a otro. Tyler, vestido con su sotana y sentado en la silla del presbiterio, se llevaba una mano a la cara y cerraba los ojos como si estuviera inmerso en una devota meditación, cuando en realidad solo estaba evitando ver la inquietud de su congregación y a las adolescentes que se desternillaban de risa en la última fila.

Pero la semana anterior, mientras escuchaba los aullidos operísticos de Doris, se le había pasado por la mente que lo que estaba escuchando era la manifestación de un desesperado grito interior. Era una destemplada súplica procedente del alma de la organista, rogando no ser intrascendente: «Óyeme, Señor, cuando lloro con mi voz… Ten piedad… y respóndeme». Y así, al tropezarse con ella en el vestíbulo, le había dicho: «Estoy seguro de que nadie pasa por alto nuestra bella música». Pero los ojos húmedos y la expresión de gratitud que le había transformado el rostro mientras se ponía el jersey lo habían asustado, por lo que había considerado oportuno seguir andando mientras le hacía el cumplido. Siempre le había gustado hacer cumplidos. Después de todo, en el fondo, ¿quién no tenía miedo, como Pascal, de la «infinita inmensidad de los espacios… que nada saben de mí»? ¿Quién en el mundo de Dios, pensaba Tyler, no se alegraba de saber que su presencia era verdaderamente

importante?

Pero ese no había sido su único estímulo. Durante todas las noches de su infancia, su padre le decía: «Sé siempre considerado, Tyler. Piensa siempre primero en el prójimo». (¿Quién puede medir el efecto de algo así?). Y si eso se había mezclado de algún modo con su lucha personal por seguir creyendo que él también era importante, esa era una relación sobre la que Tyler no había reflexionado nunca. Lo que conocía eran los hechos puros y duros: mientras que su necesidad de elogiar a la gente había aumentado, también lo habían hecho sus ganas de eludirla. Siguió sin moverse, mirando furtivamente las pastas dentífricas.

–¿Puedo ayudarlo? –dijo una mujer mientras se inclinaba por encima de un mostrador de cosméticos.

–Bueno, veamos –respondió el reverendo Caskey–. Déjeme que piense para qué he entrado.

–A mí también me pasa –dijo la mujer. Llevaba las uñas pintadas, como pálidas conchas–. Me viene algo a la cabeza y después se me va. –Chasqueó los dedos, con suavidad.

–Sé justo a qué se refiere –convino Tyler, negando con la cabeza–. Tengo la cabeza como un colador. Un digestivo. Eso era. –Dejó el frasco de medicamento en el mostrador.

–¿Sabe qué me pasó el otro día? –La mujer se tocó el pelo con la palma de la mano y se inclinó sin disimulo para mirarse en un espejo que estaba junto a los cosméticos–. Abrí la nevera y pensé: «¿Qué estoy buscando?». Me quedé así un buen rato. Y entonces me acordé.

El reverendo se dio la vuelta justo cuando Doris Austin entraba por la puerta y el tintineo de la campanita anunciaba su llegada.

–Hola, Doris –saludó, y en ese mismo momento la mujer dijo detrás del mostrador:

–Estaba buscando la plancha. ¿Puedo ayudarla?

–¿La plancha? –En su confusión, a Tyler le pareció percibir un sentimiento de vergüenza en la mirada de Doris: lo había seguido–. ¿Qué tal estás? –le preguntó–. Hace un día precioso. –Aferró con su enorme mano el frasco de medicamento–. La señora me estaba contando –añadió, señalando con la cabeza a la mujer del mostrador– que se pasó horas buscando la plancha en la nevera

–Yo no he dicho horas. ¿Quiere algo más?

–No, eso es todo. –El reverendo sacó la billetera–. Horas no. Claro.

–¿Te encuentras mal? –le preguntó Doris–. ¿Has cogido esa gastroenteritis tan fuerte que corre por ahí?

–Oh, no, Doris. Me encuentro bien. A Katherine le dolió un poco la tripa la otra noche. Nada grave.

–No sé si se debe dar eso a una niña –dijo Doris, y Tyler comprendió que intentaba ayudarlo, como miembro importante de la comunidad que era.

–¿Cuántos años tiene? –preguntó la mujer tras el mostrador. Cuando le dio el cambio, le tocó la palma con las uñas.

–Katherine tiene cinco años –respondió el reverendo.

–Arnold, ¿este digestivo va bien para una niña de cinco años? –gritó la mujer.

En la trastienda, el farmacéutico alzó la vista.

–¿Cuáles son los síntomas?

–Le duele un poco la tripa. De vez en cuando. –Tyler estaba acalorado.

–Apuesto a que no come lo suficiente –observó Doris–. Está muy delgadita.

–¿Cuánto pesa? –preguntó el farmacéutico.

–No lo sé exactamente –respondió Tyler. Su madre tenía una perra que pesaba treinta y cuatro kilos. Todos lo estaban mirando.

–Puede dárselo en dosis pequeñas –dijo el farmacéutico–. Pero si le sigue doliendo la tripa, debe llevarla al médico.

–Por supuesto. Gracias. –El reverendo Caskey cogió la bolsita blanca de papel y se dirigió a la puerta.

Doris salió detrás de él sin comprar nada, lo que significaba que lo había seguido. Por un momento, Tyler la imaginó entrando con él en la tienda de ropa para hombre, dándole su opinión sobre las camisas. En la soleada acera, Doris dijo:

–Tyler, tú también has adelgazado.

–Oh, me encuentro bien. –El reverendo alzó la bolsa blanca en un gesto de despedida–. Disfruta de este tiempo maravilloso. –Y echó a andar en la dirección contraria, hacia la tienda de ropa.

Compró dos camisas blancas a un hombre que sospechaba que era homosexual.

–Muchísimas gracias –dijo Tyler, dirigiéndole una rápida sonrisa y mirándolo a los ojos mientras cogía el paquete; y con eso hubo terminado y estuvo de vuelta en la calle, de nuevo en el coche, donde el sol pareció seguirlo como un potente foco mientras conducía con prudencia por las tortuosas carreteras, de regreso a casa.

A Connie le zumbaba la cabeza con esa sensación de parpadeo intermitente mientras le preparaba la comida al reverendo, que al final no se había quedado a comer en Hollywell. Cuando tocó la campanilla para avisarle de que ya estaba lista, Tyler entró en la cocina y dijo:

–Señora Hatch, permítame preguntarle una cosa. ¿Cree que Katherine tendría que jugar más con los otros niños? ¿Debería invitarlos a venir aquí? –Separó una silla de la mesa y se sentó pesadamente en ella, cruzando las largas piernas a un lado–. Se lo quería preguntar antes de que llegue Katherine. –La madre de otro niño del jardín de infancia que vivía en su calle pasaba a recoger a Katherine todas las mañanas y la devolvía a casa después de comer.

Connie se volvió para lavar la olla de la sopa.

–Imagino que no le iría mal –respondió. Pero la pregunta la había incomodado, porque ¿acaso no lo sabía el reverendo? Los niños no querían jugar con Katherine. Connie había oído comentarios y sabía que eran ciertos–. Es callada –añadió–. No sé qué hay que hacer en estos casos. –Se alegraba de que su cometido no fuera conseguir que la niña cayera mejor a los demás. Lo sentía por Katherine, ¿quién no lo habría sentido?, pero, con lo huraña y callada que era, costaba cogerle simpatía.

–Esta mañana me ha llamado su profesora y quiere que vaya a hablar con ella después de la escuela. Será mejor que me cambie de camisa. –Pero siguió sentado y añadió–: Espero que esté bien. Los niños son fuertes, ¿sabe?

Connie abrió la nevera y guardó la mantequera. Se secó las manos con el paño.

–Oh –dijo, misericordiosa–, Katherine estará bien. Con el tiempo saldrá de esta.

Y, sin embargo, había pasado un año y la niña que recogía bellotas bajo el sol vespertino, arrastrando los zapatos rojos nuevos por la grava (se los había comprado la semana anterior la tía Belle, quien había descubierto en una visita que Katherine iba vestida de una manera demasiado mísera para el nuevo y vasto mundo del jardín de infancia)…, esa niña apenas había dicho una palabra.

Daba pena. Muchísima pena. Pero Katherine exasperaba a cualquiera. Exasperaba a Connie Hatch, quien no podía evitar recordar su manera de llamarla «Hachuela Vocinglera» cuando aún hablaba y parloteaba con todos, pero sobre todo con la

espléndida mujer voluptuosa que había sido su madre. Una mujer que probablemente había sido la primera en inventar el sobrenombre de Hachuela Vocinglera, el cual, en realidad, era una estupidez porque Connie era muy callada.

Bueno, ahora también la niña era callada. Y rara. «A lo mejor no es hija del reverendo –había dicho hacía poco Jane Watson–. Mírala bien. No se parece nada a Tyler».

De hecho, la niña no se parecía ni a su padre ni a su madre. Todavía. No en esa época, cuando arrastraba los pies por la grava del camino particular, con bellotas en la mano. Ni rastro de la estatura de su padre ni de la plenitud de su madre. Y si bien, con el tiempo, la frente y la boca del reverendo aparecerían con sorprendente exactitud en la cara de su hija, en ese momento la niña casi parecía un animalillo, como si hubiera surgido de la nada o no tuviera a nadie y viviera al raso a base de bayas y raíces: las extremidades pequeñas y flacas, el pelo tan fino que, por detrás, siempre se le enmarañaba en un enorme enredo y, por delante, le colgaba en mechones.

En el jardín de infancia, la profesora le apartaba el pelo de la cara. «Katie, ¿no te molesta tener el pelo en los ojos?». Katherine la miraba con indiferencia. Y esa era la mirada que tenía ahora, mientras observaba cómo la saliva que había acumulado en la boca le caía en la rozada puntera del zapato.

Pero ahí estaba el zapato de su padre, enorme y oscuro entre los crujidos de la grava, y después su cara, casi tocándole la suya.

–¿Cómo te ha ido hoy en el cole? –Se había acuclillado y le había apartado el flequillo que le caía sobre los ojos.

Ella volvió la cara.

–¿Ha pasado algo?

Katherine lanzó una rápida mirada a su padre y después giró de nuevo la cara para observar, más allá de su pierna doblada, las golondrinas que revoloteaban alrededor de la puerta del granero. Porque, efectivamente, en la escuela había sucedido una cosa extraordinaria. Una de sus compañeras de clase había llevado un vestido rosa con zapatos azules, y otra, un vestido azul con zapatos rosas. Katherine las había seguido durante todo el día, entusiasmada por la coincidencia de esos colores mal emparejados.

–Señora Ingersoll –se había quejado una de las niñas–, Katie me da miedo. Hágala salir.

–Pórtate bien, ¿eh? –le había dicho la señora Ingersoll a Katherine.

Le había puesto una mano en el hombro y la había apartado de sus compañeras, mientras ella estiraba el cuello para seguir mirándolas.

Katherine corrió otra vez junto a las niñas porque quería explicarles que, si intercambiaban sus zapatos, estaría perfecto. Pero ellas le pidieron que se largara y se apartaron la larga melena de la cara. La llamaron llorica, aunque no estaba llorando. Katherine regresó con la señora Ingersoll… y gritó.

–Katie –dijo la profesora con voz cansada, agachándose para limpiarle la nariz a un niño–, por favor, no empieces.

Y ahora su padre estaba acuclillado delante de ella y le preguntaba si había sucedido algo importante en la escuela, y lo importante, el asombro de esos bonitos vestidos y zapatos mal combinados, se alzaba ante ella como una montaña, y las palabras eran hormiguitas incapaces de llegar a la cima; ni tan siquiera un grito la habría alcanzado. Se apoyó en el brazo de su padre.

–La señora Ingersoll me ha llamado y me ha dicho que no juegas con los otros

niños. –Su padre le habló en tono afable, poniéndole su gran mano en el codo.

Katherine movió la boca, acumulando saliva en un charquito junto a la lengua.

–¿Tienes alguna amiguita en clase? –le preguntó su padre.

Katherine no respondió.

–¿Te gustaría ir a casa de Martha Watson algún día después de la escuela? ¿O invitarla aquí? Puedo telefonear a su madre y preguntárselo.

Katherine negó con la cabeza, de forma vehemente.

Una inesperada ráfaga de aire levantó las hojas secas alrededor de ellos. El reverendo alzó la vista y miró el arce próximo al granero.

–Dios mío –exclamó–. La copa ya está pelada.

Pero Katherine estaba mirando el zapato de su padre; el escupitajo que caía despacio en el lado de ese zapato, tan grande y oscuro que podría haber sido el de un gigante.

–Estaré un rato fuera –le dijo su padre, poniéndose de pie–. La señora Hatch cuidará de ti.

«Piensa siempre primero en el prójimo».

Si Tyler, de nuevo a bordo de su Rambler rojo por la estrecha carretera bordeada de árboles, no estaba exactamente pensando primero en la señora Ingersoll, estaba, por costumbre, imaginando qué debía de sentirse estando en su pellejo en ese momento. ¿Le daba miedo la reunión? Posiblemente. Después de todo, ella y su marido eran los clásicos feligreses que solo iban a la iglesia en Navidad y en Pascua, aunque esa era la menor de las preocupaciones de Tyler. Su cuota de feligreses esporádicos era más baja que la de muchas parroquias y él nunca (¡Dios lo librara!) se lo había reprochado, como sabía que a veces hacían otros reverendos. En cualquier caso, pensó mientras bajaba del coche y atravesaba el aparcamiento de la escuela, haría todo lo posible para que la joven se sintiera cómoda.

La señora Ingersoll estaba sentada a su escritorio.

–Pase –dijo, poniéndose de pie. Llevaba un vestido rojo de punto lleno de pelusa.

Tyler le tendió la mano.

–Buenas tardes. –La mano de la joven era tan menuda que lo sorprendió, como si le hubiera dado la mano de una alumna en vez de la suya–. Me alegro de verla, señora Ingersoll.

–Gracias por venir –respondió ella.

Se acomodaron en dos sillitas de madera y, de inmediato, hubo algo en la actitud de la profesora, una seguridad distante, que a Tyler le pareció preocupante.

–¿Por qué no me cuenta cómo es Katherine en casa? –le preguntó con su voz aguda y cristalina mientras miraba a Tyler con tanta fijeza que él tuvo que apartar los ojos.

El aula, con las coloridas letras del abecedario clavadas en un corcho y el olor a pinturas para niños, estaba impregnada de una tensión que lo cogió por sorpresa, como si de repente supiera, sin tener memoria de ello, que se había sentido infeliz cuando era un niño de esa edad.

–¿Duerme bien? ¿Llora mucho? ¿Le cuenta cómo le ha ido el día?

–Bueno –contestó el reverendo–, veamos. –La señora Ingersoll se miró la manga, se quitó una pelusa gris y volvió a prestar atención a Tyler, quien dijo–: ¿Sabe?, la verdad es que no habla de cómo le ha ido el día. Pero yo le pregunto. –Creía que la profesora asentiría, pero no lo hizo, de manera que añadió–: Intento no ser agresivo con las preguntas, solo animarla a que me cuente las cosas por sí sola.

–¿Puede darme un ejemplo… –preguntó la señora Ingersoll– de sus conversaciones?

Tyler pensó que su seguridad tenía algo duro, impenetrable.

–Le pregunto qué ha hecho en la escuela –dijo–. Con quién ha jugado a la hora del recreo. Quién es su mejor amiga de clase.

–¿Y ella qué responde?

–No mucho, me temo.

–Tenemos un problema, señor Caskey.

Ahí estaba, el dolor punzante bajo la clavícula.

–Bueno –respondió Tyler en tono afable–, pues resolvámoslo.

–Ojalá fuera tan sencillo –replicó la profesora–. Pero los niños no son problemas de matemáticas que se resuelven con una única respuesta correcta.

Con un gesto meditabundo, Tyler se masajeó el punto de dolor bajo la clavícula.

–Katherine exige mi atención en todo momento y, cuando no se la doy, se pone a gritar hasta que ya no puede más. –La señora Ingersoll reacomodó las caderas en la silla y se pasó una mano por el regazo–. No juega con nadie; nadie juega con ella. Y es alarmante que no se sepa ni una letra del abecedario. –Señaló el corcho con la cabeza–. Tampoco parece tener el menor interés en aprenderlas. La semana pasada cogió un lápiz de cera negro y garabateó en las páginas de un libro ilustrado.

–¿Grita?

–Parece sorprendido.

–Lo estoy –admitió Tyler.

–¿Me está diciendo que en casa no grita?

–En casa no grita. Eso es lo que estoy diciendo, sí.

La señora Ingersoll ladeó la cabeza con un desconcierto que a Tyler le pareció exagerado.

–Bueno, eso es interesante. Aquí sí grita. Y usted debe entender que tengo una clase entera de la que ocuparme.

Tyler entornó los ojos. El dolor punzante parecía estar nublándole la vista.

–Como ve, reverendo Caskey, tenemos que hacer algo.

Tyler enderezó la espalda y se cruzó de brazos.

–¿Quién baña a Katherine? –preguntó la señora Ingersoll.

–¿Cómo?

–El baño –respondió la profesora–. ¿Quién baña a Katherine?

El reverendo frunció el entrecejo.

–La asistenta, por lo general –respondió.

–¿Le cae simpática? –La señora Ingersoll sacó una cadenita de debajo del escote del vestido rojo y deslizó un dedo por ella, de un lado a otro.

–Oh, bueno. Con Katherine, a veces es difícil decirlo –respondió Tyler.

–Me refería a si a la asistenta le cae bien Katherine.

Tyler vio que la cadenita llevaba colgada una crucecita de plata.

–Ah. Claro. Connie Hatch es una buena mujer. Responsable. Una persona de fiar.

–Reverendo Caskey, le he hecho esta pregunta porque a veces Katherine tiene aspecto de no ir…, bueno, muy limpia.

El reverendo se quedó mucho rato callado. Se puso el dedo pulgar bajo el mentón y se recostó en la silla.

–Estaré atento –dijo por fin. Se notaba la nuca caliente.

La señora Ingersoll dijo:

–He hablado con el director unas cuantas veces y, si Katie no mejora, consideramos que sería buena idea pasarle unas pruebas. No sé si lo sabe, pero Rhonda Skillings… La conoce, ¿verdad?

Tyler asintió.

–Rhonda está sacándose un doctorado en Psicología sobre las repercusiones de los traumas en los niños. Es muy interesante: están haciendo estudios sobre niños que tuvieron que ser evacuados durante la guerra. Rhonda está escribiendo la tesis y trabaja con nosotros como asesora voluntaria. Tiene un despacho en el piso de abajo y cuando un alumno tiene…, bueno, digamos que un comportamiento que altera a la clase, a todos nos ayuda mandarlo a pasar un tiempo con ella.

–Me temo que no la entiendo –dijo Tyler–. Me temo que me he perdido.

–Le estoy diciendo que tenemos un problema, señor Caskey.

–Sí. Eso lo he entendido.

–Y que tener a su hija gritando en clase me impide hacer mi trabajo.

–Sí.

–Y que es una suerte para nosotros poder contar con Rhonda Skillings, quien puede trabajar con ella los días en los que Katherine no está bien.

El reverendo miró la pizarra, las mesitas y sillitas, el pequeño fregadero del rincón. Cuando volvió a mirar a la señora Ingersoll, era como si ella se hubiera colocado detrás de un cristal: los hombros rojos del vestido, el pelo castaño que se le rizaba a la altura de la clavícula.

–¿Por qué no me han informado antes? –preguntó.

La profesora dejó de juguetear con la cadenita.

–Teníamos la esperanza de que el problema se resolviera solo. Pero se ha agravado.

El reverendo descruzó las largas piernas, cambió de postura en la ridícula silla y volvió a cruzarlas en el otro sentido.

–Katherine no es una niña refugiada desplazada durante la guerra –dijo–. Ni tampoco es un conejillo de Indias.

–Pero es un problema para la clase. –La voz de la profesora había adquirido un tono estridente–. Usted me ha reprochado por qué no le hemos informado antes y, con toda franqueza, señor Caskey, nos sorprende que usted no se haya interesado antes por su hija. Hay padres que no hacen más que preguntarnos si sus hijos se están adaptando bien al jardín de infancia. Y, naturalmente, la situación de Katherine es…

Tyler había perdido el hilo de la conversación; solo sabía que algo no iba bien y que lo estaban regañando. Pero no lograba recordar qué era. Miró las coloridas letras del abecedario clavadas en el corcho, la cesta con lápices de cera de una mesa cercana, el vestido rojo de la señora Ingersoll, el largo pelo castaño que se le había quedado pegado en la manga.

–Por favor –estaba diciendo la profesora–, lamentamos mucho su pérdida. De veras. Pero me sorprende oír que usted se extraña de oír que hay un problema.

Tyler estuvo a punto de decir: «Últimamente, estoy un poco alterado»; pero después pensó: «No es asunto de nadie si últimamente estoy alterado». Así que se limitó a pasear la mirada por el aula, preguntándose si Rhonda Skillings ya habría sido informada.

–Comprendemos que usted no quiera reconocer el problema. No es nada raro. –La señora Ingersoll hablaba despacio, como si Tyler fuera un niño de cinco años con un lápiz de cera en la mano–. Estoy segura de que es más fácil creer que Katherine está bien. Pero no es así. Tiene problemas.

Tyler volvió a entornar los ojos. Miró a la joven y vio que ella lo observaba con las cejas enarcadas, como si esperara algo de él. Se levantó y se acercó a la ventana. Vio que estaba anocheciendo; dentro de unas semanas, ya sería de noche a esa hora del día. El sol rojo resplandecía por encima del horizonte, casi tocando los árboles del

fondo del patio, donde los columpios se alzaban grises e inmóviles.

–Aún no la hemos sacado de clase –dijo la señora Ingersoll–. Solo queríamos tenerlo informado. El otro día hizo un dibujo muy bonito. –Tyler la oyó arrastrar su silla por el suelo, y luego el revelador ruido de sus bailarinas cuando atravesó el aula. Se volvió y la vio desenrollar una gran lámina. Se la enseñó–. Pero después, como ve, lo rayó todo de negro.

–No lo harán –murmuró Tyler.

–¿No haremos qué?

–Mandar a Katherine a un despacho para que la psicoanalicen tres días a la semana. Nadie va a escribir una tesis sobre mi hija.

Fuera, en el pasillo, el cubo de un conserje golpeó contra el suelo.

La señora Ingersoll volvió a enrollar la lámina y toqueteó la cinta adhesiva que la sujetaba.

–Nadie va a psicoanalizar a Katherine –dijo con calma, bajando los párpados–. Pero, en realidad, la decisión de sacarla de clase unas horas a la semana no es suya. Esto es una escuela pública, señor Caskey. Si la escuela decide que Katherine necesita ayuda especial, haremos todo lo posible para dársela.

Tyler no tenía la menor idea de si lo que había dicho la profesora era cierto.

–Lo tendremos informado, señor Caskey.

–Gracias –respondió él. Atravesó el aula y le estrechó la manita.

El azul del cielo fue oscureciéndose mientras el sol descendía sobre los pueblos que bordeaban el río. Si se echaba la cabeza hacia atrás, justo encima era tan vivo e intenso que impulsaría a cualquiera a detenerse para contemplar su esplendor, de no ser porque esa no era la hora del día en la que la gente tenía costumbre de mirar hacia arriba. A esa hora, al salir de oficinas o colmados y atravesar aparcamientos, todo el mundo hundía el mentón y se arrebujaba en el abrigo, como si la oscuridad trajera consigo una especie de retraimiento del mundo.

Y era una verdadera pena, porque el cielo ofrecía un espectáculo espléndido, que cambiaba incluso en el tiempo que se tardaba en abrir la puerta de un coche, subir y volver a cerrarla. Una vez girada la llave y encendido el motor, el cielo había adquirido un azul todavía más oscuro e intenso. Y qué lástima para Tyler Caskey, quien, en otras circunstancias, tomándose un momento para mirar hacia arriba, quizá habría pensado: «Sí, los cielos proclaman la gloria de Dios; y el firmamento anuncia la obra de sus manos».

El reverendo, en cambio, conducía despacio, con una mano levantada para protegerse del último resplandor del sol, que solo le parecía un objeto destinado a cegarlo mientras flotaba, brillante e inmenso, sobre el horizonte. Pasó despacio junto a los campos, las granjas y los puestos de calabazas. Cuando dobló por Stepping Stone Road y entró en el camino particular de grava, pensó en las últimas palabras de su esposa, hacía más de un año: «Tyler, eres un cobarde, ¿sabes?».

La granja se alzaba inmóvil, blanca y sin adornos, con postigos rojos en cada ventana. A la luz menguante, Tyler tuvo la impresión de que sus líneas sencillas encerraban una queda disculpa y expresaban el agotamiento de tener que conservar la discreta dignidad que era su carga desde hacía un siglo. Pero solo era una casa. Un montón de palos y piedras, y la barandilla del porche estaba rota. Cuando aparcó cerca del granero, volvió a notar el dolor persistente bajo la clavícula, un dolor que, con el paso de los meses, había acabado imaginando como la presencia de un pequeño roedor que vivía dentro de él, agarrándose con sus minúsculas afiladas garras. Cogió

el sombrero de fieltro del asiento del acompañante y bajó del coche despacio.

Cuando entró por la puerta trasera, no oyó ningún ruido y cruzó la cocina vacía camino del salón. Connie Hatch bajó la escalera a toda prisa.

–Se ha dormido –dijo–. No sabía si dejarla dormir, por si usted quería…

–No se preocupe, señora Hatch. –El reverendo, envuelto en el largo abrigo con la espalda un poco encorvada, dejó las llaves del coche en la mesita.

–¿Cómo ha ido?

El reverendo no respondió, pero, al cruzarse con la mirada de la asistenta, tuvo uno de esos momentos sorprendentes que suceden a veces cuando se experimenta una fugaz sensación de reconocimiento, cuando, en menos de medio segundo, se tiene la impresión de haber atisbado el alma del otro y se comparte un retazo de auténtica comprensión. Eso es lo que le ocurrió al reverendo esa tarde de otoño, entre las paredes del salón, que ahora eran de un rosa pálido y apagado. «La vida es triste –parecían decirle los ojos de la asistenta–, y lo siento».

Los ojos del reverendo decían: «Tiene razón, la vida es triste. Yo también lo siento».

2

Mary Ingersoll se había puesto el vestido rojo de punto porque le realzaba la figura y, al lavarlo la noche anterior, le había molestado descubrir que su marido no había sacado el pañuelo de papel del bolsillo de la camisa, como ella le había recomendado hacer tantas veces, de manera que los trocitos pringosos de papel mojado se habían quedado pegados al tambor de la lavadora y también al vestido rojo. Tiempo atrás, Mary había encontrado atractivo a Tyler Caskey y, aunque había dicho a la gente que la reunión le daba miedo, lo cierto era que le hacía ilusión y había estado ensayando delante del espejo, probando expresiones pacientes, amables y profesionales. Se había acordado de ponerse la crucecita de plata en el cuello, para que el reverendo viera que era religiosa; incluso había pensado en disculparse por no ir a la iglesia más a menudo. «Estoy agotada después de trabajar toda la semana», diría, y él respondería que lo entendía: trabajaba duro para ocuparse de problemas como los de su hija.

¡Qué dolorosa desilusión! Por extraño que pareciera, el reverendo no se había fijado en ella. Durante la mayor parte de tiempo ni tan siquiera daba la sensación de que la escuchara. Estaba cansado, se lo había notado en los ojos, pero la inesperada frialdad que había mostrado al final la había herido. Llorando, fue a ver al señor Waterbury, el director.

–No tenía derecho –le dijo, mientras él la escuchaba con las oscuras cejas fruncidas.

–No, desde luego que no –convino el director.

Esa noche Mary exageró cuando se lo explicó todo a su marido: «Me ha hablado con desprecio. Me ha sostenido la mirada hasta que yo he bajado los ojos, como una cría». Antes de irse a dormir, llamó a Rhonda Skillings y a dos amigas y les explicó lo ocurrido a todas, exagerando un poco más. Cuando por fin se acostó, durmió tranquila. El motivo era que había hallado consuelo en la solidaridad de quienes la habían escuchado.

Tyler no halló ese consuelo y se quedó desvelado en el sofá del estudio durante casi toda la noche. Notaba dentro de sí la presencia de algo duro y oscuro, como una piedrecita, y tenía la sensación de que le pertenecía, aunque no fuera capaz de decir

qué era; no se formaron palabras en torno a ello, sino solo un íntimo e intenso sentimiento de grata posesión. Después desapareció y la imagen de Katherine sola en el patio fue lo único que le ocupó el pensamiento. Se incorporó, contempló el estudio sumido en la oscuridad, abrió las manos y las cerró. Pensó en la voz aguda de la profesora –«Nadie juega con ella»–, y lo asaltó un recuerdo: su hermana, Belle, sola en el patio de Shirley Falls. Él, dos años menor, la veía y le daba la espalda para regresar con el grupo de niños que seguirían siendo sus amigos durante todo el instituto. Belle, con expresión de fingida indiferencia, miraba una partida de rayuela y después se alejaba. Ese recuerdo lo hería. «Tú eres completamente distinto», le había dicho su madre cuando lo eligieron delegado de clase y capitán del equipo de fútbol.

Despacio, volvió a tumbarse y lo invadieron toda clase de preocupaciones nocturnas. No había terminado el sermón; dentro de unas semanas sería el Domingo de los Administradores, después recibirían las recaudaciones, el consejo tenía que elaborar el presupuesto anual y presentarlo para su aprobación en enero; y había que impedir lo antes posible que Doris Austin (amiga de Rhonda) manipulara a los miembros del consejo para que respaldaran el enorme gasto de un órgano nuevo. Solo recordando la bondad de los ojos verdes de Connie Hatch consiguió Tyler conciliar por fin el sueño. Pero poco después se despertó y observó cómo se tornaban blancos los cristales de la ventana. «Es pecado madrugar y comer el pan de fatigas».

Cuando volvió a despertarse, Katherine estaba de pie cerca de su cara, mirándolo.

–Hola, terroncito –le dijo. La rodeó con un brazo. La niña había mojado la cama y tenía la camisa del pijama empapada hasta la mitad de la espalda. Tyler se incorporó torpemente–. Es la hora del baño, Katherine Estelle –añadió–. Pero antes… –Se restregó la cara–. Los gritos en la escuela –señaló por fin, inclinándose y apoyando los codos en las rodillas– tienen que acabarse. –La niña apartó la cara–. No puedes volver a hacerlo, Katherine. Es de mala educación, y vuelve loca a la profesora. Mírame.

Katherine se giró de nuevo hacia él, con las mejillas arreboladas.

–Eso es todo –dijo Tyler–. Andando.

Arrojó el pijama mojado a un rincón y metió a la niña en la bañera, que era vieja y honda, y tenía los pies en forma de garras de león. Era tan honda que Katherine, sentada dentro, casi no veía por encima del borde. Delante de ella flotaba un cazo para aclararse, que oscilaba movido por el agua que salía del grifo. Su padre lo cerró apenas el agua le cubrió las piernas. Cuando Hachuela Vocinglera la bañaba, llenaba tanto la bañera que el agua le llegaba hasta las axilas y le daba vértigo.

–¿Katherine? –le preguntó su padre–. ¿Me has oído?

Ella asintió, tiritando.

–Solo tienes que preguntar en tono amable: «Hola, ¿puedo jugar yo también?».

Katherine cerró los ojos, apretando, y volvió a asentir.

–Bien –dijo su padre–. Voy a aclararte dos veces y habremos terminado. –Ella mantuvo los ojos cerrados las dos veces, y después Tyler la sacó de la bañera. Se quedó tiritando, envuelta en una toalla–. Dime, ratita, ¿te cae bien la señora Ingersoll?

Su padre poseía diversos tonos distantes de voz, pero ese le encantaba: era tan cansado que la incluía en el mundo de los mayores. Katherine se encogió de hombros. Tyler se arrodilló por un instante y la miró a los ojos.

–Bueno –dijo, con un suspiro. Miró a su alrededor y recogió el pijama mojado–. Nunca me ha parecido nada del otro mundo.

El fulgor de la luz matutina se apreciaba en el intenso y límpido azul del cielo, en el

centelleo del guardabarros de un coche que pasaba, en la espléndida belleza de las hojas que susurraban en los altos arces de ese tramo de Main Street. Parecía imposible que el hombre pudiera o quisiera tomar la decisión de destruir ese mundo. Jruschov había dicho que las armas nucleares tenían que desaparecer en menos de cuatro años, pero no estaba dispuesto a aceptar inspecciones para garantizar el desarme. ¿Qué sentido tenía todo eso? Tyler, que llevaba una de las camisas blancas nuevas y se dirigía a la iglesia con una manta doblada bajo el brazo, podría haber rezado por el dirigente ruso, así como por la señora Ingersoll: «Todos nos descarriamos como ovejas». O podría haberse limitado a dar gracias por la belleza del mundo. En cambio, estaba pensando en Connie Hatch. No quería pensar demasiado en la mirada que habían intercambiado, pero el efecto que le había causado le parecía sorprendente; tenía la sensación de que había transcurrido mucho tiempo desde la última vez que había mirado a alguien a los ojos. Se dirigía a la iglesia a grandes zancadas, mientras las ráfagas de viento se arremolinaban a su alrededor y todo en West Annett resultaba fresco y vigorizante como una manzana recién cogida; el suelo estaba cubierto de hojas.

La iglesia, situada donde la Main Street se desviaba hacia Pottle's Lane, estaba un poco apartada de la calle. Construida en 1796, parecía haberse recostado cómodamente contra el pequeño altozano y el césped en pendiente; se podía incluso imaginar que había echado raíces bajo tierra, extensas, enredadas y robustas como las de los pinos y cedros que la rodeaban. Se había construido una ampliación hacía unos años, en un lado, ligeramente hundida en la hondonada, para que la sala de reuniones y el aula de catecismo quedaran alojadas en un edificio que apenas se viera desde la calle. No obstante, el viejo estudio para el reverendo seguía estando en el sótano de la propia iglesia, y era ahí adonde Tyler se dirigía.

Pero antes entró en la iglesia; la quietud y la sencillez de los bancos pintados de blanco, el frescor del aire, tan placentero como siempre…, la levísima punzada de admiración. Dejó la manta debajo de uno de los últimos bancos. Tiempo atrás, la iglesia se cerraba todas las noches. Aquella costumbre se había instaurado durante la Gran Depresión, al descubrir de vez en cuando algún vagabundo durmiendo dentro. Pero Tyler, cuya tendencia era mantenerse lo más alejado posible de los aspectos prácticos de la gestión de la iglesia, había dicho poco después de su llegada que la iglesia debía permanecer siempre abierta. «Santuario –había explicado a su congregación–. Del latín *sanctuarium*: un lugar sagrado, santificado, consagrado. De hecho –había añadido, con el entusiasmo que le era propio–, un delincuente dado a la fuga podía en otros tiempos evitar su detención refugiándose en una iglesia, porque la santidad es contagiosa». La iglesia de West Annett permanecía siempre abierta. Si se encontraba a un vagabundo durmiendo dentro, había que atenderlo y darle de comer, dijo Tyler, hasta que decidiera marcharse. «Si sorprendéis a alguien robando un candelero, debéis darle el otro. Esa es la esencia del amor cristiano».

Nadie lo contradijo en aquel punto. Ni nadie se molestó en contarle que, poco después de aquella declaración, la Sociedad Benéfica había sustituido los candeleros de plata maciza por otros que solo tenían un baño y había confiado los originales a Jane Watson, que solo los restituía a hurtadillas en Navidad y en Pascua. Si Tyler hubiera descubierto el asunto de los candeleros, no habría dicho nada. Le preocupaba más el hecho de que hubieran encontrado a Walter Wilcox durmiendo varias noches en la iglesia tras la muerte de su esposa; cuando se despertaba, estaba confuso y a veces lloraba como un niño. Tyler invitó al anciano a dormir en la granja las noches que no soportara quedarse en su casa. (Su esposa le había dicho: «¿Nos estamos

convirtiendo en una pensión, Tyler? Porque no creo que pudiera aguantarlo»). Esa vez, Walter había declinado la invitación, pero Tyler pensaba en ello en ocasiones, y lo había hecho la noche anterior, mientras estaba desvelado en el sofá. Las noches ya eran frías. Por ello, esa mañana entró en la iglesia y dejó la manta doblada debajo del último banco. Debía quedarse en la iglesia, aunque nadie, que él supiera, había dormido allí después de Walter.

Después bajó al sótano, en compañía de los peligros de la vanidad personal. Esperaba escribir el sermón y aprendérselo de memoria, porque el extraordinario Dietrich Bonhoeffer consideraba que así debía hacerse, y porque el propio reverendo Caskey, antes de ese año, tenía esa costumbre. Se sentó al escritorio y se subió los tiesos puños de la camisa blanca. La vanidad obstaculizaba el crecimiento espiritual. Un lugar de culto no requería «pompa externa» alguna. Requería decoro, pero no lujo. Un lugar donde adorar a Dios, no a uno mismo… Tyler Caskey frunció los labios y entornó los ojos. Quizá mencionaría explícitamente el asunto del órgano, o quizá no.

Se cruzó de brazos y bajó la cabeza. Presa de una inesperada y profunda somnolencia, imaginó la expresión satisfecha en la cara de la señora Ingersoll cuando se diera cuenta del cambio ocasionado por su conversación; no habría necesidad de ir al despacho de Rhonda Skillings. La vanidad personal no debía confundirse con el aseo personal. Tal vez tendría que recalcar ese aspecto en el sermón; había que hablar siempre a la plebe, es decir, a Irma Rand, una buena mujer, tan dura de mollera como un alcornoque, pero el testimonio del Señor es claro y torna sabio al simple, y el término hebreo equivalente a «sabiduría», pensó, mecido por esa deliciosa ola de somnolencia, significaba ‘habilidad para vivir’. Los judíos, siempre tan prácticos…

Tyler alzó la cabeza. Arriba, la puerta de la calle se había abierto; oyó el chirrido de la bisagra, se levantó y se asomó al estrecho pasillo. Doris Austin estaba en la escalera, con el bolso aferrado con ambas manos contra el largo abrigo gris y la cabeza un poco gacha, de tal manera que la cestita de la trenza enroscada parecía inclinada hacia delante cuando llegó al pie de la escalera.

–Hola, Doris –dijo el reverendo–. ¿Querías verme?

Ella no respondió.

–Pasa, por favor –añadió Tyler. Pero sucedió algo extraño: mientras se apartaba, lo asaltó una imagen, brevísima y del todo inesperada, que lo dejó estupefacto: se vio a sí mismo dándole una suave bofetada en aquella cara servil.

Doris tomó asiento y Tyler, que podría haberse sentado enfrente de ella, lo hizo, en cambio, detrás del escritorio. Doris comenzó a hablar:

–Cuando te vi en Hollywell, esperaba hablarte de lo que me preocupa.

–Lo siento, Doris –respondió el reverendo–. Tenía un montón de cosas en la cabeza.

–Es normal estar distraído cuando tu hija no está bien –dijo Doris.

–¿No está bien? –preguntó Tyler. ¿Estaba todo el pueblo hablando de su hija?

–Por los dolores de tripa –respondió Doris–. Casi habría sido más fácil si hubiera cogido una gastroenteritis. Al menos sabrías qué tiene.

Tyler asintió, recordando el digestivo.

–Dime qué es lo que te preocupa. –Intentó hablar con amabilidad, pero estaba muy cansado.

–Estoy triste.

–Lo siento, Doris. –Y acto seguido le preguntó–: ¿Qué es lo que te pone triste, lo sabes?

–Todo –respondió ella.

–Entiendo. Vaya –dijo Tyler, dándose unos golpecitos en los labios con los dedos–.

Lo siento.

–El mundo entero –añadió Doris. Y sin más aviso que un leve enrojecimiento de los ojos, se puso a llorar.

El reverendo apartó la mirada.

–Doris. Sabes…

Pensó: «Sobrellevad los unos las cargas de los otros; y cumplid así la ley de Cristo». No se le ocurría qué decir. Se sentía agotado y pensó que, en los últimos meses, cuando pasaba en coche por delante del concesionario de automóviles de Hollywell, sentía envidia de los vendedores, cuya responsabilidad con respecto a las almas de los demás no era posiblemente tan inmediata o directa («¿Dónde está su vocación?», imaginaba a su madre diciendo).

–Charles me pone triste –siguió Doris.

–Sí, comprendo –dijo Tyler–. Bueno…

Eso complicaba las cosas. Charlie Austin era diácono mayor de la iglesia, un hombre reservado hasta el extremo de tener, según Tyler, malos modales; y él había intentado molestarlo lo menos posible.

–Siempre está irritado conmigo.

Tyler se puso las manos en el regazo y las entrelazó con fuerza.

–Doris –trató de calmarla–, los matrimonios pasan malas rachas. Casi todos.

Ella no le respondió.

–Podría venirte bien leer la autobiografía de santa Teresita –continuó Tyler–. Yo la leo a veces por la noche y, a primera vista, puede parecer un poco histérica en el tono… Naturalmente, es muy católica; pero habla de una monja que la irrita al entrechocar las cuentas del rosario…

–Me pega. –A Doris le temblaba el mentón.

–¿Te pega?

Los pliegues del mentón de Doris le recordaron de repente el puré de patatas.

–Oh –dijo. Cambió de postura en la silla–. ¿Te pega?

–No me lo estoy inventando –replicó Doris, en tono ofendido.

–Por supuesto que no. –Habiendo tenido él mismo ese alarmante impulso hacía un momento, suponía que no podía dudar de ella. Nunca se sabe qué pasa en las casas de los demás. Su profesor, George Atwood, se lo había dicho en el seminario: no se sabe, nunca jamás.

–¿A menudo? –preguntó Tyler.

Doris tenía la punta de la nariz enrojecida.

–¿Tiene importancia?

–¿Pero corres peligro? ¿O tus hijos?

–¿Te parezco una madre capaz de dejar que sus hijos corran peligro?

Tyler sacó un pañuelo de papel de la caja del escritorio y se lo ofreció.

–Ni por un instante, Doris. Pero creo que la situación es grave. ¿Estaría Charlie dispuesto a hablar con un consejero matrimonial?

–Charlie me mataría si supiera que he venido.

Tyler miró la estantería alabeada, los papeles esparcidos por el escritorio, y después de nuevo a Doris. Dos manchas rojas le habían aparecido en las mejillas.

–Oh, no literalmente. –Doris había pronunciado aquellas palabras con tanta indignación que Tyler se había echado hacia atrás en la silla–. Se pone hecho una furia. Sin venir a cuento. Ayer, el viento cerró la puerta de golpe y él se puso a gritar.

Tyler se llevó los dedos a los labios y empezó a tamborilear sobre ellos. Pensó que Bonhoeffer había escrito que no es el amor lo que sostiene el matrimonio, sino el

matrimonio lo que sostiene el amor. Quería decírselo a Doris, pero su llanto se había vuelto muy ruidoso. Tyler no recordaba a ningún feligrés haciendo tanto ruido: cada sollozo parecía solaparse con el siguiente. Se echó todavía más atrás en la silla.

–Es horrible vivir como yo –se lamentó Doris, sollozando.

–Sí, por supuesto que sí –respondió Tyler–. Préstame atención. –Alzó una mano y, poco a poco, el llanto de Doris se fue atenuando, pero aún se oyó algún que otro sollozo–. Conozco a un pastor de Brockmorton –continuó– que aconseja a parejas casadas y, si crees que Charlie estaría dispuesto, lo llamaré por teléfono. Me encantaría ser vuestro consejero –añadió, lo que no era cierto–, pero quizá sea mejor acudir a una persona externa. Tendrás que preguntárselo a Charlie –concluyó Tyler–. Tendrás que averiguar si está de acuerdo.

–Bueno, creo que es imposible.

–Doris –replicó Tyler–, reflexionemos. Pensemos en lo que ha dicho Reinhold Niebuhr: «La intimidad del matrimonio siempre puede ser transfigurada por la gracia».

–Intimidad. –Doris se inclinó hacia él. Se le había abierto el abrigo y la tela de la blusa blanca le quedaba tirante en los botones de la pechera–. En la vida íntima, hace que me sienta muy mal. En la vida privada, me hace sentir completamente inepta.

Tyler la miró con expresión seria para que no percibiera hasta qué punto no quería oír lo que le estaba contando.

–Me dio a leer unos folletos. Una especie de instrucciones. Cuando fue a esa reunión, en Boston.

Tyler esperó. Doris se sonó la nariz.

Y entonces el teléfono negro empezó a sonar. Ambos lo miraron. Tyler lo dejó sonar dos veces antes de decir:

–Disculpa un momento. –Levantó un dedo y vio que Doris apretaba los labios y se ponía los guantes con gesto brusco–. No, no, Doris, no te vayas. ¿Diga? Soy Tyler Caskey.

Pero Doris tuvo que irse. Y Tyler también. Katherine había vomitado en la escuela.

En cambio, la pequeña Jeannie Caskey era un amor. Ahí estaba, el sábado por la mañana, un cielito de rizos rubios que correteaba por la casa con una mano en la boca, dando grititos de alegría y alargando la manita mojada hacia la primera pierna, perro o cara humana que encontraba. Aunque su abuela no paraba de sacar un pañuelo para secársela, la niña no parecía molestarse; esperaba, sonriendo y mirando alrededor, y en cuanto su abuela le soltaba la manita, enseguida volvía a metérsela en la boca o a tocar lo que le apeteciera. Ahora estaba de pie en el sofá, al lado de su padre, dándole palmaditas en la cabeza con creciente vigor, hasta que Tyler, inmerso en una conversación con su madre sobre lo sucia que estaba la casa, tuvo que decirle a su hija menor:

–Para. Para ya.

–Pórtate bien, Jeanne –la reprendió su abuela, en un tono autoritario y cansado, pero afectuoso. Margaret Caskey hablaba despacio, arrastrando las palabras con el acento sosegado de Nueva Inglaterra–. Tyler –añadió–, ¿limpia los cristales? ¿Para qué le pagan?

Era por ese sol tan fuerte. Tyler Caskey se sentía expuesto, sentado en el sofá del salón, mientras su madre criticaba el trabajo de la mujer de quien había recibido un momento de consuelo. Volvió la cabeza hacia la ventana que su madre acababa de señalarle. Hacía un rato, esta había sacado un pañuelo de papel del bolso, se había

subido a una de las sillas del comedor y había quitado una telaraña del techo.

–Ten cuidado, mamá –le había pedido él. Margaret ya no era joven. El tobillo se le podía partir como la leña menuda.

–Me deprime, Tyler. Tu manera de vivir.

La voz queda, la peculiar inclinación de la cabeza, el modo en el que toqueteaba con sus largos dedos el vestido azul marino de grandes topos blancos… Todo ello reavivó en Tyler una inquietud de otra época. Quizá la notara también Minnie, la vieja labradora negra de la señora Caskey; estaba durmiendo al lado de Tyler en el sofá, pero en ese momento abrió los ojos, gimió y bajó al suelo. Sus uñas repiquetearon en el suelo de madera mientras Tyler decía:

–No te preocupes por mí, mamá.

Jeannie acarició la grupa de la perra y se dejó caer en el regazo de su padre. Tyler notó que el pañal le mojaba el pantalón.

–Katherine –gritó–, ven a ayudarme a cambiar a tu hermana.

Katherine acudió y no chilló ni se apartó cuando Jeannie le tiró del flequillo.

–Ya lo hago yo, Tyler –dijo su madre, cogiendo a la niña–. Tú tienes que preparar el sermón.

Tyler asintió y se levantó, aunque, en realidad, el sermón ya estaba «preparado». Tenía costumbre de comunicar el título a la secretaria de la iglesia el viernes para que ella pudiera mimeografiar el programa; no le gustaba hacerla trabajar el sábado por la mañana. Al final, el título no era «Sobre los peligros de la vanidad personal». El dolor de tripa de Katherine, la visita de Doris a su despacho, la reunión con la señora Ingersoll, todo ello había afectado a su capacidad de concentración; el sermón sobre la vanidad se había quedado inconcluso. En su lugar, Tyler había reciclado uno viejo –sobre las profecías de Isaías– que aún tenía de su época del seminario, aunque, mientras pasaba por el lado de Minnie y le acariciaba la cabeza, se vio obligado a reconocer que nada de lo que había escrito entonces parecía guardar relación alguna con el momento presente.

Tyler se sentó al escritorio y miró alrededor. Posó los ojos en *Cartas y apuntes desde el cautiverio* de Bonhoeffer, que estaba en la mesa cercana. Lo consultaba con tanta frecuencia que podía recitar fragmentos enteros de memoria. Miró por la ventana, hacia la pila para pájaros y la hiedra, e imaginó una casa en Berlín donde la gente hablaba animadamente sobre cuestiones teológicas que Tyler sabía que escapaban a su comprensión; imaginó el ruido de una retransmisión de la radio alemana, la voz límpida de Bonhoeffer proclamando que la responsabilidad del hombre frente al mal residía en la acción y, después, el programa interrumpido en mitad de una frase por las autoridades gubernamentales; ¡oh, la intensidad de las conversaciones que habrían seguido! Imaginó a Bonhoeffer, el joven pastor de rubios cabellos, paseando por las estrechas calles de Chichester, Inglaterra, conversando fervientemente con su amigo el obispo Bell; el viaje a Nueva York, y después el regreso a bordo de uno de los últimos barcos que volvían a Alemania; imaginó los verdes prados de Finkenwalde (Tyler no tenía la menor idea de si había prados en Finkenwalde), donde una comunidad de cristianos escuchó decir a Bonhoeffer que el pecado del hombre consistía en rehuir la responsabilidad. Tyler imaginó la prisión militar de Tegel; los chirridos de las verjas, el eco de las botas… La inmensidad de tal actividad, las innumerables escenas que representaban la valentía y el sufrimiento de aquel hombre, acrecentaron su sensación de lo retorcida –como un clavo hundido a martillazos en una nudosa tabla de pino– que era su propia desesperación. Cualquiera que fuera la angustia que Dietrich Bonhoeffer había soportado era tan pura que parecía brillar.

El amor que Tyler sentía por aquel mártir era tan personal que a veces le sorprendía la idea de que no hubieran llegado a conocerse, de que Bonhoeffer ni tan siquiera hubiera sabido de su existencia. «Habríamos sido amigos», pensó. Pero Dietrich Bonhoeffer había nacido en Breslavia, Alemania, en 1906, veintiún años antes de que Tyler Caskey viniera al mundo antes de hora, rojo y arrugado, en Shirley Falls, Maine. Y mientras a Tyler, cuya digestión había impedido desde el principio que Margaret Caskey durmiera por las noches, lo alimentaban con un cuentagotas, Dietrich Bonhoeffer ya había terminado su primer doctorado en la Universidad de Berlín, con una tesis titulada *La comunión de los santos*.

–Oh, un listillo –había dicho riéndose la futura Lauren Caskey en su segunda cita con Tyler, mientras se veía obligada a escuchar el apasionado relato de esos hechos.

Sí, Bonhoeffer era listo. Y de una familia importante. Tyler, que aborrecía ese término como tantos otros estadounidenses, lo había utilizado de todos modos al explicarle la historia a Lauren, como prueba de que Bonhoeffer tenía mucho que perder. Y había tenido el valor de perderlo. No solo se había revelado contra la implícita aceptación del nazismo por parte de su Iglesia y había contribuido a fundar un seminario para la Iglesia confesante contraria al régimen, que más adelante cerrarían los nazis, sino que además había decidido (aquella fue la parte de la historia que lo indujo a bajar la voz, de la emoción que lo invadió cuando se inclinó por encima de la mesa para explicarla), había decidido, después de pasar un año en los Estados Unidos en 1939, ¡regresar a Alemania! Sin duda, sabría que moriría. Los demás lo sabían. Karl Barth, Paul Tillich. Ellos no regresaron para caer en manos de los asesinos de Hitler, y le suplicaron a él que tampoco lo hiciera.

–¿Por qué lo hizo, entonces? –había preguntado la futura señora Caskey.

–Porque pensaba que, después de la guerra, perdería toda credibilidad en Alemania si no había estado presente durante los conflictos del país.

–Bueno, eso fue noble por su parte –dijo la futura señora Caskey, recostándose en la silla, y Tyler pensó más adelante que, si hubiera percibido el menor indicio de cinismo en aquella observación, no se habría casado con ella. Pero no había detectado ningún cinismo, e incluso ahora, mientras recordaba aquel episodio sentado en el estudio, creía que la observación de Lauren había carecido por completo de él. «Bueno, eso fue noble por su parte». Tenía la mirada clavada en el salero que estaba tocando con los dedos de ambas manos y alzó los oscuros ojos redondos para mirar a Tyler.

Después, en el tono infantil que a veces adoptaba cuando hablaba, dijo:

–No sé si yo habría vuelto. –Su sinceridad había conmovido a Tyler.

–Pero era su deber, su vocación.

Le explicó que la prometida de Bonhoeffer, Maria von Wedemeyer, había ido a verlo a la cárcel. Solo tenía diecinueve años y había ido a visitarlo a la cárcel de Tegel; debió de ser una experiencia aterradora para ella. Bonhoeffer empezó a escribir poemas, que les mandaba a ella y a su mejor amigo, Eberhard Bethge. «Vida, ¿qué me has hecho? ¿Por qué viniste? ¿Por qué te has ido?».

Lauren se inclinó hacia él.

–Y tú, ¿escribes poesía? –le preguntó.

Oh, no. No. Tyler se apresuró a tranquilizarla y le pareció ver un gesto de alivio en sus ojos. Que un gran mártir encarcelado por los nazis escribiera poesía era una cosa, le dijo, pero él, Tyler Caskey, un hombre normal y corriente nacido en Shirley Falls, Maine…, él no, no escribía poesía. Sermones persuasivos y valiosos algún día sí, o al menos eso esperaba, pero poesía, no.

Y ahora, el reverendo Caskey, sentado en el estudio, se llevó los dedos a la boca y

pensó: «¿Qué habría pasado si un año atrás hubiera tenido la posibilidad, la mera posibilidad, de estar sentado con Bonhoeffer en esa misma habitación? Qué habría pasado si Tyler, cogiéndole las manos entre las suyas, le hubiera dicho: "Por favor, escúchame. Yo…"».

Pero no se lo habría dicho.

Volvió la cabeza despacio y miró por la ventana, más allá de la pila para pájaros. Por un instante, imaginó el dormitorio que había compartido con su esposa en aquellas últimas semanas: la nítida belleza del sol de agosto que entraba en la habitación, el canto del cardenal que se oía por la ventana abierta. Pensó en lo que Bonhoeffer había escrito desde la cárcel: «El hombre maduro posee una integridad que le permite encarar una situación de frente».

Tyler se volvió de nuevo hacia el escritorio. Bonhoeffer había participado en un complot para matar a Hitler. Había afrontado la cárcel, la muerte, y lo había encarado todo de frente; nadie podía dudar de que no fuera un hombre maduro. «¿No es una característica de un hombre maduro, a diferencia de un joven imberbe, que su centro de gravedad esté siempre donde, de hecho, está?», había escrito Bonhoeffer desde la celda. Tyler se dio unos golpecitos en los labios con los dedos; la mente se le llenó de imágenes fragmentadas.

–¡Niñas, dejad en paz a vuestro padre! –Junto a la puerta se oyó un alboroto de pisotones y risas, y las uñas de la perra que repiqueteaban en el suelo de madera.

En nombre de Dios, cumpliría con su deber. (¿Qué otra cosa podía hacer?). Rezaría para que su centro de gravedad estuviera siempre donde se encontraba. Y se encontraba en West Annett. Su deber consistía en estar en la iglesia con la espalda recta y el mentón bien alto, y en hacer entender a su congregación que ser cristiano no era un pasatiempo. Ser cristiano era algo muy serio. Significaba preguntarse en cada paso del camino: ¿cómo puedo servir mejor al amor? Su deber consistía en ser su líder, su maestro, su ejemplo. Una parroquia pequeña, quizá. Pero no así su deber.

Tyler acercó la silla al escritorio y revisó sus apuntes. Ese era el Año Mundial del Refugiado. Había un millón de árabes a punto de morir de hambre en Oriente Medio, y millares de personas que seguían viviendo en campos de refugiados en Europa oriental. El Servicio Mundial de Iglesias ya no recibía leche en polvo de los Estados Unidos porque el Ministerio de Agricultura estadounidense había decidido que ya no era un producto excedente. Eso preocupaba especialmente a Tyler. Ahora más que nunca se necesitaba ayuda para respaldar el programa Share Our Surplus ('Compartir Nuestros Excedentes'). «SOS», escribió en un trozo de papel, mientras en la otra habitación su madre le ordenaba a Katherine que se quitara el pelo de la cara.

Los habitantes de West Annett se habían quedado fascinados con Tyler Caskey desde el primer momento. Estaban tan habituados al viejo reverendo Smith, cuyos ojos llorosos miraban a la congregación con tanta indiferencia y cuya cara arrugada llevaba tantos años sin iluminarse con una sonrisa, que la llegada de Tyler Caskey fue tan sorprendente como si un oso grande y fuerte hubiera remontado el río a nado y hubiera trepado hasta la orilla. Era un hombre grande, alto y de complexión fuerte, y estrecharle la mano era casi como cogerle la zarpa a un oso. Su voz, en consonancia con el resto de su persona, era grave y sonora, y lo que lo libraba de ser «excesivo» era la expresión amable que a menudo le dulcificaba las facciones, y el brillo que iluminaba sus ojos claros de puritano cuando adelantaba y bajaba ligeramente la cabeza para mirar a la persona con la que estaba hablando. En otras palabras, para alguien que, con su constitución y presencia, podría entrar en una habitación e

imponerse con todo su peso, que él hiciera justo lo contrario, que intentara ser complaciente mientras se paseaba por la sala de reuniones a la hora del café, saludando a los presentes y estrechándoles la mano, o intentara, mientras estaba en la sala de espera de un hospital con la familia de un muchacho que se había caído de un tractor, hablar con calma, con dulzura, y refrenar de cualquier otro modo la profundidad del poder que desplegaba en el púlpito: había algo conmovedor en su actitud.

Sin embargo, no todos le tenían simpatía. Charlie Austin, sin decirlo, pensaba que era «demasiado informal»; que, bajo aquella enorme mole, sus ganas de complacer no eran del todo sinceras. Quizá no fuera el único con esa misma impresión, pero todas las mujeres de la iglesia, y la mayoría de los hombres, lo habían encontrado interesante, extraordinario, dotado de un atractivo muy distinto al de su esposa, aunque ella era una mujer de considerable belleza. Lauren Caskey, es cierto, había acabado siendo una leyenda en el pueblo; pero, sin duda, había dado de qué hablar desde el principio, desde su primera aparición en la cena con los diáconos y sus esposas.

Quien no esté familiarizado con pueblos como West Annett puede no caer en la cuenta, mientras circula por la arbolada cañada que conduce a las pocas casas de Main Street, de que existe una jerarquía social, al igual que en las cárceles, las escuelas y las comunidades de vecinos del exclusivo barrio de Beacon Hill en Boston. En West Annett se concedía mucha importancia a los antepasados, los cuales no pertenecían a las masas cansadas, hambrientas y oprimidas, que, en apariencia, recibían una cálida bienvenida al atravesar las vastas puertas de Nueva York. No, en West Annett no habría servido aliarse con las masas cansadas. Eran muchas las razones por las que un hombre podía arribar a esa costa, pero el cansancio no era una de ellas. Quizás había llegado con los puritanos. O era un mercader de té inglés que quería comprar tierras y cambiar de vida. O un escocés pobre, vinculado por contrato a servir durante siete años. O tal vez había llegado a bordo del Mayflower, como los antepasados de Bertha Babcock, la cual tenía en su salón una maqueta de más de medio metro de aquel espléndido barco.

Cuando el comité pastoral decidió que era necesario convocar a Tyler Caskey para que diera un sermón –para unaprueba, por así decirlo, aunque ese no fue el término utilizado–, la noche antes, él y su joven esposa recibieron una invitación para asistir a una cena organizada por el consejo parroquial, los diáconos y todas sus esposas. Pocas veces se reunían tantas personas bajo un mismo techo en West Annett, y para aquel acontecimiento la casa elegida fue la de Auggie y Sylvia Dean.

Auggie Dean «tenía dinero», lo que sencillamente significaba que había heredado de su familia una cantidad de dinero mayor de la que poseía el grueso de los habitantes de West Annett, aunque, por otro lado, casi todos ellos tenían poco y, además, el dinero tampoco era un requisito para gozar de respetabilidad. No mucho antes de que los Caskey llegaran al pueblo, los Dean habían renovado la cocina y habían colocado el primer lavavajillas del pueblo al lado de una preciosa nevera antigua con bandejas giratorias, que esa tarde primaveral no paraban de girar sobre su eje mientras las mujeres dejaban la comida que habían llevado y comentaban a Sylvia lo auténtico que parecía el mármol falso de la encimera.

–Oh, qué ilusión –había estado diciendo Lauren Caskey mientras miraba por la ventanilla del coche. Estaban a finales de abril y la noche anterior había caído una nevada primaveral, de manera que, cuando Tyler y su esposa entraron en el pueblo a media tarde, la nívea capa seguía recubriendo las oscuras ramas y algunos tejados, y

aún quedaba un poco de nieve en torno a los escalones de la pequeña iglesia blanca–. Qué ilusión –repitió Lauren, volviendo la cabeza para mirar mientras atravesaban el centro del pueblo–. Tu primera iglesia, Tyler.

–Si me quieren. –Tyler paró junto a la acera para echar una ojeada a las indicaciones que le habían dado.

–Te querrán. Soy yo la que tiene que pasar el examen. –Lauren volvió el espejo retrovisor para verse y se pintó los carnosos labios–. Cariño, démonos prisa –añadió, cerrando el bolso azul–. Me estoy haciendo pis.

La calle Mayor de West Annett tenía un pequeño colmado, un consultorio médico, la iglesia congregacionalista, la rectoría, una minúscula estafeta de correos blanca y un viejo centro comunitario enfrente del cementerio. Más adelante la calle se bifurcaba y, en el tramo superior, se alzaban los tres edificios blancos de la Academia Annett, que prestaba servicio al pueblo y también recibía alumnos de localidades cercanas, demasiado pequeñas para tener una escuela superior. Main Street continuaba, serpenteando por una cañada y siguiendo el curso de un muro de piedra, hasta llegar al Ringrose Pond, y allí, no lejos de la calle, se hallaba la gran casa blanca de Auggie y Sylvia Dean, con las cortinas blancas recogidas en todas las ventanas.

La tensión había ido en aumento mientras las mujeres destapaban las fuentes de comida, distribuían las servilletas de papel, disponían en abanico los tenedores y cucharas en la mesa plegable cubierta con un mantel blanco y colocada al lado de la mesa del comedor, bajo la ventana salediza. «Ya están aquí, ya están aquí», se oyó gritar por toda la casa cuando alguien vio que Tyler y Lauren se acercaban por el sendero, probablemente después de haber aparcado en la calle, a cierta distancia de la casa, porque el camino particular ya estaba lleno de coches.

Lauren Caskey era distinta de lo que todos esperaban. Fuera lo que fuera lo que esperaban, no era ella. De pie en el umbral, era más baja que su marido (como casi todos), pero seguía habiendo algo «grande» en ella: tenía los ojos grandes, la boca grande, las mejillas grandes y redondas… Y si bien los zapatos –preciosos, pero con una tira en el talón, ¡y eso que aún había nieve en el suelo!– no eran tan grandes como parecía requerir el resto de su persona, tenía unas pantorrillas espléndidas y torneadas, visibles a través de las medias de nailon cuando cruzó el umbral con una planta en la maceta que sujetaba entre ambas manos y un bolso azul de piel colgado de la muñeca. La expresión de su cara era difícil de descifrar, según convinieron más adelante los presentes, con aquellos ojos castaños tan abiertos, y la cara redonda enmarcada por los cabellos rojizos.

Sylvia Dean le cogió la planta: la colocaría en la ventana del salón; era innecesaria pero muy bonita. Auggie ayudó a la señora Caskey a quitarse el abrigo, y en ese momento todos se dieron cuenta de que estaba embarazada de poco tiempo. Cuando se inclinó hacia delante y dijo «Dios mío, ¿puedo ir directa al baño? Ha sido un viaje largo», varias voces femeninas la tranquilizaron: «Claro, está ahí, al lado de la cocina… No, no, mejor que vaya arriba… Sí, por aquí, yo se lo enseño… Nos acordamos bien de lo que es…».

Durante los minutos de su ausencia, toda la atención se dirigió a Tyler, quien estaba increíblemente cómodo. Su expresión franca y el fuerte apretón de su mano de oso (no demasiado firme, pero en absoluto flojo, tal como dictaba *La esposa del pastor*, un libro que la madre de Tyler le había regalado a Lauren) eran agradables. «Hola, Charles –dijo, con un gesto de la cabeza–. Hola, Auggie. Qué alegría volver a veros. Encantado. –Y continuó saludando, bajando la cabeza para mirar a los presentes a los ojos, con su risueña mirada azul–. Vaya banquete nos habéis preparado. Esto es

fantástico». Su sonrisa abarcó al grupo de mujeres que seguían yendo y viniendo entre la cocina y el salón.

–Gaseosa de jengibre, si tenéis –respondió a Irma Rand–. Ah, genial. Oh, creo que ella también querrá un poco, pero ¿qué te parece si esperamos a que vuelva y se lo preguntamos?

También aquello se comentó, el hecho de que el reverendo dejara que su esposa hablara por sí misma, y ella lo hizo: pidió zumo de arándanos y llevaba tanto carmín que dejó de inmediato un cerco en el vaso. Pero, al final de la velada, el carmín de la señora Caskey se había borrado un poco y se la veía pálida, sentada al lado de Sylvia Dean en la gran butaca.

–Oh, no, tú descansa –le ordenó Sylvia cuando Lauren intentó levantarse.

–Pero… yo no puedo teneros a todas sirviéndome y no echar una mano con los platos –exclamó la joven, y fue Alison Chase quien le dijo:

–Anda, ven al fregadero y ponte a secar.

Así que Lauren Caskey se puso a secar tenedores en la cocina, donde preguntó a las otras mujeres por sus hijos o, en algunos casos, por su trabajo, dado que Marilyn Dunlop enseñaba dibujo en la Academia y Doris Austin tocaba el órgano en la iglesia y, sirviéndose de una sola mano y la cabeza, dirigía también el coro.

–No sé cantar –dijo Lauren.

–No eres la única del pueblo –observó Ora Kendall, deteniéndose para mirar a Lauren a través de las enormes gafas de montura negra, con los oscuros rizos alborotados. Después siguió su camino, dado que había encontrado el recogedor y la escoba en un armario. Se había roto un vaso en el salón. El viejo señor Wilcox lo había tirado al suelo al retroceder hacia la mesa y, al principio, ni tan siquiera se había dado cuenta.

–Muchas personas creen que no saben cantar –dijo Doris–, pero pueden aprender.

A Lauren le habían aparecido gotitas de sudor en el nacimiento del pelo.

–Tenemos nuestra sociedad histórica –observó Bertha Babcock–. A lo mejor quieres apuntarte. Algunas familias del pueblo llevan aquí hace doce generaciones. Los primeros colonos eran gente fuerte.

–Organizamos bailes en el centro comunitario –dijo Rhonda Skillings–. A Alvin se le da de maravilla marcar los pasos. El Club de las Parejas es afortunado de tenerlo.

–¿Qué te gusta hacer, Lauren? –preguntó Alison Chase.

–Me gusta ir de compras –respondió Lauren–. Me encanta el olor de los grandes almacenes.

Alison lanzó una mirada a Sylvia Dean y le dio a Lauren un plato para que lo secara. Con un gesto de la cabeza, le señaló la barriga.

–Bueno, imagino que dentro de poco tendrás mucho que hacer. ¿Tienes algún *hobby*? Irma y yo nos hemos aficionado a pintar pájaros.

–Dios mío, creo que voy a tener que sentarme –dijo Lauren.

–Ven –se ofreció Ora Kendall, y volvió a llevarla a la butaca del comedor, donde se quedó hasta el momento de despedirse.

Los Caskey habían declinado la invitación a pasar la noche en casa de Auggie y Sylvia Dean, aduciendo que tenían previsto quedarse con unos amigos en Bangor antes de regresar a la mañana siguiente para el sermón de Tyler. De hecho, iban a dormir en un motel de carretera y, cuando se marcharon en el viejo Packard, un regalo del padre de Lauren, fueron tema de conversación en casa de los Dean. «Muy campechano», dijo alguien de Tyler, y otros estuvieron de acuerdo, mientras Charlie Austin guardaba silencio. Las opiniones sobre Lauren fueron comedidamente

positivas. Había algo de ella que a las mujeres presentes no les había gustado, pero ninguna quería ser la primera en decirlo. Era algo más que su comentario sobre ir de compras y los grandes almacenes. Tenía que ver con su aspecto. («¿Qué pasa cuando el sexo pierde interés?», le murmuró Ora Kendall a Alison). Lauren Caskey parecía demasiado consciente de su atractivo, de un modo impropio de la esposa de un reverendo, y si Tyler no hubiera dado un sermón tan espléndido a la mañana siguiente, quizá no le habrían ofrecido el trabajo. De cualquier modo, los zapatos de Lauren Caskey dieron mucho que hablar esa noche. La tira en el talón era totalmente inapropiada para esa época del año. Eran bonitos, con esas finas trencitas alrededor del dedo gordo, pero ¿no era extraño que una mujer en su estado llevara tacón? Corría el riesgo de caerse y…, bueno, eso era asunto suyo, suyo y de Tyler, y él parecía un hombre encantador.

–No ha estado tan mal –dijo Tyler, mientras conducía por las carreteras secundarias–. Son buena gente. –Hacía muy poco que había anochecido. Los anfitriones les habían pedido que llegaran a las cuatro y media, porque los habitantes de West Annett tenían costumbre de cenar temprano, incluso los sábados. La cena había empezado a las cinco y media, y a las ocho los Caskey ya estaban en la carretera.

–Ha sido extraño –observó Lauren.

Tyler quería asegurarse de no perderse por el laberinto de carreteritas y estaba atento para no pasarse ningún desvío.

–¿No han sido amables contigo? –Le cogió la mano.

Lauren bostezó ruidosamente.

–¿Quién era la del horrible pintalabios naranja? Le gusta pintar pájaros. ¿Qué significa que le gusta pintar pájaros?

–No me he fijado en el pintalabios –respondió Tyler.

–Los hombres eran majos –continuó Lauren–. Aunque callados. Pero tu sermón les encantará. Y a las mujeres les caes bien. Dirán a sus maridos que te voten.

–Vota toda la congregación.

–¿Quién era el tío pelirrojo con la cara colorada? Creo que su esposa es la organista.

–Charles Austin.

–Lo siento por él, Tyler. En el fondo, es un lobo.

–¿Un lobo?

Tyler supuso que había utilizado el término con el significado que tenía en el ejército, para referirse a un hombre que andaba detrás de las mujeres. Charles Austin no le parecía la clase de hombre que anda detrás de las mujeres.

–Es un lobo colorado disfrazado de cordero. Créeme, Tyler. Y te diré otra cosa –le advirtió Lauren aquella noche en el coche–: esa Jane Watson… Ten cuidado con ella. –Lauren se acurrucó contra él y apoyó la cabeza en su hombro–. Voy a dormir un ratito.

Pero en la habitación del motel se sentó en el borde de la cama y se echó a llorar. Tyler se acomodó a su lado y la rodeó con sus robustos brazos.

–Dios mío, Lauren –dijo–, era un salto al vacío, y has estado espléndida.

Por las redondas mejillas le corrían regueros de lo que parecía pintura negra. Tyler sacó el pañuelo y le enjugó la cara.

–Tú has estado muy bien hablando con todos –comentó Lauren–. Esas cosas se te dan bien.

–Lo que yo quiero es ser un buen marido para ti.

Oh, qué felices fueron esa noche. Temprano por la mañana, cuando se despertaron,

volvieron a ser felices: sus alientos se mezclaron y Tyler se notó las axilas húmedas mientras se amaban.

Más tarde, con todos los bancos de la iglesia llenos a rebosar, mientras el sol entraba a raudales por las ventanas laterales, la congregación se puso en pie y cantó las cinco estrofas completas del himno de apertura:

Tras las tinieblas surge ya la luz…
En vida y muerte, quédate conmigo, Jesús.

La música de órgano cesó, los fieles dejaron los libros de himnos en la ranura del respaldo del banco delantero y se sentaron, arreglándose rápidamente el jersey, alisándose la falda o el pantalón. En el silencio que siguió se respiraba un ambiente de esperanza, de expectación. Cuando se dirigió al centro del presbiterio, Tyler sintió dentro de sí el irrefrenable despliegue de una gran alegría.

–Dios es misericordioso –dijo a los habitantes de West Annett, con la voz grave y rebosante de confianza–. Dios no nos debe nada. Nosotros se lo debemos todo.

3

Si aún quedaban dudas sobre Lauren Caskey –y quedaban–, eran muy pocas las que había respecto a su marido, el cual ocupaba su sitio en el presbiterio todos los domingos, mientras el órgano terminaba el preludio, y parecía totalmente cómodo a juzgar por su figura robusta, envuelta en la sotana y circundada por un halo de fuerza y franqueza. En aquellos primeros años, cuando se acomodaban en los bancos, los miembros de la congregación tenían la sensación de hallarse en presencia de un gran calor; y el calor, en West Annett, no era algo que creciera en los árboles. Hay que entender que las regiones interiores de la Nueva Inglaterra septentrional, con sus veranos breves y calurosos y sus largos inviernos tristes, habían engendrado desde hacía generaciones un estilo de vida que giraba en torno a la necesidad de resistir. A un niño que resbalara en un camino particular helado y se golpeara la barbilla contra la puerta del coche probablemente le dirían: «Aprieta los dientes y aguanta», aunque uno de esos dientes, como le ocurrió a Toby Dunlop, le hubiera atravesado el labio inferior y le asomara por debajo. No era necesario llevarlo al médico. «Sobrevivirás», le dijeron, y él sobrevivió: con una pequeña cicatriz blanca que nunca enseñó a nadie, salvo a su primera novia. Si los hombres no eran especialmente locuaces, sus padres tampoco lo habían sido. Si las mujeres cocinaban platos que podían parecer sencillos y sosos a los forasteros, era porque se servían de lo que tenían a su disposición: pollo, patatas, maíz en lata. Y si sus hijos no tenían permiso para recibir anestesia cuando les trepanaban una caries, no era por insensibilidad, sino por el convencimiento de que la vida era una lucha y la personalidad se forjaba a cada paso del camino.

Y la vida era una lucha. En West Annett, durante todo el invierno, se formaban gruesas capas de hielo que había que rascar de las puertas de las casas y de los parabrisas de los coches, y también había que poner cadenas a las ruedas para que los vehículos pudieran circular a paso de tortuga por carreteras cubiertas de nieve, aunque solo fuera para ir al colmado. A menudo, las familias calentaban únicamente una o dos habitaciones durante los meses de invierno; las calderas se estropeaban y

las estufas de leña había que alimentarlas con troncos que se subían a casa desde el granero o el sótano. En su mayor parte, las viviendas estaban demasiado alejadas entre ellas para ir a pie de una a otra, y el aislamiento era duro de soportar para los ancianos, para las madres con hijos pequeños y para todos, en realidad. La gente iba a la iglesia no tanto porque lo considerara su deber, sino porque, de ese modo, tenían la posibilidad de salir de casa, de arreglarse, de enterarse de las novedades de la zona. Escuchar el sermón entero durante el largo mandato del reverendo Smith significaba apretar los dientes y aguantar, y muchos hombres no lo hacían. No era insólito en esa época que se quedaran en casa el domingo por la mañana, después de haber acompañado a la iglesia a sus esposas e hijos.

Pero Tyler Caskey era algo completamente distinto. El hecho de que no leyera los sermones, de que ni tan siquiera pareciera utilizar notas, permitía a sus feligreses observarle la cara franca y vuelta hacia ellos; una luz parecía iluminarle las facciones. «Adoremos al Señor –decía, y se notaba que hablaba en serio–, adoremos a nuestras madres y a nuestros padres, y a nuestros hijos. Adoremos los árboles cubiertos de nieve de las colinas, los muros de piedra construidos por hombres fuertes, a los carboneros que desafían el invierno y a los petirrojos que regresan en primavera. Demos gracias. Adoremos a Cristo, nuestro Señor».

La idea de que estaba corriendo un riesgo al permitir que surgieran fuertes sentimientos de afecto hacia él en algunos miembros de su parroquia –de que la asistencia a sus servicios aumentara bruscamente porque la gente deseaba hallarse en presencia de su sincero calor–, la idea de que todo aquello encerraba algún peligro era una posibilidad que Tyler no reconocía. Cuando un día entre semana fue a visitar a George Atwood al Seminario Teológico de Brockmorton y le habló de lo entusiasmado que estaba con su nuevo trabajo, el viejo profesor se había limitado a escucharlo y solo le había dicho: «Me recuerda la observación que Hirohito hizo a un edecán: “Los frutos de la victoria están cayendo demasiado rápido en nuestras bocas”». De regreso a casa, Tyler pensó que el profesor quizá sentía una leve amargura porque ya era viejo y había perdido el entusiasmo.

Recordó ese episodio el domingo por la mañana, mientras se abrochaba la camisa nueva. Un frente tormentoso se había instalado durante la noche, y los días de octubre de cielos despejados y sol radiante habían dado paso a una lluvia torrencial. Por la ventana del estudio, Tyler veía las gotas golpear los ladrillos del jardín con tanta fuerza que rebotaban en su superficie, como balas de agua que estallaban.

Metió el texto del sermón en una carpeta y salió al pasillo en dirección a la cocina.

Margaret Caskey, que estaba pelando una patata, dijo que esa mañana no iría a la iglesia y se quedaría en casa con la pequeñina para preparar la comida, pero que Katherine Estelle debía ponerse las botas e ir a catecismo.

–¡No querrás destrozar los zapatos nuevos que te compró la tía Belle! Aunque, por lo que parece, ya los ha rozado mucho.

La niña sabía que su abuela no le tenía simpatía. Sentada al lado de su padre en el coche, mientras escuchaba el vaivén de los limpiaparabrisas y se miraba las botas rojas apoyadas en el asiento, se preguntó si su padre también lo sabía. Volvió la cabeza y lo miró.

–¿Qué pasa, tesoro? –le preguntó Tyler–. ¿Tienes que vomitar otra vez? –Ese jueves había ido a buscarla a la enfermería del jardín de infancia (no había visto a la señora Ingersoll) y Katherine parecía estar bien desde entonces. El viernes la había tenido en casa, coloreando en silencio en el estudio mientras él leía. Más tarde, habían salido a

dar una vuelta en coche y no habían regresado hasta que era de noche, la niña dormida, con el cuellecito inclinado hacia un lado.

Ahora Katherine agitó una vez los pies calzados en las botas rojas. Notó calor en la cara al recordar a Martha Watson gritando: «¡Katie Caskey ha vomitado y apesta!», y a los niños tapándose la nariz.

–¿Katherine? –Su padre le puso la enorme mano en la rodilla y se la apretó con suavidad. Ella se rio al notar la deliciosa sensación, como si alguien agitara una varita mágica dorada dentro de su rodilla. Y cuando, un momento después, él retiró la gran mano caliente, la ausencia le pareció tan tremenda como la felicidad que su rodilla acababa de sentir–. Con la lluvia de hoy no habrá tanta gente –siguió Tyler, mirando el parabrisas cubierto de agua.

Pero había tanta gente como de costumbre. En el aula de catecismo, Alison Chase no daba abasto. Los niños saltaban por doquier, como pajaritos vestidos de vivos colores. «Buenos días, Katherine», saludó la señora Chase, y los labios pintados de naranja se le ensancharon en una sonrisa, pero no añadió nada más y Katherine se quedó con las botas puestas toda la mañana, notándose los pies húmedos y demasiado calientes.

El color naranja de los labios de la señora Chase era tan desagradable que Katherine ni tan siquiera quería mirarla, y cuando ella se llevó a los niños a la sala de reuniones, Katherine se quedó rezagada mientras todos cantaban «¡Qué amigo nos es Cristo!» y la señora Chase tocaba el piano. Tenían que rezar el padrenuestro con la cabeza gacha y los ojos cerrados, pero Katherine no los cerró. Se miró las botas rojas de goma y, en mitad de la oración, dijo con calma, en voz baja: «Odio a Dios».

En el vestíbulo, antes de entrar en la iglesia, las mujeres se sacudieron las gotas de lluvia de los gorros de plástico transparente y, tras relajar un poco los hombros, se desabrocharon los abrigos, pero se los dejaron puestos, porque las mujeres debían dejarse el abrigo en la iglesia; los hombres no. Ese día, los hombres, en el vestíbulo o en el pasillo antes de sentarse, se los quitaron y los doblaron formando húmedos fardos de forma cuadrada, que dejaron a su lado en los cojines carmesíes o deslizaron bajo los bancos. Cuando el preludio del órgano cesó, se oyó algún rugido de estómago, el tintineo de un juego de llaves contra el suelo, y todos se acomodaron en los bancos, mirando expectantes al reverendo Caskey cuando subió al púlpito. Pero ni tan siquiera ahora, después de un año entero, nadie se atrevía aún a sentarse en el banco de la tercera fila.

Aquella mujer había sido hermosa, sin duda.

Había sido hermosa, con el lustroso pelo visible sobre el cuello de piel del abrigo beis de lana; hermosa cuando estaba al lado de su marido en los escalones de la iglesia, con las mejillas radiantes bajo el sol invernal. Aunque parte de aquella hermosura fuera fruto de un maquillaje sublime y de la ropa cara y elegante. Lauren Caskey, se decía, debía de pasar mucho tiempo delante del espejo, porque definitivamente no parecía pasarlo en ninguna otra parte. Era cierto: resultaba curiosa su ausencia en ocasiones en las que era lógico esperar la presencia de la esposa de un reverendo. La Sociedad Benéfica, el Comité de Apoyo, el Comité para los Misioneros: ella nunca estaba presente. Pero, por supuesto, tenía una niña de la que ocuparse, aparte del pelo –una ceja se enarcaba entonces–. Pelo cuyo color de manzanas maduras bajo el sol era de bote y cuyas raíces requerían, según habían decidido las expertas en la materia, atención mensual y cuidados especiales.

Pero si Lauren Caskey sabía de la ambivalencia que suscitaba, nadie lo habría

sospechado al verla sentada en el banco de la tercera fila todos los domingos, dedicando una espléndida sonrisa a quienes la rodeaban. Al cabo de un tiempo, la minúscula Katherine Estelle de rubios cabellos empezó a sentarse en el banco con ella, donde jugaba con una muñeca de trapo y una vieja mantita. De vez en cuando, chasqueaba la lengua o le cantaba una nana a la muñeca, y los fieles sentados detrás de ellas veían a la señora Caskey tocarle el hombro a su hijita y llevarse un dedo a los labios. Madre e hija se encogían de hombros y arrugaban la cara en una sonrisa recíproca, como si compartieran un secreto, y la niña volvía a quedarse callada. Había algo, algo difícil de precisar, pero aquella madre y su hijita continuaban suscitando reacciones. La madre no era lo bastante simpática, en parte era por eso. Por mucho que luciera una amplia sonrisa y estrechara la mano de todos en el vestíbulo después del servicio, Lauren Caskey desprendía una cierta despreocupación, como si no le interesara ir a casa de nadie ni tampoco la vida de los habitantes de aquel pueblecito.

Pero después la señora Caskey volvió a quedarse embarazada y su marido la acompañaba por el pueblo cogiéndola por el codo. Era habitual encontrarla en la sala reservada a los niños de la biblioteca de la Academia, en compañía de Katherine. La bibliotecaria, la señora White, explicaba que la madre era buena con la niña y le leía en el gran banco de la ventana, y que la niña pegaba la oreja a la protuberante barriga de la madre. No obstante, un día, la señora White vio a la madre susurrarle algo a su hija mientras ella dibujaba en una hoja, y escuchó a la niña responder, en un sonoro susurro: «¿En la cosita?».

Recordando aquel episodio mientras apoyaba el peso en el brazo del banco ese lluvioso domingo de octubre, la señora White se permitió preguntarse por un momento si, incluso antes de la tragedia, el reverendo no había sentido, a veces, que la vida le había dado más de lo que podía soportar.

Cuando Tyler estaba en el presbiterio con su sotana, ¿sentía la presencia de Dios? No, sentía la presencia de Rhonda Skillings, sentada en el sitio de siempre, hacia el fondo, al lado de su marido. Tenía la certeza de que ya le habrían hablado de Katherine, de que estaba al acecho, con los pendientes de perlas y la blusa blanca de volantes, como un gato de lustroso pelaje, a la espera de abalanzarse sobre la niña. Recordó que Rhonda le había dicho una vez que había sido una alumna ejemplar en la universidad, miembro de la prestigiosa sociedad Phi Beta Kappa.

Pero, cuando subió al púlpito, el familiar crujido de los tablones del suelo bajo la alfombra, y las familiares palabras que leyó, le brindaron un momento de consuelo. «Los que confían en el Señor renovarán sus fuerzas… correrán y no se fatigarán, caminarán y no se cansarán». Percibió el familiar olor del calor que desprendían los radiadores, oyó el golpe de una rodilla contra el respaldo de un banco, un quedo y avergonzado ataque de tos. Sintió un extraño placer al oír los leves chasquidos de alguien que se estaba cortando las uñas en un banco lateral. Cuando puso la mano sobre la Biblia («Y habrá allí una calzada y será llamada Camino de Santidad»), lo asaltó el vívido recuerdo de lo mucho que gozaba antes –oh, tremendamente– con todo eso. Él, el reverendo Tyler Caskey, estaba guiando a esas personas hacia una vida llena de la infinita bondad de Dios.

Muy muy lejos, tan lejos que parecía habitar en una minúscula cabaña en un horizonte lejano, se perfilaba la palabra «fracaso». Estaba tan lejos que no se veía, y no había necesidad de verla: la señora White le estaba sonriendo, con la cabeza ladeada y una expresión atenta.

–La paz entre las naciones –dijo Tyler despacio– debe apoyarse en los sólidos

cimientos del amor entre los individuos. Las enseñanzas de Mahatma Gandhi –añadió.

Se apartó del púlpito y casi tropezó con una maceta de crisantemos de color remolacha. Cuando se sentó durante las ofrendas, escribió las letras «OK» en el margen del folio que contenía el sermón. Las mujeres de la Sociedad Benéfica se turnaban para encargarse de las flores, y ese mes Ora Kendall había llevado una gran cantidad de crisantemos. El domingo anterior Tyler había escrito «OK» para recordar que debía hablar con ella, pero después se había olvidado.

Mientras estaba sentado en la silla del presbiterio, que en el seminario llamaban jocosamente «el trono», y miraba a los ujieres que iban entre los bancos con el plato de las ofrendas, le pareció que Charlie Austin estaba más colorado que de costumbre, de pie en el pasillo, dándose palmaditas en el pantalón mientras esperaba a que le pasaran el plato. «DA», escribió Tyler debajo de «OK», aunque no le hacía ninguna falta avisarse de que debía llamar a Doris: su visita a su estudio le pesaba en los hombros como una capa empapada de lluvia. Había intentado llamarla el viernes, cuando sabía que Charlie y sus hijos estaban en la escuela, pero ella no había cogido el teléfono. Volvería a intentarlo por la mañana. Se levantó para el gloria, apenas consciente de la lluvia que caía con fuerza contra las ventanas ni del gris oscuro del cielo tras los cristales. «Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo».

–El sermón de hoy –dijo Tyler– trata de la fidelidad de Dios. –Se aclaró la garganta–. Según las enseñanzas de las profecías de Isaías. –Le alegraba que su madre hubiera decidido quedarse en casa. No le gustaba leer los sermones, pero ese lo estaba leyendo con pasión, o eso le parecía. Aun así, ya desde el principio, sintió que los estaba perdiendo; no percibió el menor indicio de interés ni siquiera cuando habló de Isaías serrado por la mitad durante el reinado de Manasés. Cuando alzó la cabeza para hacer una pausa, vio a Charlie Austin sentado en una postura de lo más ofensiva: casi de espaldas a él, prácticamente vuelto hacia al pasillo, con el codo apoyado en el respaldo del banco mientras miraba la ventana de enfrente con tal ensimismamiento que nadie podría haber dudado que no estaba pensando ni en Isaías, ni en Manasés, ni en Tyler Caskey, sino quizá preguntándose si era hora de llamar a alguien para que reparara los canalones.

Tyler siguió leyendo, se trabó, continuó y, cuando volvió a alzar la vista, vio que Carol Meadows, quizá una de las mujeres con más corazón de la parroquia, lanzaba una discreta mirada al reloj.

«Oh, Señor, da a tus siervos la paz que el mundo no puede dar…».

En el vestíbulo, mientras la música de órgano llenaba el pasillo, estrechó las manos con más firmeza que de costumbre. Miró a Rhonda Skillings a los ojos y le sonrió con afecto. «Buenos días, Rhonda». Y ahí estaba Charlie Austin, cuya cara parecía una colorada máscara de desprecio, que se limitó a asentir cuando Tyler lo saludó: «Buenos días, Charlie». Ora Kendall era la siguiente, y Tyler le cogió la mano y le dijo: «Ora. Has traído unas flores espléndidas. Muchas gracias. Son maravillosas. Muchas gracias».

La lluvia azotaba la ventanilla del coche aparcado con tanta fuerza que parecía que llovieran clavos, pero dentro, donde Charlie Austin estaba sentado fumándose un cigarrillo, el ruido era distinto: un repiqueteo leve y constante mientras las gotas de agua caían en el asiento y el reposabrazos, le rodaban por el pantalón y se lo humedecían. La punta del cigarrillo, vuelta hacia el centímetro de ventanilla bajada, también se había humedecido. Lo arrojó por la rendija, subió la ventanilla del todo y miró el montón de periódicos esparcidos a su lado en el asiento. Después de haber

estado sentado dentro de esa especie de ataúd blanco forrado de granate que era la iglesia, y después de haber soportado el fastidio de ver a Caskey pasear por el púlpito como un potro demasiado crecido que no se sostenía sobre las patas, una especie de pesada depresión se había cernido sobre él y, debajo, Charlie había encontrado alivio; acogió con gusto el embotamiento, el respiro.

Se había llevado los periódicos de la semana anterior con la idea de hojearlos como hacía a veces, cuando pasaba la hora del café en el coche. Los miró con cautela, porque la situación mundial le preocupaba. Estaba Eisenhower, un hombre inteligente que últimamente solo hacía el payaso, que no era capaz siquiera de convencer a los trabajadores siderúrgicos para que volvieran al trabajo, mientras Jruschov gritaba a las Naciones Unidas… Y los Estados Unidos, demasiado joven para comprender la diferencia, conducía sus bonitos cochazos nuevos derechos al infierno. Eso le parecía a Charlie: el país era ingenuo; había espías por doquier. No es que él supiera qué hacer. No tenía la menor idea ni parecía capaz de formarse una opinión; solo advertía el peligro inminente y pensaba que era curioso, extraño, que, aunque a uno no le importara morir, que era como él se sentía casi siempre, de todos modos pudiera estar muerto de miedo.

Encendió otro cigarrillo, bajó la ventanilla y alzó el brazo para saludar a Alvin Merrick, que iba encorvado bajo la lluvia hacia su coche: se sonrieron a través del humo y la ventanilla empañada, en recíproco reconocimiento de las horas del café que cada uno de ellos pasaba en la intimidad de su coche. Pero la sonrisa bastó para perturbar la sensación de embotamiento; dentro de Charlie, los ladrillos del deseo surgieron y se ordenaron solos. La mujer de Boston, que en su mente aparecía no tanto por su nombre, sino por su lustrosa cabellera oscura, pareció entrar en el coche con toda la fuerza de su presencia y de una forma tan repentina que Charlie sintió un dolor que le dio náuseas, como si una cuchara dentada para pomelo le estuviera rascando el pecho por dentro. Empezó a temblarle la mano; dio una fuerte calada al cigarrillo y se puso un periódico en el regazo.

«Dios, ten misericordia», murmuró, aunque no creyera en Dios… No era que no creyera…, solo quería que todo terminara y cesara, como decían en el ejército. Cerró los ojos y pensó en el trasero de la mujer, en forma de pera, en la bella raja revelada cuando lo acercó a ellos en la habitación del hotel, con el dedo metido en el elástico para bajarse las bragas. Habían jugado al póquer, él, ella y otro tío; no se podía creer que fueran a hacerlo, pero así había sido. Podría haberla odiado por la forma en que gozaba de su poder, de no haber sido porque era evidente que los deseaba –especialmente a él, según parecía–, hasta el punto de que, por los gemidos que ella había soltado al final, Charlie había entendido el significado de poseer a una mujer. Él la había poseído y ahora, Dios lo sabía, ella lo poseía a él.

Oyó el fuerte chirrido metálico de la puerta trasera del coche al abrirse y el torpe revuelo de alguien que entraba; se volvió asustado y gritó:

–¡Jesús!

–Perdona, papá. –El muchacho, su hijo mayor, estaba sentado detrás de él–. ¿Te habías dormido? Perdona, papá.

Charlie no respondió. El muchacho lo hacía a veces, pasaba la hora del café en el coche con él, crujiéndose los nudillos, restregando los pies contra la áspera alfombrilla; su presencia en el asiento trasero era como una telaraña que se extendía por la cabeza de Charlie.

–Perdona –repitió el muchacho en voz baja.

–No estaba durmiendo. ¿Quieres un periódico? –Charlie cogió los que quedaban en

el asiento de al lado y el muchacho debió de interpretar el gesto como una invitación, porque empezó a pasar por encima del respaldo del asiento del acompañante con la cabeza por delante. Sin embargo, el cuerpo largo y flaco se le quedó atascado: era demasiado mayor para hacer esas cosas. Tenía la oscura pernera del pantalón casi en la cara de Charlie y el largo zapato negro a punto de tocarle la mejilla–. Por el amor de Dios –dijo Charlie, agarrándolo por las larguiruchas piernas y ayudándolo a terminar de pasar. El muchacho soltó una risita nerviosa, como si aún fuera un chiquillo y no ese caos intermedio de lastimosa timidez que constituía su personalidad a los trece años.

Por fin alcanzó el asiento, con el abrigo de catecismo de mangas demasiado cortas enrollado alrededor del cuerpo mientras se acomodaba, el pelo pelirrojo oscurecido por la lluvia, y algunas gotas que aún le caían de las grandes orejas pálidas. Todavía no tenía las espinillas de su hermana mayor, pero Charlie pensaba que su hijo era uno de los muchachos más feos que había visto nunca: tenía la nariz grande pero con la punta de patata, y un mentón que, en el mejor de los casos, solo podía calificarse de «débil», hasta tal punto que, si la cara se le alargaba más, era probable que ni tan siquiera se le viera. Charlie no lo sabía con certeza, pero creía que el muchacho tenía pocos amigos. Quizá no tuviese ninguno.

–Papá, ¿qué piensas del Dodger Stadium de Los Ángeles?

–¿Qué le pasa?

–Es fantástico, ¿verdad? Cabrán cincuenta y cinco mil personas. Va a costar doce millones de pavos, papá.

Charlie asintió y miró el periódico que tenía en las manos. Los padres hablaban de deporte con sus hijos. Leyó las palabras que había ante sus ojos. «Seiscientos cincuenta millones de dólares para renovación urbanística». ¿Qué sería de Combat Zone, el barrio chino de Boston? ¿Renovar qué? No era un país tan viejo como para tener que renovarse.

–Oye, papá. ¿Qué opinas de que la Liga Nacional de Hockey permita que los porteros lleven caretas protectoras? Lo están pensando, ¿sabes? Mira… –El muchacho le puso delante una fotografía de Jacques Plante, sacada durante un partido, con una especie de cesta en la cara. Charlie la miró con atención. No se podía culpar al hombre, suponía, por no querer que un disco que volaba a más de 150 km/h le rompiera más dientes. Pero ya ni tan siquiera parecía un hombre con todo lo que llevaba encima y la cara escondida detrás de esa especie de cesta. Parecía un loco. «Nos estamos volviendo todos locos», dijo para sí. Incluso en el deporte. Todos asustados y violentos. Lo invadió un miedo inexplicable; pensó en toda la delincuencia juvenil que había en el país. Ahí estaba, en la tercera página: en Brooklyn, un director de escuela se había suicidado porque en su centro había mucha delincuencia. La gente creía que esas cosas solo pasaban en las grandes ciudades, pero se estaba propagando a lo largo del río. La semana anterior, Charlie había visto a un grupo de gamberros merodeando por la estación de autobuses de Hollywell; no eran mucho mayores que su hijo, cuya cara poco atractiva lo estaba mirando con interés en ese momento, esperando una respuesta: los hijos querían que los padres tuvieran respuestas.

–Es buena idea –respondió–. Cambiará la naturaleza del juego, pero qué más da.

El muchacho asintió y volvió a mirar el periódico, doblado de lado igual que el diario que Charlie tenía en el regazo. Haber reproducido ni que fuera una mera parte de sí mismo le parecía un error de proporciones casi bíblicas. Que el fruto de tal reproducción se presentara bajo esa forma inocente, de orejas grandes y piel pálida, le provocó un dolor lacerante en el estómago revuelto. Llevaba años enseñando en la

Academia y contemplaba la torpeza de sus alumnos, y sus diversos matices, protegido tras una cortina de indiferencia; después de todo, tenían la ventaja de no ser suyos. Cerró los ojos y le vino a la mente una imagen. Se vio acercándose a su hijo por detrás, rodeándole el flaco cuerpo con el brazo, pegando la mejilla a la suya y diciéndole en voz baja: «Eres un buen chico y te quiero. Y por tu propio bien, desearía que no hubieras nacido».

En los fogones había tres patatas asadas, con la piel ennegrecida y agrietada.

–Gracias, mamá –dijo Tyler.

–Me gusta echar una mano –respondió ella–. Cuando no me quede nadie a quien ayudar, seré una vieja inútil.

En la mesa del comedor, mientras la lluvia tamborileaba en el techo del porche, Jeannie alargó la mano hacia la mantequera cuando Tyler se puso a bendecir la mesa. Su abuela abrió un ojo y la apartó hacia el centro de la mesa. Katherine se comió un trozo de patata, pero no tocó el pollo. Su abuela dijo:

–Ahora mismo hay niños llorando en algunas partes del mundo. Tienen tanta hambre que solo pueden llorar, y después están tan cansados que no pueden ni llorar. Algunos niños pasan tanta hambre que comen tierra.

–No pasa nada, mamá –intervino Tyler–. Tiene la tripa un poco revuelta.

Después de comer, sentado en el salón mirando a las niñas, que estaban en el pasillo atando un gorrito a la cabeza de la paciente Minnie, Tyler no le habló a su madre de la reunión con la señora Ingersoll, ni del órgano de la iglesia, ni de la visita de Doris. Se limitó a escucharla mientras ella recordaba:

–Esa noche cociné caballa. Y patatas asadas. Me dijo: «Gracias, Megs» y se sentó en su silla. Fueron sus últimas palabras, Tyler. «Gracias».

Tyler miró a las niñas y se preguntó por qué la gente explicaba siempre las mismas cosas; se preguntó, por un instante, si él también lo hacía. Creía que no.

–Tu padre era un buen hombre.

–Sí, sin duda –afirmó Tyler.

–«Sé siempre considerado –decía–. Piensa siempre primero en el prójimo». ¿Te acuerdas de cuando te lo decía?

–Todas las noches. –Tyler asintió–. Y después tú subías la escalera y me oías decir mis oraciones. –Su padre, debido a un accidente con el trineo sucedido años antes, estaba demasiado cojo para subir escaleras; de hecho, él se describía como un tullido.

–Oye –dijo su madre–, ¿te acuerdas de la esposa de Saul Feiffer?

–Claro –contestó Tyler–. Ilse. Saul la conoció mientras liberaba a los presos de los campos de concentración. En esa época era prácticamente una niña.

–Así es. Tenía diecisiete años cuando lo conoció. Eran miembros activos de esa pequeña sinagoga a las afueras de Arrington.

–Sí, claro.

–Pues se ha suicidado.

–¿Quién se ha suicidado?

–Ilse.

Tyler cerró los ojos.

–Es horrible –lamentó su madre–. Imagínate, sobrevivir a los campos solo para después suicidarte. Vivían en una casa muy bonita. Saul la había construido para ellos. Y fueron muy felices cuando tuvieron el niño. Evidentemente, muchos se han preguntado si el motivo fue la salud de Ilse, por la malnutrición que sufrió de joven. Odiaba a los perros. De eso me acuerdo. Los odiaba.

Tyler abrió los ojos.

–Mamá…

–Oh, no me oyen. Están en la otra habitación. Pero es una historia terrible, ¿no?

–Sí –convino Tyler.

–Puede que para los judíos no sea pecado.

Tyler se levantó.

–¿Qué hacen las niñas?

–¿Lo sabes, Tyler? ¿Sabes si es pecado para los judíos?

–Según tengo entendido –respondió él–, ellos creen lo mismo que nosotros. Nuestras almas no nos pertenecen y no podemos acabar con ellas.

–Es aún más chocante si piensas en su hijito, y creo que Saul es un buen hombre. Ojalá tu hermana se hubiera casado con un hombre mejor. No judío, claro. Eso difícilmente saldría bien.

–Tom es buena persona –dijo Tyler.

Oyó que las niñas se reían en el pasillo y se sentó otra vez en el sofá. No miró a su madre.

–Conduce un autobús, Tyler.

–Bueno, es una forma honrada de ganarse la vida.

–Tu hermana no es feliz, y yo no puedo hacer nada.

–Yo creo que Belle está bien.

–¿Ah, sí? Bueno, voy a recoger mis cosas. –Gritó en dirección al pasillo–: ¡Katherine, despídete de tu hermana y dale un beso!

Katherine quería mucho a su hermanita. Cualquiera que les prestara atención sabía que era cierto. Aunque rara vez la abrazaba, siempre estaba cerca de la pequeñina y esperaba a que la acariciara con sus manitas. Entonces sonreía y le devolvía las caricias. En una ocasión, cuando Jeannie estaba corriendo por el comedor, esta cayó al suelo y se golpeó tan fuerte en la cabeza que se puso a llorar: Katherine intentó levantarla con sus bracitos mientras le susurraba: «Tranquila, tranquila». ¿Pero alguna vez se fijaba alguien en algo?

Al asomarse al estudio de su hijo mientras él estaba en la iglesia, Margaret Caskey se dio cuenta de que apestaba igual que la habitación de un chiquillo; sospechaba que dormía allí, en el sofá, en vez de hacerlo en su dormitorio, y la idea le repugnaba. Ahora, mirando a Tyler, le dijo:

–Si Dios quiere, nos veremos la semana que viene.

–Ya no llueve tanto. –Tyler miró por la ventana–. Mejor así. Odio la idea de que conduzcas con lluvia.

–Tyler, escúchame. Sara Appleby conoce a una chica. Dejó la escuela para cuidar de su madre, que, por lo que sé, falleció hace poco. La chica… es ideal, Tyler. Vive en Hollywell. Sara asegura que es una persona encantadora y deberías llamarla.

–Jeannie –dijo Tyler, mientras las niñas perseguían a la perra por el pasillo hasta el salón–, deja tranquila a la perrita.

–A Minnie le encanta ser el centro de atención –afirmó la abuela, mirando a Katherine–. ¿Alguna mejoría en ese terreno, Tyler? Porque a mí no me lo parece.

–La cosa va bien, creo. –Tyler movió una mano hacia Katherine, que alzó la vista como si supiera que hablaban de ella, con los ojos brillantes ocultos bajo el pelo.

–¿Cómo se llama la chica que conoce Sara? –preguntó Tyler.

–Susan Bradford. Dale una oportunidad, Tyler –insistió su madre, dejando vagar la mirada por el salón–. Es malsano. No puedes seguir así.

Tyler abrazó a Jeannie mientras ella se retorcía; se quedó en la puerta, con una

mano apoyada en la cabeza de Katherine, y vio a su madre salir con el coche del camino particular. Había dejado de llover, pero fuera aún estaba oscuro y húmedo, y dentro de casa todo era silencio.

Esa noche telefoneó Ora Kendall y Tyler se alegró de oír su voz serena y cómica.

–Ora –dijo–, qué gusto oír tu voz.

–Fred Chase piensa que estás empezando a parecer católico.

–Bueno –replicó Tyler–, eso es una tontería.

–Claro que es una tontería. No le gusta que levantes los brazos cuando rezas y, debo decir, Tyler, que a mí me importa un comino lo que hagas con los brazos, pero nunca he visto rezar así a un reverendo. ¿Cuándo empezaste? Fred opina que pareces un sacerdote católico. Y Skogie dice que pareces a punto de organizar un Southern Revival* y hacer que todos nos cojamos de las manos.

–Bueno, Ora, no puedo decir que haya estado en muchos Southern Revivals últimamente.

–Haz que la gente se toque, Tyler, y te echarán visto y no visto.

–Nada de tocarse, Ora. Te lo prometo. –Miró a Katherine, que estaba cerca de él, coloreando en el suelo–. Te quería decir que los crisantemos de este mes eran preciosos.

–Ya me lo dijiste –respondió Ora–. Buenas noches.

Charlie Austin era la única persona del pueblo que sabía que Connie Hatch estaba siendo investigada por la policía del estado. Charlie conocía esa información porque su primo, que no era de la policía pero trabajaba en sus oficinas de Augusta, a menudo le revelaba detalles de carácter confidencial. La noche anterior le había hablado de Connie. Según parecía, había desaparecido dinero y algunos objetos de valor de la granja del condado cuando Connie aún trabajaba allí, hacía más de dos años. Connie era una de las tres mujeres investigadas, y Charlie no debía explicárselo a nadie.

Esa mañana, mientras veía a Doris intentar vaciar una lata de zumo de naranja congelado, tuvo, no obstante, la tentación de decirle:

–Oye, Doris, ¿crees que Connie Hatch podría robar en casa de Tyler?

Pero, aunque así fuera, no le importaba mucho, ni tampoco creía que Tyler tuviera un centavo que robar. Así pues, se limitó a quedarse sentado a la mesa, se pasó por la cara una mano que aún le olía a jabón después de la ducha de la mañana y poco a poco se dio cuenta de que Doris estaba de especial mal humor, pues estaba golpeando la lata de zumo de naranja congelado con el dorso de una cuchara de madera.

Doris hizo una pausa para arrebujarse en el albornoz.

–Odio el invierno –gruñó–. Odio la oscuridad y odio pensar en todos estos meses de nieve.

A Charlie le encantaba la nieve. Pero se calló.

–Desplazarse se convierte en un infierno –añadió su esposa–. Esto no va a descongelarse a tiempo. –Miró el reloj.

–No importa –le dijo Charlie–. Podemos pasar una mañana sin zumo de naranja, ¿verdad, hijos?

–Claro –respondió el hijo menor, con una especie de optimismo esperanzado.

–Mamá –intervino Lisa–, déjalo. Siéntate. Se te ha enfriado la tostada.

–Oh, no te preocupes por mí –dijo Doris, concentrada, apretando el zumo congelado con el dorso de una cuchara.

Charlie la miró y después apartó los ojos, porque no quería verla. Podría haber sido

una desconocida, aunque su presencia física le resultaba tan familiar como su propia mano, que en ese momento puso sobre la mesa, con los dedos separados, y a la cual observó con atención. La mujer de Boston había dicho que se podía saber el tamaño de la polla de un hombre por el tamaño de sus manos, pero, en su caso, había añadido, no era cierto. Le había reconocido que tenía las manos de tamaño medio, pero la polla enorme. Él no lo creía, pero sabía, de los vestuarios de la universidad y del período que había servido en el ejército, que la tenía más grande que la mayoría. Doris no lo sabía. Nunca había visto a ningún otro hombre.

–Charlie, espera –dijo Doris, mirándolo–. Creo que te lo podrás beber enseguida. Sé que te gusta tomar zumo de naranja.

–No importa –respondió él–. Acabo de decirte que no pasa nada.

No quería dominarla. No quería que le tuviera miedo. No quería nada, salvo que sus hijos estuvieran sanos y poder estar él en la cama de un hotel de Boston, con aquella mujer que le había dirigido palabras increíbles, explícitas y obscenas, y se había excitado tanto con la excitación de él que había emitido sonidos que Charlie ni siquiera imaginaba en una mujer.

–¿Papá?

Charlie se volvió para mirar a Lisa.

–Acabo de hacerte una pregunta.

–No estaba atento –se excusó él.

–Te he preguntado si has oído hablar de la operación Blue Skies.

Lisa pronunció las palabras con una especie de arrogante timidez; se estaba dando aires.

–¿Qué es la operación Blue Skies? –quiso saber Doris.

–Estaba hablando con papá –replicó Lisa.

Charlie debería haber dicho: «Lisa, sé educada con tu madre». Pero no le gustaba cómo olía la cocina. Sus dos hijos estaban comiendo gachas de avena, con la cabeza demasiado cerca del tazón. Las gachas debían de haberse quemado en la olla. Miró los fogones y frunció el entrecejo.

–No –contestó–. O quizá sí. ¿Es el proyecto gubernamental sobre armas biológicas?

«Te estoy atando –había dicho la mujer–, porque eres malo, muy malo». Primero había utilizado la corbata de Charlie (de color azul oscuro con rayas rojas, un regalo de cumpleaños de sus hijos varones, elegido por Doris; cuando lo había abierto y les había dado las gracias, había leído en los ojos de sus hijos que no la habían visto antes de ese momento), pero la mujer llevaba más ataduras en el bolso.

–¿Te has enterado de la protesta? –preguntó Lisa.

–No –respondió Charlie–. ¿Qué protesta? –Pero había separado la silla de la mesa y se estaba poniendo de pie–. Vamos, hijos –les urgió–. Acabaos el desayuno.

–Aún hay tiempo, Charlie. Lisa está hablando contigo.

Así que Charlie se obligó a mirar a su hija, pero ella parecía inusitadamente exaltada, moralista. Le entró miedo. Lisa le estaba contando que todos los días un grupo de personas se apostaba en las verjas de Fort Detrick, en Maryland. Querían detener las investigaciones sobre armas bacteriológicas. ¿Qué pensaba él?

–¿Quién? –preguntó Charlie.

–Tú –contestó Lisa.

–¿Qué pienso sobre qué?

Lisa se puso a llorar. La cara colorada, con la frente salpicada de espinillas rojas, se le congestionó.

–Papá –protestó–, ¡no me estás escuchando!

–¿Por qué no la escuchas? –le reprochó Doris.

Charlie volvió a sentarse.

«Eres un chico muy malo –le había dicho la mujer–. Mereces que te torture. –Le había pasado la mano por el cuerpo–. Quiero oírte suplicar».

Le entraron ganas de vomitar.

–Te estoy escuchando –dijo–. Estabas diciendo que la gente organiza una protesta todos los días para pedir al Gobierno que pare las investigaciones sobre armas bacteriológicas. ¿Ves? Lo he oído todo.

A Lisa le temblaba la boca.

–Solo quería saber qué piensas tú –dijo.

Charlie miró alrededor. Doris estaba vertiendo el zumo de naranja en vasos. Los dos muchachos estaban sentados con la cabeza gacha.

–No lo sé –respondió.

–Simplemente pensaba que, como has estado en la guerra, a lo mejor tenías una opinión –replicó Lisa, poniendo los húmedos ojos en blanco.

A Charlie no se le ocurrió nada que decir. Hasta ese momento, no recordaba que ninguno de sus hijos hubiera mencionado nunca que había estado en la guerra.

–Te diré lo que pienso yo –dijo Doris, dejando la lata de zumo de naranja–. Creo que más vale que sepamos defendernos y, si tenemos armas bacteriológicas, a lo mejor los rusos no empiezan una guerra atómica.

–¿Por qué no construimos un refugio? –preguntó el hijo menor muy serio–. Los Clark lo están haciendo. Y los Meadow ya tienen uno. Tienen dos camas plegables y comida enlatada…

–No necesitamos un refugio –respondió Charlie, alzando una mano para interrumpir a su hijo. Preferiría disolverse en una explosión atómica antes que quedarse atrapado en un refugio subterráneo con su esposa. Si no podía estar encerrado en una habitación con la mujer de Boston, casi le daba igual que el mundo se acabara.

–Tu madre tiene razón –dijo a Lisa–. Ten por seguro que los rusos también están haciendo sus experimentos con armas biológicas. Sí, creo que tu madre tiene razón.

–Yo no –replicó Lisa–. Y la gente no debería construir refugios, tonto del bote –añadió al tiempo que se volvía hacia su hermano–. Eso hace que los rusos y nosotros pensemos que está bien lanzar bombas. ¡Idiota!

–Coged los abrigos –dijo Charlie–. Tenemos que ir a la escuela.

Connie viajaba al lado de Adrian a bordo de su camión rojo nuevo, cuyo reluciente capó se extendía ante ellos al otro lado del parabrisas. Cuando la carretera se estrechó, las puntas de las ramas rozaron la ventanilla de Connie. Esa mañana el cielo estaba pálido y las hojas que aún quedaban en los árboles parecían más intensas, serias, sin el relumbrante orgullo por la belleza que ostentaban en los días soleados de cielos azules.

–Tengo que plantar los bulbos de tulipán para tu madre –dijo Connie–, antes de que el suelo se hiele. –No hubo respuesta, ni ella la esperaba. En la curva, Adrian alargó la mano hacia la palanca de cambios, larga y fina como un palo de golf, que se movió bajo su gran mano. Connie observó de reojo su perfil inmóvil: el mentón marcado, las mejillas rubicundas, esa ligera hinchazón bajo los ojos que había aumentado con el tiempo. Volvió a mirar por la ventanilla. Había nubes, pero no eran bajas; el cielo se extendía por encima de los campos, los árboles y los muros de piedra a lo lejos. Connie tuvo la sensación de que habían colocado sobre el mundo de West Annett una enorme tapa para tartas, una campana de cristal; pero debajo no había ninguna tarta,

sino solo vacío. El cuerpo se le balanceó un poco cuando el camión dobló por Stepping Stone Road.

En el estudio, Tyler estaba contemplando a un trepatroncos que, después de dar brincos por el borde de la pila para pájaros, se mojó un ala y la batió con rapidez. Un gordo carbonero se sumó al chapoteo y después se quedó inmóvil como una piedra. Tyler tuvo la impresión de que hacía tiempo que no se fijaba en los pájaros, de que, incluso en ese momento, y por extraño que pareciera, no los estaba mirando, sino solo recordando. «¿No hubo un tiempo en el que, alegre y sin ninguna preocupación en el mundo, eras feliz entre la gente feliz?». Tenía un libro de Kierkegaard abierto en el regazo. Lo cerró despacio y observó, más allá de la pila para pájaros, las hojas que aún quedaban en las colinas, los toques de amarillo sobre un fondo rojo vivo; y más cerca, se alzaban los apergaminados tallos del maíz marchito del campo de los Langley. Tyler se volvió otra vez hacia el escritorio.

Era costumbre del reverendo, después de que Katherine se hubiera ido a la escuela, dedicar la primera hora de su jornada a la plegaria y la meditación: «Oh, Señor, de mañana oirás mi voz». Lo que incluía las oraciones de intercesión para sus fieles: «Libra a los necesitados… Andan en la oscuridad». Pero esa mañana lo turbaba un recuerdo: a su llegada al pueblo, había dicho a sus feligreses que cualquiera que quisiera ampliar su vida de oración debía ir a hablar con él. Rhonda Skillings le había tomado la palabra, se había presentado en su despacho con un chaleco de cuadros y se había sentado en una silla con el cuerpo inclinado hacia él. Habían conversado sobre la práctica de la lectura contemplativa en uso en el siglo iv, la *lectio divina*, y él le había hablado de san Agustín, de Tillich y de Niebuhr, y naturalmente de Bonhoeffer. Le había preguntado si le gustaría poner en marcha un grupo de oración, y ella había sonreído y había respondido que creía que no. Le había mencionado que, en la universidad, había sido miembro de la sociedad Phi Beta Kappa. No había regresado.

Tyler frunció el entrecejo al recordarlo en ese momento, mirando el escritorio, ordenando algunos papeles. Esa mañana tenía que llamar a Doris Austin mientras Charlie estaba en el trabajo. Pero oyó el ruido de las pesadas ruedas de un camión sobre la grava del camino y se levantó para saludar a su asistenta.

La encontró colgando su largo jersey en el armario del pasillo de atrás.

–Buenos días, señora Hatch –dijo. De repente, una profunda timidez se apoderó de él.

Pero ella era la misma de siempre, una mujer alta que ya no era joven, cuyos ojos verdes lo miraban con cansada jovialidad.

–Buenos días –respondió–. Hace un día bonito. Nublado. Pero bonito.

Parecía que un do central tocado con calma flotara entre los dos.

–Sí, un día bonito después de la lluvia. –Tyler retrocedió para dejarla pasar. «En cuyo espíritu no hay engaño», pensó.

–Haré una colada –dijo Connie–. Y después empezaré con el baño de arriba.

–Gracias –contestó Tyler.

Sentado en el estudio, oyó correr el agua del grifo de la bañera, algún que otro golpe del cubo de plástico y los pasos de Connie por el techo mientras iba y venía entre el armario de la ropa blanca y el baño. En el zaguán trasero, la lavadora dejó de traquetear y, con un sonoro chirrido, empezó a centrifugar. Tyler volvió a trabajar en el sermón sobre los peligros de la vanidad personal, citando una frase de *El Evangelio abreviado* de Tolstói: «La casa de Dios no es el templo de Jerusalén, sino el mundo

entero de los hombres de Dios». No se le ocurría cómo continuar. La preocupación, bien conocida y extenuante, le pesaba en los ojos. Se llevó los dedos a la boca. «No permitas que el corazón pesaroso cometa pecado». Marcó en el teléfono el número de los Austin; nadie lo cogió.

Cuando oyó que Connie bajaba la escalera, entró en la cocina.

–Señora Hatch –llamó–, tómese una taza de café conmigo.

–Antes pasaré esta ropa por el rodillo.

Tyler se apoyó en la puerta del zaguán mientras ella metía la ropa en los viejos rodillos de color beis acoplados sobre el bombo de la lavadora. La camisa del pijama de Katherine salió aplanada. Connie la arrojó al cesto de la ropa limpia.

–Oiga, señora Hatch –dijo Tyler, haciendo tintinear las monedas que llevaba en el bolsillo del pantalón–, ¿cómo aprendió el abecedario?

–No tengo ni idea. –Connie había vuelto a meter las manos en la lavadora–. No me acuerdo de nada.

–No…, yo tampoco. –Tyler vio su nueva camisa blanca pasar entre los rodillos y después añadió, en tono distraído–: Bonhoeffer decía que nuestra capacidad para olvidar es un don.

–Entonces, yo tengo un don. –Connie se volvió con una sonrisa radiante que transformó su cara en la de una muchacha; pero la sonrisa pareció exacerbarle una cierta tristeza en los ojos y, una vez más, Tyler se sorprendió del efecto que Connie ejercía sobre él; tuvo que apartar la mirada.

–Es solo que la profesora de Katherine está molesta porque la niña no se sabe el abecedario –aclaró.

–Oh, ya lo aprenderá –observó Connie, desenroscando la manguera del grifo–. Dudo que, de mayor, sea analfabeta.

Tyler retrocedió para dejarla pasar.

–Supongo que tiene razón –dijo, siguiéndola a la cocina, donde se sentó a la mesa, con las largas piernas extendidas a un lado. La vio servir el café y sacar una caja de rosquillas–. Señora Hatch –continuó–, hábleme un poco de usted. ¿Es de por aquí? A lo mejor ya me lo ha dicho… Perdone.

–Pues soy de un pueblecito llamado Edding, al norte del río. –Connie se sentó y se bebió el café a lentos sorbos.

–Ah, sí. He visto las indicaciones en la autopista.

Que Connie recordara, nadie le había dicho nunca: «Háblame un poco de usted». No sabía qué responder. En su mente, ella era una tenue línea de lápiz en un papel; todos los demás estaban dibujados con tinta y algunos, como el reverendo, con un rotulador de punta gruesa.

–¿Tiene hermanos?

–Una hermana mayor, Becky. Vive más al norte.

–¿La ve a menudo?

–No. Becky tuvo problemas.

Tyler asintió. El sol de la mañana se abrió paso entre las blancas nubes que encapotaban el cielo y bañó por un instante el borde cromado de la mesa.

–Y tenía un hermano menor, Jerry. Nos llevábamos doce años, así que era un poco como si fuera mi hijo. –Connie miró a Tyler, con los ojos verdes muy abiertos, como si algo doloroso la hubiera cogido por sorpresa.

–Qué bien para él –celebró el reverendo–. Llevarse tantos años puede estar bien, creo.

–Bueno, yo lo quería mucho. Eso es cierto. Mi madre, en esa época, estaba harta de

la vida, harta de niños y perros, decía. «No más hijos ni perros», repetía. Se enfadaba a la mínima de cambio. Teníamos que quitarnos de en medio. Y yo me ocupaba de Jerry.

–Pues fue afortunado de tenerla.

–Murió en Corea. Hará nueve años la semana próxima.

–Oh, Connie.

¡Decir su nombre de ese modo! Connie bajó la cabeza y se terminó el café.

–Lo siento mucho, Connie. –Tyler negó con la cabeza. Un momento después, agregó–: MacArthur metió la pata hasta el fondo. Qué arrogancia, mandar allí a todos esos críos sin un mínimo de entrenamiento. –Despacio, hizo girar el tazón de café en la mano.

–Bueno, él estaba entrenado. Se había alistado antes, ¿sabe? Quería luchar contra los alemanes en el extranjero. En cambio, le dieron un trabajo de oficina en los Estados Unidos y nunca entró en combate. –Connie tuvo que interrumpirse un momento; se notaba los ojos húmedos–. Decía que eso lo hacía sentir como un marica. Así que, cuando estalló la otra puñetera guerra… –Negó con la cabeza y vio que el reverendo la miraba con dulzura–. Eso es lo que me destroza –añadió–. No estaba obligado a ir a Corea. Solo lo hizo para que los demás no pensaran que era un marica.

–Oh, qué triste. –El reverendo hizo una mueca.

–Le estaba preparando un paquete –dijo Connie–. Le había hecho unas manoplas rojas, le había preparado caramelos de dulce de leche y estaba acabando de empaquetarlo todo, cuando Adrian llegó a casa en pleno día. Y entonces lo supe. Lo supe de inmediato.

Tyler asintió.

–Le pedí a Adrian que se llevara el paquete, no soportaba verlo.

–Oh, claro –asintió Tyler.

Connie se limpió la boca con una servilleta.

–Aún no me parece real –le confesó, mirándolo desconcertada.

Tyler la observó. Un momento después, apoyó el mentón en la mano.

–Es una sensación extraña, ¿verdad? –dijo por fin.

–Hacía frío allí, ¿sabe? –continuó Connie–. Estaban a treinta grados bajo cero. Tenían que mear en los fusiles para que les funcionaran.

–Qué horror –dijo Tyler, sobresaltado por la palabra «mear». Movió la cabeza con aire pensativo–. Una metedura de pata horrible. Lo siento.

–Hace unos años fui a ver a un hombre al Togas Hospital de Augusta: era el oficial de Jerry. Pensaba que, si podía hablar con él y saber cómo había ocurrido, me parecería, no sé… más real. –Connie negó con la cabeza y apartó la taza de café–. Pero, Dios…

–¿Qué pasa, Connie?

–El hombre se pasaba el día sentado en una silla de ruedas, temblando y fumando cigarrillos. Tenían que ponerle la silla de ruedas contra la pared, porque le daba miedo que alguien se le acercara por detrás. Se quedaba ahí, temblando. –Connie tamborileó con los dedos en la mesa–. Costaba creer que hubiera sido oficial. Al menos, Jerry no tuvo ese final.

–No –reconoció Tyler–. Al menos, no sufre.

–Así es. –Connie alzó la voz y dijo, en tono de repentino apremio–: Y de eso se trata, ¿no? Se trata justo de eso.

–¿Tratar? ¿Tratarse de qué, Connie? –Lo invadió una súbita y vaga sensación de desasosiego.

Connie tenía los ojos húmedos. Miró a Tyler.

–De que la vida de ese hombre no es vida, ¿verdad? No lo es en absoluto. Es peor que la muerte, en mi opinión. Ni siquiera puede hablar. Una vez lo envolvieron en sábanas heladas, me explicó la enfermera. Esperaban que el *shock* lo hiciera reaccionar. Pero no dio resultado. Yo digo que eso no es vida. ¿No cree usted que es mejor estar muerto?

–Supongo que a veces se tiene esa sensación. A lo mejor consiguen ayudarlo.

–No pueden ayudarlo –respondió Connie–. ¿Ha estado en la guerra?

–Solo al final. En realidad, ya había terminado.

–Entiendo –asintió ella. El tono de su voz volvía a ser normal–. ¿Lo mandaron al extranjero?

Tyler se recostó en la silla y le habló de su año en la Marina en la isla de Guam, llevando a cabo operaciones de saneamiento ambiental; la guerra había terminado poco antes. Le explicó que su padre había muerto mientras él estaba en el tren, regresando de San Francisco.

–Lo que no sabía de la muerte –dijo, mirándose las uñas– era que no se trataba solo de la muerte de mi padre, sino de la de mi infancia, de la de mi familia tal como yo la conocía hasta entonces. Me hace pensar en el avión de Glenn Miller que desapareció sobre el canal de la Mancha. No fue solo la muerte de un director, ¿sabe?, sino de la orquesta entera. –Miró por la ventana–. Eso es lo que hace la muerte. Si es que eso tiene algún sentido.

–Bueno –repuso Connie, golpeando ruidosamente la mesa con la cuchara–, si le soy sincera, nada de eso tiene sentido. Al menos para mí. Permita que le haga una pregunta. –El reverendo se volvió y enarcó las cejas–. ¿Ser reverendo sirve de ayuda… cuando muere alguien?

Él la miró un momento.

–Creo que no –contestó.

Connie asintió, mirando la cuchara, y a Tyler le pareció ver que una mueca de desconcierto y miedo le contraía las facciones: un instante de desnudez.

–¿Qué pasa, Connie?

–Se me acaba de ocurrir una cosa –respondió ella–. Los cereales para el desayuno. Los que tienen forma de letras del abecedario. Los he visto en el colmado, y Katherine quizá sentiría curiosidad. Escribir su nombre en el tazón de cereales.

–Oiga –dijo el reverendo–, es una idea fantástica.

–Dentro de poco tengo que ir al colmado por Evelyn. Los compraré. Tenía que haber ido este fin de semana, pero el coche nos dio problemas.

–Oh, los coches pueden ser una verdadera lata –dijo Tyler–. Mi padre tenía un coche que odiaba la lluvia. Siempre que llovía, se negaba a arrancar. –Al recordarlo, se despertó en su interior un sutil sentimiento de dulzura.

–El coche es una verdadera lata, eso seguro –dijo Connie–. Ah, oiga. He encontrado esto en el piso de arriba, en el fondo del armario de la ropa blanca. Será de Katherine. –Sacó del bolsillo del jersey un anillito de oro y lo sostuvo entre los dedos. Tenía una minúscula piedra roja engastada.

Tyler lo miró con atención.

–No me suena. ¿Está segura de que no es suyo?

–¡Santo cielo, no! ¿Por qué iba yo a tener un anillo de niña? A lo mejor está aquí desde hace un siglo. En fin, déselo a Katherine.

–Bueno, pues gracias. –El reverendo cogió el anillo y lo hizo girar entre los dedos–. Oiga, señora Hatch, me preguntaba…, me preguntaba si querría hacer de niñera a

jornada completa. Si yo trajera a Jeannie a vivir aquí. Me gustaría que las niñas estuvieran juntas.

Para sorpresa suya, Connie se sonrojó.

–Es solo una idea –añadió Tyler, con desenvoltura–. Me hará falta un poco de tiempo para organizarlo todo.

–Oh, me gustaría mucho. Me encantaría.

–Bien, entonces lo tendremos presente. –El reverendo se metió el anillo en el bolsillo–. Gracias por haber sugerido la idea de los cereales, y por ir a comprarlos. Yo me olvidaría, estoy seguro. Tengo la cabeza como un colador.

–Yo también. –Connie asintió y le dirigió una sonrisa tan afectuosa e inesperada que, por un instante, a Tyler le pareció ver resurgir en su cara madura una versión más joven de ella. Connie se levantó, dejó las tazas de café en el fregadero y entró en el zaguán trasero.

Tyler la oyó arrastrar por el suelo el cubo de plástico con la ropa limpia.

Se había casado con una veraneante. Y eso, como mucha gente le habría dicho, casi nunca era buena idea. Se había casado con una veraneante de Massachusetts, y ya solo eso representaba complicaciones. Si Lauren hubiera sido de Nuevo Hampshire, o mejor aún de Vermont, probablemente no habría importado. Pero ser de Massachusetts comportaba una cierta clase de tosquedad, casi siempre dinero, a menudo cócteles. Y, además, los habitantes de Massachusetts eran los conductores más groseros del mundo.

Pero ¿qué va a hacer un hombre cuando el Amor se presenta ante él?

Tyler, enviado «a la mies» mientras estudiaba en el seminario, se había quedado consternado al principio con el escaso número de fieles que formaban las parroquias de algunos de los pueblos más remotos y aislados. El primer día que predicó siendo aún estudiante solo había seis personas sentadas ante él, una de las cuales, enseguida se dio cuenta, era lo que la gente llamaba (con desenvoltura en esa época, sin remordimiento) «el tonto del pueblo». Pero Tyler se habituó a la situación, incluso al hecho de que esa persona a menudo se levantara y se marchara durante el servicio. Comprendía la incapacidad para quedarse quieto, porque también él se notaba inquieto por dentro.

Allí era donde había aprendido a predicar, en aquellas pequeñas iglesias blancas que a veces estaban a más de mil seiscientos kilómetros del Seminario Teológico de Brockmorton. Lejos de las clases de predicación, lejos de la timidez de hallarse ante el adusto profesor y de la falta de caridad que advertía en algunos de sus compañeros, Tyler halló su voz, hablando a las congregaciones pequeñas, bajándose a veces del púlpito para colocarse justo delante de sus fieles y citar los sencillos versículos del libro de Daniel: «No temas, hombre predilecto; la paz sea contigo, cobra fuerza y ánimo».

Y como el director de Brockmorton había recibido informes favorables, a Tyler lo enviaron a predicar a un pueblo costero tan pequeño que no podía permitirse un reverendo durante todo el año, pero cuya congregación crecía como las olas del mar durante el mes de julio debido a los veraneantes que llegaban de otras poblaciones. De otros estados.

Imaginemos un día de principios de julio, lo bastante cálido para dejar abierta la puerta de la iglesia. Las ventanas también están abiertas, y el aire fresco y tibio de la mañana entra en la iglesita del pueblo, construida hace dos siglos. Junto a ella crece una rosaleda, en la que aún quedan algunas rosas de té en flor, y ese domingo los

lirios trepadores tapizan la celosía, y también hay azucenas blancas cuyo olor penetra en el templo, transportado por el aire limpio y cálido. Todos los bancos están ocupados, en su mayor parte por personas procedentes de Auburn Colony, Massachusetts o Connecticut, llegadas hasta allí para pasar parte del verano. Ese día, con un vestido azul y un sombrero del mismo color, la bellísima Lauren Slatin, una veraneante, está sentada en la iglesia al lado de su padre, un hombre serio y ancho de espaldas. Pero la bella Lauren no tiene nada de la seriedad paterna: es toda luz y color, una luz que le emana de la cara y de los ojos, fijos en el joven reverendo Caskey. ¡Y qué gran sermón da él! Jamás se había sentido tan fuerte, con la mirada intensa, las mejillas arreboladas. Cuando llega la bendición, ya están enamorados.

¿Era esa la voluntad de Dios? Sí. Dios los acogió en sus maravillosos brazos porque Dios es amor, y el amor colmaba a Tyler hasta darle vértigo cuando, unos días después, fue de visita al chalé de los Slatin, donde Lauren lo esperaba de pie en la hierba del jardín con un vestido azul de cuadros. Y cuando llegó el otoño y las cartas aparecían en su buzón a la entrada de la sala común de Brockmorton, él las abría allí mismo, con el corazón henchido de amor mientras leía la letra grande y desigual, cuyo sorprendente desorden lo conmovía en lo más hondo. También estaban aquellas infrecuentes y espléndidas llamadas interurbanas, efectuadas de noche desde la casa de George Atwood (Tyler siempre se cuidaba de pedirle la factura, para no obligarlo nunca a sacar el tema), y la espera…, la espera en el silencio del estudio hasta que aquella chispa se transmitía a través del aparato. «¿Diga?». Oh, era obra de Dios. El amor siempre es obra de Dios.

–¿Eres de aquí? –le había preguntado la señora Slatin, sonriéndole con sus bonitos ojos castaños.

–¿Es de un club de campo? –había dicho Margaret Caskey–. ¿Son de un club de campo? Tyler –había añadido en voz baja–, los ricos son como los negros. Son buena gente. No tienen nada de malo. Pero yo digo, y siempre he dicho, que ellos vivan su vida y yo viviré la mía.

En ese momento, mientras miraba por la ventana de la cocina, Tyler comprendió que el día de su boda reinaba –en ambos lados de la iglesia– el tácito convencimiento de que ambos se estaban casando por debajo de sus posibilidades.

Algunas mujeres de la Sociedad Benéfica se habían reunido para tomar café en el salón de la inmaculada casa de Jane Watson. Esa clase de encuentros eran ocasiones que ellas esperaban con ilusión, sobre todo ahora que los días eran más cortos, anochecía antes y el aburrimiento de cambiar las sábanas o limpiar un cuarto de baño crecía a veces hasta convertirse en una desesperación no confesada incluso antes de mediodía. Tomar café permitía a las mujeres presumir de un jersey nuevo o de una casa limpia, intercambiar recetas y comunicarse las últimas novedades, que ese día incluían el mal comportamiento de Katherine Caskey. Por suerte, Bertha Babcock, la vieja y mandona profesora jubilada que podía convertirse en una presencia desaprobadora cuando las mujeres empezaban a chismorrear, no había ido a casa de Jane ese día, lo que les permitía comentar los detalles del comportamiento de Katherine con un cierto regodeo. El hecho de que Tyler hubiera hecho llorar a Mary Ingersoll parecía bastante sorprendente, aunque Doris Austin preguntó, mientras cogía un bollo de arándanos: «¿Qué tiene de sorprendente?». El hecho de que la niña hubiera dicho «odio a Dios» durante el padrenuestro también era sorprendente y Jane Watson comentó, mientras sacudía la ceniza del cigarrillo en un cenicero forrado de tela escocesa, que había que contárselo a Tyler.

Nadie se lo quería decir.

Pero Katherine no había mostrado ningún remordimiento (se oyó un tintineo de cucharillas de café contra sus respectivos platillos) y, en los niños, no tener remordimientos podía ser indicio de una patología social. En uno de los últimos números de *Newsweek* había salido un artículo que hablaba de eso. ¿No era una locura, por cierto, que la gente se gastara un dineral para tumbarse en un diván cinco días a la semana y soltar todo lo que se le pasara por la cabeza? Sobre todo en Nueva York, donde los psicoanalistas judíos estaban en auge.

–Me encantaría –dijo Alison Chase– subir los pies a un diván todos los días y hablar de mis problemas.

–No, no te gustaría nada –respondió Jane–. No les importan tus verdaderos problemas, solo las cosas antiguas que recuerdas de tu infancia. Al final, el psicoanalista intenta convencerte de que, en realidad, de pequeña querías acostarte con tu madre.

–¿Con mi madre?

–Con tu padre, si eres mujer. Supongo. Pero va todo de sexo, sexo y más sexo.

Escuchad, comentó Irma Rand, que se había ruborizado por los comentarios de Jane, ¿no había sido una maleducada la señora Jruschov al decir que no cuando le habían ofrecido los jaboncitos del hotel para que se los llevara a casa? Aunque, por otra parte, en California habían escrito cosas terribles sobre ella en el periódico, diciendo que su traje de chaqueta parecía una funda vieja de sofá. «Pero es verdad», replicó alguna de las presentes. Y todas estuvieron de acuerdo en que los dos Jruschov eran feos como demonios. Ella no era más que una campesina. Trabajaba en el campo antes de la revolución bolchevique, antes de escapar y casarse con él. A lo mejor era necesario que fuera poco atractiva, por una cuestión de principios.

Jane Watson, ya irritada porque nadie había elogiado sus bollos de arándanos, insistió en que debían decidir si le contaban o no a Tyler lo que había sucedido en catecismo, porque ella tenía que irse. «Que se lo cuente Ora», propuso alguien, porque se sabía que Ora estaba dispuesta a decir cualquier cosa. No, Ora no había estado presente: no conocía los detalles; debería hacerlo Alison, dado que había ocurrido en su clase.

–Alguien debería decírselo –declaró Doris, comiéndose otro bollo de arándanos–. Si mi hijo soltara una cosa así, yo querría saberlo, pero no se lo pienso contar. Francamente, estoy un poco harta de Tyler. Fui a hablarle del órgano nuevo y me salió con que leyera las obras de una católica, santa Teresita.

Jane Watson se tocó un pendiente rojo y miró a Alison Chase.

¿Pero por qué, exactamente, había llorado Mary Ingersoll? Esa cuestión volvió a comentarse otra vez y se llegó a una conclusión: Rhonda Skillings, que era quien se lo había contado a Jane, no era una mentirosa (por insoportable que fuera: cualquiera diría que era la primera persona del mundo en sacarse un doctorado). Y Rhonda había dicho que Mary Ingersoll le había dicho que Tyler había sido muy maleducado.

Tyler nunca era maleducado.

Bueno, algo había pasado. Y no cabía duda de que la niña era maleducada. Una lástima. Decir algo así en catecismo. Alison Chase se arrebujó en el jersey.

–Esperad, esperad. –Señaló a todas las mujeres sentadas alrededor de la mesa–. Pito pito gorgorito –dijo–. Dónde vas tú tan bonito. A la era verdadera. Pim pom, fuera. Tú te vas y tú te quedas.

Jane haría la llamada.

Lo cierto es que lo que le sucedió a la bella esposa del reverendo era la clase de tragedia que crea una cierta fascinación en un pueblo pequeño. Nada más nacer la segunda hija de los Caskey –una criatura adorable, rubicunda y regordeta; parecía caída del techo de la Capilla Sixtina, decía Marilyn Dunlop, la profesora de dibujo de la Academia, quien había viajado a Italia y se ponía muy pesada cuando hablaba de ese país–, nada más nacer la dulce Jeanne Caskey, decíamos, empezó a correr la voz de que Lauren Caskey sufría una crisis nerviosa. Se produjo un episodio muy extraño: un día Lauren Caskey fue en coche a Hollywell, con las dos niñas, y, de repente, no supo dónde estaba. Desde un teléfono público de la estación de autobuses llamó a su marido, que se hallaba en el estudio del sótano de la iglesia, y como Skogie Gowen, un abogado jubilado que solía ir a hablar de pesca con Tyler, estaba en el estudio en ese momento, se corrió la voz por todo el pueblo de que el reverendo, presa del pánico, había tenido que pedir a su esposa que leyera los nombres de los carteles más cercanos y el destino de todos los autobuses que viera, para determinar que, de hecho, se encontraba en la estación de autobuses de Hollywell. Y luego, después de suplicarle que no se moviera de donde estaba, fue a buscarla con Skogie.

Ella lo esperaba en la acera; estaba pálida y desconcertada, pero, sobre todo, parecía «ida». Aquella fue la única manera de describirla que se le ocurrió a Skogie. Añadió que el reverendo estaba fuera de sí mientras ayudaba a su esposa a subir al coche y se aseguraba de que las niñas estuvieran bien. Aquella noche, cuando Skogie le telefoneó, el reverendo le dio las gracias, pero parecía abatido, y dijo que Lauren estaba agotada.

–Creo que todos nos olvidamos de lo duro que puede ser –lo tranquilizó Skogie–. Con todos los cambios químicos que ocurren cuando se tiene un hijo. –Estaba azorado, y le pareció que también lo estaba Tyler Caskey, quien solo respondió:

–Sí, es verdad. Gracias otra vez.

Se recordaron entonces anécdotas sobre la depresión posparto. Sharon Merrimen, después del cuarto hijo, se había metido en la cama en noviembre y no se había levantado hasta marzo. Betsy Bumpus había estado llorando durante todo el primer año de vida de sus gemelos; había acabado deshidratándose. Era una situación dura para los maridos, pero ¿qué se le iba a hacer? Al menos, ninguna había ahogado a sus hijos en la bañera, como se oía decir de vez en cuando.

Lauren Caskey no ahogaba a sus hijas, pero tampoco las bañaba. Lo que le sucedía no tenía nada que ver con las niñas. Había ido a Boston para operarse. Aquella primavera, las palabras «ha ido a Hanover para recibir tratamiento» se repitieron en voz baja al teléfono, en el colmado, en los patios de las casas, mientras las mujeres negaban con la cabeza y se miraban por encima de los jacintos. A veces, se oía la palabra «peluca».

La palabra «cáncer» no se decía nunca. Recordemos que aquella era una época en la que el término se asociaba automáticamente, con un escalofrío, a una condena. Aunque la revista *Life,* más o menos en el período en el que Lauren cayó enferma, había dedicado su artículo de fondo a la enfermedad y afirmaba que había esperanza para las desafortunadas víctimas, las fotografías a toda página de una mujer a punto de ser introducida en una máquina de radiación habían inducido a algunos a pasar las páginas con rapidez; porque la mujer parecía estar en la flor de la vida, y era a la vez fascinante y horrible, para algunos más aterrador que una guerra nuclear, porque su

causa era la naturaleza y las víctimas se elegían al azar.

Las mujeres de West Annett, que llevaban años sin llorar, no tardaron en hacerlo en sus cocinas. Que Lauren Caskey fuera una persona que se mantenía al margen quedó olvidado o perdonado. Su destino parecía una ocasión para dar rienda suelta a emociones que se mantenían a raya desde hacía algún tiempo. «Pobre, pobrecilla –repetían todos–. ¡Qué horror!». ¿Acudiría la familia a echar una mano? Nadie lo sabía. Jane Watson, que era miembro del Comité de Apoyo, había ido un día a la granja y se había ofrecido a leer a Lauren cuando necesitara distraerse en los largos y, sin duda, difíciles días que le esperaban. El reverendo Caskey se había sorprendido por su ofrecimiento y había respondido que no hacía falta, que Lauren se pondría bien.

Connie Hatch, que en aquel momento trabajaba dos mañanas a la semana para los Caskey, empezó a recibir llamadas en casa. Pero se mostró poco comunicativa y solo refirió que la familia de la señora Caskey y la madre y la hermana del reverendo habían ido para echar una mano. La noticia más jugosa se filtró cuando Jane Watson llamó a casa de los Hatch una noche y Adrian cogió el teléfono, ebrio, y dijo: «Oh, sí, la señora está muy enferma. Se está muriendo, no hay duda… Y eso la cabrea muchísimo».

Había más cosas. Ni tan siquiera Connie –porque el reverendo le había dicho que podía tomarse unas vacaciones, ahora que había llegado la familia– sabía que los padres y la hermana de Lauren querían llevársela a Massachusetts, donde podrían cuidarla como es debido. «¡Al menos allí hay agua corriente!», había refunfuñado la hermana en el pasillo una noche, lo que había inducido a Belle a abrir el grifo de la cocina y gritar: «¡Oh, mira! ¡Sale agua del grifo! ¡Pronto podremos deshacernos del retrete exterior!».

Pero el reverendo dijo que no, que Lauren se quedaría allí; la granja era su hogar. Les dio sus razones con una amabilidad extrema, pero aquellas palabras, en definitiva, marcaron el final de su relación con sus suegros y su cuñada. Había adoptado aquella postura porque no podía soportar, ni siquiera entender, su certeza de que Lauren iba a morir («Solo un milagro podría salvarla ya», había dicho su suegro), y porque entre él y la familia de su esposa existía un callado rencor por cuestiones de dinero que había ido aumentando con los años.

Todas las noches y todas las mañanas, Tyler rezaba. Siempre terminaba su oración con las palabras «hágase tu voluntad». No creía que hiciera falta un milagro, ni tampoco creía en ellos: para él, la vida misma era un milagro. Y si creía en el poder de la plegaria, en cambio, era porque, rezando, se sentía fuerte y bien, como un nadador que lleva años entrenando y se siente a salvo en el agua que lo mantiene a flote. Tyler quería mucho a Dios, y seguro que Dios lo sabía. Tyler amaba a Lauren, y seguro que Dios también lo sabía.

Pero tras la marcha del contingente de Massachusetts, que se había ofrecido a llevarse a Katherine durante aquel verano (Tyler se había negado incluso a eso), después de que él, su madre y Belle pasaron a ocuparse de todo, su esposa empezó a atormentarlo. Le decía cosas terribles.

–Es la enfermedad la que habla –murmuró una mañana Tyler a su madre en la cocina, sabiendo que ella lo había oído.

Margaret Caskey no dijo nada. Trabajaba con constancia, secaba los platos, cambiaba los pañales a la niña, volvía arriba para cambiar la funda a la almohada de Lauren.

Jane Watson, que se había presentado ese día en el porche del reverendo con un vestido de verano, una cesta de paja y las gafas de sol de montura blanca en la cabeza,

rebosaba tanta salud que a Tyler le había parecido casi obscena. No la había invitado a entrar.

–Te haría pasar –se excusó–, pero Lauren está descansando.

–Por supuesto –respondió Jane–. Solo he venido a ofrecerte mi ayuda.

–Te lo agradezco.

–Todos estamos destrozados por esto –dijo Jane. Llevaba un vestido de grandes flores rojas.

–Sí. –El reverendo apartó la mirada de ella. Hacía un día espléndido. Pensó que jamás había visto el mundo así de bello. Los abedules que bordeaban el camino particular parecían farolas recién encaladas, solo que, en vez de luz, ofrecían ramas cargadas de bonitas hojas verdes.

–Tyler, quería decirte que, cuando el marido de mi hermana se estaba muriendo, descubrimos que leerle lo ayudaba. Lo ayudada a pasar el tiempo.

–Lauren no se está muriendo. –Tyler pronunció aquellas palabras con una ligera entonación, como si estuviera verdaderamente sorprendido de oír que alguien suponía lo contrario.

–Creía…

–Está enferma –repuso Tyler–. Pero gracias al poder del amor de Dios, se repondrá.

–Bueno, estupendo. ¿Los médicos dicen que hay esperanza?

–Claro. Ya han visto otras curaciones en casos como el suyo.

–Espléndido, entonces –concluyó Jane–. Espera, Tyler. Tengo un guiso en el coche.

El reverendo salió al porche, cerró la puerta mosquitera y esperó mientras Jane caminaba por la grava con sus zapatos de tacón. La plenitud de sus caderas cuando se inclinó para coger el guiso del asiento trasero lo ofendió con su despliegue de vigor. Jane subió los escalones ladeados llevando una bandeja tapada con reluciente papel de aluminio, y Tyler pensó que parecía venir de un país lejano, que su granja era ahora un barco que se mecía en medio de la nada; lo habían llamado a cubierta y el sol lo deslumbraba. Ella volvería a bordo de su barca, el lustroso Oldsmobile azul, regresaría al continente de los hombres libres y sanos e informaría de la visita, decepcionada quizá por no haber realizado ningún «avistamiento».

Tyler le dio las gracias y volvió a entrar. Cuando retiró el papel de aluminio vio fideos y un mejunje cremoso, y, mientras lo tiraba todo a la basura, oyó que su madre decía tras él:

–No debes agriarte, Tyler.

–Nadie quiere comerse esto.

Pero se había estremecido, porque su madre lo había sorprendido tirando comida a la basura.

Después, Lauren pasó tres días en un aparente estado de paz. Sus ojos castaños parecían tener luz propia y le brillaban como oscuras astillas de cedro bañadas de sol. Y había sol, una espléndida y nítida luz de agosto que inundaba la habitación por las tardes. Tyler lavaba a Lauren con una toallita, empezando por el nacimiento del pelo, y después seguía por detrás de las orejas. Con delicadeza lavaba a su esposa, con delicadeza le metía la toallita entre los dedos de los pies. En una ocasión, Lauren dijo en voz baja: «Oh, mira los globos», y después se quedó dormida.

Un cardenal pio en el abeto próximo a la ventana y después pasó por delante como un relámpago rojo. Tyler le puso a Lauren la almohada debajo de la cabeza y se sentó a su lado, con las grandes manos en el regazo. En lo más hondo de su interior, notó lo que parecían sollozos incipientes, pero alzó el mentón y los ignoró con firmeza. Dios estaba en la habitación. El aire no era solo aire, era la presencia de Dios: se notaba

con la misma claridad con la que una persona notaría el agua a su alrededor mientras nada en un lago. A Tyler le pareció que todas las veces de su vida en las que había experimentado el Sentimiento lo habían guiado hasta ese instante. El Sentimiento era grande, sereno y magnífico. Mientras su esposa dormía y él estaba sentado a su lado, negando las lágrimas dentro de sí, Tyler elevó silenciosas oraciones de alabanza y agradecimiento.

Al día siguiente, Lauren se incorporó y habló.

–¡Maldito sea tu Dios! –dijo.

Belle consideró que era hora de llevarse a las niñas.

La ropa de Katherine estaba doblada en una maletita que era de Lauren. Tenía un ribete marrón de cuero en los cantos y una hebilla de latón bajo el asa de piel. Fue ver aquella maleta, que tiempo atrás había contenido la querida y refinada ropa de su prometida cuando ella iba a visitarlo, esa misma maleta que ahora estaba en la cocina junto a la pequeña Katherine, quien estrechaba su muñeca de trapo entre sus brazos… fue ver aquella maleta y a la niña lo que Tyler creyó, de repente, que acabaría con él.

–Tengo que ir al baño –dijo Katherine.

–Anda, ve –respondió Belle–. Te esperamos.

Pero Tyler entró con ella en el baño que estaba al lado de la cocina, la ayudó a desvestirse, a bajarse los pantaloncitos de pana y a sentarse en la taza.

–Se me ha escapado un poco. –Katherine señaló una mancha en las bragas rojas estiradas entre sus rodillitas.

–Se secará –dijo Tyler.

–Papá –susurró la niña–, la casa de la tía Belle huele raro. No quiero ir.

–No será por mucho tiempo. Ayuda a cuidar de la pequeñina.

–La tía Belle dice que no debo tocarla.

–Belle tiene muchas cosas en la cabeza ahora mismo. Cántale una nana a tu hermanita cuando se ponga pesada. Eso puedes hacerlo.

En el camino particular, Tyler se arrodilló junto a ella.

–Papá te quiere.

–Quiero ver a mamá –dijo Katherine. La pobre intentaba no llorar, pero le temblaba el mentón.

–Mamá está enferma.

–Pero se preguntará dónde estoy –suplicó la niña, ya llorando.

Tyler sacó el pañuelo.

–Suénate. –Ella se sonó la nariz–. Katherine –le susurró–, tienes que dejar de llorar.

–Quiero ver a mamá.

–Katherine –musitó él.

La niña echó la cabeza hacia atrás para mirarlo. El miedo asomó a su cara en pequeñas ráfagas.

–Mamá quiere que vayas a casa de Belle ahora y que te portes bien.

–Tyler –dijo Belle, en tono de advertencia; él se puso de pie y la miró con dureza.

–Belle –respondió con voz firme.

Tuvo que arrancarse a Katherine de la pierna y cogerla en brazos: sola no habría subido al coche.

Existía un cierto temor de que, tras la muerte de su esposa, el reverendo se marchara del pueblo. Pero no lo hizo. Se ausentó un tiempo y después regresó con Katherine diciendo que, por el momento, su madre se ocuparía de Jeannie y la traería al pueblo los fines de semana. Lo cierto era que estaba muy ocupado, pues se había metido de

lleno en actividades que lo llevaban a recorrer todo el estado: el Capítulo de Jóvenes Cristianos de Nueva Inglaterra, la Asociación de Ministros de Culto de la Costa, el cuerpo especial del Gobierno para combatir la pobreza. Con tanto ir y venir, era difícil que nadie encontrara un momento para hablar con él. Pero sus feligreses lo entendían. Y también entendían que ahora leyera sus sermones cuando predicaba, con su voz grave y tan alto y ancho de espaldas como siempre, sobre el poder del amor eterno de Dios y la gracia de Jesucristo. Recorría la sala de reuniones a la hora del café, sonriendo, asintiendo y estrechando manos, igual que hacía antes. La única señal de que había sufrido una tragedia era una leve atenuación de su afabilidad, y la fugaz expresión de hondo desconcierto que, de golpe, le mudaba el rostro.

Cuando llegó noviembre de aquel primer año, la gente se acordó: ¡qué bien patinaba aquel hombre! Se movía como si Dios lo sostuviera en sus brazos. De hecho, parecía que no llevara nada en los pies, que ni tan siquiera tuviera pies. Lo único que se veía de él era su silueta corpulenta deslizándose por el lago helado, envuelta en el largo abrigo. Cuando patinaba entre los niños que jugaban, o entre las parejas que iban cogidas de la mano, inclinaba el cuerpo hacia un lado y después hacia el otro, uniendo los tobillos sin esfuerzo, poniendo un pie por delante del otro como si estuviera dando un mero paseo; no obstante, era raudo como el viento; oh, era maravilloso verlo deslizarse por el hielo.

A menudo lo veían patinando a media tarde o regresando a casa poco antes de que anocheciera con los patines al hombro. A veces se detenía para mirar el cielo, como si lo conmoviera el espectáculo de los árboles desnudos, perfilados por la última luz amarilla del día. La anciana Bertha Babcock, que un día paró con el coche para ofrecerse a llevarlo, se quedó sorprendida cuando el reverendo le dijo:

–Parece que, justo al otro lado del horizonte, Bertha, justo ahí, lejos de nuestro alcance, más allá de los tejados grises y los oscuros árboles desnudos, hay una presencia activa, rica y vital. –Y después, llevándose las manos a la cara, añadió–: Me pregunto si todos estamos condenados para siempre a vivir fuera de la gracia de Dios.

Quizá Bertha no le había oído bien.

Cuando el invierno tocó a su fin y dio paso a una primavera tardía, el reverendo parecía cada vez más cansado: sus ojos empezaron a adquirir un aspecto hundido, de tuberculoso, y adelgazó. Cuando llegó el verano, había veces que no iba a la hora del café y, cuando lo hacía, repartía cumplidos al azar, en un tono un poco más alto de lo normal. «Eh, Pete –decía–, genial la presentación de diapositivas de la otra noche. El Comité para los Misioneros es afortunado de tenerte». Pero aquel verano Tyler parecía un gran tractor conducido por un adolescente que cambiaba de marcha sin ton sin son. Cuando Skogie Gowen explicó que el reverendo había manifestado que le gustaría ir al sur en algún momento, para ayudar a los pastores que trabajaban con la gente de color, algunos se sintieron traicionados. «Pero su congregación somos nosotros», pensaban. De cualquier modo, no se había hablado más del tema y, cuando el otoño volvió a llegar, Katherine, cada vez más desaliñada, empezó su educación. Pero había una sutil red de malestar. Todos querían recuperar a su reverendo.

Doris Austin quería recuperarlo; lo amaba.

Y quería un órgano nuevo. No era un deseo irrazonable. El órgano de la iglesia tenía veinticuatro años, y cada vez que tocaba una nota se producía un pequeño desfase. Por ello, la congregación a menudo parecía confusa y desunida cuando cantaban los himnos: algunos se adelantaban un poco, mientras que otros esperaban al siguiente compás. Doris solía ir a la iglesia a tocar entre semana, con la esperanza de coincidir con el reverendo, como ya había ocurrido en algunas ocasiones. Qué

alegría le daba saber que Tyler estaba rezando mientras, por encima de él, en la galería del coro, ella le ofrecía la música inspirada en Dios de Johann Sebastian Bach.

Ese día, después de salir de casa de Jane Watson, donde se había alegrado en secreto de saber que Katherine Caskey había dicho «odio a Dios» (una cosa horrible en labios de la hija de un reverendo; además, Tyler la había humillado la semana anterior, dejándola lloriquear como a una niña en su estudio, ¡y después ni tan siquiera le había telefoneado!), Doris fue a la iglesia. El coche del reverendo no estaba, pero a veces él iba andando al pueblo. Sintiéndose una delincuente, bajó con sigilo la escalera que conducía a su estudio y encontró la puerta cerrada. Su ausencia le pareció deliberada.

Se sentó en uno de los bancos al fondo de la iglesia, con las manos entrelazadas en el regazo y los tobillos cruzados. A veces, cuando rezaba sola, el silencio que se abría ante ella le parecía una presencia excitante. Esa sensación podía crecer y transformarse en algo gozoso, pero después enseguida se notaba intranquila, excitada, ya no serena, y todo se venía abajo dentro de ella. Como una burbuja en cuya frágil superficie se reflejaban las sombras y luces de sus pensamientos, desaparecía sin más, y después se notaba malhumorada; cuando eso ocurría, la sensación de plenitud ya no volvía.

Ese día se ruborizó al pensar, de repente, que esa sensación se parecía al sexo con Charlie. ¿La oración era como el sexo? Ella era un desastre en ambos frentes, porque incluso en ese momento estaba lanzando miradas a la alfombra, pensando en el buen trabajo que hacía Bruce Gilgore al pasar la aspiradora todas las semanas y tener limpias esas ventanas tan altas; ¿y por qué le daba por pensar en eso? Pero también le sucedía en la cama con Charlie. Le daba por pensar si no había revisado los deberes de un hijo, o si habrían reparado bien la lavadora, mientras Charlie movía la cabeza por encima de sus pechos y ella le acariciaba la espalda.

Cogió el bolso y se marchó. En los escalones de la iglesia recordó de nuevo el día que había llorado delante de Tyler y le había dicho que Charlie le pegaba, y él ni tan siquiera le había telefoneado. Los ojos volvieron a inundársele de lágrimas.

–Vete al infierno –dijo.

Sentado con la Biblia en el regazo, Tyler miraba por la ventana del estudio. Estaba imaginando a la joven prometida de Dietrich Bonhoeffer, una muchacha con el pelo oscuro y retirado de la cara, honesta e inteligente, que entraba con valentía en la cárcel para hacerle una visita. Después de la muerte de Bonhoeffer, Maria von Wedemeyer no había publicado sus cartas, y esa decisión conmovía a Tyler: el hecho de que hubiera guardado su amor en el secreto de su corazón. Se decía que la última vez que lo visitó en la cárcel, cuando los guardias señalaron que se les había agotado tiempo y empezaron a conducirla hacia la puerta, Maria se dio la vuelta de repente, gritando: «¡Dietrich!». Echó a correr y se arrojó en los brazos de su prometido.

Tyler volvió a dirigir la atención a su escritorio. Al pensar en la joven, sintió que lo invadía un hondo dolor; hojeó la Biblia y leyó la respuesta de Zofar a Job: «Si tú dispones tu corazón y tiendes hacia Dios las manos…, olvidarás tu miseria… Y estarás seguro, porque hay esperanza…».

Sonó el teléfono.

–Tyler, soy Jane.

En la habitación de al lado, Connie encendió la aspiradora. Tyler se puso de pie.

–Jane. Hola.

–¿Estás bien, Tyler?

–Sí.

–Estupendo. Oye. Ha venido Alison y parece que ocurrió un pequeño incidente con Katherine. A ella le da cosa contártelo, pero ayer, durante el padrenuestro, Katherine dijo: «Odio a Dios».

Tyler volvió a sentarse y apoyó los hombros en el escritorio.

–¿Tyler?

–Sí, Jane.

–Hemos pensado que, si fuera nuestra hija, nos habría gustado saberlo. Por eso Alison me ha pedido que te llame.

–Lo siento –dijo Tyler–, pero no lo entiendo. –Notaba calor en la nuca. Oyó suspirar a Jane, o quizá sacar el humo después de encenderse un cigarrillo.

–Yo creo que la manera de entenderlo –respondió Jane– es saber que Katherine está enfadada.

–¿Durante el padrenuestro? –preguntó Tyler–. ¿Cuándo durante el padrenuestro?

–No lo sé. ¿Quieres decir durante qué parte de la oración? –Hubo un silencio–. Dudábamos entre decírtelo o no, y quizá no haya sido buena idea. Pero cuando Alison explicó a la clase que esas palabras ofendían a Dios, bueno…, pareció que a Katherine le daba igual.

–¿Y por qué no me lo dice la propia Alison?

–Porque le da cosa, Tyler.

–Entiendo.

–Yo personalmente estaba en contra.

–¿En contra de qué?

–De decírtelo.

–Pero me lo estás diciendo.

–Caray, no me lo estás poniendo nada fácil, Tyler. Alison, Irma y Doris estaban de acuerdo en que debías saberlo, pero ninguna quería decírtelo… Sabemos que la niña tiene problemas en la escuela, y naturalmente es incómodo… Así que, como favor, me estoy encargando yo. Si Martha dijera algo así, yo querría saberlo. Le lavaría la boca con jabón, pero lo que tú hagas con Katherine es asunto tuyo.

–¿Qué quieres decir con que la manera de entender esto es saber que Katherine está enfadada?

–Bueno, Tyler…

En el salón, Connie apagó la aspiradora; Tyler oyó el golpe de la boquilla contra el suelo. Imaginó el salón de Jane Watson: ¿todas esas mujeres hablando de su hija? Un gran puño negro pareció estrujarlo.

–¿Tyler?

–Sí.

–Me estás haciendo sentir muy mal.

–La niña ha perdido a su madre, Jane.

–Bueno, eso lo sabemos. ¡Santo Dios!

–Bien pensado, ha perdido a la mitad de su familia, dado que Jeannie no está.

–Tan solo pensamos que querrías saberlo, nada más. ¡Santo Dios! –repitió Jane.

–Bien. Agradezco vuestra preocupación. Me ocuparé. Gracias.

Tyler se restregó la cara con las manos y se dirigió a la puerta del estudio. Connie estaba arrojando los cojines del sofá sobre la butaca.

–Me sabe mal –dijo el reverendo. Tenía la boca seca–. La perra ha dejado el sofá hecho una pena.

–Oh, no importa –respondió Connie–. Yo también tengo perro. Un pastor alemán

grande. Tiene pelos que parecen agujas de pino.

Connie lo miró y, pese a la inquietud que lo atenazaba, el entusiasmo inocente que Tyler percibió en su expresión lo conmovió. «Él hermoseará a los humildes con la salvación».

–Oiga, Connie… Voy a salir un momento. ¿Podría… vigilar a Katherine, solo por un rato, si no vuelvo a tiempo?

–Pues claro.

Tyler ya estaba abriendo la puerta del armario para sacar el abrigo.

–Y gracias, por todo esto –añadió, con un gesto que abarcaba el salón.

–Solo hago mi trabajo –respondió Connie.

La desagradable conversación telefónica entre Jane y Tyler difícilmente podía considerarse una catástrofe, pero tampoco era una nota alegre en el pueblecito de West Annett, y Tyler lo sabía por instinto. Su impulso fue huir (no pararse), y el de Jane, naturalmente, fue compartir la experiencia con todas las amigas posibles antes de que los maridos e hijos regresaran a casa y ese elemento tan necesario de camaradería femenina se perdiera en el alboroto de las necesidades de los demás.

No obstante, Connie Hatch era tan ajena a los estremecimientos que recorrían el pueblecito como al problema del viejo órgano de la iglesia que se retrasaba un compás, y cuando el reverendo salió de casa, estaba envuelta en un halo de luz, pese a la palidez del cielo tras las ventanas y la capa de nubes altas que no daban muestras de disiparse. No, mientras introducía la boquilla de la aspiradora en los recovecos del sofá, Connie se sentía increíblemente etérea y liviana –una sensación insólita en ella– al pensar en la amabilidad con la que el reverendo le había pedido disculpas por los pelos de la perra y, para gran sorpresa suya, en su deseo de tenerla como niñera a jornada completa. Le gustaba la nota de desconcierto que veía en los ojos del reverendo; le gustaba porque también ella se sentía desconcertada. A veces tenía la sensación de que la vida era una partida de damas y una gran mano había descendido desde lo alto para aplastar a Jerry y poner a Becky panza arriba como a un escarabajo, mientras que a ella, Connie, simplemente la dejaba de lado. ¿Y quién sabía por qué? Quizá el reverendo lo supiera. Connie llevaba tiempo preguntándoselo, y pensaba que lo más probable era que no hubiera una razón. Pero jamás había olvidado la primera vez, hacía años, que su suegra le había dicho:

–¿Sabes, Connie? Siempre he pensado que, cuando una mujer no puede tener hijos, alguna razón debe de haber.

–¿Qué quieres decir? –había preguntado Connie, con lágrimas en los ojos.

–He oído en la radio que, cuando una mujer tiene un aborto espontáneo, es porque el feto está mal formado –había respondido Evelyn–. La naturaleza sabe a quién conceder hijos.

–Creo que no entiendo a qué te refieres.

–Vamos, Connie. Eres demasiado nerviosa. Y lo sabes.

Connie había tenido que sentarse.

Se agachó para desenchufar la aspiradora y la cargó hasta el armario. Era cierto que Katherine no le caía simpática. Pero las cosas podían cambiar. Se le vino una imagen a la cabeza: Katherine volvía a casa de la escuela con una rodilla rasguñada. Tímidamente, se la enseñaba a Connie. Y Connie le decía: «Oh, te has hecho pupa. Vamos a ponerle una tirita para que se cure». Jeannie quizá también quisiera una tirita, al ver que su hermana tenía una. «Vamos a ponerle una también a Jeannie», le diría Connie a Katherine, y las dos niñas aplaudirían. Mentalmente, Connie habló con

Jerry mientras buscaba la cera para el suelo: «Voy a cuidar a las hijas del reverendo».

Pero pensar en Jerry la puso tan triste que, mientras estaba de rodillas para encerar el suelo, se le saltaron las lágrimas y tuvo que sentarse sobre los talones para enjugárselas. «Huele siempre a mierda, Con. Mierda humana. ¿Te acuerdas de cuando mamá nos encerraba en el retrete de afuera y a mí me daban miedo las arañas? ¿Cómo es que la mierda humana huele peor que la mierda de los animales? Es un sitio horrible, Connie».

Connie vertió un poco de cera en el suelo y la frotó con el trapo. Todas las noches después de que muriera Jerry se despertaba con una oscura opresión en el pecho, más aterradora que cualquier otra sensación que hubiera experimentado nunca. «Ahora ya está –pensaba–. Ya no tiene miedo». Pero ella no había vuelto a ser la misma. Se había dado cuenta poco a poco. Vas viviendo… y eres simplemente Connie. Y después ya no eres la misma; dentro de ti se ha quebrado una rama. Después de eso, no eres nada. Nadie lo sabe, pero no eres más que una mera «nada» en el vasto mundo.

«¿Te acuerdas de cuando bajábamos por el tobogán, Connie? Si te parecía peligroso, me decías que me sentara detrás de ti para ser la primera en darte contra el árbol. Aquí hace frío, Con. Tengo miedo».

–Mierda –dijo Connie. Había seguido encerando el mismo punto y estaba demasiado brillante–. Mierda, culo y pis –añadió. Pero muy probablemente el reverendo no se daría cuenta, y seguro que no le importaría. Se levantó, guardó la cera y empezó a quitar el polvo a la mesa del comedor. Volvió a pasársele por la cabeza la imagen de Katherine, enseñándole tímidamente la rodilla rasguñada; Connie estaba de pie junto a ella con su hermanita en brazos. Pensó que, cuando fueran mayores, las hijas Caskey dirían: «De pequeñas teníamos una asistenta. Casi nos salvó la vida. Papá no se las habría podido apañar sin ella. Nos salvó la vida, la verdad. Se llamaba Connie Hatch, y era la persona más buena del mundo». Se lo contarían a sus compañeras de piso cuando fueran a la universidad, a sus novios, a sus suegros.

Connie quitó el polvo a las sillas del comedor y recordó que un día, curioseando por la casa, había descubierto que todas las fotografías de Lauren Caskey estaban en el desván, dentro de una caja de cartón, junto con su reloj y su alianza de boda.

–Adrian, ¿no te parece extraño que no haya ninguna foto suya en toda la casa? –le había preguntado, sin esperar una respuesta.

–No –le había dicho Adrian tras un largo silencio.

Connie puso la silla en su sitio y quitó el polvo a la siguiente. Lauren Caskey no le había tenido simpatía, y Connie lo había sabido al instante. Pese a ser una mujer descuidada, desordenada, que dejaba caer un jersey rosa al suelo o arrojaba un zapato de tacón a un rincón, y sin duda necesitaba la ayuda de Connie, jamás le había dirigido una palabra amable; de hecho, jamás le había hablado.

¡Pero ponerse tan enferma! Un verdadero horror. Connie dejó de quitar el polvo y se sentó en la silla, con el trapo en la mano. Por más que lo intentara, jamás había podido entender por qué ocurrían esas cosas, por qué los cuerpos se convertían en cárceles con la persona atrapada dentro. A veces gritaban, a veces no, pero te miraban como si tuvieras que hacer algo. Connie se había alegrado cuando la madre de Tyler la había mandado a casa: ¿quién quería ser testigo de algo así? Ella no, desde luego. Pero se preguntaba si Tyler «creía» en el sufrimiento. La gente creía que el sufrimiento hacía más fuerte, pero a Connie le parecía una estupidez. ¿Más fuerte para qué? ¿Para la muerte? Si existía otra vida, ¿servía el sufrimiento para procurarte un tren más rápido al paraíso?

La idea de que pudiera haber otra vida la aterrorizaba. Ya lo había pasado

suficientemente mal en la primera. ¿Y si la muerte era una gran bolsa de basura donde terminaba el cuerpo, pero la mente permanecía, suspendida para siempre con todos sus pensamientos? Ese era el concepto que Connie tenía del infierno. (No era que no quisiera ver a Jerry, o que sus mentes compartieran un guiño en alguna región ultraterrena. Pero dudaba que tuviera esa suerte: su mente acabaría atrapada en una habitación distinta). De no ser porque todo era una estupidez; no había habitaciones ni en el cielo ni en el infierno; no había ni cielo ni infierno.

Pero lo que sí había era la calidez de la casa del reverendo. Connie miró las paredes rosas que la rodeaban, tamborileando con los dedos en la mesa del comedor. Recordó que, en el desván, había –aparte de todo lo demás– mucha ropa nueva de mujer, aún con la etiqueta del precio. Algún día se ofrecería a ayudar a Tyler a deshacerse de ella; no podía tenerla ahí para siempre. Él confiaría en que ella hallara la mejor manera de hacerlo, al igual que le había pedido consejo sobre los puños gastados.

Para comer, Connie tomó una ración de pastel de carne frío que se había llevado de casa y tuvo que golpear la base del frasco de kétchup con la palma de la mano. Planificó mentalmente las comidas del reverendo. Se levantó para ver si había guisantes en el congelador. No había; lo anotó en la lista de la compra. Guisantes. Eso se le daba bien. Esa mañana, después de lavar la ropa, el reverendo le había dicho:

–Es muy importante para esta casa, ¿sabe?

Cuando se levantó para mirar dentro de los armarios, Connie, a quien, años antes le encantaba bailar la cuadrilla en el centro comunitario, entrevió esa mañana la posibilidad de volver a ser una criatura liviana y grácil, como si su relación con el mundo pudiera transformarse en un alegre paso a dos.

La Academia había instalado hacía poco un teléfono de pago cerca del gimnasio. Charlie Austin tenía una hora libre y estaba insertando monedas de veinticinco centavos en la ranura. Ella respondió al segundo timbrazo.

–Soy yo –dijo Charlie, mirando alrededor. Un grupo de alumnas habían salido del vestuario del otro lado del pasillo, con el traje azul de gimnasia abotonado por delante.

–Hola, yo –respondió ella, riendo.

–Tengo solo tres minutos –continuó Charlie–. Después se acabarán las monedas. Solo quería saludarte.

Ella volvió a reírse.

–¿Solo saludarme? ¿Nada más?

–En realidad, no puedo hablar mucho. Estoy en un teléfono cerca del gimnasio y dentro de poco las alumnas empezarán la clase. –Ya se oían los botes de una pelota de baloncesto.

–¿Son sexis? ¿Las alumnas?

–No –replicó Charlie. Horrorizado, vio que entre ellas estaba su hija. Se puso de espaldas a ella.

–Podríamos buscar una chica, Charlie. ¿Te gustaría verme con una chica? Oye, que si tú no puedes hablar, a lo mejor puedo yo.

–Eso estaría bien. –Se le había puesto ronca la voz.

–¿Sabes en qué estaba pensando esta mañana?

–Dímelo.

–En hacerlo estilo perrito. Delante de un espejo. Así podré verte. ¿Quieres que siga?

–Sí –dijo él. Cerró los ojos.

–Me dejaré la falda puesta y tú me la levantarás. Llevaré el liguero, pero no las

bragas. Charlie –añadió en voz baja–, me encanta follarte.

Charlie no se podía creer que una mujer pudiera hablar así. La polla se le estaba poniendo dura en el pasillo. Escuchó el silbato del profesor de gimnasia.

–Te echo de menos –susurró.

–Yo también te echo de menos.

–¿Qué vamos a hacer? –preguntó él.

–Follar todas las veces que podamos, supongo. Recuerda que eres mío.

–Solo tuyo –dijo Charlie. Colgó y regresó a la sala de profesores sin mirar a las muchachas. No tenía la menor idea de si Lisa lo había visto. «Posiblemente sí –pensó–. Eres un hombre malo, muy malo».

El Seminario Teológico de Brockmorton se erigía en una colina y sus viejos edificios de piedra, rodeados de grandes olmos, dominaban la ciudad con una especie de serena majestuosidad. Solo la nueva biblioteca construida un poco aparte parecía fuera de lugar, achaparrada y cuadrada; verla entristeció a Tyler y lo hizo sentirse más viejo de lo que era, porque habría preferido que combinara con la vieja arquitectura. Sabía que lo «moderno» era así, y el estilo le desagradaba. Le parecía que tenía la forma de un edificio construido por invasores extraterrestres.

Pero el familiar olor del edificio Blake le provocó una honda punzada de nostalgia, desorientándolo con la sensación de que no había cambiado nada en absoluto: el gran reloj del fondo del pasillo; las fotografías de los anteriores presidentes, que parecían acechar desde la pared. Las caras de esos hombres de aire solemne y pelo blanco, con las mejillas más sonrosadas de lo que podían haber sido en la vida real, observaban a Tyler con mirada impasible.

La puerta de George Atwood estaba abierta. Tyler, de pie en el umbral, lo vio leyendo junto a la ventana. George se volvió para mirarlo y, por un instante, sus ojos quedaron ocultos por el reflejo de la luz en las gafas de montura dorada; pero su voz, cuando se levantó, le transmitió una alegría sincera aunque contenida.

–Tyler Caskey. Qué placer tan inesperado. ¿Qué te trae por aquí? Siéntate, siéntate.

–Tenía cosas que hacer por los alrededores. –Tyler le quitó importancia con un gesto de la mano–. En Edding. He pensado pasar a ver si estabas.

George Atwood asintió y observó a Tyler a través de las gafas con sus viejos ojos de miope. Rezumaba un pulcro aire de absoluta limpieza, como si sus camisas, e incluso sus camisetas, estuvieran igual de limpias al final del día que cuando se las había puesto. Se acomodó en una silla antigua que lucía el emblema de la escuela en el negro respaldo y cruzó las piernas largas y delgadas.

El Seminario de Brockmorton se había fundado hacía dos siglos y era distinto del resto porque se había concebido para formar a hombres –y a veces a mujeres– que habían tenido antes otros oficios. Un carnicero, por ejemplo, o un electricista que decidían hacerse reverendos en la madurez recibían instrucción allí, para después ejercer en una de las pequeñas parroquias diseminadas por el norte de Nueva Inglaterra.

Pero Tyler había llegado directamente de la universidad y era el más joven de su curso. Y, al principio, también el más solitario. La afabilidad que había parecido su don natural desde la primera infancia –y que había sufrido un único golpe, repentino y feroz, en el período transcurrido en la Marina–, lo había abandonado durante su primera época en el seminario. Los hombres mayores tendían a ser taciturnos, pues se veían obligados a compaginar las responsabilidades de los estudios con las esposas y los hijos; algunos de ellos adoptaban una actitud competitiva con Tyler, como si lo

consideraran un fantasma. George Atwood, profesor de Teología Sistemática, lo había tomado bajo su ala. «Ha sido como un padre para mí», decía Tyler, sin darse cuenta de que a veces incluso confundía a sus compañeros, de que George Atwood, que era un poco cojo (aunque no tanto como el padre de Tyler) y cuyas gafas de montura dorada eran parecidas a las que había llevado su padre, inundaba el corazón de Tyler de una cierta nostalgia cuando lo veía atravesar el césped cubierto de hojas, o cojear despacio por el pasillo de la iglesia camino de un banco. George había casado a Tyler y a Lauren, y había oficiado el funeral de Lauren.

–¿Cómo está Katherine? –le preguntó.

–Bien –respondió Tyler, tamborileando con los dedos en el brazo de la silla–. Con algún problemilla, creo. Le está costando un poco adaptarse al jardín de infancia. El otro día hablé con su profesora. Por lo visto, grita un poco.

Poco después, George dijo:

–Imagino que era de esperar.

Tyler asintió.

–¿Rezas con ella?

–Claro. Todas las noches.

–¿Incluyes a su madre en vuestras oraciones?

George Atwood se estaba examinando un botón de cuero de la larga chaqueta que llevaba. Al ver que Tyler no respondía, alzó la vista.

–No –respondió Tyler.

–¿Y eso por qué?

–No sé. –Empezó a notar el dolor punzante bajo la clavícula–. Supongo que será porque tenemos un pequeño ritual, que viene de antes, y bueno… No.

–Quizá sería buena idea.

–Sí. –Tyler asintió. Miró por la ventana y se dio cuenta de que estaba viendo la esquina de la iglesia en la que se había casado–. El otro día estuve pensando –añadió, sintiendo la necesidad de desviar la atención de la aterradora revelación (se daba cuenta en ese momento) de no haber incluido a Lauren en las oraciones de su hija– que santa Teresa tenía justo la edad de Katherine cuando murió su madre.

–Por Dios, Tyler. No estarás leyendo aún a los santos católicos, ¿verdad?

Tyler lo miró y sonrió.

–De vez en cuando.

–Oh, lo sé. Te atraen las pasiones. Ten cuidado. Eso puede hacer que te echen de la parroquia en un abrir y cerrar de ojos. Lo he visto otras veces.

Tyler volvió a sonreír, con la mitad de la boca.

–No tengo intención de que me echen de ningún lado.

–No. Imagino que no. –George descruzó las piernas, juntó las rodillas bajo el pantalón gris y se puso de lado en la silla–. Dime, ¿sales adelante, Tyler?

Tyler asintió y volvió a mirar por la ventana.

–Pero no consigo aprenderme los sermones de memoria, y eso me irrita. Ya no disfruto tanto cuando predico. Caramba, me encantaba. Saber que los tenía a todos conmigo en ese momento, que se irían a casa y reflexionarían sobre lo que había dicho, que no solo eran palabras abstractas lo que…

Recordó demasiado tarde que los sermones de George siempre eran aburridísimos, leídos como si todas las palabras tuvieran el mismo peso, de una monotonía mortal. Se preguntó si George era consciente de ello. ¿Hasta qué punto era cada uno consciente de sí mismo? Tyler se inclinó hacia delante en la silla y apoyó los codos en las rodillas. ¿Qué sabía la gente de sus propios hijos? Cuando pensaba en Katherine,

callada y obediente en casa, y después la imaginaba gritando en la escuela diciendo «odio a Dios» en catecismo, esa discrepancia –su conocimiento de su hija y la forma en que la veían los demás– lo asustaba, como si cada vez que salía de casa Katherine se hundiera bajo el hielo en un agua oscura donde él apenas la veía.

El cielo estaba muy gris por encima de la iglesia. Tyler se restregó la cara, se recostó en la silla y vio que George lo observaba.

–Te recuperarás –le dijo. Después añadió, pensativo–: Siempre has necesitado tener público, Tyler. –Cambió de postura en la silla negra, levantándose apenas con los brazos antes de volver a dejarse caer–. El problema es –añadió, aclarándose la garganta– que, para un hombre que necesita tener público, el público no será nunca suficiente. Incluso acabará detestándolo. Es una trampa, ¿sabes?

Tyler asintió despacio, para dar la impresión de que reflexionaba sobre ello, pero, de hecho, el dolor bajo la clavícula le estaba aumentando.

–Bueno –Tyler suspiró–, ya queda poco para el Domingo de los Administradores y me gustaría hacerlo bien. La organista quiere un órgano nuevo y, si hay polémica, querría quedarme al margen.

–Déjalo en manos del consejo.

–Sí, desde luego.

–Hasta ahora, te has manejado bien con las recaudaciones.

–Sí. Con eso no habrá problemas.

Los dos hombres se quedaron en silencio; una puerta se cerró en el pasillo. George dijo:

–Recuerda las Lamentaciones: «Bueno es para el hombre llevar el yugo en su juventud».

–Yo ya no estoy en mi juventud –respondió Tyler.

George se limitó a alzar una mano pálida y huesuda. Poco después, preguntó:

–¿La pequeña está bien?

–Sigue con mi madre. Sí, está bien.

–Por oscura que sea la noche, con la mañana viene la alegría, Tyler. –George alzó una cadera huesuda y se sacó un pañuelo blanco del bolsillo trasero. Se sonó la nariz casi sin hacer ruido–. El duelo es un sacramento. ¿Te estás cuidando? Me parece que has perdido un poco de peso.

–Aún tengo reservas, creo. –Tyler se acarició la tripa.

Le parecía extraño que George hubiera mencionado la alegría. Se preguntó cuándo habría sido la última vez que George Atwood había sentido alegría. Pero a quien le faltaba era a él. Alegría era lo que lo había colmado hasta entonces, le pareció. Incluso cuando el matrimonio le había dado preocupaciones. Y «alegría» era la palabra empleada por C. S. Lewis para describir su anhelo de Dios. Tyler se dio cuenta de que era eso, el Sentimiento. ¿Pero volvería la alegría a colmarlo alguna vez? Sentía que, con una única, repentina y extenuada decisión, había permitido que una puerta de granero le cayera encima en aquel último día de vida de Lauren y, en la oscuridad que reinaba debajo, no veía ninguna salida.

–Oye, George… –Tyler se inclinó hacia él, con los codos en las rodillas.

En ese momento, sin embargo, George miró hacia la puerta y dijo:

–Philip, pasa. ¿Me estabas buscando? –Había un joven en el umbral, con la espalda encorvada en actitud deferente.

Después de estrechar la mano a Philip, Tyler se volvió y también se la estrechó a George.

–Bueno –dijo–, tengo que irme.

–Estupendo, Tyler. –El anciano ni tan siquiera lo acompañó a la puerta del despacho.

Fuera hacía frío y Tyler se esforzó por hallar un equilibrio tras la honda decepción de su visita a George. Se quedó un rato sentado en el coche, mirando los edificios de la universidad, los enormes troncos grises de los olmos que se alzaban ante él. «Ven, ¡oh, Señor!, la noche viene ya…». Era extraño pensar que ese había sido su himno favorito durante años, porque ¿qué sabía él en realidad, hasta ese último año, de la tristeza que encerraba, de su tono de súplica? «Todo es oscuro y temor me da». Tyler puso el coche en marcha, descendió por la colina y dejó atrás la iglesia en la que se había casado. «No hay amparo; maldad se ve. En las tinieblas, quédate conmigo».

Parecía que los árboles que bordeaban el río hubieran sido sorprendidos a medio desvestir. Aún quedaban algunas hojas, pero habían caído las suficientes para que se vieran los troncos y el cielo; reinaba una atmósfera de inminente desnudez. Tyler bajó la ventanilla del coche para notar el aire en la cara, y el olor penetrante del otoño le trajo a la mente un recuerdo de sí mismo cuando era joven, esperando en el campo de fútbol antes del pitido del inicio del partido. «Soy un hombre grande –había pensado–, y haré grandes cosas».

En el asiento trasero del coche de la señora Carlson, Katherine miraba por la ventanilla con una minúscula sonrisa en la cara. Al echar un vistazo al espejo retrovisor, la señora Carlson pensó que quizá había visto el puesto de calabazas que acababan de pasar y su padre le había prometido una.

–¿Harás una calabaza de Halloween? –le preguntó, pero Katherine no respondió y siguió mirando por la ventanilla sin dejar de sonreír. Se estaba imaginando su casa, el porche, la barandilla rota, los escalones ladeados, a sí misma subiéndolos de uno en uno; y después, cuando entrara, su madre estaría esperándola con los brazos abiertos. «¡Te he echado de menos, ratita!», exclamaría su madre, y después se irían a saltar en la cama.

Katherine se lo imaginaba a menudo. El hecho de que aún no hubiera ocurrido no la desanimaba. Lo pensaba siempre que iba montada en un coche que la llevaba a casa. Esa imagen la protegía. Así que, cuando el extraño hijo de los Carlson le dijo en tono burlón: «Gracias, señora Carlson» mientras ella bajaba del coche en silencio, y la señora Carlson le ordenó: «Para, Bob. Adiós, Katherine», nada de eso le afectó lo más mínimo.

Subió los escalones y giró el picaporte, flojo y rechinante. Y allí estaba Hachuela Vocinglera, con las manazas rojas justo al lado de su cabeza.

–Hola, tesoro –le dijo.

Katherine tiró al suelo la fiambrera roja de plástico y subió a su habitación. «¿Tesoro?». Le daba náuseas que esa mujer la llamara así. Miró alrededor, frenética, y se metió debajo de la cama, al amparo de la oscuridad, con un calcetín embadurnado de polvo justo al lado de la cara. Oyó a Connie subir la escalera y la oyó vacilar en la puerta.

–Vamos, Katherine, sal de ahí –dijo. Katherine cerró los ojos con fuerza y contuvo la respiración.

Las nubes bajaron y adquirieron el color del metal galvanizado; luego se hicieron más densas y bajaron todavía más, de manera que todos los árboles estaban grises e inmóviles y, a lo largo del río, el mundo parecía aplastado y tenso bajo un cielo plomizo. En su desordenada cocina, la profesora de catecismo, Alison Chase, preparó un crujiente de manzana para Tyler y, después de pintarse los labios de naranja, se

dirigió a la granja para dejárselo a Connie Hatch.

–Tyler odia las manzanas –le dijo más tarde Ora Kendall por teléfono.

–Nadie odia las manzanas.

–Tyler sí. Confesó que le dan náuseas desde que Lauren murió. Murió justo cuando las manzanas empezaban a madurar. Tampoco puede comer huevos revueltos, según explicó. Por los huevos en polvo de cuando estuvo en la Marina.

Alison llamó a Jane Watson, que estaba picando una cebolla y tenía un trozo de pan en la boca para que los ojos no le lloraran.

–Te he llamado hace un momento –dijo Jane, por un lado de la boca–. Ya he telefoneado a Rhonda y a Marilyn para contarles mi espantosa conversación con Tyler. Ha sido como hablar con un hombre, casi maleducado, al que le daba igual que no hubiera línea. ¿Por qué le has preparado un crujiente de manzana?

–Me sabía mal por él.

–Tyler odia las manzanas. Se lo dará a Connie Hatch.

–Mi vida me aburre mortalmente –dijo Alison–. Me aburre tanto que podría vomitar.

–Pasará –la tranquilizó Jane–. La semana próxima tienes la reunión de la Sociedad Histórica en casa de Bertha. Lleva allí un crujiente de manzana.

–¿Tú nunca te aburres mortalmente?

–Debes mantenerte ocupada, Alison.

–Ni siquiera soy capaz de limpiar la casa.

–Haz las camas –le dijo Jane, sacándose por fin el pan de la boca–. Hazlas y te sentirás mejor. Y cómprate una faja. Yo he pedido una nueva de Sears. El anuncio decía: «¿Por qué comer queso fresco cuando puedes perder dos kilos en cinco segundos?».

–¿Para qué hacer las camas si después ellos vuelven a deshacerlas? Nunca lo he entendido. A propósito, ayer encontré una revista debajo de la cama de Raymond. Con mujeres desnudas.

–Ah. Bueno. Imagino que está en la edad. Pídele a Fred que tenga una charla con él. O habla con Rhonda Skillings. Lo sabe todo últimamente…, ¿te has dado cuenta? Freud por aquí, Freud por allá. Se muere por hablar de cualquier cosa que tenga que ver con el sexo.

–La mujer de la revista se parecía a Lauren Caskey.

–Alison. Es horrible lo que has dicho.

–Gracias –dijo Alison–. Muchísimas gracias.

Esa noche, Tyler vio a su hija correr por su habitación como si le hubiera picado una abeja. Corrió hacia la puerta, después de nuevo hacia la cama, se subió y se puso a saltar. Sacudió la cabeza con vehemencia, de un lado a otro, y después se dejó caer sobre la cama hecha un ovillo minúsculo, con la carita enterrada en la almohada.

–Katherine. Para ya.

La niña se incorporó.

–Alguien lo dijo –explicó Tyler–. Es horrible decir algo así.

La niña volvió a sacudir la cabeza y empezó a golpeársela contra la pared.

–¡Basta! –El tono repentinamente alto hizo que la niña lo mirara con los ojos como platos. Después, rauda como una ardilla, volvió a acurrucarse contra la almohada.

–Métete en la cama y diremos tus oraciones.

Tyler había regresado de Brockmorton esa tarde consciente de que el seminario pertenecía a otros hombres, aunque mientras estudiaba allí le había parecido que

estaba construido expresamente para él. «Ya no estoy en mi juventud», le había dicho a George y, en efecto, mientras volvía sobre sus pasos por el pasillo de Blake Hall, el edificio le había parecido más pequeño, como si hubiera encogido de forma imperceptible y se hubiera llevado consigo la majestuosidad que el Tyler más joven le había conferido. Camino del coche, había pensado que la universidad no parecía más que un montón de viejos edificios grises colocados en una colina. Y mientras circulaba por la estrecha carretera y el cielo se encapotaba tanto que tuvo la sensación de estar conduciendo por un pasillo, recordó el chasquido perfecto de un balón atrapado al vuelo en el campo que estaba detrás de su antiguo instituto y le pareció que lo habían catapultado directamente desde su infancia al interior de ese coche, viudo y padre… Y ese pensamiento lo dejó estupefacto.

Cuando llegó a casa, fue de nuevo Connie Hatch (el brillo cómplice y discreto de sus ojos verdes) quien lo tranquilizó. Señaló en el mármol el crujiente de manzana que había dejado Alison Chase.

–Lléveselo –dijo Tyler–. Aborrezco el olor de las manzanas.

–Los olores pueden afectar mucho, ¿verdad? –Connie asintió con desenvoltura mientras lo metía en una bolsa de papel–. Cuando trabajaba en la granja del condado, tenía que quitarme la ropa en cuanto llegaba a casa y dejarla en otra habitación. Y aun así me parecía que se me habían quedado pegados a los pelos de la nariz trocitos de ese sitio.

–Tiene razón –dijo Tyler, recordando a una anciana, la viuda Dorothy, a la que su hija había mandado al hogar de ancianos, llamado la granja del condado, pocos meses después de que él llegara al pueblo–. No sé cómo aguantaba trabajar ahí.

–No aguanté –respondió Connie–. Katherine está arriba coloreando.

–Gracias –dijo Tyler. Luego, añadió–: ¿Puede quedarse a tomar un té rápido?

Y ella se había quedado, sujetando una taza humeante con los dedos fuertes y enrojecidos en las puntas, y la cabeza ladeada mientras escuchaba a Tyler hablar de Brockmorton y de su sensación de que parecía que hubiera transcurrido un siglo desde su época de estudiante.

–El tiempo –dijo Connie–. Es bien raro. Sigo sin entenderlo.

Se marchó, llevándose el crujiente de manzana y la barrera que su presencia levantaba entre Tyler y las voces de Jane Watson y Mary Ingersoll; porque en ese momento, cuando se sentó en la cama de Katherine, volvió a sentir la tenaza de esas voces, como si tuviera dentro una bobina de alambre de espino. La niña recitó el padrenuestro en actitud obediente.

Katherine estaba convencida de que, si negaba con la cabeza las suficientes veces, sería verdad: no había dicho «odio a Dios». Junto al mínimo hecho de haberlo dicho, se alzaba, enorme, el de no haberlo dicho. Y lo único que importaba en ese momento era que su padre la mirara como si la viera de verdad, que le acariciara la cabeza con su mano de oso, que le desaparecieran las arrugas del entrecejo. Pero no desaparecieron: permanecieron durante toda la oración, y después su padre no dijo nada más, frente a otras veces, cuando añadía, en tono alegre: «Walter Wilcox se ha quedado dormido en la iglesia hoy, y lo han despertado sus propios ronquidos».

No, esa noche su padre se levantó, aún con las arrugas en la recia piel del entrecejo, y cuando apagó la luz, vaciló en la puerta, diciendo, como ya había hecho alguna vez: «Recuerda, Katherine. Sé siempre considerada. Piensa siempre primero en el prójimo».

En la cama, Katherine se preguntó quién era el prójimo. Debía de ser Jesús. Se alegraba de que no fuera Connie Hatch, dado que «prójimo» era masculino, así que no tendría que pensar primero en ella. Cerró los ojos con fuerza para ver si así le venía

sueño. Connie no le gustaba. No le gustaba ni mirarla.

–Doris, ve a acostarte –dijo Charlie Austin. Tenía la sensación de que llevaban una eternidad allí sentados, viendo la televisión. Había tenido que ver esa serie nueva que detestaba, *Dimensión desconocida*, la que hablaba de una «quinta dimensión, más allá de lo que conoce el hombre». También estaban sus hijos: el mayor estaba acurrucado a su lado en el brazo del sofá comiendo patatas fritas, volviéndolo loco con el ruido que hacía al masticar.

–Es genial, ¿verdad, papá? –dijo el muchacho, dándole un golpecito en la pierna.

–¿Por qué no te sientas en una silla? –preguntó Charlie.

–Me gusta estar aquí. Es una serie genial, ¿eh, papá? ¡Mira, papá! –En la pantalla, una mano salió del suelo; a Charlie le entraron escalofríos al verla.

Por fin, habían mandado a sus hijos a la cama y estaban viendo *Los intocables*. Charlie podría haberla disfrutado (el actor que interpretaba a Eliot Ness le gustaba bastante) si hubiera estado solo y, cuando lanzó una mirada al perfil de su esposa, pensó que no estaba viendo verdaderamente la película, sino solo mirando la pantalla del televisor, con una tensa expresión de espera en la cara inmóvil.

–Ve –dijo.

–Estoy bien. Me quedo aquí contigo. –Doris siguió mirando al frente.

–No estoy cansado –le explicó Charlie–. Estoy nervioso. Vete a la cama.

Doris lo miró.

–Deja que te ayude a relajarte –se ofreció ella, y le puso una mano en el muslo.

Él volvió a apoyar la cabeza en el sofá y cerró los ojos.

–Me gustaría probar –dijo Doris. Movió la mano, y la polla de Charlie, apretada bajo el calzoncillo y el pantalón, se despertó. Criatura voluble, no tenía vergüenza, solo su estúpida avidez. Si no abría los ojos…, si pensaba en la mujer de Boston, en su liguero, en el elástico de sus medias, en los dedos de sus pies en punta cuando se había echado en el borde de la cama del hotel… «Juguemos a médicos y enfermeras», le había dicho. Con las manos le había tocado las orejas.

Abrió los ojos.

–¡Doris –dijo, cogiéndole la mano, apartándosela–, vete a la cama, por favor!

Doris tenía lágrimas en la cara cuando se levantó, dobló la manta de ganchillo y la colocó con cuidado sobre el respaldo del sofá. Ahuecó los cojines mientras las lágrimas le caían por la nariz.

–Maldita sea –dijo Charlie en voz baja–. Suénate la nariz y vete a la cama.

Su crueldad la hizo prorrumpir en fuertes sollozos.

–¡Cállate, por el amor de Dios! Despertarás a los niños –dijo Charlie, y el estómago se le agrió.

«Exhibicionismo –había dicho la mujer de Boston, queriendo descorrer una cortina de la habitación del hotel–. No es la primera vez que me acusan de eso –había añadido, volviéndose hacia él entre risas».

Charlie pensó que su esposa era una exhibicionista de otra clase. Pensó que sus lágrimas decían: «Mira lo infeliz que soy». Y quería gritarle: «¿Por qué tengo yo que presenciar tu infelicidad? ¡Tu infelicidad me da náuseas!».

Doris había subido parte de la escalera, cuando él la oyó darse la vuelta y volver a bajar. Entró y se quedó delante de Charlie, que seguía sentado en el sofá.

–Quiero que sepas –dijo, y la voz le tembló– que fui a ver a Tyler Caskey y le dije que me pegas.

Charlie alzó la vista.

–¿Has perdido la cabeza? –le preguntó en voz baja.

–¿Tú me preguntas a mí que si he perdido la cabeza? Eso sí que es gracioso, Charlie. Que tú me lo preguntes a mí.

Charlie bajó la vista y negó con la cabeza.

–Bueno –dijo–. No te creo. Sé que te lo estás inventando.

–No. Propuso que fuéramos a hablar con algún otro reverendo para que nos ayude. Él no quería complicarse la vida.

–Ahora sé que te lo estás inventando –respondió Charlie, moviendo la mano con gesto despectivo–. Tyler jamás diría que no quiere complicarse la vida. Aunque estoy seguro de que, si se lo hubieras contado, se habría sentido así.

–Sí lo hice, y se sintió justo así, aunque no empleara esas palabras. Dijo que podíamos ir a hablar con él, si tú te sentías cómodo. Pero no creía que fueras a estar cómodo.

Entonces Charlie se dio cuenta de que decía la verdad. Con un nudo en la tráquea, dijo, sin aliento:

–Doris. Por el amor de Dios. ¡Empezaste tú! ¿Le dijiste que tú me pegaste primero? Claro que no. ¿Le hablaste de las caras que pones? Él también querría pegarte si te viera hacer mohines y ponerme malas caras. –Se levantó–. Vete a la cama. –Después, mientras su esposa volvía a subir la escalera, añadió–: Puede que tu compasivo reverendo te conceda un espléndido órgano de tubos nuevo como recompensa por tu sufrimiento. –Apagó el televisor y se quedó sentado a oscuras. Pero la oscuridad le daba miedo y tenía el corazón palpitante. Fue a la ventana, pero a pocos centímetros del cristal solo vio la tenebrosa noche, y eso lo asustó. Volvió a encender el televisor.

5

Aún era octubre cuando cayó la primera nieve. Llegó por la tarde, liviana como pelusa blanca de diente de león arrojada desde el cielo. Los copos eran tan ligeros y escasos que se tomaban su tiempo en alcanzar el suelo. Pero la nieve siguió cayendo, silenciosa y constante, y, a media tarde, una fina capa cubría las elevaciones del terreno. Poco antes de que oscureciera, el cielo se despejó, la temperatura bajó de golpe y un viento frío azotó los pueblos que bordeaban el río: la nieve recién caída se arremolinó como barrida por una rauda escoba. A la mañana siguiente permanecía en los puntos donde la había llevado el viento, trazando largos arcos a través de un campo, o mezclada con la hojarasca al pie de un árbol. No había mucha, pero el suelo estaba helado y las ramas desnudas. El cielo tenía un luminoso color gris: la temperatura volvería a subir, y después se esperaba más nieve.

–¿Qué haces con Katherine cuando no hay escuela por las nevadas? –preguntó la hermana de Tyler al teléfono.

–Oh, puede quedarse aquí conmigo –respondió él–. O puede vigilarla Connie. Connie me es de gran ayuda.

–He hablado con mamá –dijo Belle– y piensa que tu casa es deprimente. Sabes, el segundo año de luto siempre es peor que el primero. Tienes que buscarte otra esposa. Mamá me está volviendo loca. Lo juro por Dios, Tyler. Si no llamas tú a esa Susan Bradford, lo haré yo.

–Bueno –respondió Tyler, moviendo las piernas–. He estado ocupado. –Después, con

cautela, añadió–: Belle, he estado pensando. Me gustaría encontrar la manera de que las niñas estén juntas. Si contratara a una niñera a jornada completa, Jeannie podría vivir aquí.

–Tyler, ¿se te ha olvidado? No tienes dinero –le dijo Belle–. Y, francamente, yo tampoco. Además, si le quitas la niña a mamá en este momento, le quitas su única razón de vivir.

–Oh, Belle, no creo que eso sea verdad.

–¿No? Tienes suerte de que tu casa le parezca deprimente; si no, ya estaría viviendo ahí. Llama a Susan Bradford. Ve a Hollywell e invítala a cenar. Eso sí que haría feliz a mamá, si es que eso es posible. Intenta casarte con una mujer que le guste, que sea amable con ella, que te ayude a cuidarla cuando sea vieja. Yo no voy a estar por la labor: ya te lo puedo decir ahora.

–Vamos, Belle. Seamos considerados. Pensemos primero en el prójimo.

Silencio. Tyler pensó que a lo mejor su hermana se había alejado del teléfono.

–¿Belle?

–Te he oído. ¿Sabes por qué decía papá esa gilipollez de pensar primero en el prójimo? ¿De ser siempre considerados?

–Porque era bueno y…

–Porque tenía miedo. Le daba miedo tener una opinión. La única opinión que contaba en esa casa era siempre la de mamá. En realidad, lo que quería decir era: «Piensa siempre primero en Margaret Caskey, porque, si no lo haces, que Dios te ayude».

–Belle, por…

–Es verdad. Y me sabe mal, Tyler, todo lo que has pasado, pero…, disculpa, eres un idiota. Si siempre piensas primero en el prójimo, no tienes que preocuparte de lo que sientes tú. De lo que piensas.

Tyler se volvió en la silla y vio a un carbonero que se posaba en la pila para pájaros y sacudía el ala solo un poco.

–¿Qué quieres decir con que el segundo año es peor?

–Porque el primero lo pasas aturdido. Después empiezas a recordar. Llama a esa Susan Bradford, Tyler, antes de que mamá nos vuelva locos a todos.

–Sí –dijo Tyler–. Saluda a Tom y a los niños de mi parte.

Colgó y se recostó en la silla. Lo cierto era que Tyler tenía menos dinero de lo que creía Belle, o cualquiera. Tenía deudas. Su aversión por las cuestiones de dinero quizá fuera un poco más pronunciada de lo normal, pero tampoco era particularmente insólita si se conocían sus orígenes. Mucha gente, sobre todo los protestantes de origen puritano que vivían en Nueva Inglaterra desde hacía bastantes generaciones, tenía una actitud de velada repugnancia frente al dinero. Cuanto menos se gastara, mejor. Cuanto menos se hablara de él, mejor aún. Era un poco como la comida: suficiente para sustentarse pero no, pasado un cierto punto, para disfrutarla plenamente. Eso era gula.

De cualquier modo, la terrible realidad era que los excesos de Lauren habían dejado a Tyler plagado de deudas. Sus compras compulsivas habían agotado sus escasos ahorros a una velocidad alarmante y aún había facturas de médicos que no cubría el seguro. Pero eran las tiendas de ropa de los alrededores de Hollywell las que habían generado más facturas al permitirle comprar ropa a crédito por ser la esposa del reverendo. Su padre le mandaba dinero de tanto en tanto y a veces Lauren lo usaba para pagar. Pero, cuando murió, Tyler había descubierto, escondidos en el desván, vestidos, zapatos, pulseras y bolsos, muchos aún con la etiqueta del precio. Jamás se

le habría pasado por la cabeza intentar devolverlos: ni siquiera era capaz de pensar en ellos. Las tiendas, sin embargo, seguían mandándole facturas. Había pedido un préstamo al banco, pero, con su escaso salario, trascurriría como mínimo un año antes de que pudiera volver siquiera al punto de partida. Había esperado que el consejo, al elaborar el nuevo presupuesto, le concediera un aumento, pero nadie había sacado el tema a colación y a él jamás se le ocurría pedirlo. Por otra parte, sí estaba pensando en pedir más dinero para Connie, a fin de poder tener a sus hijas con él.

«Mi corazón está inquieto hasta que repose contigo». Tyler se levantó y se masajeó el dolor punzante bajo la clavícula. «¿Te estás regodeando en tus miserias? –le preguntaba siempre su madre cuando era pequeño y algo lo angustiaba–. ¿Dónde está tu dignidad? –le decía–. A nadie le gustan los débiles».

Bonhoeffer habría estado de acuerdo, pensó Tyler, empezando a andar de un lado para otro. Le habían repugnado los compañeros de cárcel que se lo hacían encima cuando sonaba la alarma de los bombardeos, hombres que gimoteaban y se derrumbaban «ante la menor prueba de resistencia. Aquí hay muchachos de diecisiete años que se encuentran en lugares mucho más expuestos al peligro durante las alarmas y se comportan de un modo irreprochable, y estos van por ahí lloriqueando –había escrito Bonhoeffer a su amigo Bethge–. ¡Me asquean!».

Tyler se masajeó el hombro. Si Bonhoeffer podía pasar un año en una celda, solo para que se lo llevaran al bosque desnudo y lo ahorcaran, él, Tyler Caskey, podía saldar sus deudas, ocuparse de sus hijas y desempeñar su trabajo. Volvió a sentarse a su escritorio y vio los apuntes que había tomado para un nuevo sermón: «Dios está de nuestra parte si…». Cogió un lápiz y se inclinó sobre la hoja para terminar la frase: «… si vivimos nuestra vida lo más honestamente posible, todos los días». Se quedó mirando las palabras durante mucho rato; después, se levantó y salió al pasillo.

Quizá no fuera la celda de una cárcel alemana, pero el silencio lo ponía nervioso, y pensó que no había nada tan vacío como una casa vacía en otoño. Fuera, las ramas de los robles se movían, con restos de nieve aún incrustada en las grietas. Vio campos pardos a lo lejos, oyó pasar un coche por la carretera. Meditó: «Un solo día con el Señor es como mil años, y mil años como un solo día». Las habitaciones de la vieja granja parecían cubiertas de cicatrices, como si las hubieran golpeado con una espada, a pesar de los muebles cómodos e intactos que las decoraban: la mesa del comedor y las sillas con respaldo de madera, el sofá del salón, la lámpara del rincón. En esa habitación había dicho una vez a su esposa que le gustaba que el nombre Kierkegaard significara 'jardín de la iglesia'. Lauren había puesto sus grandes ojos en blanco y había respondido: «¡Es tan típico de ti, Tyler! El nombre significa 'cementerio'». Al recordarlo, frunció el entrecejo. Habían tenido una verdadera riña por aquel motivo. ¿Qué era, a fin de cuentas, el jardín de la iglesia? Un cementerio, sí, ¿pero qué había de malo en preferir la traducción 'jardín de la iglesia'? ¿Por qué tenía Lauren que insistir en 'cementerio'? Y, además, ¿qué quería decir «¡Es tan típico de ti, Tyler!»? Era como un pellizco, pensó en ese momento. Pellizquitos inesperados en su matrimonio. «Reverendo Todo está Bien», lo había llamado ella una vez. No recordaba por qué.

La puerta de la cocina se cerró de golpe.

–Oh, santo cielo –dijo Connie cuando Tyler salió al pasillo–. Ha sido el viento, cuando he entrado. Se ha levantado viento en la calle.

–Bueno, Connie Hatch –respondió él–, es un verdadero placer verte.

En el aula del último piso de la Academia, Charlie Austin estaba frente a sus alumnos del último curso de Latín. Toby Dunlop no había hecho los deberes y se quedó

cabizbajo en su pupitre, después de que Charlie le arrancara la confesión. Los otros alumnos estaban repantigados en sus asientos y solo unos pocos lo miraban a la cara. Pero su persistente silencio los incomodó y cesaron de mover las hojas y cuadernos; las chicas dejaron de tirarse de los calcetines rodilleros. Estaban traduciendo una oda de Horacio: «¿Qué consuelo ni resignación cabe en la pérdida de tan caro amigo? Inspírame canciones lúgubres…», y ver su falta de interés hacía que a Charlie le entraran ganas de ir a la ventana y romper el cristal de un puñetazo. A menudo se había sentido comprensivo con esos muchachos, con su inconsciencia juvenil, su educado y respetuoso deseo de complacerlo. Había querido, a veces más que nada en el mundo, trasmitirles la belleza de esa lengua, la poesía de hacía tantos siglos, capaz aún de inspirar sus necesidades nacientes.

El hecho de que en ese invernal día de otoño no hubieran sido capaces de prestar atención a lo que decía y de que tampoco se hubieran molestado (porque no se trataba solo de Toby Dunlop) en terminar los deberes inundaba a Charlie de imágenes violentas: un polvorín que estallaba, cristales que volaban por los aires.

–La clase ha terminado –dijo, y el asombrado silencio que se hizo a continuación le resultó mínimamente gratificante–. Hablo en serio –añadió, moviendo un brazo–. Fuera de aquí. No puedo enseñaros si no ponéis de vuestra parte. Así que marchaos. Id a casa, id a sentaros en el coche, id a donde os parezca. Pero la clase ha terminado. –Cogió los libros y se marchó.

Fue a la biblioteca a consultar el diccionario y buscó la definición de «crisis nerviosa»: ‘Trastorno mental incapacitante que requiere tratamiento’. Charlie contempló las palabras durante mucho rato, y después se llevó el diccionario al banco de la ventana. La señora White le sonrió desde su mesa.

«Que requiere tratamiento». Eso simplificaba las cosas, dado que él no tenía intención de tratarse. Conocía a un veterano del hospital de Togas al que habían tratado con electrochoques; le metían un trozo de goma en la boca, pulsaban el interruptor, el hombre se cagaba encima, y ahora se pasaba el día sentado en una silla. Charlie había dejado de visitarlo hacía ya tiempo. No, no pensaba tratarse.

Reflexionó sobre el resto de la definición. «Trastorno mental». El mundo entero tenía un trastorno mental. Era el término «incapacitante» lo que encerraba peligro. Se imaginó una silla de ruedas, y a sí mismo sentado en ella, con la cabeza cayéndole sobre el pecho. Ponía los pelos de punta. «Incapacitante». Pasó las páginas del diccionario y buscó el término «incapacitar»: (1) ‘Hacer incapaz a alguien o algo; lisiar, tullir’; (2) ‘Decretar la falta de capacidad de alguien jurídicamente, inhabilitar’. Así que un trastorno mental que lo incapacitaba. Lo que significaba, pensó, cerrando el diccionario y devolviéndolo a su sitio, que lo único que se podía hacer era seguir adelante. Se despidió de la señora White con un gesto de la cabeza.

El sol se ponía rápido en esa época del año: se detenía un momento sobre el horizonte y después se hundía como una enorme piedra. Charlie subió al coche y se dirigió a casa. Al ver luz en las ventanas, le entraron ganas de llorar; se dio cuenta de que, si alguna vez se marchaba, la imagen que tenía ante él lo perseguiría siempre: la casita gris con los postigos blancos, los enebros a un lado y la pícea azul junto al porche.

–Doris –la llamó, al atravesar el umbral–. ¿Doris?

Su hijo mayor estaba viendo la televisión. Charlie pasó por su lado y subió la escalera. Doris estaba en el dormitorio.

–¿Crees que no lo sé? –le dijo ella. Sus labios habían perdido el color y Charlie se sintió como si, de repente, alguien le hubiera echado un balde de agua encima; apenas

se tenía en pie. De un tirón, Doris retiró el edredón y la sábana, y señaló el colchón–. ¿Crees no te oigo de noche cuando no duermes? ¿Crees que no sé lo que haces, acostado justo a mi lado? Al principio, pensaba, bueno, le ha pasado mientras dormía, nadie puede evitar soñar lo que sueña. Pero después empecé a mirar el colchón todas las mañanas, y siempre había una mancha nueva. Empecé a quedarme despierta, haciéndome la dormida, y te oí. Anoche te oí, Charlie, ¡y otra vez esta mañana temprano! ¿Eres un pervertido, por el amor de Dios? ¿Lo eres, Charlie?

–Doris, baja la voz.

–Sé perfectamente que no piensas en mí cuando haces eso. ¿En quién piensas?

–Doris. –Charlie se quedó inmóvil, con el abrigo aún puesto y el maletín en la mano.

Ella se acercó a él.

–No puedo darte una bofetada –le dijo, furiosa–, porque los niños están abajo, pero me gustaría abofetearte hasta que te cayeras al suelo. –Cuando él intentó apartarse, ella lo siguió y le dio un fuerte empujón.

–Jesús –murmuró Charlie, encorvándose–. Jesús, Doris. Por favor, para.

Tyler no tenía ningún interés en convertir a nadie, y el hecho de que Connie llevara años sin ir a la iglesia no era una cuestión por la que quisiera preguntarle. Por eso se quedó sorprendido cuando ella le soltó una mañana: «¿Por qué dijo Jesús que amemos a nuestros enemigos?». Acababa de cortar dos cuadraditos de un pastel de café colocado entre los dos en la mesa de la cocina. Lamió el cuchillo y lo miró.

Una telaraña de escarcha, parecida a minúsculos copos de nieve, se extendía por las esquinas de la ventana de la cocina y hacía tanto viento que, incluso con la contraventana, se colaba por ella una corriente de aire frío. Connie dejó el cuchillo en la mesa y se bajó los puños del jersey de lana.

–Porque amar a nuestros amigos es fácil.

Connie dio un buen mordisco a su trozo de pastel y aplastó el azúcar moreno que quedaba en el plato con la yema de un dedo.

–Para mí no –dijo–. Para mí era difícil amar a mis amigos. Y ahora ya no me quedan muchos.

Tyler la miró.

–Les cogí celos –continuó Connie, lamiéndose el azúcar moreno del dedo–. Tienen hijos, tienen una casa. Algunos hasta tienen suegras soportables.

Tyler asintió.

–Cuando era pequeña –prosiguió Connie–, conocía a una mujer muy gorda. Un día me dijo: «Dentro de mí hay una chica esbelta y hermosa». –Dio otro mordisco al pastel–. Y luego se murió –añadió, limpiándose las migas de los dedos.

Tyler dejó la taza de café en la mesa sin hacer ruido.

–¿Y dentro de ti hay una madre?

–Exacto –respondió Connie–. Igual que la mujer gorda. Y luego me moriré. –Negó con la cabeza–. He soñado tanto con esos niños, señor Caskey, que casi he pensado que eran reales. Se llaman Jane y Jerry. Son buenos. Educados.

–Siempre me ha gustado el nombre de Jane –dijo Tyler.

–Sí. –Connie se limpió la nariz con un pañuelo de papel–. Bueno, he vivido en un mundo de fantasía.

El reverendo miró por la ventana.

–Creo que la gente lo hace a menudo.

–A veces ni tan siquiera sé qué es cierto y qué no. Qué he hecho o qué no he hecho.

La mente es bien rara, ¿verdad?

–Sí.

–Es como si tuviéramos que inventarnos cosas para seguir adelante. Fingir que hemos hecho esto, o que no hemos hecho aquello.

Él volvió a mirarla; cuando Doris le sonrió, Tyler tuvo la sensación de que sus ojos llorosos le hacían guiños.

–¿Qué sueños lo ayudan a seguir adelante? –le preguntó Connie.

Tyler apartó el plato con el pastel de café y se aclaró la garganta.

–Oh, en esta época, a veces sueño con ir al sur, para ayudar a los pastores que trabajan con los negros. Organizan sentadas en las cajas de grandes almacenes.

–Lo sé. He visto fotos. Pero a veces les pegan. A veces los pastores acaban en la cárcel. ¿Querría hacer eso? Dios santo. Preferiría morirme a acabar en la cárcel.

–Esa parte no me entusiasma, la verdad –reconoció Tyler–. Pero es una causa justa.

Connie asintió, mirando la taza de café.

–Bueno, yo seguro que lo echaría de menos –dijo.

«De lo que abunda en su corazón habla su boca».

–Sí –dijo Tyler–. Pero no creo que debas preocuparte. No voy a irme a ninguna parte. No tengo a nadie que se ocupe de las niñas, y… –enarcó las cejas– lo cierto, Connie, es que tengo deudas. No voy a moverme de aquí en un tiempo, y cuando la iglesia me dé un poco más de dinero, te ofreceré un empleo a jornada completa. Si aún estás interesada.

–Oh, lo estoy.

Al fregar el suelo del baño, Connie tuvo la sensación de que le habían quitado una cinta adhesiva de los ojos. Ahora todo estaba nítido; cada baldosa que limpiaba parecía dotada de un encanto especial. Más tarde, con una escobilla, limpió los zócalos del pasillo de arriba. La luz que inundaba el rellano tornaba acogedora la gastada alfombra; el papel pintado, de finas rayas azules, parecía haber adquirido el cálido color de la mantequilla. No obstante, era extraño. Porque, junto a la sensación de ligereza que Connie tenía últimamente en casa del reverendo, había una filtración ascendente de cosas siniestras, como si el calor de la amistad del reverendo fuera igual que el sol sobre un campo nevado, que afectaba incluso las cosas enterradas a mucha profundidad. Antiguos miedos de la infancia, desilusiones de sus años de matrimonio, preocupaciones y confusiones más recientes, todo ello estaba escondido muy dentro de ella y, mientras cambiaba las sábanas de Katherine, Connie deseó poder arrancar esos profundos brotes de oscuridad. Recordó que el reverendo había dicho que, según ese tal Bonhoeffer, la capacidad de olvidar era un don. Asintió mientras arrojaba la almohada sobre la cama. La enderezó y le dio un ligero puñetazo.

Entretanto, Tyler trabajaba sentado al escritorio y se alegraba de oír los pasos de Connie en la escalera, el susurro de la escobilla o el ligero golpe de un cubo, mientras escribía una lista de peticiones para incluirlas en la oración de intercesión del domingo:

- Por todos los afectados por la huelga de los trabajadores siderúrgicos.
- Por los negros del sur, que sufrían el azote del odio todos los días y hallaban el valor para continuar su lucha por la dignidad.
- Por la familia de George Marshall, fallecido hacía poco, galardonado con el Premio Nobel de la Paz.

Tyler tamborileó con el lápiz. La semana anterior, al salir de la iglesia, Bertha Babcock le había pedido: «Me gustaría que dijeras una oración por Bob Hope, que

acaba de quedarse ciego del ojo izquierdo». «Por supuesto», le había respondido Tyler. Pero no quería incluir a Bob Hope en la oración, así que dejó el lápiz.

Sonó el teléfono.

–Te paso el parte, Tyler –dijo Ora Kendall–. La Sociedad Benéfica, ese pequeño aquelarre, está teniendo una pelea, una revolución comparable a la de Cuba.

–Vaya por Dios –dijo el reverendo.

–Irma Rand cree que quedaría bonito poner uno de esos carteles fuera, delante de la iglesia. Yo pienso que parecería un cine. ¿Tú qué opinas?

–Bueno, Ora, creo que no me corresponde a mí decidirlo.

–Opina, por el amor de Dios. Es tu iglesia.

–En realidad, Ora, la iglesia pertenece a la congregación.

–Muy bien. Pues no te sorprendas cuando pases por delante y veas un cartel donde ponga: «Entrad y reencontrad la fe». Doris sigue enfadada contigo porque no te has pronunciado sobre el órgano.

Cuando colgó, Tyler añadió a Bob Hope a la lista y después, al oír la campanilla, fue a la cocina para comer. Quería decirle a Connie que claro que no se conseguía poner fin a la huelga de los trabajadores siderúrgicos, si la congregación de un pueblecito ni tan siquiera era capaz de ponerse de acuerdo con respecto a un cartel. Quería decirle que Doris Austin soñaba con un órgano nuevo tanto como ella soñaba con tener hijos. Quería decirle que la Sociedad Benéfica andaba chismorreando sobre Katherine. ¡Quería decírselo todo! Pero un reverendo debía tener cuidado. Así que solo le dijo, mientras cogía el sándwich de queso fundido:

–¿Irás a ver a tu hermana en Acción de Gracias?

–No. –Connie negó con la cabeza. Entre bocado y bocado de su sándwich, le explicó que, durante la guerra, su hermana se había ido a vivir con el tío Ardell a una granja de patatas que estaba más al norte. En la granja trabajaban varios prisioneros alemanes y Becky se quedó embarazada de uno de ellos. Robó dinero al tío Ardell y siguió al soldado a Alemania después de la guerra, pero resultó que estaba casado. Connie apoyó los codos en la mesa y miró a Tyler–. Un desastre horrible, horrible. Adrian no quiere saber nada de ella, supongo que por el alemán.

–¿Qué pasó con el hijo? –preguntó Tyler.

–Lo perdió. –Connie dio un buen sorbo al tazón con sopa de tomate–. Lo perdió aposta, mejor dicho. Fue a ver a alguien que hacía esas cosas. Y después no dejaba de sangrar y por poco se muere. Pero no se murió. Sigue allí, viviendo encima del bar.

Tyler se alisó la servilleta en el regazo. Connie lo miró con cautela, inclinándose un poco hacia él.

–¿No lo ve? –le preguntó.

–¿Ver qué?

–Vengo de una familia de pecadores.

–Oh, Connie –le respondió el reverendo–. Como todos.

En el patio, Mary Ingersoll vigilaba a los niños para asegurarse de que ninguno comía nieve, pero estaba pensando en el día de su boda, hacía tres años. Una boda de invierno en Nuevo Hampshire; había cirios en la iglesia, y ella tenía un manguito blanco de piel para meter las manos camino del banquete. Nunca se había sentido tan hermosa, pensó, recorriendo el patio con la mirada, y quizá ya no volviera a sentirse así nunca.

Con las botas de agua, el abrigo marrón de lana y una bufanda atada alrededor de la cabeza, se sentía «señora». Esa fue la palabra que se le pasó por la cabeza, y no le

gustó. La desconcertaba, pero le parecía que el largo camino de la vida que tenía por delante, ese largo camino sin fin en el que podían suceder toda clase de cosas maravillosas (porque era joven y tardaría siglos en morirse), había descrito una curva y muchas cosas ya estaban decididas. La deliciosa pregunta, «¿con quién me casaré?», había hallado respuesta. El delicioso deseo, «¡seré profesora!», se había cumplido. Aún no había tenido hijos, eso estaba pendiente, pero en algunos momentos, como esa mañana, sentía el fugaz escalofrío de una pérdida irreparable, e incluso cuando el director, el señor Waterbury, alzó alegremente la mano y ella le devolvió el saludo, una parte muy profunda de ella anheló acurrucarse en el regazo de un adulto.

Katherine Caskey tuvo una fea caída. Un grupo de niños estaban corriendo y uno chocó con ella: fue sin querer, pero Katherine, que era tan menuda, perdió el equilibrio. Se cayó y se dio en la cabeza con el poste metálico del columpio. Mary la vio caer y corrió hacia ella.

–Katie, ¿estás bien? –le preguntó. Cogió en brazos a la niña, que estaba llorando a pleno pulmón–. Deja que te vea la cabeza, tesoro –dijo Mary, retirándole el pelo de la cara. Se alegraba de oírla llorar, porque era una buena señal cuando un niño se daba un golpe en la cabeza–. Creo que estás bien –añadió–. Pero veamos si te está saliendo un chichón. –Dejó a la niña en el suelo con delicadeza y le palpó el punto de la contusión–. Te has asustado, ¿verdad?

Katherine asintió, sin dejar de llorar. Mary vio pasar una chaqueta azul, oyó la voz de Martha Watson que cantaba, como si todo el patio fuera suyo: «Al pasar la barca, me dijo el barquero las niñas bonitas no pagan dinero». Katherine se arrimó más a su profesora.

Y Mary Ingersoll tuvo una dulce sensación de plenitud y alivio: no era una señora que iba por un camino que no tenía salida. Ese era su trabajo, ocuparse de esa niña, y sabía hacerlo bien. La habitual terquedad de Katherine hacía que su victoria fuera aún mayor; lo que Mary sentía era amor.

–Suénate la nariz –dijo, sacándose del bolsillo un pañuelo de papel. Katherine obedeció–. Tienes un chichón –añadió Mary, palpándole el cuero cabelludo–. ¿Cuántos dedos ves?

Katherine la miró y levantó tres dedos.

–Muy bien –dijo la señora Ingersoll, en tono diligente y didáctico–. Asusta mucho que te tiren así al suelo. –Fue a darle otro abrazo.

Pero Katherine recordó de repente que su padre había dicho «Nunca me ha parecido nada del otro mundo». Se puso rígida, ya sin llorar.

–¿Katie?

La niña se apartó.

–¿Katherine? –La señora Ingersoll le tocó el minúsculo hombro y se quedó estupefacta cuando Katherine se apartó aún más, con brusquedad. El gesto hirió los sentimientos de la profesora. Y cuando Katherine, que había echado a correr, volvió la cabeza y le sacó la lengua, la señora Ingersoll sintió que una súbita rabia se apoderaba de ella–. ¡Katie Caskey, eres una maleducada! –gritó.

Katherine siguió corriendo.

Tyler regresaba a casa en silencio, con la niña sentada a su lado en el coche. Seguía oyendo la voz de Mary Ingersoll, cortante como esquirlas de cristal. La veía hablándole en el pasillo fuera de la enfermería, con la expresión dura, sin el menor vestigio de afecto.

–¿Pero Katherine está bien? –le había preguntado él.

–Dudo que tenga una conmoción cerebral. ¿Pero estar bien? Ya le he dicho que no. Hay algunas normas comunes de comportamiento social –había dicho la joven, mirándolo con frialdad–. Y sacar la lengua a la gente no es una de ellas.

–¿Katherine le ha pedido perdón?

–No.

–¿Puede dejarnos solos un momento, por favor? –Tyler se había llevado a Katherine por el pasillo y le había susurrado al oído, furioso–: Pide perdón a la señora Ingersoll o, cuando volvamos a casa, te azoto en el trasero.

La niña lo había mirado fijamente, separando los pálidos labios, y después habían vuelto con la señora Ingersoll. Con la mirada baja, Katherine había murmurado un «lo siento» apenas audible.

Mientras atravesaba el aparcamiento con Katherine, Tyler se imaginó diciendo a Mary Ingersoll que, «por cierto», no servía de nada que solo fuera a la iglesia en Navidad y en Pascua. El propósito de ir a la iglesia era aprender las normas del amor y la comprensión del comportamiento cristiano. El propósito de ir a la iglesia era acoger en el corazón los problemas de una niña que había perdido a su madre. Sospechaba que, en ese momento, Mary Ingersoll estaba yendo a chismorrear con Rhonda Skillings. Le daba náuseas.

A través de los árboles sin hojas, el horizonte parecía rezumar un acuoso amarillo pálido que se expandía hacia arriba, por el cielo gris. Una ardilla cruzó la carretera corriendo.

–¿Por qué le has sacado la lengua a la señora Ingersoll?

La niña no se movió ni habló.

–Respóndeme.

Katherine susurró algo.

–¿Qué has dicho?

Dejó escapar una vocecilla, sin mirarlo:

–No lo sé. –Estaba sentada con las botas rojas apoyadas en el asiento y la mirada fija en el regazo.

–Katherine, ¿tienes ganas de vomitar?

Ella negó con la cabeza.

–¿Tienes sueño?

Negó de nuevo con la cabeza.

Tyler alargó la mano y se la puso sobre la rodillita; ella volvió la cabeza hacia la ventanilla.

–Ratita –dijo Tyler. Pero no añadió nada más. Cuando giró hacia el camino particular, vio luz en el salón y también en la cocina. Entró en casa detrás de la niña y se dio cuenta de que se había orinado encima–. Ve arriba, tesoro. Tienes que bañarte.

Connie, que estaba encerando la mesa, alzó la vista. La habitación olía a limón. Tyler se quedó quieto y dejó que sus miradas se cruzaran. Después, pasó por su lado, desabrochándose el abrigo, y pensó en el versículo del Evangelio de Mateo: «Estuve en la cárcel y vinisteis a mí».

Nevó toda la noche, a ratos ligeramente y a ratos con más fuerza. No amainó hasta el alba y, por la mañana, todo estaba blanco: campos de nieve blanca tan centelleante a la luz del sol que había que apartar la mirada para no quedar cegado por ella. Los árboles de hoja perenne tenían las ramas combadas por el peso, y las carreteras se habían estrechado hasta el punto de ocupar apenas el espacio de la pala de una quitanieves. El coche de la señora Carlson entró despacio en el camino particular.

Katherine apartó el cuenco con cereales en forma de letras y bajó de la silla.

–Fuera está todo precioso –le dijo su padre, abriéndole la puerta. No se había agachado para subirle la cremallera del abrigo y el frío invernal la azotó mientras el brillo de la nieve recién caída la mareaba y casi la cegaba; tenía la sensación de que se había convertido en un molinete, y eso la asustaba.

Alargó la mano buscando la de su padre, pero, en su lugar, encontró el asa de plástico de la fiambrera y oyó su voz, lejana, por encima de su cabeza.

–Me recuerda los días que no había escuela por las nevadas: nos pasábamos el día construyendo fuertes de nieve.

Se lo estaba diciendo a la señora Carlson, quizá.

Su padre de niño, construyendo fuertes de nieve: todo eso pertenecía a un mundo fuera del suyo, el cual transportaba en su minúsculo globo terráqueo el olor del coche de los Carlson, al que pronto tendría que subir, la gravilla que la esperaba en el suelo del asiento trasero, la cara insulsa y pecosa del hijo de los Carlson, que estaba mirando por la ventanilla y siempre tenía las pestañas llenas de una especie de costras.

Su padre no estaba bajando los escalones. Katherine se quedó a su lado, mientras el aire frío le penetraba bajo el vestido, por el agujero de la rodilla de los leotardos.

–Katherine, ¿lo harás? –Acababa de preguntarle si ese día iba a portarse bien, y la pregunta le recordó la cosa increíble que le había dicho el día anterior (en el coche). Su padre había pronunciado la palabra «trasero». Que la azotaría en el trasero. Una vergüenza tan honda que no era comparable a ninguna otra situación embarazosa de su corta vida le arreboló las mejillas mientras permanecía inmóvil en el porche.

Asintió.

Bajaron juntos los escalones y Katherine subió al coche.

Tyler entró en el estudio para los rezos de la mañana. Era viernes y pronto llegaría Connie. Leyó un fragmento de la traducción de Winkworth de la *Theologia Germanica*: «Cuando un hombre se considera totalmente vil, malvado e indigno, cae en un envilecimiento tan hondo que le parece razonable que todas las criaturas del cielo y la tierra se levanten contra él». Miró el reloj, pensando que Connie quizá había tenido problemas con el coche por la nieve. «Y, por tanto, no deseará ni se atreverá a desear ningún consuelo ni liberación». Pero no era propio de ella no llamar por teléfono. Descolgó el auricular y oyó que había línea. «Y a aquel que en un momento dado entre en un infierno similar, nadie lo consolará».

Más tarde, cuando la llamó, nadie cogió el teléfono.

Connie no apareció.

El sábado por la noche, después de que las niñas estuvieran acostadas, y mientras fuera neviscaba en la oscuridad, Tyler estaba sentado en el salón con su madre. Margaret Caskey no decía nada. Echó los delgados hombros hacia delante y dejó en la mesita la taza de té que Tyler le había preparado. Después, cogió un pañuelo y se lo llevó a los labios.

–Mamá –dijo por fin Tyler–, ¿estás bien?

–Supongo –respondió ella despacio, enarcando las cejas–. Jamás había oído nada tan ridículo.

–¿Qué tiene de ridículo?

Margaret se quedó mirando una esquina del techo, como si la hubiera hipnotizado una extraña telaraña que solo ella veía. Echó la cabeza hacia atrás, escudriñó el techo y después volvió a mirar a su hijo.

–Me dejas asombrada, Tyler. Creemos que conocemos a alguien, pero no es así. Supongo que nunca conocemos a nadie de verdad.

El dolor punzante bajo la clavícula volvió a aparecer. Tyler se masajeó la zona con el dedo pulgar.

–Dime –respondió en tono afable–, ¿por qué es una idea ridícula?

–Oh, por todas las estrellas del cielo, Tyler. Esa mujer tiene la cultura de una cría de doce años. No tiene hijos y está casada con un hombre que bebe. No puedo ni imaginarme cómo debe de ser su vida conyugal. Es rara, Tyler. Y, además, ¿de dónde es? ¿Y tú le vas a confiar a tus hijas?

Esa vez fue Tyler el que se quedó callado. La desilusión pareció correrle por dentro como un astringente.

–¿Ya se lo has propuesto?

Tyler asintió.

–Caramba, Tyler. –Margaret Caskey tenía los ojos brillantes–. Pues tendrás que decirle que no va a pasar.

–Creo que las niñas necesitan estar juntas.

–Y estarán juntas, en cuanto encuentres una esposa adecuada.

La palabra «adecuada» fue como una piedrecita arrojada contra él desde el otro extremo del salón; se recostó en la mecedora. El corazón se le había acelerado.

–Lo has pasado muy mal –reconoció su madre–. Pero el sufrimiento nos hace más fuertes y me gustaría ver un poco más de fortaleza en ti.

–¿En qué sentido no estoy siendo fuerte? –preguntó Tyler.

–Has adelgazado. Eres un hombre corpulento, y los hombres corpulentos deben estar un poco llenos o parecen enfermos. Y, además, siempre tienes cara de cansado. Está claro que no te cuidas, salvo cuando yo vengo los fines de semana. Por el amor de Dios, ¡duermes en el estudio! –La voz le temblaba. Señaló la puerta del estudio con un gesto vehemente de la cabeza–. Ni tan siquiera vives como una persona civilizada. Y Katherine –añadió–, está tan malhumorada y antipática…

–Su madre ha muerto.

–Tyler, te has vuelto vulgar. Soy consciente de que la madre de la niña no está. Y es terrible. Terrible. Pero estas cosas pasan por voluntad de Dios. Lo que estoy intentando hacerte entender es que últimamente apenas puedes apañártelas con una sola niña en casa, y ahora me dices que quieres dos. ¿No te alegras de que Jeannie sea feliz? Te aseguro que lo es. Me ocupo muy bien de ella.

–Lo sé.

–En realidad, Tyler, no estoy segura de que lo sepas. Dices que Connie podría vigilarlas durante el día, pero no tienes ni idea, los hombres no tenéis ni idea, del trabajo que da tener un niño pequeño en casa las veinticuatro horas del día. –Volvió a llevarse el pañuelo a la boca y Tyler vio que le temblaba la mano–. Es como si me hubieras dado un mazazo –añadió.

–Sí. Ya lo veo. Y es lo último que tenía intención de hacer. –Pero le costó decir esas palabras. Tenía la boca reseca–. Dejémoslo por ahora –propuso.

–Intento ayudar –dijo su madre–. Intento hacer mi humilde parte.

–Sí –respondió Tyler–. Y te lo agradezco. Todos te lo agradecemos.

«¿Y tú buscas para ti grandezas? No las busques».

Tyler había dormido muy poco y se presentó ante su congregación con la sensación de tener los párpados recubiertos de arena. El sermón, una nueva versión del inconcluso «Sobre los peligros de la vanidad personal», se titulaba «¿Tiene sentido la

era moderna?». Paul Tillich, explicó Tyler, aclarándose la garganta, creía que la ansiedad era el fenómeno típico del hombre moderno. ¿Y por qué no habría de ser así, preguntó Tyler, cuando la cultura moderna nos ha permitido adorarnos a nosotros mismos? ¿Por qué no habríamos de padecer ansiedad? La era de la ciencia, tanto natural como social, nos ha hecho creer que el misterio de lo que somos puede explicarse, en vez de celebrar los nuevos descubrimientos como un ejemplo más del misterio de Dios. ¿Por qué no habríamos de sufrir ansiedad cuando nos dicen que el amor no es más que un mecanismo egoísta de la naturaleza, o que los males del mundo están causados por recuerdos reprimidos de la infancia? Pero el hijo del rey David, Salomón, uno de los reyes más sabios y ricos de la antigüedad, quien jamás había oído hablar de Jruschov, ni de bombas atómicas o de hidrógeno, ni de Galileo (quien conservó la fe hasta el final), ni de física, biología o psicología…, ese hombre, cuando escribió el libro del Eclesiastés, ya planteó algunas de las preguntas que nosotros nos formulamos hoy en día. Y llegó a la conclusión de que, sin la capacidad de ver la vida como un don recibido de Dios, todo es vanidad y correr tras el viento.

Tyler, consciente de que su madre estaba sentada al fondo a la derecha, miró en cambio hacia la izquierda, y vio una presencia nueva: una mujer sentada en el último banco, tocándose la nuca con una mano.

Puso la espalda recta y siguió leyendo:

–Cuando un catastrofista dijo a Ralph Waldo Emerson que el mundo iba a acabarse, este respondió: «Muy bien, nos las arreglaremos sin él».

Bertha Babcock, bendita fuera su vieja alma de profesora, hizo un ruido, una especie de tenue bocinazo que Tyler interpretó como una risita, pero, al alzar la vista, solo vio caras serias e inexpresivas. Prosiguió. Oyó que su voz aumentaba de volumen. Pero, cuando volvió a alzar la vista, se notó la mandíbula rígida, como si la tuviera de alambre; y cuando vio que Charlie Austin lo observaba con frío desdén y que Rhonda Skillings miraba hacia la ventana, hizo una pausa bastante larga.

–Los cristianos –prosiguió después– lidian ahora con un sentimentalismo insoportable. La capacidad de amar parece una posibilidad sencilla. ¿Pero quién de entre nosotros puede rebatir que, aunque deberíamos amarnos los unos a los otros, en realidad no lo hacemos?

Bajó del púlpito y dijo: «Recemos». Un instante antes de inclinar la cabeza, se dio cuenta de que la recién llegada de la última fila era la mujer de la farmacia de Hollywell.

–Katherine –dijo Alison Chase en clase de catecismo–, te toca vendarte los ojos. –Se acercó a ella llevando un pañuelo en la mano. Katherine dio un paso atrás–. Para ya –le ordenó la señora Chase.

Era horrible, pero esa mañana una levísima furia se había apoderado de Alison. El reverendo, con Jeannie retorciéndose en los brazos (un momento después la había llevado a la habitación del otro lado del pasillo, donde la hija de los Austin se ocupaba de los niños más pequeños), había acompañado a Katherine al aula de catecismo y había dicho:

–Hola, Alison. Oye, gracias otra vez por el crujiente de manzana. –Y después, cuando se iba, había vuelto la cabeza y había añadido–: Estaba delicioso, de verdad.

Y eso la había enfadado. Podía darle las gracias, pero no hacía falta que le mintiera.

Quizá Katherine Caskey no fuera su alumna preferida, pero Alison siempre había sentido una cierta compasión por ella. Ese día no se sentía así. Ese día sentía que no le caía bien la niña, que le volvía la cara cada vez que la veía mirándola.

–Katherine, mira el cartel que acaba de leer la clase –le dijo.

Alison había trabajado en él la noche anterior. «En esto consiste el amor a Dios: en observar sus mandamientos. 1 Juan». El ejercicio consistía en llevar a los niños por el aula con los ojos vendados, para enseñarles el valor de la fe y la obediencia.

–¿Qué es esto? –preguntó Martha Watson, señalando una nueva ilustración de la pared.

–Esto –explicó la señora Chase– representa a los cristianos esperando a ser arrojados a los leones. En esa época, si eras cristiano, los romanos querían matarte. –Los alumnos se habían quedado callados–. Te metían en una jaula y luego iba un guardia y preguntaba a todos: «¿Eres cristiano?». Y ellos rezaban para hallar el valor de no renegar de nuestro Señor. Cuando un valiente, fuera hombre o mujer, porque también se lo hacían a las ancianas, decía: «Sí, soy cristiano, creo en Jesucristo», se lo llevaban a una pista enorme, como un campo de fútbol, y los leones se lo comían. Mientras la gente aplaudía.

Algunos de los alumnos se sentaron en las sillitas. Un niño imitó el rugido de un león.

–Para, Timmy –dijo Martha Watson.

–Ven aquí, Katherine –dijo la señora Chase, acercándose a ella con el pañuelo en la mano. Katherine agitó los brazos y se puso a llorar.

Definitivamente, nadie sabía cuánto esfuerzo le costaba a Tyler dar un sermón. Ellos no eran reverendos: ¿cómo iban a saberlo? Muchos domingos se encontraba mal y un extraño agotamiento le calaba hasta los huesos. Otras veces se sentía eufórico, de una forma casi obsesiva, como si hubieran subido el termostato de una especie de horno interior, y daba largos paseos a buen ritmo o, en los meses de verano, cogía la bicicleta y recorría kilómetros y kilómetros. Pero a menudo, sobre todo últimamente, se sentía abatido. Así era como se sentía ahora al atravesar el aparcamiento, mientras su madre iba a buscar a las niñas a catecismo. Parecía que tuviera los brazos y las piernas llenos de arena mojada, y decidió no ir a la hora del café.

La mujer de la farmacia estaba junto a su coche. Llevaba un abrigo azul marino y le sonrió con una calma que le llamó la atención. Tyler le tendió la mano.

–Creo que ya nos conocemos.

Su cara, corriente y afable, era menos atractiva de lo que recordaba. También sus ojos eran más pequeños.

–Me llamo Susan Bradford –le dijo–. Espero no parecerle demasiado atrevida, pero creo que los dos conocemos a Sara Appleby.

–Sí, es verdad, y no, no me parece atrevida.

–Espero que su hija se encuentre bien –añadió la mujer–. Le dolía la tripa, pero fue hace semanas, ¿verdad?

–Oh, está bien. Muy bien. –El reverendo la observó un momento y después dejó vagar lentamente la mirada por el aparcamiento, el horizonte, los árboles, el cielo azul. A lo lejos, dentro de un coche aparcado, vio movimiento y atisbó a Charlie Austin leyendo el periódico. Volvió a posar los ojos cansados en Susan Bradford–. ¿Qué me diría si la invitara a comer en casa con nosotros?

Susan lo siguió en su coche mientras Margaret Caskey volvía la cabeza y hablaba con las niñas, sentadas atrás.

–Tenéis que portaros muy muy bien. Tenemos una invitada a comer. Katherine, ¿me has oído?

–Mamá…

–Tyler. –Su madre le habló con firmeza, mirándolo con severidad–. Me alegro de haber limpiado la casa esta mañana. He dormido fatal. Me alegro de que tengamos filete de jamón.

En el espejo retrovisor, Tyler vio que Susan Bradford ponía el intermitente y giraba detrás de él por Stepping Stone Road; una conductora prudente que ponía el intermitente, aunque no hubiera ningún otro coche a la vista. Él lo hacía siempre, lo de poner el intermitente aunque no hubiera ningún otro coche a la vista. Lauren lo odiaba. «¡Oh, por el amor de Dios, gira y ya está!», le decía. «Esto no es Massachusetts», respondía él.

El mundo, con la pálida luz del mediodía que se colaba entre los árboles casi desnudos, parecía inundado de corrientes invisibles, retazos de conocimiento que Tyler se sentía incapaz de atrapar. Volvió a echar un vistazo al espejo retrovisor. Katherine se estaba mirando las manos; un momento después, se volvió hacia la ventanilla y los ojos, incluso bajo el flequillo que le tapaba la cara, le centellearon con una expresión de profundo ensimismamiento.

–¿Vas bien ahí atrás, ratita?

Katherine asintió, sin dejar de mirar por la ventanilla.

Mientras su esposa y su hija ponían la mesa, Charlie miró el dibujo del papel pintado por encima del zócalo. Un motivo azul celeste sobre un fondo blanco. Tuvo la sensación de que era la primera vez que lo veía. ¿Enredaderas? ¿Una trompeta con enredaderas alrededor? Tosió.

–Ya te lo he preguntado dos veces –dijo Doris–. ¿Te estás acatarrando?

–No me estoy acatarrado –respondió Charlie.

–Si te estás acatarrando, no deberías ir a Boston la semana que viene. Aún no he entendido qué clase de reunión es esa. ¿A quién le importa lo que esté haciendo el Comité para las Artes del Lenguaje de Massachusetts? –Doris dejó en la mesa una bandeja con pan cortado.

–Te lo juro, Doris. No me estoy acatarrando. Y no pienso volver a explicarte de qué va la dichosa reunión. –Charlie se sentó a la mesa, en cuyo centro había una humeante fuente de carne a la olla. No lograba recobrar el aliento y volvió a toser. Sabía que esa sensación de esponjosidad en la tráquea significaba que iba a perder los estribos de mala manera, que la mente se le llenaría de imágenes fragmentadas: soldaditos filipinos comiéndose los caballos que habían matado a tiros, la jungla en llamas, el humo tan negro cuando aquellos polvorines fueron alcanzados por bombas. Todo ese horror se le arremolinaba en la cabeza, cuando miró a su hijo mayor, que había cogido una rebanada de pan y se la estaba comiendo furtivamente, con la cabeza gacha y la punta de la nariz de patata enrojecida. Esa escena le pareció tan repugnante que le entraron ganas de dar un manotazo al estofado y asestar un pescozón al pobre muchacho. Sintió que temblaba del esfuerzo que le costaba el no hacerlo y, cuando su hijo lo miró, asustado, la desesperación se apoderó de él–. Tu Caskey parecía un maldito imbécil hoy –le soltó a Doris. Tenía la voz cargada de indignación después de haberle querido gritar a su hijo–. A mitad de su vomitivo sermón ha empezado a actuar como si nos odiara a todos… ¿Te has dado cuenta?

–No es mi Caskey –dijo Doris, mientras dejaba en la mesa un cuenco con zanahorias cocidas.

–Creía que adorabas al reverendo Caskey, mamá.

Lisa se sentía guapa ese día. Tenía los pechos como embutidos bajo el jersey blanco y se apartó cuando su hermano pequeño pasó por su lado.

–Yo no adoro al reverendo Caskey.

–¿Ah, no?

Doris no respondió. Tenía los labios apretados.

–¿No? –Lisa miró a Charlie. Él se encogió de hombros.

–Bueno, su hija estaba llorando hoy –dijo Lisa, mientras doblaba en triángulos las servilletas de papel–. No Jeannie, que es un amor. Pero Katie ha escupido a la señora Chase, y he oído decir a una madre que Martha Watson le tiene tanto miedo a Katie Caskey que ya no quiere ir a catecismo.

–Lisa, deberías tener cuidado con lo que cuentas.

–No, mamá, es verdad. Katie también le ha roto el pañuelo a la señora Chase.

–Oh –lamentó Doris–. Qué triste.

–Triste –repitió Charlie–. Te diré una cosa, Doris. Si tú te murieras, yo no dejaría que nuestros hijos fueran por ahí escupiendo a la gente.

–Para, Charlie. –Doris se sentó a la mesa.

–No pienso parar. Te lo advertí desde el principio, cuando todos estabais tan extasiados: Tyler Caskey no es lo que parece. –Vio que sus hijos lo miraban con incertidumbre–. Lisa, pásame el plato.

Charlie se sintió atrapado. Quería, en ese momento, una alianza con Doris. Saber que se reuniría con la mujer de Boston dentro de una semana, y que Tyler quizá veía a su esposa como a un ama de casa maltratada, hacía que Doris, y el estofado que humeaba ante ella, le parecieran patéticos y conmovedores; se sentía extrañamente protector con ella.

–El problema de Tyler Caskey –dijo él, ofreciéndole a Lisa un plato de carne con zanahorias cortadas en rodajas– es que quería ser un pez gordo en el océano, pero solo ha podido ser un pez gordo en una pecera.

–No me gusta pensar que West Annett es una pecera –replicó Doris.

–No es una pecera. No es tan pequeño. A eso me refiero. Tyler necesita una congregación de unas tres personas, que estén ahí adorándolo. Oh, venid a adorarlo. Y le importa un bledo que tú tengas un órgano como es debido –añadió Charlie–. Y ni tan siquiera es capaz de ocuparse de sus hijas.

–Por el amor de Dios, Charlie. Estás siendo muy duro con él.

–Bah –dijo él, poniendo una rodaja de carne en un plato y pasándoselo a su esposa–, solo es un hombre normal y corriente. Que no es tan genial como él se cree.

Puede que eso hubiera dado resultado, definirlo como un hombre normal y corriente, porque Doris jamás había pensado que Tyler lo fuera. Pareció reflexionar sobre esa afirmación y asintió levemente.

–Bueno, es una pena. Sean cuales sean las circunstancias, nunca es agradable que tu hija grite y pegue.

–Martha Watson no es la única que se ha puesto a llorar; otra niña también ha dicho que Katherine le da miedo. –Lisa se echó el pelo hacia atrás.

–Eso es una bobada –replicó su hermano mayor–. ¿Cómo se puede tener miedo de una niña que no pesa ni tres kilos?

–Muy fácil –respondió Lisa, con el entrecejo fruncido–. Si tú pesas tan poco como ella, Katherine puede darte muchísimo miedo. Y mira quién habla. Hace solo unos años, tú te ponías a lloriquear cada vez que veías a Toby Dunlop en el patio.

–Basta –gritó Charlie. Pero terminaron la comida como una verdadera familia, y Charlie había dejado de toser.

Tyler era consciente de que solo había invitado a una persona a comer a casa, pero no

podía dejar de pensar que, para todos, la comida era una especie de audición para obtener un papel. Susan Bradford iba vestida para la ocasión, con un jersey azul marino de cuello vuelto y una falda del mismo color que se le ensanchaba en las amplias caderas. Llevaba un collar de perlas y un reloj de pulsera con una fina correa negra de piel. Se ofreció educadamente a ayudar en la cocina y Margaret Caskey rehusó con la misma educación.

–Espero que le guste el puré de patatas de sobre –dijo la madre de Tyler.

–Lo como siempre. Y, además, me encanta el jamón con piña. Al menos deje que la ayude a poner la mesa. –Susan dio a Jeannie las cucharas para que las llevara al comedor y, cuando la niña se puso a golpear la pata de roble con ellas, Susan miró a Tyler y se echó a reír.

–Katherine hace unos dibujos maravillosos –dijo él.

–Oh, me encantaría ver alguno –respondió Susan, pero Katherine negó una vez con la cabeza y se alejó de ella–. Entonces veré tus dibujos en otro momento –añadió.

Cuando se sentaron a la mesa y Tyler estaba a punto de bendecirla, el teléfono del estudio empezó a sonar.

–Disculpadme un momento –dijo.

–Tyler, estamos comiendo. Puede esperar. –Su madre se apresuró a mirarlo con expresión severa.

–Disculpadme un momento –repitió él, levantándose.

Sonrió a Susan y dejó la servilleta en la mesa junto al plato.

Oyó que su madre comentaba:

–Es muy serio, me temo.

Adrian Hatch llamaba para decir que Connie había desaparecido. ¿Tenía Tyler idea de dónde podía estar? El reverendo se quedó con el auricular en la mano, mirando el escritorio.

–¿Ha llamado a la policía? –preguntó por fin.

No hace falta, respondió Adrian. Era la policía la que la buscaba.

Libro segundo

6

La casa de Lauren era de ladrillo, tenía tres plantas y estaba en un barrio del sur de Boston, donde las casas no eran pequeñas y el césped de los jardines tenía aspecto de que lo hubieran cepillado y peinado. Mientras esperaba en el vestíbulo esa primera vez, Tyler sintió que una sombra de soledad se cernía sobre su corazón cuando miró los muebles suntuosos, las alfombras persas, las altas ventanas con largas cortinas verde claro, la oscura inmovilidad de la enorme mesa. Pero cuando Lauren bajó corriendo por la amplia escalinata central y le echó los regordetes brazos al cuello, fue una lluvia de sol.

–¡Estás aquí! –gritó. La señora Slatin dio un paso atrás cuando Lauren lo besó en la boca–. ¡Te amo! –exclamó.

–Deja que se quite el abrigo –dijo su madre–. ¿Tyler, te apetece una copa, después del largo viaje? ¿Un martini, quizá? –Era la una de la tarde. Tyler se bebió una Coca-Cola a sorbos en el salón, sentado en un sofá rosa, y respondió con educación cuando la señora Slatin le preguntó por sus estudios, el año trascurrido en la Marina, su hermana–. ¿A qué se dedica el marido? –quiso saber, mientras jugueteaba con el collar de perlas y se inclinaba hacia delante con un entusiasmo un tanto excesivo, como si estuviera hablando con un niño.

–Tom es conductor de autobús –respondió Tyler.

–Entiendo.

Lauren se había quitado los zapatos y estaba sentada al lado de Tyler con los pies subidos al sofá.

–Una vez, cuando yo estaba en primaria, fuimos de excursión en autobús –dijo–. ¿Te acuerdas, mamá? Yo vomité.

–Vomitabas siempre –le respondió su madre–. Siempre fuiste una niña muy sensible. Tyler, coge pistachos. He pensado que luego podríamos ir a Boston a comer.

La hermana de Lauren, una joven alta y esbelta, se sumó al grupo. Saludó a Tyler y ya no habló nada más, pero se sentó delante mientras su madre conducía y se dedicó a mirar por la ventanilla. En el asiento de atrás, Lauren cogía a Tyler de la mano. Él pensó que el perfume de la señora Slatin olía a insecticida mezclado con polvos de talco infantil, pero no estaba habituado a los perfumes. Comieron en el restaurante de un gran centro comercial y, salvo los camareros, Tyler era el único hombre presente. Jamás había estado en un lugar como ese.

–Lauren me ha dicho que tu padre era contable. Tu madre debió de ser una mujer valiente para seguir adelante, después de perder a su marido tan pronto.

–Tyler cuidó de ella –dijo Lauren.

–Nos cuidamos los unos a los otros –respondió Tyler, cerrando la voluminosa carta–. Como hacen las familias –añadió.

Pidió un sándwich vegetal de pavo y el camarero se lo llevó con una tapadera de plata. Las mujeres tomaron ensalada de frutas, y Lauren le cogió varios trozos de sándwich del plato sin pedirle permiso.

–Eres una maleducada –le dijo la hermana.

–Oh, no hay problema –afirmó Tyler–. No voy a poder comérmelo todo. –Había perdido el apetito. Cerca de su mesa, una mujer de la edad de su madre con el pelo muy rubio se estaba pintando los labios mientras, con la otra mano, le hacía un gesto al camarero para que se llevara el plato.

–Eso lo dudo –dijo la señora Slatin, sonriéndole con los cálidos ojos castaños–. Eres un hombre grande y fuerte. Igual que mi marido. Nos gustan los hombres grandes y fuertes, ¿verdad, Lauren?

–No olvides que has dicho que compraríamos esos pendientes, mamá –respondió Lauren.

–Jim Bearce no era grande ni fuerte. –La hermana lo pronunció despacio, poniendo énfasis en la palabra «grande» y mirando a Lauren con los ojos entornados mientras pinchaba su ensalada de frutas con el tenedor.

–A lo mejor podrías callarte –respondió Lauren en tono alegre–. O a lo mejor no. A lo mejor tú y yo podríamos hablar por los codos y darnos la tabarra.

La incomodidad tentó a Tyler como un fino polvo en la cara. La señora Slatin siguió sonriendo.

–Tyler tiene las espaldas anchas como vuestro padre, chicas.

Que Tyler se parecía al señor Slatin se mencionó más de una vez en el año siguiente, aunque él no conseguía ver el parecido. Solo que ambos eran, como había dicho la señora Slatin, hombres grandes y fuertes. Pero el señor Slatin emanaba una lúgubre fiereza, una oscuridad similar a la de la hermana de Lauren. Esta, en cambio, era toda luz. Tyler jamás había conocido a nadie que irradiara tanta luminosidad. Cuando ella salió del salón, la casa, grande y extraña, volvió a cernerse sobre él, sentado junto a la chimenea con su futuro suegro.

–¿Por qué no fuiste al seminario de Andover Newton? –preguntó el señor Slatin, con un martini en su gran mano–. Es una escuela excelente.

–Lo es. Pero mi madre me necesitaba cerca.

Tyler no había solicitado plaza en Andover; no lo habrían admitido. Sus notas no tenían nada de especial. Sintió los ojos del señor Slatin clavados en él mientras asimilaba lo que acababa de decirle.

–No obstante, muchacho, la primera vez que te vimos en aquella pequeña iglesia de la costa, diste un sermón muy erudito. –El señor Slatin bajó la cabeza para tomar un sorbo de martini–. «Gracia barata» y «gracia cara». Me temo que perdí el hilo. ¿La «gracia barata» significa 'perdonarse a uno mismo'? ¿Lo entendí bien?

–Sí, señor. –Tyler notó que se ruborizaba–. Fundamentalmente, sí.

Se miró las uñas. No defender nunca tu sermón, había dicho George Atwood. No entrar en eso nunca jamás.

–Bueno –prosiguió el señor Slatin–, estoy seguro de que tendrás mucho éxito. Nosotros preferimos que Lauren fuera a Simmons. –Tyler alzó la vista y asintió–. Un colegio femenino era lo ideal para ella –continuó. Se recostó y estiró las piernas macizas, mirando el fuego–. Debes estar alerta con ella, Tyler. Es un poco inconsciente. No sé si te has dado cuenta. –Lo miró de soslayo y a Tyler le pareció que había un cierto orgullo, unido a un vago disgusto, en esa observación.

–Lauren es maravillosa –dijo.

En el comedor, les esperaba una centelleante mesa redonda con platos, cubiertos de plata y copas de cristal. Tyler jamás había visto tantos cubiertos de plata y se fijó bien en los otros comensales para ver cuál de las tres cucharas se utilizaba con la sopa, qué tenedor con la ensalada y qué cuchillo con las chuletas de cordero. El señor Slatin se

las comió con los dedos, pero Tyler no. Las servilletas eran de una tela de nailon tan fina que era imposible que absorbiera nada, pensó.

–Lo de Oriente Medio es un puñetero desastre –dijo el señor Slatin. Comía con la cabeza inclinada sobre el plato–. ¿No crees, hijo? –Miró a Tyler.

–Déjalo estar, papá.

El señor Slatin ignoró a su hija.

–¿Qué opinas de que Truman dijera a los británicos que dejaran entrar a todos esos judíos en Palestina solo para ganar votos? ¿Y has visto esa foto? –El señor Slatin alargó la mano hacia la fuente de las chuletas–. ¿Contrarrevolucionarios chinos ajusticiados entre los aplausos de la multitud?

–No –respondió Tyler–. No la he visto.

–Es un mundo corrupto –dijo el señor Slatin–. Siempre lo ha sido. Los seres humanos no valen mucho. –Se pasó, con vigor, la fina servilleta por los labios–. ¿No crees, hijo?

–Yo creo que los seres humanos valen mucho –respondió Tyler.

La hermana sonrió con sarcasmo y puso los ojos en blanco, pero Lauren dijo:

–Basta, basta, basta. ¿Por qué no dejas en paz a Tyler?

–Nadie me está importunando, Lauren.

–He pensado que voy a cambiar las cortinas del salón –dijo la señora Slatin, sonriendo a la criada que acudió para retirar los platos.

Cuando se llevaron la tarta de melocotón, Tyler se notaba un poco mareado. Con una mirada radiante en sus ojos castaños, la señora Slatin dijo:

–¿Por qué no vais Lauren y tú a tomaros el café en el salón? Así podréis estar solos un rato.

Lauren cerró las cristaleras y susurró:

–Lo odio.

–Es tu padre, Lauren. No puedes odiarlo.

–Claro que puedo, y lo hago. Y también odio a mi hermana. Siempre me ha tenido celos porque yo soy más guapa. –Le quitó la taza y el platillo de la mano, y lo besó. Sentado a su lado en el sofá, rodeándola con el brazo, Tyler le señaló el salón con un gesto de la cabeza y le susurró:

–Lauren, yo no puedo darte nada de esto, ¿sabes?

–Pero yo no quiero nada de esto. Te quiero a ti. Y no quiero casarme en la dichosa vieja iglesia anglicana de aquí. Quiero casarme en Brockmorton. Quiero irme de aquí.

–Cuando a Lauren se le mete algo en la cabeza, no hay quien la pare –dijo más tarde la señora Slatin, cuando eso salió a la luz–. Cásate donde quieras, cariño.

–Me ahorrarás un dinero –observó su padre–. Nuestros amigos no querrán ir tan lejos.

–Pues será una boda íntima –replicó Lauren, alzando el mentón–. Y muy tierna.

Pero un mes antes de la boda los Slatin dieron un banquete en su casa.

–Esto dará a nuestros amigos la oportunidad de conocerte –explicó la señora Slatin.

Tyler acudió con su madre, y Belle y Tom llegaron más tarde. La señora Slatin pidió a la señora Caskey que la ayudara a atar con una cintita todas las servilletas, que se dispondrían en la larga mesa del recibidor cuando los invitados llegaran al día siguiente.

–Tyler, muchacho –dijo el señor Slatin–. ¿Qué te parece si tú y yo nos vamos al centro a comprar un traje nuevo?

Margaret Caskey, que estaba atando las servilletas, siguió con la boca cerrada, pero Tyler vio que se le desencajaba la mandíbula y la cara delgada se le volvía alargada.

–Creo que me va bien con este, gracias –respondió Tyler.

–Considéralo un favor a tu suegra y a mí –dijo el señor Slatin–. Un regalo de boda de nuestra parte. Un traje nuevo.

–¿Acaso le pasa algo al traje de Tyler? –le preguntó Margaret Caskey en voz baja.

–No, no. Es solo que no he tenido ningún hijo –le respondió–. Será una experiencia nueva para mí.

–Deja que papá te compre un traje nuevo –dijo Lauren–. Aunque tu madre y yo sepamos que no lo necesitas. Eres el hombre más guapo del mundo.

–Tengo un regalito para ti, Lauren –dijo la madre de Tyler. Y le dio un libro, *La esposa del pastor*.

–¡Oh, qué divertido! –exclamó Lauren–. ¡Mira, Tyler!

A la tarde siguiente, Tyler, con su traje nuevo, estaba posando junto a Lauren en el césped que parecía peinado. La hermana de Lauren los enfocaba con una cámara. Sacó una fotografía de los dos solos, otra con la madre de Tyler, otra con Belle y Tom, y, por fin, una de todos. Tyler no paró de sonreír, con el brazo alrededor de Lauren. La hermana de Lauren, con el ojo pegado al objetivo de la cámara, exclamó:

–¡Decid todos «pis»!

El señor Slatin se rio y gritó «¡pis!». Tyler, a quien incomodaba que su madre oyera utilizar semejante vocabulario, siguió sonriendo, pero no fue capaz de mirarla después del disparo. A medida que llegaban los invitados, Tyler les fue estrechando la mano y descubrió lo que casi siempre había observado, que, en general, era cierto: si eres amable con la gente, la gente es amable contigo. Más tarde, cuando estaban sentados en el espacioso salón, le dijo a su madre:

–Ha sido agradable, ¿no crees? –La miró, pero ella no despegó los ojos del pañuelo de papel que tenía estrujado en el regazo.

–Muy agradable –respondió.

Belle y Tom se despidieron y se marcharon a casa, y Margaret Caskey se fue a la cama. Mientras Tyler estaba sentado con el brazo alrededor de Lauren, y sus futuros suegros descansaban enfrente de ellos con una copa en la mano, la señora Slatin dijo:

–Oh, qué grosería la de los Tibbets.

–¿Qué, mamá? –preguntó Lauren, bostezando.

–Yo siempre he detestado a los Tibbets –explicó la señora Slatin a Tyler–. Bueno, no siempre. Antes éramos buenos amigos. Pero después empezaron a alternar con otra gente y se fueron a otro club de campo. Solo los he invitado por respeto a los viejos tiempos.

–¿Qué han hecho? –preguntó Lauren.

–Oh, han hecho un comentario muy grosero.

–Estaban haciendo cola en la mesa del bufé –dijo su padre–, mirando a tu cuñada, ¿cómo se llama? Belle. Mirando a Belle y a Tom, repasándolos de arriba abajo, y después han dicho, en una voz nada baja: «Vaya par de pueblerinos».

–No les hagas ni caso –le aconsejó la señora Slatin a Tyler–. Dios mío, no puedo con mi alma. Me voy a la cama. –Se levantó y Tyler también lo hizo.

–Gracias –le dijo–. Y buenas noches. –Se volvió y vio que el señor Slatin seguía las caderas de Lauren con la mirada cuando ella se dirigió a la puerta con su madre.

Durante el primer año vivieron en el último piso de una vieja casa de madera cerca de Brockmorton, mientras Tyler terminaba los estudios. Lauren, que decía que nunca había cocinado en su vida, compró un libro de recetas y empezó a preparar listas, a hacer la compra y a encerrarse en la cocina todas las noches, obsequiando a Tyler con

platos de pescado y ternera, y alegrándose como una niña cuando él elogiaba la comida. Al día siguiente, cuando Tyler llegaba a casa a la hora de comer, se sentaban en el sofá y se comían las sobras.

–Cuéntamelo todo –decía Lauren–. Y no te dejes nada.

Él le habló de las recientes excavaciones arqueológicas que habían demostrado que el rey Salomón era tan rico como decía la Biblia. Habían descubierto caballerizas con espacio para cuatrocientos cincuenta caballos, y garajes para ciento cincuenta carros.

–Dicen que trataban mejor a los caballos que a los hombres.

Lauren subió los pies al sofá.

–¿Mejor aún que a sus setecientas esposas? Tyler, ¿qué harías tú con setecientas esposas?

–Supongo que estaría muy ocupado.

–No harías nada, porque yo te mataría.

–Entonces a lo mejor deberías ser la reina de Saba.

–Sí, sí, sí, soy una reina. –Con una pirueta, Lauren llevó los platos a la cocina.

Tyler amaba cada parte de ella. Ver sus caderas opulentas mientras trajinaba por la cocina lo hacía arder de deseo. Las huellas de sus pies mojados en el suelo después de que se bañara le provocaban una dulce sensación de buena fortuna. Ella se rio como una niña de su asombro la primera vez que bailó para él sin ropa.

–Eres un milagro –dijo Tyler–. Te falta la sección inhibitoria del cerebro.

–No. –Lauren dejó de bailar y le lanzó una mirada seria e inocente–. No, Tyler. Es solo que te quiero muchísimo.

–Pues entonces –respondió él, igual de serio– doy gracias a Dios.

Ella se rio y aplaudió.

–¡Oh, sí ¡Gracias a Dios! –exclamó, y se sentó en su regazo.

Los sábados por la mañana, Lauren se quedaba durmiendo y Tyler iba a la panadería del pie de la colina a comprar rosquillas y el periódico. Cuando regresaba, Lauren estaba apenas empezando a despertarse, con la cabeza bajo las mantas. Tyler se desnudaba y volvía a acostarse.

–Hagamos esto cuando tengamos ochenta años –le dijo Tyler una mañana, retirándole el pelo de la cara sudada.

–Sí, sí –respondió Lauren. ¿Y por qué no habrían de hacerlo? Un mundo sin fin: su felicidad.

Tyler recorría el seminario con el paso seguro de quien sabe que está donde debe estar. Si, a veces, la imagen del rostro preocupado de su madre le venía a la mente, era capaz de ahuyentarla. Vivía y amaba de la manera que Dios había elegido para él. Y a veces, mientras bajaba los escalones de un edificio y notaba el viento frío y cortante del invierno penetrándole en la nariz, el Sentimiento lo inundaba. La vida, pensaba. ¡Qué misteriosa y magnífica era! ¡Tanta abundancia! Daba gracias a Dios de todo corazón. Su propia historia se estaba desplegando.

–¡Oh, te he echado de menos! –decía Lauren, aunque solo se hubiera ausentado unas horas.

–¿Te aburres? –preguntaba él–. Porque estoy seguro de que podrías trabajar en uno de los despachos.

–No me aburro. Te echo de menos por lo mucho que te quiero. No quiero trabajar en ningún despacho. Cuéntamelo todo.

Él le habló de una discusión en la clase de calvinismo sobre el concepto de pecado y depravación en el hombre, sobre la redención de Cristo y la noción de predestinación.

–Pasa a la parte interesante –dijo Lauren, comiéndose una galleta. Él le explicó que,

durante una clase sobre ética cristiana, a un hombre le había rugido el estómago tan fuerte que el profesor se había interrumpido y le había exigido al pobre, colorado como un pimiento, que fuera a comer algo.

–Pero yo creía que tenéis que ser todos buenos –dijo Lauren, comiéndose otra galleta.

–Lo sé. Pero no es así. Algunos profesores son secos y mezquinos. Por cierto, al hombre de los rugidos de estómago se le da muy bien la teología sistemática.

–¡Y a ti se te da bien predicar! –exclamó ella–. Eres el mejor orador de todo el seminario. Hasta papá lo sabe.

Dejó abierta la puerta del baño y continuó hablando incluso mientras orinaba. Lo llamaba mojigato cada vez que él iba al baño y cerraba la puerta.

–Es probable –reconoció Tyler.

Por la noche, en la cama, ella le leía párrafos de *La esposa del pastor*, el libro que le había regalado la madre de Tyler.

–«Capítulo uno» –decía Lauren–. Oh, esta parte me encanta, Tyler. «Una mujer de valía. La joven que se case con un reverendo debe ser una mujer que se distinga de las demás». ¿Distinguirse en qué sentido, Tyler?

–Por su belleza. –Él se inclinó para besarla.

–«Capítulo cinco. Una hábil administradora. Se ocupa diligentemente de la marcha de la casa y no come el pan de la pereza». –Lauren se quedó callada un momento, mientras leía–. Espera, Tyler –dijo, un poco alarmada–. «Primero, aparta un diezmo para el Señor». ¿Tenemos que hacer eso?

–No te preocupes –le dijo él.

–Pone que deberíamos tener siempre en la despensa un tarro de macedonia de frutas por si alguien viene a vernos.

–Eso es fácil.

–Tengo miedo.

–Oh, no –dijo Tyler–. Lauren, serás una esposa de reverendo magnífica.

–Mira la fotografía de la parte de atrás del libro. Parece una lesbiana horrible. ¿Acabaré también yo con esa pinta tan seria?

–Jamás. –Tyler alargó la mano y apagó la luz.

–Papá dice que la señora Tibbets es lesbiana.

–¿Por qué?

–Porque fue la primera en quejarse de él.

–¿Quejarse de qué, Lauren?

–De que nuestra casa no era un sitio apropiado para las chicas jóvenes. Porque papá nos bañaba.

–¿Cuántos años teníais?

–Oh, no me acuerdo.

–Cariño, ¿qué estás diciendo?

Lauren se acurrucó contra él en la oscuridad.

–Estoy diciendo que odio a todo el mundo menos a ti.

Lauren se quedó embarazada antes de lo previsto. Fue a Boston con su madre a comprar ropa premamá y regresó con tantas cajas que el conductor del autobús enarcó las cejas cuando Tyler las sacó una tras otra del maletero del vehículo. Lo invadió un desasosiego que ignoró y esa noche, cuando Lauren se probó toda la ropa nueva delante de él, no dejó de decirle que estaba guapísima.

Durante el servicio en que Tyler fue ordenado, a su madre se le humedecieron los

ojos. Sus suegros no asistieron. Cuando le ofrecieron trabajo en West Annett, Lauren y él prepararon la mudanza y una mañana fueron a ver la granja de Stepping Stone Road. Pararon en un restaurante de carretera, donde Lauren se comió dos huevos fritos y un trozo de tarta. «Tengo un hambre canina», le dijo a la camarera, a quien pareció darle igual.

Cuando volvieron a subir al coche, Lauren cantó:

–«Dos ositos negros, dulces como la miel. Dos ositos negros, a puntito de ser tres». –Pero, cuando Tyler avanzó despacio por el tramo superior de la Main Street, dejando atrás la Academia, Lauren se quedó callada mientras la carretera se hacía cada vez más estrecha y ascendía por la colina junto al lago para luego descender rodeando el Ringrose Pond, más allá del cual, en el último tramo, los árboles crecían tan juntos que no dejaban pasar el sol. Pero después salieron otra vez a la luz y allí estaba la vieja granja Locke.

–Caray –dijo Lauren–. Está bastante alejada de todo.

–No te preocupes –le dijo Tyler, entrando en el camino particular con un crujido de neumáticos.

–Creo que es mejor –dijo Lauren–. Prefiero no estar rodeada de las señoras del pueblo.

La casa se alzaba inmóvil. No era acogedora ni inhóspita, solo vieja y silenciosa, con la barandilla del porche rota y los escalones ladeados. Los Caskey bajaron del coche despacio. Lauren se quedó rezagada mientras Tyler probaba las llaves; poco después, se dio cuenta de que la puerta de la parte de atrás no estaba cerrada con llave y la abrió empujando con la mano.

–Tienes que llevarme en brazos –exclamó Lauren, extendiendo los brazos.

–Entonces habría preferido que no hubieras desayunado tarta. –Tyler cogió a su esposa en brazos y cruzó el umbral de un paso, o más bien un traspié, para entrar en el pequeño zaguán trasero.

–Huele mal –dijo Lauren en voz baja, cuando él la dejó en el suelo.

–Abramos las ventanas –propuso Tyler.

Entró en la cocina y abrió la que daba al camino particular. Era vieja y el marco chirrió.

–Aquí huele a muerte –dijo Lauren–. Tyler, no me gusta. –Se puso a llorar.

Pero la señora Slatin fue a verlos y llevó a Lauren a comprar cortinas, una alfombra para el baño, una cuna, platos con manzanas pintadas. Y cuando la señora Slatin se marchó diciendo: «Bueno, cariño, no vas a estar mucho tiempo aquí. Esto es temporal», Lauren dijo que quería pintar de rosa ese sitio horrendo y viejo, porque no lo soportaba. Así que Tyler pidió permiso a la iglesia y pintó las paredes del salón y del comedor. «¡Perfecto! –exclamó Lauren–. ¡Te amo!».

Estaba feliz, y también nervioso, porque ser el pastor de esa iglesia era, para él, un cometido muy serio. Lo conmovía la amabilidad de sus feligreses, las notas que a veces le dejaban en el estudio de la iglesia para decirle que su sermón los había emocionado. Lo conmovió también que la Sociedad Benéfica lo invitara a una de sus reuniones. Ese día fue el único hombre presente en la sala de reuniones; cantó con ellas «¡Qué amigo nos es Cristo!» y después comió galletas en una servilleta de papel colocada en la rodilla. Cuando le comentó a Lauren que estaría bien que organizara un grupo de oración, ella puso los ojos como platos y dijo: «¡Oh, Dios bendito, no!». Y Tyler lo dejó estar. Pronto sería madre. Su vida se había llenado de seriedad y esplendor, y le parecía que, en efecto, había dejado a sus espaldas los años de

infancia.

Los rezos, sus rezos de la mañana, tenían lugar en la iglesia, donde pasaba un rato a solas todos los días. Le encantaba el ligero olor a humedad, las líneas sencillas de las altas ventanas y las hileras de bancos pintados de blanco; la quietud del ambiente parecía contener todas las oraciones, esperanzas y temores de quienes durante ese siglo y medio se habían sentado con humildad en esos bancos en presencia de Dios. Si un feligrés entraba por casualidad, Tyler alzaba la vista y lo saludaba con la cabeza, y si él quería, rezaban juntos. Para Tyler era una inmensa bendición haber conseguido ese trabajo.

Al principio, había intentado rezar con Lauren en el estudio de casa, pero ella no rezaba con él, o al menos no como Tyler esperaba. Alegaba que lo hacía por su cuenta, aunque, cuando vivían cerca de Brockmorton, a veces entraba con él en la capilla y rezaban juntos. Pero en West Annett, cuando Tyler intentaba rezar en el estudio de casa, era consciente de la presencia de su esposa en la cocina y le extrañaba que hiciera tanto ruido con las ollas y sartenes; y cuando iba a la cocina para preguntarle: «Lauren, ¿va todo bien?», ella respondía: «Sí, vete. Vuelve ahí dentro y reza. O lo que sea que hagas».

Tyler tenía mucho que hacer. La parroquia era pequeña, pero tenía que conocer a los miembros del consejo, los diáconos y los diversos comités; consultaba los archivos de las inscripciones, los registros de las recaudaciones, las matriculaciones en catequismo, viejos informes de los reverendos responsables del condado… Hablaba con la secretaria, Matilda Gowen, una simpática señora mayor que iba a la iglesia dos mañanas a la semana para mimeografiar los programas, mandar las cartas y llamar al fontanero si un grifo perdía, aunque el sacristán, Bruce Gilgore, hacía un buen trabajo manteniendo el edificio en buen estado. Tyler escribía sermones, los reescribía, se los aprendía de memoria y se aseguraba de estar disponible para cualquiera que necesitara su apoyo espiritual. Y la gente acudía a él. El primer mes, un tractor volcó sobre el hijo de los Taylor, aplastándole la pierna, y Tyler pasó horas en la sala de espera del hospital, rezando y hablando con los padres del muchacho. La encargada de la pequeña estafeta de correos fue a verlo un día y le dijo que, cuando iba al instituto, había tenido un hijo varón y lo había dado en adopción. ¿Creía Tyler que debería contárselo a su marido?

A Tyler le imponía tanta responsabilidad. Pero descubrió que, si escuchaba con atención, las respuestas venían solas. «Un buen médico sabe que el paciente tiene la clave del diagnóstico», le había dicho George Atwood, y resultó que la encargada de correos se lo quería contar a su marido, y lo hizo. La historia terminó bien.

Otra mujer se presentó en su estudio para explicarle que su vecina, la viuda Dorothy, vagaba por los caminos vecinales a cualquier hora del día y de la noche. Tyler fue a verla y descubrió que su hija había ido a pasar el día con ella y había llevado a sus hijos, que estaban correteando por el patio. «Oh, está arriba», respondió con desinterés, cuando Tyler le preguntó por Dorothy. Halló a la anciana atada a una silla en su dormitorio. La viuda miró a Tyler con la despreocupación de una colegiala. «Me duele la muñeca», se limitó a decir. Así que Tyler telefoneó a la otra hija de la anciana, que vivía en Connecticut, y la pobre viuda acabó ingresada en la granja del condado, un lugar que Tyler encontraba tan horrible que solo iba a visitarlo muy de vez en cuando, y siempre durante poco tiempo. Esa clase de situación lo angustiaba mucho. ¿Había hecho lo correcto? ¿Era cierto que la hija de Connecticut no tenía suficiente dinero para ocuparse de su madre?

La encargada de correos regresó para explicarle que su marido se había tomado

bien la noticia y que tenía otra confesión más: había tenido otro hijo de otro hombre un año después del primero. ¿Debía contárselo también a su marido?

La mayoría de las veces, Tyler escuchaba. Y hablaba del eterno amor de Dios.

Lauren y él recibían muchas invitaciones a cenar. Una vez, en casa de Bertha Babcock, Lauren estaba sentada en un mullido sofá, y cuando Bertha habló de su intención de jubilarse después de cuarenta años, dijo:

–Oh, yo odiaba la clase de Lengua. Teníamos una vieja estúpida que solía subirse los pechos apoyándolos en el silabario.

Bertha, que también era una señora mayor con mucho pecho, se ruborizó violentamente y, por un instante, Tyler tuvo una sensación de irrealidad.

–Así que ya ves la suerte que han tenido tus alumnos contigo –le dijo a Bertha–. Nadie odia la clase de Lengua contigo, estoy seguro.

–Espero que no –respondió Bertha–, pero, por lo visto, nunca se sabe.

–Esta tarta de arándanos está deliciosa –dijo Tyler–. Imagino que Lauren querrá la receta.

Lauren lo miró a él y después a Bertha.

–Pues… vale –dijo.

Pero el marido de Bertha fue a socorrerlos.

–Lauren, apuesto a que de pequeña eras un azogue –dijo, y sonrió de oreja a oreja, con los dientes torcidos y manchados tras años de tazas de té.

–Supongo que sí –contestó Lauren.

Después, Tyler no le reprochó nada; había tomado la decisión de no censurarla. Ella era como era, una muchacha hermosa, con la cara radiante, y si decía cosas que parecían fuera de lugar, bueno…, no pensaba pelearse por eso.

Por el dinero, en cambio, sí se peleaban. Tyler había preparado un presupuesto para enseñar a Lauren cuánto podían gastarse semanalmente en comida y otras necesidades, y Lauren estaba horrorizada.

–¿Pero qué tengo que hacer si quiero algo?

–¿Qué quieres? Dímelo, y lo decidiremos juntos.

–¡No quiero un presupuesto! No quiero que nadie me diga: «Solo puedes gastarte esta cantidad».

–Pero, Lauren, nosotros tenemos solo esa cantidad.

–¡Pero el niño necesitará cosas!

–Por supuesto que el niño necesitará cosas. Y nosotros se las compraremos.

Tyler aún tenía algunos ahorros de los veranos que había trabajado como reverendo y de un trabajo de media jornada en la biblioteca del seminario cuando era estudiante. Pero pronto aprendió que no podía hablar de dinero con Lauren sin acabar peleándose con ella. Y no quería que sus problemas económicos estropearan la dulzura que habían compartido.

A veces llegaba a casa de una reunión y la encontraba llorando.

–Oh, cariño –le decía–. ¿Qué te pasa?

Lauren negaba con la cabeza.

–No lo sé –respondía–. Pero me aburro. Tú no estás en casa en todo día y, si estás, te encierras a trabajar en el estudio.

De vez en cuando se veían con amigos, viejos compañeros de universidad de Tyler, o iban a Brockmorton para cenar con los Atwood. Pero Lauren necesitaba alguien en el pueblo con quien poder hablar. Tyler lo entendía, y sentía que ella no pudiera hacer comentarios sobre la gente del pueblo.

–La mujer de un reverendo no puede chismorrear –le decía.

–Pero los chismorreos son la única clase de conversación divertida –se lamentaba ella.

–Pues chismorrea con tus excompañeras de universidad cuando vayas a Boston. Con la gente del pueblo no puedes hacerlo.

–¿Quieres decir que no puedo enterarme de que había una mujer atada en el desván ni contárselo a nadie? ¿O de que Lillian Ashworth tuvo dos hijos cuando solo era una niña?

–Pues no, Lauren. No puedes.

Lauren se había puesto a llorar.

–Tyler, las mujeres de la Sociedad Benéfica son espantosas. No se ríen nunca. Quedan para tomar café y hablan de las técnicas para congelar los arándanos, y sus casas son oscuras y frías, y todo es… Todo es horrible.

Tyler se arrodilló delante de ella.

–Este fin de semana iremos a Hollywell a ver una película. ¿Te apetece?

Ella sonrió sin dejar de llorar.

–Mi osito de peluche zarrapastroso –dijo–. ¿Por qué narices me casé contigo?

Él se puso en cuclillas.

–¿Por qué lo hiciste?

–Porque te amo, gran idiota.

–Y yo te amo a ti. Y puedes chismorrear conmigo todo lo que quieras.

–Bien –dijo ella, animándose–. Dime de qué te has enterado hoy. Cuéntamelo todo y no te dejes nada.

Tyler se sentó a su lado en el sofá.

–Me he enterado de que Matilda Gowen se enamoró de un pescador de langostas cuando era una chiquilla, pero sus padres estaban en contra y la mandaron a Inglaterra para que se le pasara. Luego volvió y se casó con Skogie.

–Bien –dijo Lauren–. Es bueno. ¿Quién te lo ha contado?

–Ora Kendall.

–Oh, me encanta –dijo Lauren, aplaudiendo–. Imagínate a Matilda cuando era una chiquilla. Debía de ser guapa. Tiene la piel bonita.

–Por lo visto, enseñaba en una escuela de una sola clase en Puckerbrush Island, y supongo que el pescador se encargaba de llevarla a la isla todos los días y de ir a recogerla cuando terminaban las clases.

–¡Oh, imagínatelo! –Lauren se abrazó el cuerpo–. Imagínate a Matilda, joven y bonita, con una falda seguramente larga que le revolotaba en torno a los tobillos debido al viento mientras se bajaba de la barca. Enseñaba en una clase llena de niños y después volvía por un sendero con rosales silvestres, pensando en su pescador. Y ahí estaba él, con las grandes botas de goma, y la ayudaba a subir a la barca. Me pregunto si llegarían hasta el final.

–Eso no lo sé, pero lo dudo.

–Sí, pero nunca se sabe, Tyler. Debieron de llegar hasta el final o sus padres no la habrían mandado a Inglaterra. A lo mejor tuvo un hijo allí y por eso se marchó. ¿Cuándo conoció a Skogie?

Tyler negó con la cabeza.

–Te he contado todo lo que sé.

–Bueno, no está mal para un solo día. No está nada mal, osito mío. –Notar los brazos de su esposa alrededor del cuerpo era pura alegría, tan natural como el cielo azul. Y entonces Lauren encontró una amiga.

Carol Meadows era una mujer callada, con un suave brillo en los grandes ojos castaños y una cremosa luminosidad en la piel. Tenía poco más de treinta años, aunque aparentaba diez menos, y se movía con tanta suavidad y dulzura que no parecía de este mundo. Eso quizá fuera consecuencia de lo que había sucedido unos años antes de que los Caskey llegaran al pueblo: Carol Meadows había puesto a su hijita a dormir y poco después, cuando había vuelto a mirarla, la había encontrado muerta, por increíble e inexplicable que resultara. Después de eso, Carol había tenido otros tres hijos, pero tendía a ser reservada, y su marido e hijos eran su mundo casi de forma exclusiva.

Los Meadows vivían en una casita de tejas rojas lejos del pueblo, en una colina con una amplia franja de cielo y vistas a un paisaje de árboles y pastos. El discreto encanto de la casa quedaba un poco afeado por los cuatro grandes pararrayos del tejado, cuya verticalidad, tamaño y vehemencia parecían decir: «¡Estamos preparados para cualquier ataque!». En la Academia, donde enseñaba ciencia, Davis Meadows tenía fama de raro. Conservaba en el escritorio una vejiga humana dentro de un frasco de formaldehído y hablaba de forma obsesiva sobre la muerte entrópica y los efectos de la bomba de hidrógeno en Hiroshima. Aunque Carol hubiera estado al corriente de la reputación de su marido, no habría importado. Su corazón estaba abierto y lleno de amor, y su dolor, que se había vuelto inmutable después de una pérdida tan terrible, había hallado consuelo en consagrarse a su marido; la terrible experiencia los había unido. Carol se tomaba con calma el miedo a las catástrofes de su marido, no decía nada de la fealdad de los pararrayos ni del gasto que había supuesto instalar cinturones de seguridad en su viejo coche, y, cuando Davis hizo construir un refugio antiatómico detrás de la casa, Carol también se lo tomó con calma y compró las latas de comida, las camas plegables, las velas y los juegos de mesa. Y durante los meses de verano aceptó no permitir que sus hijos jugaran en la piscinita de plástico cuando su marido no estaba en casa para ayudarla a vigilarlos.

Cualquiera que fuera el instinto que había atraído a Lauren Caskey hacia ella era acertado, porque la discreción de Carol era profunda e innata, y, aparte de a su marido, no contaba a nadie las cosas de las que se enteraba.

–Dios mío, no tenía ni idea de que vivíais tan lejos –dijo Lauren Caskey ese primer día, sentándose y quitándose un zapato rojo de tacón para sacudirlo–. No quiero hacerme carreras en las medias. –Había avanzado con cuidado por la grava del camino particular hasta la puerta de la casa y Carol, que la estaba mirando por la ventana, había sentido una punzada de dolor por esa joven con un atuendo tan inapropiado: un vestido premamá de lino bordado de rojo, unos lustrosos zapatos rojos de tacón y un bolso rojo en la muñeca–. Me he perdido –comentó Lauren, aceptando una taza de café–. Dios mío. Aquí te equivocas una vez y te pierdes durante días. Ninguna carretera tiene nombre. ¿Se puede saber por qué no tienen nombre estas carreteras?

–La gente que vive aquí desde hace tanto tiempo ya sabe adónde va.

Lauren abrió el bolso rojo y sacó una polvera.

–No es muy amistoso no poner nombre a las carreteras. ¿Puedo ir al baño? ¿Funciona la cadena?

Carol se lo señaló con la cucharilla.

–Que yo sepa, debería funcionar.

–En algunas de estas viejas casas de aquí, los baños me dan un miedo mortal. ¿Sabías que Bertha Babcock tiene uno diseñado como un retrete exterior?

–Bueno, Bertha es una apasionada de la historia –explicó Carol.

–Qué baño tan bonito –dijo Lauren cuando salió–. Tyler no soporta que haga pipí con la puerta abierta. ¿A tu marido le molesta? ¿En serio? Tyler me hace sentir fatal.

–Oh, estoy segura de que no lo hace aposta.

–No lo sé. Pero detesto esa granja vieja y apestosa en la que nos han metido.

La segunda vez que Lauren apareció, el cielo estaba bañado de una luz opalescente, y, dado que para Carol el cielo era como un amigo, se lo señaló a Lauren por la ventana.

–Oh, qué bonito –dijo ella, sin mirarlo–. Estoy tan gorda que me siento como si fuera una vaca. Podría tumbarme ahí fuera, en tus pastos.

–Pero vas a tener el niño pronto. Muy pronto –observó Carol. Lauren llevaba un vestido premamá de color azul claro y la barriga le había bajado.

–Caray, ya casi no cabe –dijo Lauren, señalando con la cabeza el parque colocado entre las dos. Matt, el hijo menor de Carol, estaba dormido dentro.

Carol asintió. No dijo que, cuando el niño dormía la siesta, no se atrevía a perderlo de vista.

–¿Te molesta si me fumo un cigarrillo? –Lauren estaba abriendo el bolso, que ese día era azul–. No veo ningún cenicero.

–Voy a buscarte uno.

–Tyler lo detesta, así que no se lo digas. Dice que eso de que la esposa de un reverendo fume da una pésima impresión.

Carol dejó un cenicero delante de ella.

–El domingo el sermón de Tyler fue maravilloso. La gente está muy impresionada, Lauren. Y sus oraciones…

–Las escribe él –explicó Lauren, exhalando como una mujer que sabía fumar–. Puede que la gente no lo sepa, pero muchos reverendos no son originales. Tienen libros y revistas llenos de sermones y oraciones, pero Tyler los escribe él.

–Tiene talento –dijo Carol–. Y habla sin leer las notas.

Lauren asintió, con la mano del cigarrillo colocada sobre la enorme barriga.

–Sí, la gente lo adora. Van a verlo para confiarle sus problemas, ¿sabes? –Alzó una mano–. No te preocupes. No voy a contarte nada.

–Oh, no, no debes –dijo Carol.

–¿Puedo decir una cosa, al menos?

–Lauren, alguien en tu posición debe tener cuidado.

–Solo diré que el crujiente de manzana de Bertha Babcock es tan duro que, si se te cae en un pie, te lo rompe. –Lauren sacudió la ceniza en el cenicero–. Cuando te lo comes, tienes la sensación de que alguien te quiere mal. ¿Cómo es que no estás en la Sociedad Histórica ni en ningún otro grupo?

–Me gusta pasar la tarde aquí, con Davis. Y durante el día el coche lo tiene él.

Lauren se acarició la barriga grande y tensa.

–Pues tienes suerte. Las mujeres de la iglesia… No, no quiero chismorrear. Pero Carol… –Lauren entornó los ojos y pareció desconcertada–, no les caigo simpática.

–Tienen que acostumbrarse a ti. Eres guapa, y vistes a la moda…

–Bueno, también podrían hacerlo ellas, si quisieran.

–Es distinto –dijo Carol, pero sabía que esas mujeres no pensaban que no fueran vestidas a la moda, y ella tampoco lo creía.

–¿No las encuentras un poco… lúgubres?

–Ah, bueno. Son como son, nada más. Son buenas personas, la verdad.

–¿Crees que esa Jane Watson es buena persona? –Lauren puso los ojos como platos–. Carol, ¡estaría dispuesta a venderme a los rusos!

Carol se echó a reír.

–¿Y qué crees que harían contigo los rusos?

–No lo sé. Meterme en un satélite.

–Oh, Lauren –dijo Carol con dulzura–, eres francamente divertida. Tyler es muy afortunado de tenerte.

–Me alegro mucho de que pienses así –respondió Lauren–. De verdad. –Dejó el bolso azul a un lado y echó una ojeada a Matt, dormido en el parque. Después miró a su alrededor, dio un vistazo por la ventana y, por último, observó de nuevo a Carol–. ¿Pero puedo preguntarte una cosa? –añadió, en tono serio–. ¿Qué haces todo el día?

Sin darse cuenta, Tyler esperaba tener un varón, y cuando el médico entró en la sala de espera para anunciarle que había tenido una hija, en su mente se produjo un extraño momento de confusión. Pero cuando le permitieron ver a la niña dormida a través del cristal, la perfección de su rostro sereno lo dejó tan maravillado que se le saltaron las lágrimas.

–Parece que el bebé seas tú –le dijo Lauren cuando le vio lágrimas en la cara–. Por el amor de Dios. No vuelvas a hacerlo, por favor –añadió, alargando la mano hacia la botella de agua de la mesilla–. Nunca he visto llorar a un hombre adulto, y no quiero volver a verlo.

La madre de Lauren se quedó con ellos dos semanas y le aseguró que no había ninguna razón para amamantar a la niña: ya había pasado de moda, gracias a Dios, pues dejaba los pechos caídos. Ambas ignoraban a Tyler mientras iban y venían, calentando biberones en una cacerola de agua caliente y poniendo sin descanso lavadoras llenas de pañales que giraban en el tambor.

–Tenéis muy pocas comodidades aquí en el bosque, ¿verdad? –le dijo un día la señora Slatin a Tyler, con aquella sonrisa que él había acabado detestando porque, tras sus ojos castaños, percibía una cierta dureza y hostilidad. Se fue a la iglesia para quitarse de en medio.

En una ocasión, al llegar a casa, encontró a Lauren y a su madre burlándose de un par de botines rosas de punto, regalo de un miembro de la congregación.

–¿Te imaginas poner una cosa tan áspera en los piececitos de una recién nacida? –preguntó la señora Slatin.

Y Lauren respondió:

–Oh, mamá, tendrías que haber visto la horrible fiestecita que me organizaron. Qué seriedad tan lúgubre… ¡No fue nada divertida!

La señora Slatin regresó a casa. Pero entonces llegó la madre de Tyler y, después de dos días, Lauren le susurró con ferocidad:

–La quiero fuera de aquí. Se cree que la niña es suya.

–Oh, se irá pronto –respondió él–. No puedo echarla.

–Claro que puedes –replicó Lauren. Y luego añadió–: O quizá no. Dios mío, a veces eres un miedica.

A la mañana siguiente, durante el desayuno, mientras Lauren seguía arriba, Tyler dijo:

–Mamá, nos has ayudado mucho, de verdad. Pero Lauren ya tiene ganas de hacer las cosas sola.

Su madre permaneció callada. Dejó la taza en la mesa, se levantó y fue a hacer la maleta. Tyler salió detrás de ella y la siguió hasta el coche.

–Mamá, en serio… Por favor, vuelve pronto. Ya sabes cómo es… Necesita organizarse.

Sin decir una palabra, su madre se alejó con el coche.

Tyler telefoneó a Belle desde la iglesia.

–Tyler, lo hacía siempre con los dos, mientras vivimos con ella –le dijo su hermana.

–¿El qué?

–No hablarnos.

–¿Ah, sí?

–Pues claro. Bienvenido al club. Tom estuvo casi a punto de partirle un bate de béisbol en la cabeza.

–Por el amor de Dios, Belle.

–Adiós, Tyler.

En el bautizo, oficiado por George Atwood, las dos familias parecieron llevarse bien y Tyler dio gracias al cielo. Mirando a la niña, que estaba en brazos de Lauren en la capilla junto a la vidriera en la que podía leerse «ADORAD AL SEÑOR EN LA GLORIA DE LA SANTIDAD», mientras George Atwood introducía a su hija en la comunidad de la vida cristiana, Tyler pensó que ese era probablemente el momento más feliz de su vida.

Aun así, el llanto de la niña lo asustaba. A veces lloraba durante más de una hora, con una expresión de cólera en la carita arrugada que lo dejaba atónito.

–¿Qué quiere? –preguntaba.

–No lo sé –respondía Lauren–. ¿No ves que estoy intentando averiguarlo? Le he dado el biberón, la he ayudado a eructar… ¡No lo sé!

En plena noche, Tyler se paseaba por toda la casa con Katherine en brazos, la cabecita apoyada en su hombro. En cuanto se calmaba y parecía lista para dormirse, intentaba volver a dejarla en la cuna. Pero ella se despertaba y lloraba. Lauren aparecía en bata y decía: «Lo estás haciendo mal, Tyler. Vete a la cama». Se alegraba de no ser mujer; le parecía que el trabajo de las mujeres era infinitamente más difícil que el de los hombres. Pero quería que su esposa fuera feliz.

Y a veces parecía que lo era. Cuando Katherine creció y empezó a dormir al menos cinco horas seguidas, Lauren se animó y a menudo la arrullaba, le hacía cosquillas y enterraba la nariz en su cuellecito, o le besaba uno a uno los dedos de los pies. «¿Quién es la niña más guapa del mundo? –cantaba–. ¿Quién es la niñita de mamá más guapa del mundo? Hoy nos vamos a ver a Carol. Tyler, hoy quiero el coche».

Carol Meadows tenía la impresión de que Lauren estaba asediada por una honda infelicidad. Presumió de su pequeñina, la desvistió por completo mientras le preguntaba: «¿Has visto alguna vez una niña tan perfecta?», y luego volvió a vestirla. Pero apenas era capaz de estarse quieta. Se paseó de un lado para otro, con la recién nacida en brazos, metiendo la cabeza en las otras habitaciones de la casa y preguntando: «Oh, ¿puedo echar un vistazo?». Cuando entró en el dormitorio de Carol, dijo: «Qué botecito de colorete tan mono. Nunca te veo maquillada».

–Muy de vez en cuando. –A veces, en sus momentos de intimidad, a Davis le gustaba que Carol se maquillara.

La voz de Lauren salió por la puerta abierta del dormitorio y llegó hasta Carol, inclinada en el salón sobre Matt, que estaba dentro del parque.

–Tyler me preguntó si quería poner en marcha un grupo de oración. ¿Te lo imaginas? –Lauren regresó al salón–. Yo le dije: «Tyler, preferiría morirme». No te molesta si vuelvo a fumar, ¿verdad?

Carol sacó el cenicero.

–Estoy segura de que Tyler comprende que ahora es el momento para que te

dediques a ser madre. El grupo de oración puede esperar.

–Puede esperar –dijo Lauren–. Vaya que si puede esperar.

Esa noche, Carol le dijo a Davis que, en el fondo, la muchacha tenía buen corazón. Davis respondió:

–Y tu corazón, ¿dónde está? Deja que lo busque. –Más tarde, le preguntó–: ¿Es demasiado para ti, tesoro? Parece que viene muy a menudo.

–No hay problema. Se siente sola.

Pero, para Carol, era una carga oír todo lo que oía.

–Mis padres no querían que me casara con Tyler –le dijo Lauren unos días después. La niña acababa de quedarse dormida en el nido de cojines y edredones que Carol le había preparado. Lauren le acariciaba delicadamente la cabecita con un dedo.

–Pero Tyler es un hombre encantador –observó Carol.

–Mi padre lo llamó paleto. –Lauren siguió acariciando a su hija, sin alzar la vista–. Dijo que no me había mandado a Simmons para que me casara con un reverendo paleto de tres al cuarto, pero que, si yo quería echar a perder mi vida, era cosa mía. –Lauren estiró las piernas y después se levantó de golpe–. Mi padre dice que no es demasiado tarde, si aún quiero volver a casa.

–¿Tú quieres? –Carol tuvo una ligera sensación de náusea en el estómago.

Lauren negó con la cabeza despacio.

–Mi padre me da escalofríos y mi hermana me odia. Y mi madre es un poco idiota, a decir verdad. Creo que me quedaré aquí.

Fue esa noche, o poco después, cuando Carol se dio cuenta de que el botecito de colorete había desaparecido. Miró en el baño, en todos los cajones de la cómoda e incluso detrás del mueble, por si se había caído. Davis tenía miedo de que uno de los niños lo hubiera cogido y se lo comiera, de manera que preguntó escrupulosamente a cada uno de ellos si había visto el colorete de mamá. Todos negaron muy serios con la cabeza. El botecito había desaparecido.

En esa época, Tyler era consciente de que, junto a su sentimiento de alegría y de abundancia, estaba la sensación de haberse quedado al margen. El confortable mundo en el que había vivido con Lauren, como si los dos compartieran un cálido capullo, ya no existía; o si existía, era la niña, y no él, quien lo compartía con su esposa.

–Salgamos a cenar –proponía–. Los dos solos. Una cena romántica. –Lauren negaba con la cabeza sin mirarlo.

–¿Y dejar a la niña con una adolescente? Jamás.

Pero su congregación seguía adorándolo. Los domingos por la mañana les aseguraba que solo lo que «provenía» de un hombre podía deshonrarlo, no lo que le «sucedía». Les explicaba que el cometido de un hombre en la vida era buscar y guardar en el alma lo que muere. Les hablaba a sus feligreses de la gracia barata y de la gracia cara. Les recordaba la doctrina de la justificación, la alianza del hombre con Dios, y que no debían creer que, en razón de esos dones del Todopoderoso, el hombre podía concederse la gracia a sí mismo. La gracia barata era eso: predicar el perdón sin penitencia. La gracia cara era la que se obtenía pagando con la vida, como había hecho Jesucristo, que había pagado con la suya. La gracia cara era un don que había que pedir. Oh, Tyler adoraba aquellos conceptos, y por eso, porque los adoraba, creía en ellos y los explicaba con sosegado fervor. Sus feligreses parecían escucharlo, y los que no lo entendían todo se quedaban a veces esperándolo para hablar con él después de la hora del café, o lo llamaban al despacho. «Me has ayudado –le decía en ocasiones algún parroquiano–. Me has ayudado a ser más paciente con mi padre». Y

Tyler sentía una felicidad inmensa.

Pero la felicidad no duraba. Tenía una relación extraña con los elogios. A menudo no parecían causarle efecto alguno, más allá de pasar veloces como un rayo de luz amarilla que rebotaba en él. Otras veces, sin razón alguna, dudaba de quien se los ofrecía. Pero también veía que, en algunos casos, no solo eran sinceros sino tan sentidos que la persona que se los dirigía parecía experimentar frustración bajo el taciturno semblante de Nueva Inglaterra, y eso también le causaba malestar. El mejor momento era cuando se encontraba seguro en el presbiterio, hablándoles con franqueza, dejando que asimilaran las partes que quisieran, o pudieran.

La primera Navidad de la niña la pasaron en Massachusetts, donde Tyler se horrorizó al ver la enorme cantidad de regalos apilados bajo un árbol cargado de espumillones y luces parpadeantes, con tantas bolas y adornos que las ramas verdes apenas se veían. Lauren abrió una caja de vestidos tras otra, aplaudiendo. Para la niña, una cajita de música, una caja sorpresa, sonajeros, muñecas y vestiditos. Para él, una billetera de piel buena. Esa noche fueron a ver a la madre de Tyler. Su árbol era pequeño y solo estaba adornado con unas cuantas bolas doradas. Debajo, había un regalo para cada uno. Para la niña, unos cubos de madera de caoba. A la mañana siguiente, camino de West Annett, Lauren dijo:

–Tu madre hace que me sienta como la mierda.

–Lauren –dijo él.

Nunca la había oído hablar así.

–Es verdad. ¿Qué hay de malo en divertirse un poco? ¿Qué niña querría unos cubos sin colores, sin letras ni nada? Y para mí un cinturón negro de lo más corriente. Me dan ganas de colgarme con él.

–Lauren, para. ¡Por el amor de Dios!

–Y me odia.

–¿Cómo puedes decir eso? Lauren, no es verdad.

Ella no habló más durante el resto del viaje, mientras la niña dormía entre los dos.

–En cualquier caso –dijo Tyler cuando llegaban a la granja–, el año que viene no nos iremos a ninguna parte. La parroquia no debería tener un reverendo suplente el día de Navidad. –Por la noche ya se habían reconciliado.

Y Tyler estaba maravillado con la niña. Se ponía de pie y se quedaba agarrada a los barrotes de la cuna. Una tarde, se soltó del brazo del sofá y dio su primer paso. No pasó mucho tiempo antes de que Tyler ni tan siquiera pudiera recordarla de bebé. «¡*Pebo*, *pebo*!», gritaba ella feliz cuando veía al perro de los Carlson corriendo junto a la carretera. «¡*Pátano*!», anunciaba, estrujando un plátano entre los deditos. Cuando cumplió tres años, Lauren la llevó a la iglesia y la sentó en el banco de la tercera fila con su muñeca de trapo y su mantita. «Eres mi mejor amiga –le decía, frotándole la naricita con la suya–. Eres la amiga que más quiero del mundo. Y te portas tan bien que estás sentada en la iglesia con los mayores. No te hace ninguna falta ir a catecismo».

A menudo, Tyler iba al pueblo andando para dejarle el coche a Lauren. «No puedo quedarme aquí metida todo el día», le repetía ella. A Tyler le habría gustado que participara más en las actividades de la iglesia, pero estaba claro que no le interesaban, y Tyler sabía que estaba ocupada con la niña. Se alegraba de que fuera a ver a Carol Meadows, pero le preocupaba que utilizara demasiado el coche; parecía que siempre anduvieran cortos de gasolina. Y no podía ignorar el hecho de que cada vez se compraba más cosas. Pulseras y pasadores, sostenes y medias, zapatos y blusas.

–Lauren –le decía–, no podemos permitirnos todo esto.

Ella se ponía a llorar, y en ese punto era inevitable que se embarcaran en una larga pelea antes de hacer las paces. Pero esas escenas dejaban a Tyler alterado durante días; se decían cosas que lo herían en lo más hondo.

–¡Me haces vivir como a un animal! –gritaba Lauren–. Sin televisión, con una horrible lavadora vieja. Y encima tengo que mirar revistas donde salen esas preciosas lavadoras nuevas de color rosa, y mujeres con vestidos bonitos, ¡y si papá no me diera dinero, no podría comprarme nunca perfume!

Tyler no quería que su padre le diera dinero.

–¿Por qué? –le preguntaba Lauren–. ¿Amenaza tu condenada virilidad?

Más adelante, cuando discutían por dinero, ella se limitaba a decir: «No quiero saber nada», y volvía la cabeza.

Tyler sabía que tendría que acabar trasladándose a una parroquia más grande, donde habría más dinero, y más compañía para Lauren. Pero adoraba el pueblo de West Annett. Le gustaba estar en mitad del campo, ir andando al pueblo y oír los crujidos de la nieve compacta bajo las botas. Le encantaban las caras de sus fieles cuando lo miraban todos los domingos. Y, después, le encantaba el olor a café de la sala de reuniones, mezclarse con la gente, preguntarles por los hijos, el trabajo, el coche: siempre había alguien que tenía problemas con el coche.

En verano le encantaba bañarse en el lago, recorrer kilómetros en bicicleta un domingo por la tarde, para relajarse después del sermón. Mientras pasaba pedaleando por delante de granjas y extensos campos de maíz aún verde, y veía los tortuosos muros de piedra que se perdían a lo lejos, experimentaba el Sentimiento y daba gracias por la gran gran belleza del mundo de Dios. Los domingos por la noche cenaban tortitas y Tyler estrechaba a Lauren entre sus brazos.

Pero algo se había perdido. Cuando él le decía «te amo», ella sonreía y no respondía. Cuando le preguntaba si le ocurría algo, ella se encogía de hombros y se apartaba. El desasosiego se sentaba a la mesa con ellos, se iba a la cama con ellos (Lauren ya no quería que Tyler le tocara los pechos cuando hacían el amor), seguía allí por la mañana, cuando él estaba en el baño afeitándose. Pero entonces Lauren se quedó embarazada por segunda vez y a Tyler le pareció notar que la felicidad volvía a inundar la granja.

Carol Meadows oía muchas cosas sobre Margaret Caskey.

–Es mala –decía Lauren, mientras Katherine y Matt jugaban en el suelo con ollas y sartenes, apilándolas hasta que el montón se desmoronaba y volvían a empezar–. Fría como un témpano de hielo.

–Me sabe mal por Tyler –respondía Carol.

–Él no se da cuenta. No se da cuenta de nada, aparte de la gasolina que gasto.

Carol no quería oír eso. Lo que habría querido decirle era que la felicidad conyugal, en su opinión, no era tan difícil de conseguir. Solo había que entregarse. Una de las razones por las que Carol no se relacionaba más con las mujeres del pueblo era que no le gustaba su manera de quejarse de sus maridos. «¡Los dejan como trapos sucios!», le había dicho a Davis. Riñas por no haber cambiado el rollo de papel higiénico: ese tipo de cosas no tenían sentido para Carol. Si Lauren gastaba demasiada gasolina, pensaba, lo que debería hacer era intentar gastar menos. Ese tira y afloja por menudencias podía menoscabar la vida conyugal; podía afectar, sin duda, a lo que marido y mujer sentían en la cama, y, para Carol, todos los niveles de su intimidad con Davis eran como un regalo que jamás se le ocurriría dañar.

A su regreso de una visita a Massachusetts, Lauren le dijo a Carol, con repentinas

lágrimas en sus grandes ojos castaños:

–Tyler hizo enfadar mucho a mi padre. –Un reguero de rímel negro le rodó muy despacio por la mejilla antes de que se lo limpiara con un pañuelo de papel que le dio Carol.

–Vaya por Dios. –Carol volvió a arrellanarse en la silla.

–Tyler dijo… –Lauren abrió la polvera y se tocó la piel próxima al ojo con la yema del dedo anular; fue un gesto natural y elegante–. Tyler dijo que prefería no hablar de política, pero, aun así, lo hizo. –El dolor le crispó fugazmente las facciones cuando cerró la polvera.

–¿Pero fue una pelea seria o solo se pusieron gallitos como hacen los hombres de vez en cuando?

–No lo sé. Lo segundo, creo. Yo intentaba no prestarles atención porque era un aburrimiento, pero Tyler, sabes, resulta incómodo a veces, pero habla de religión.

Carol asintió con amabilidad.

–A los hombres les gusta hablar de su trabajo.

–Pero la religión, Carol. Estoy segura de que es mucho más interesante oír a Davis hablar de ciencia.

–La religión es interesante. A mí me parece muy interesante.

Lauren se pasó la mano por los abundantes cabellos y el esmalte de uñas rosa se le vio entre los mechones.

–Y mi hermana se fue a la cama con Jim Bearce.

Carol esperó.

–¿Jim es su prometido? –preguntó por fin.

–No. Se suponía que Jim era mi prometido.

Carol alargó la mano para dar una galleta a cada niño.

–Entonces, Jim es un hombre al que quisiste.

–Eso creo. Sí, lo quise.

–¿Y qué pasó?

–Mi hermana… ¡Oh, es tan cretina, Carol…! Mi hermana le contó que yo había tenido muchos otros novios.

Carol no supo qué decir.

–Y es verdad. Tuve muchos novios. Tyler no lo sabe. ¿Crees que debería saberlo?

Carol se notó la cara ardiendo.

–Creo que lo que importa es lo que Tyler y tú sentís ahora el uno por el otro.

–En fin, mi hermana se lo dijo a Jim… Fue hace unos años… Y Jim respondió que…, bueno…, él no podía casarse con alguien así, ¿sabes? Y ahora ella se ha ido a la cama con él.

–¿Estás segura?

Lauren miró a Carol, con los grandes ojos brillantes.

–Me lo confesó ella misma la semana pasada, cuando fui a casa. Como si esa horrible escena con Tyler y mi padre no fuera suficiente, me soltó en mi habitación mientras yo hacía la maleta de la niña que, por cierto, se había ido a la cama con Jim Bearce. Y que Jim le había dicho que, después de haber estado con las dos hijas de los Slatin, ahora entendía a qué se refería todo el mundo.

–Lauren, eso es repugnante. ¿Quién es ese hombre?

–Un licenciado en Derecho en Harvard. –Lauren parecía agotada y movió una mano–. Oh, no tiene importancia. No le cuentes a nadie lo que te he dicho.

–Por supuesto.

–Y después tuve que escuchar todas esas tonterías: a Tyler diciendo que Karl Marx

opinaba que todos los pecados se cometen en nombre de la religión, o algo parecido. Quiero decir, Carol, ¿qué más da? Y mi padre le contestó: «Tyler, no es la religión lo que controla el mundo, sino el petróleo».

–¿El petróleo?

–El petróleo. –Lauren miraba a Katherine, que en ese momento estaba golpeando a Matt en el brazo con un muñeco de peluche–. Cielo, para, ya.

–Oh, solo están jugando, déjala.

–Y Tyler dijo que eso era como comparar el agua con el aceite, y mi padre, que era como comparar el petróleo con el vómito.

–¿Vómito? ¿Estaba equiparando la religión al vómito?

–Yo creo que no, la verdad. Pero le pidió a Tyler que echara un vistazo a los coches durante el viaje de vuelta, porque todos necesitaban gasolina, ¿y de dónde pensaba él que venía la gasolina? En su mayor parte de Persia. De Irán. Y papá dijo que se alegraba de que el sah hubiera sustituido a ese individuo horrible que había antes, o dentro de unos años ni tan siquiera podríamos ir a verlos en coche, porque no habría petróleo para gasolina. Y Tyler dijo: «No discrepo de nada de lo que estás diciendo», pero discrepaba. No sé cómo, pero hizo que papá se exaltara. Papá dijo que la gente no tenía ni idea de cuánto costaba dirigir este país y protegerlo.

–No me puedo imaginar que Tyler discrepara de eso.

–No, Tyler no discrepaba. Pero no sabe tanto como papá.

–Dios mío –dijo Carol–. Tyler me parece muy inteligente.

–Tyler sabe muchas cosas, es verdad –respondió Lauren–. Todas esas cosas sobre religión, pero eso no tiene nada que ver con el mundo real, y a eso se refería papá: vivimos en el mundo real.

–Bueno. Hombres. Se ponen a hablar y no hay quien los pare. Yo que tú no me preocuparía.

A Lauren volvieron a saltársele las lágrimas mientras se levantaba.

–Es hora de irme –dijo–. Debo volver a mi celda de monja.

–Oh, Lauren. Se te pasará. Tu hermana te hizo sentir mal. Pero aquí tienes una familia. Y Tyler no se quedará aquí para siempre, por mucho que a nosotros nos gustaría. Es un hombre con talento. Algún día encontrará una iglesia más grande, y tú tendrás más cosas que hacer.

Lauren asintió y se enjugó cuidadosamente los ojos con un pañuelo de papel antes de marcharse.

Esa noche, mientras se preparaba para acostarse, Carol se dio cuenta de que había desaparecido el pañuelo de rayón que solía tener colgado de una percha en la puerta del dormitorio.

–Davis –dijo–, ¿has visto ese pañuelo tan bonito que me regaló mi madre? –Su marido estaba echado en la cama, desnudo y con una revista *Playboy*. Negó con la cabeza–. No se me ocurre dónde puede estar –añadió Carol, mientras la invadía un profundo malestar.

–Lo encontrarás. –Su marido dio unas palmaditas en la cama–. Ven.

Ella estuvo encantada de acostarse a su lado. No le importaba que leyera el *Playboy*, siempre y cuando nadie lo supiera.

–Ninguna es tan bella como tú –le decía siempre su marido: en ese sentido, era amable.

Carol no creía posible que Lauren pudiera llevarse objetos de su casa a hurtadillas. Pero su infelicidad la preocupaba y pensó que, si en efecto lo estaba haciendo,

indicaba una carencia emocional. Así que Carol, después de pensarlo a fondo, recordó que Jesús había dicho que, si alguien nos pide andar un kilómetro, nosotros deberíamos ofrecernos a andar dos. Y decidió que, si Lauren necesitaba cosas, ella, Carol, se las daría con verdadero espíritu cristiano. Por ello, un día le regaló a Lauren un anillito de oro con una minúscula piedra roja que iba a ser para la niña que había muerto. El anillo, un regalo de la madre de Carol para su nieta, debería haber pasado, más adelante, a una de las otras hijas de Carol. Pero ese día se lo dio a Lauren.

–A Katherine podría gustarle –dijo.

Lauren, que ya estaba embarazadísima de su segunda hija, pareció tan entusiasmada como abatida.

–Es precioso –afirmó. Y después se lo devolvió–. No puedo aceptarlo –añadió.

–¿Por qué no? Me gustaría que lo tuvieras tú.

–Tyler no me lo permitiría.

–¿Por qué?

–Diría que no puedo aceptar favores de nadie de la parroquia.

–Oh, no es un favor. Es un regalito. Pero si crees que a Tyler no va a gustarle, me lo quedaré… No pasa nada.

Pero Lauren, alargando la mano, respondió:

–No, me encanta. Algún día se lo daré a Katherine. A Tyler no le importará, en realidad. –Volvió a mirarlo, con atención, y repitió–: Es precioso, Carol.

Carol siempre se alegró de que Lauren hubiera aceptado el anillo.

No mucho antes de que naciera la pequeña Jeannie, un domingo en el que Tyler conducía de regreso a casa después de haber dado un sermón sobre la parábola del ladrón en la noche («Ahora bien, sabed aquello: si hubiese sabido el amo de casa en qué guardia venía el ladrón, habría velado y no habría permitido que fuese horadada su casa»), que había concluido, como siempre, asegurando a sus fieles que el amor de Dios era eterno y perdurable, Lauren se había vuelto hacia él y le había preguntado, como si tal cosa:

–Tyler, ¿de verdad te crees las cosas que dices?

De repente, un cuervo pasó tan cerca del parabrisas que Tyler agachó un poco la cabeza mientras giraba el volante.

–Lauren…

–Vale, vale, vale. –Su esposa agitó una mano–. No quiero tener ningún gran debate religioso –añadió cuando entraron en el camino particular–. Oh, Dios mío, ahí está tu madre.

La madre de Tyler les había llevado un regalo para la niña que aún no había nacido.

–Los judíos dicen que trae mala suerte hacer un regalo a un niño antes de que nazca –dijo Margaret Caskey–. Pero yo digo, tened fe en el Señor y Él proveerá. Tú no deberías haber nacido –añadió, señalando a Tyler con la cabeza–. Pero aquí estás. Los médicos decían que mis nervios no aguantarían otro embarazo. Pero, con la ayuda de Dios, lo aguanté.

–Sí –dijo Lauren, inclinándose de forma inesperada para besar a su suegra–. Lo aguantaste.

Tyler se quedó atrás y dejó que las mujeres entraran en la casa; Katherine iba agarrada de la falda de su madre, cantando: «Mamá *emba'zada*, mamá *emba'zada*». Miró los campos que lo rodeaban; era otoño y las hojas empezaban a brillar como el intenso rubor que tiñe el rostro de una muchacha.

–Está todo un poco desordenado, tendrás que disculparnos –le estaba diciendo

Lauren a la madre de Tyler.

–No te preocupes –dijo él–. Jane Watson me ha dicho a la hora del café que la Sociedad Benéfica nos hará un regalo: pagará a Connie Hatch para que venga a limpiar unas cuantas mañanas a la semana. Empezará pronto, para acostumbrarse, y después continuará durante unas cuantas semanas después de que nazca el niño.

–Pero yo odio a las asistentas –objetó Lauren–. Son unas fisgonas.

–Es un regalo de la iglesia, no puedes rechazarlo, Lauren. Sería muy feo. –Margaret Caskey empezó a meter platos en el fregadero antes incluso de quitarse el abrigo.

–Déjalo, mamá, no pasa nada.

–No quiero que ninguna asistenta fisgue en nuestros cajones –exclamó Lauren y, volviéndose hacia su suegra, añadió–: Y tú, por favor, deja los platos en paz.

Margaret Caskey salió de la cocina.

–Lauren –suplicó Tyler–, mi madre solo intenta ayudar. Y Connie Hatch no fisgará en nuestros cajones.

–¿Sabes una cosa, Tyler? –dijo su bella esposa de abultada barriga–. Tu ingenuidad es ofensiva.

Dos semanas después, nació Jeanne Eleanor Caskey. Tyler no podía creer que alguna vez hubiera querido un varón.

–Lauren –dijo, inclinándose para besarla–, tengamos otra. Tengamos niñas, niñas, niñas.

Un torbellino de actividad. Connie Hatch iba tres mañanas a la semana y, aun así, la casa entera era un caos. Niñas, pañales y biberones, y Lauren, que, a menudo, estaba de mal humor. Pero Tyler notaba que una sensación de madurez cada vez mayor los envolvía. Lauren y él ya no eran unos chiquillos. Tenían la responsabilidad de una familia, y él de una iglesia. Daba gracias a Dios, cansado, pero de corazón. La Sociedad Benéfica alargó los servicios de Connie unos meses más y, todas las mañanas, Tyler iba andando al pueblo, donde primero rezaba en la iglesia y después bajaba a su estudio del sótano, por el que Skogie Gowen se pasaba a veces para hablar de pesca.

Y entonces, una mañana, Lauren le telefoneó diciendo que no sabía dónde estaba.

Durante su enfermedad, Tyler predicó todos los domingos. Salía al presbiterio vestido con su sotana y hablaba del altruismo, proclamando que toda acción humana debería estar al servicio del prójimo, para que tanto los creyentes como los no creyentes pudieran beneficiarse de la bondad y vivir con el amor de Dios, transmitido a la humanidad a través de Jesucristo. Decía que había que alabar a Dios, siempre. Después del servicio, estrechaba manos y daba las gracias a quienes le susurraban que Lauren estaba en sus oraciones. Si antes sus feligreses lo querían, ahora lo consideraban un hombre extraordinario. «Míralo ahí arriba, tan derecho y fuerte –se decían–. ¿No es increíble?».

Pero Tyler no creía que Lauren fuera a morir.

Debería haberlo creído. Su madre lo sabía, los padres de Lauren lo sabían, los médicos lo sabían. Lauren lo sabía. Por las noches, gimoteaba tanto que él le administraba los sedantes prescritos por el médico. Pero no dejaba de repetirle, hasta la saciedad, que no se iba a morir. «¿Solo porque tú no quieres?». En una ocasión, Lauren lo mordió en el brazo, cogió el frasco de pastillas e intentó tragárselas todas, y Tyler tuvo que sujetarla contra la cama para separarle las encías con los dedos mientras ella intentaba morderlo. Cuando se calmó, la lavó con una toallita y se quedó sentado a su lado mientras ella dormía y la luz de agosto entraba por la

ventana. El Sentimiento lo colmaba. Dios estaba en la habitación.

Cuando Lauren se despertó, lo observó.

Si había gente en el pueblo que imaginaba al reverendo abrazando a su bella esposa mientras le susurraba amorosas palabras de adiós, se equivocaba. Lauren volvía la cara en cuanto lo veía y decía cosas que Tyler no olvidaría jamás. Sus padres fueron a verla y ella les ordenó que se marcharan. Le dijo a la madre de Tyler que no entrara en su habitación. Despachó a Connie Hatch. Belle acudió para llevarse a las niñas. Tyler se sentaba a su cabecera y, cuando ella descansaba, su gratitud era inmensa, pero, cuando se despertaba y empezaba a tirar de las sábanas, el sufrimiento era indecible. Pareció mejorar; podía volver a incorporarse, y hablar. Sus furibundas palabras dirigidas a él: «Eres un cobarde, ¿sabes?». Y después, la cosa impensable, inimaginable, que Tyler había hecho: dejar el frasco de pastillas en la mesilla mientras ella dormía. Bajó a sentarse con su madre, atento por si oía movimiento en el piso de arriba. Unas horas después, subió despacio, muy despacio, la escalera enmoquetada. Su joven esposa estaba muerta.

«Ten piedad de mí, tengo siempre delante mi pecado. Ten piedad de mí, Señor, porque estoy en angustia; se consumen de sufrir mis ojos, mi alma y mis entrañas». Ese primer año, Tyler había deseado que llegara el invierno, pero, cuando eso ocurrió, se dio cuenta de que nada cambiaba; ella también lo habitaba. Cuando llegaron las nieves, ya se había inscrito en muchos comités y pasaba los días dejando a su hija con distintas niñeras y viajando entre los pueblos de los alrededores. A veces se presentaba en una reunión que había sido el día anterior; en una ocasión mandó una carta, pero se olvidó de ponerle el sello y, cuando se la retornaron, entró en el granero y arrojó un martillo contra la pared. Después se dio un manotazo en la cabeza tan fuerte que vio las estrellas. Por la noche, cuando la niña estaba en la cama, se ponía el abrigo y salía al porche a fumar en pipa. «No escondas de mí tu rostro en el día de mi angustia… porque cenizas he comido por pan».

Llegó la primavera, el verano, el otoño. Esos cambios sucedían muy lejos.

Los amigos de la universidad y del seminario lo invitaban a cenar. Sus parroquianos lo invitaban a su casa. Pero a Tyler le costaba quedarse mucho tiempo en un mismo lugar y utilizaba a Katherine como excusa para irse a casa. Solo cuando su madre dijo: «Tyler, esta niña ya no habla», se dio cuenta de que era cierto. Entonces empezó a leerle y a hacerle preguntas, pero Katherine apenas decía una palabra, aparte del padrenuestro, cuando Tyler lo recitaba con ella antes de acostarla. Belle apareció y le compró unos zapatos nuevos; y Tyler, su madre y Belle intentaron ilusionarla con ellos.

–Zapatos rojos, Katherine. Son preciosos. ¿No habías querido siempre unos zapatos rojos?

Pero la niña enterró la cara en el regazo de su padre, incluso cuando su abuela la reprendió diciendo:

–Al menos podrías darle las gracias a la tía Belle.

Después del primer año, Tyler esperaba que su dolor se atenuase, pero no fue así. Cuando se enteró de que Doris Austin quería un órgano nuevo –el tesorero de la iglesia, el consejo e incluso un diácono habían hablado con él en su nombre–, le pareció una hormiga que la gente le señalaba en el rincón más alejado de una habitación, mientras, para él, la habitación no dejaba de girar. Cuando la señora Ingersoll lo telefoneó para reunirse con él y le dijo que Rhonda Skillings estaba dispuesta a aplicar la psicología al trauma de Katherine, dentro de él arraigó una clase

distinta de oscuridad, feroz y casi bienvenida.

Solo en presencia de Connie Hatch parecía recordar alguna sombra del hombre que había sido. Cuando ella le hablaba de Jerry, de Becky, de sus desilusiones, cuando se reía de repente si estaban de acuerdo sobre alguna pequeña dificultad de la vida y la alegría le humedecía los ojos verdes, él recordaba todo eso después, cuando ella se iba a casa, y pensaba: «Me quitaste la ropa de luto y me vestiste de fiesta».

Libro tercero

7

Llegó noviembre, pasaron los días, y no había ni rastro de Connie. Ya llevaba desaparecida casi tres semanas. Tyler llamaba a Adrian Hatch y la noticia siempre era la misma: no había noticias. La granja parecía enorme en el silencio que quedaba una vez que Katherine se iba a la escuela; y Tyler esperaba, por si Connie aparecía. Pero solo había silencio, aparte del goteo de un grifo que perdía en la cocina. Le temblaron las manos cuando intentó cambiarle la goma y tuvo que dejarlo a medias. Y le temblaban también cuando escribía la lista de la compra. Su madre tenía razón: los hombres no sabían cuánto costaba ocuparse de una niña; a veces, Katherine iba a la escuela con la misma ropa que había llevado el día anterior. Por la noche, Tyler cenaba estofado de ternera de lata, mientras Katherine estaba sentada a la mesa con un cuenco de cereales; Tyler comía directamente de la cacerola, de pie junto a los fogones, mientras ella lo miraba balanceando los pies.

–No te preocupes –le dijo Tyler una noche–. La señora Hatch volverá.

Katherine balanceó los pies más deprisa y la expresión de la cara le cambió –¿era preocupación?–, lo que indujo a Tyler a arrodillarse junto a su silla. La rodeó con los brazos y la estrechó contra él, pero percibió vacilación en su cuerpecito. Le puso la mano en la nuca, palpándole el enredo del pelo, y aunque Katherine le dejó apoyarle la cabeza contra el hombro, Tyler siguió advirtiendo una cierta resistencia en ella.

–Oye –le dijo, levantándose–. Me acabo de acordar de una cosa.

Fue al escritorio y sacó de un cajón el anillito de oro con la minúscula piedra roja que Connie le había dado.

–Mira –le dijo a Katherine, que ahora lo miraba con la boca entreabierta y una expresión ligeramente esperanzada–. ¿Lo habías visto?

Katherine observó el anillo; le parecía la cosa más bonita que había visto nunca.

–Lo encontró la señora Hatch.

Katherine volvió la cara, balanceando los pies con tanta fuerza que tocó la mesa por debajo con los zapatos.

–¿Katherine?

Ella volvió a mirar la mesa y, con una manita, apartó el cuenco de cereales con tanta violencia que la leche rebosó por el borde.

–¿No te gusta el anillo?

Katherine cerró los ojos con fuerza y negó con la cabeza.

A la mañana siguiente, Carol Meadows lo llamó por teléfono para ofrecerle su ayuda.

–Tráeme a Katherine siempre que lo necesites –le dijo.

Su amabilidad lo hizo caer en la cuenta de que ningún otro de sus feligreses lo había llamado. La Sociedad Benéfica guardaba silencio: ningún ofrecimiento de otra asistenta, y ninguna mención por parte del consejo de que le vendría bien un aumento. Ni tan siquiera Ora Kendall lo había telefoneado, y a Tyler no se le ocurría ninguna excusa para hacerlo él. «Sobre mí se ha desatado tu ira; tus terrores me han

aislado».

Llovió, y la lluvia se heló. Nevó, y la nieve se puso áspera y granulosa; y después, volvió a llover. Torrentes de agua cayeron de un cielo oscuro como el crepúsculo. El viento arrancó las hojas de los robles, las hizo pedazos contra las carreteras mojadas y embarradas, las pegó a los parabrisas de los coches aparcados, las amontonó en los rincones empapados de los porches de las casas a todo lo largo del río. El viento cambió, volvió a cambiar, y arrojó la lluvia en todas las direcciones. Los paraguas se volvían del revés, exponiendo su esqueleto, y algunos acababan embutidos en cubos de la basura, como si fueran murciélagos muertos con las alas rotas. Las mujeres que atravesaban los aparcamientos con la cabeza gacha ya tenían el abrigo empapado cuando entraban a comprar.

Alison Chase estaba sentada en su desordenada cocina hablando por teléfono con Irma Rand, confesándole que quería dejar de enseñar catecismo. Ya no tenía energía para eso. Ya no tenía energía para nada. «Háblalo con Tyler», le aconsejó Irma, pero Alison no quería. Colgó y volvió a acostarse, y durmió tan profundamente, con la cabeza bajo el edredón, que cuando se despertó tuvo que quedarse un rato en la cama, inmóvil, antes de recordar dónde estaba. «En menos de dos meses los días se alargarán –le dijo Jane Watson al teléfono mientras planchaba las camisas de su marido con un apresto nuevo que había visto anunciado en televisión–. Anímate». Bertha Babcock, en su casa situada más al sur del río, escribió una lista de las viandas y bebidas necesarias para la reunión de la Sociedad Histórica, y después sacó del fondo del armario el traje de Padres Peregrinos; todos los años en Acción de Gracias, su marido y ella se vestían de Padres Peregrinos e iban a escuelas de todo el estado para dar charlas sobre la historia de sus antepasados. Doris Austin confeccionó una lista de órganos con los correspondientes precios y la pasó a máquina para presentársela al consejo de la iglesia. Rhonda Skillings estaba sentada en el sillón orejero de su salón, leyendo y tomando apuntes sobre Wilhelm Reich: los niños no jugaban para sobrevivir, sino para «relacionarse». Katherine Caskey no se relacionaba. Rhonda escribió, y leyó, y escribió un poco más.

La lluvia amainó pocos días después, pero el cielo siguió gris y la temperatura aumentó lo suficiente para derretir el hielo y la nieve; el agua corría en sucios riachuelos por los canales de desagüe; los coches que pasaban salpicaban de suciedad los parabrisas y los abrigos de los transeúntes. Los tejados tenían goteras, y en algunas casas el agua se filtraba por los aleros manchando papeles pintados ya previamente manchados. Después, llegó una ola de frío tan persistente que los lagos se helaron y se formó hielo en las márgenes del río.

Los habitantes de West Annett estaban habituados a que la tierra y las estaciones giraran juntas, y si el clima les hacía la vida difícil, bueno…, así eran las cosas, en definitiva. La gente seguía haciendo lo que siempre había hecho. Y no se quedaban de brazos cruzados. Las mujeres estaban ocupadas cosiendo para la feria de Navidad del mes siguiente, horneando tartas para venderlas en el centro comunitario, preparando aperitivos para el club de la cuadrilla, lavando y planchando, porque siempre había mucho que planchar. Y los hombres, después de trabajar todo el día, regresaban a casa y se ponían a hacer arreglos, porque siempre hay cosas que arreglar en una casa, y esos hombres eran hombres mañosos, como lo habían sido sus padres. La desaparición de Connie Hatch suscitó confusión y conversaciones, y un cierto placer en algunos, es cierto; pero no hizo que nadie se quedara ocioso.

Aparte de Tyler Caskey.

Su inquietud aumentó; sus días eran largos e informes. Cuando Katherine salía de casa para ir a la escuela, descubría que él también tenía que salir. El silencio y el vacío de la casa lo asustaban.

Y entonces, una mañana, mientras rezaba en la iglesia sentado en el último banco, «Señor, cada día te he invocado, he extendido mis manos hacia ti», Tyler notó un extraño olor a rancio debajo de él y se dio cuenta de que provenía de la manta doblada que había dejado allí hacía unas semanas. Se puso los guantes antes de cogerla; después, buscó las llaves del coche en el bolsillo y se dirigió a casa de Walter Wilcox.

El anciano se paseó por la cocina llevando un pantalón sujeto con un cinturón de cuerda para tender la ropa.

–Estuve casado cincuenta y un años –dijo Walter, dejando una bolsita de té mojada en el mármol–. Y en los últimos veinte apenas hablamos. Nos quedamos sin cosas que decirnos, supongo.

Tyler cogió la taza de té y tomó un sorbo. La casa olía a orina de gato, posiblemente el mismo el olor de la manta que Tyler había metido en el maletero del coche.

Walter abrió la estufa de leña, removió el contenido con un palo y después se sentó cerca de ella en una mecedora.

–Pero aún nos enfadábamos. –Se meció despacio–. Lo que odiaba, lo que detestaba con toda mi alma, era que metiera una cuchara mojada en el azucarero. –Walter continuó meciéndose–. Y su forma de estornudar. Estornudaba como un gato. –El anciano negó con la cabeza–. Y cuando murió descubrí –alzó la vista para mirar a Tyler, se quitó las gafas y se enjugó los ojos con el dorso de la mano–, descubrí que lo que odias no tiene importancia. Cuando vives con alguien durante tanto tiempo, a veces piensas: «Ojalá me hubiera casado con otra persona», pero después todas las cosas que odiabas te importan un comino. Si lo hubieras sabido, entiendes… –Volvió a enjugarse los ojos y se puso otra vez las gafas.

–Todos lo hacemos lo mejor que podemos –dijo Tyler.

–Yo no. Fui un granuja hasta que fui demasiado viejo. Paso las noches despierto en esa cama de arriba, pensando en todo lo que hice. Pero la memoria es algo extraño. Me pregunto: «¿Lo hice de verdad?». Ella me odiaba. –Walter asintió–. Creo que me odiaba. ¿Qué le ha pasado a Connie Hatch?

–Walter, estoy seguro de que tu mujer no te odiaba.

–Cuando uno llega a mi edad, Tyler, se da cuenta de una cosa. La gente odia saber la verdad. Lo detesta. –El anciano negó con la cabeza–. Entonces, ¿no sabes qué le ha pasado a Connie?

–No. Pero no ha robado nada, estoy seguro.

–Con las personas nunca se sabe. Lo oí en la radio. Robó joyas y se llevó dinero de la oficina de la granja del condado.

–Estoy seguro de que no fue ella. Querían interrogarla y probablemente se ha asustado.

–No huyes si no eres culpable –sentenció Walter. Agitó una mano–. Pero quién no es culpable, supongo.

En la escuela, Katherine estaba dibujando. Dibujó mujeres con la cabeza cortada, con grandes gotas rojas de sangre que salían a chorros. Dibujó una mujer con un vestido rojo y un zapato de tacón de aguja clavado en la barriga.

–Dios santo. ¿Quién es? –le preguntó Mary Ingersoll, inclinándose sobre la mesita.

Con mucha claridad, la niña respondió:

–Usted.

Y después, más sorprendente aún, Katherine miró a Mary a los ojos. ¡Y vaya mirada fue! Como si no tuviera cinco años, sino más bien treinta y cinco, y fuera plenamente consciente de cada pensamiento no altruista que Mary había tenido en su vida.

–Es malvada –le dijo más tarde Mary al señor Waterbury, el director–. Seguro que cree que estoy exagerando, pero usted sabe cuánto quiero a mis alumnos. –Mary lo miró de un modo que lo conmovió.

–Ah, Mary –le respondió–, eres una de nuestras mejores profesoras. No soporto verte pasar por esto.

Mary no hizo ningún intento de contener las lágrimas que le brotaron de los ojos.

–Pero, por el amor de Dios –añadió–. ¡Solo estamos a noviembre! ¿Cómo haré para llegar a junio con esa criatura en mi clase?

–Cuando empecé hace años –dijo el señor Waterbury, haciendo un gesto a la joven para que se sentara cerca de su escritorio–, tuve un alumno que… ¡Oh!, sé que parece una tontería…, pero aquel crío daba muchísimo miedo. –El señor Waterbury abrió el cajón del escritorio, sacó un cortaplumas y empezó a limpiarse las uñas–. ¡Ah, aquel niño! –Negó con la cabeza–. Era de familia humilde. Siempre pasa, Mary. Cuando un niño tiene problemas, hay problemas en casa. –Miró a Mary e hizo una mueca exagerada con la boca–. Cuando un niño tiene problemas, hay problemas en casa.

–¿Pero qué voy a hacer? –Mary se inclinó hacia él. Dejó que las lágrimas le corrieran por las mejillas. Lo cierto era que, en su fuero interno, tenía una sensación bastante agradable.

–Pediremos ayuda a Rhonda Skillings –le aseguró el señor Waterbury–. No vas a pasar por esto sola. –Dejó el cortaplumas en el cajón y lo cerró–. No vas a pasar por esto sola. No, señor. Te lo prometo.

Tras la gran ventana del despacho, el sol poniente había obrado una maravillosa transformación en el cielo. El horizonte parecía pintado de rosa y morado con las grandes pinceladas de un niño.

–Mira –dijo el señor Waterbury, aunque llevaba años sin comentar una puesta de sol.

–Oh, sí, mire –respondió la profesora.

El cielo se había oscurecido por completo cuando Mary salió del despacho. El señor Waterbury no había dejado de hablar y ella había tenido que quedarse allí sentada mientras la sensación agradable se escondía con el sol. El número de alumnos por clase había ido en aumento desde 1945, le dijo el señor Waterbury. Ni tan siquiera tan al norte como West Annett había suficiente dinero para pagar a otra profesora como Mary, titulada y con talento. ¿Sabía que, en una escuela de Nueva York, habían pintado el mapa de los Estados Unidos en el suelo del patio? Era verdad. Una idea excelente. Era hora de que esos niños estudiaran el país, un país tan maravilloso, pese a los disparates que estaban ocurriendo. Los rusos pueden hacer que saltemos por los aires y nosotros ni tan siquiera somos capaces de vencerlos en un concurso de matemáticas. ¿Había leído Mary ese informe? *La búsqueda de la excelencia.* Firmado por los mejores educadores de los Estados Unidos. Decía que había que separar a los niños inteligentes de los retrasados, y que sería genial conseguir financiación, si no del estado, quizá del Gobierno federal. Mary no dejó de asentir.

–Llamaré a Rhonda Skillings –dijo por fin el director.

Tyler imaginaba el regreso de Connie Hatch, imaginaba que un día simplemente aparecería entrando por la puerta de atrás. Él la oiría desde el estudio, iría a la cocina

y la encontraría colgando el jersey; ella se daría la vuelta con una sonrisa de disculpa. «Lo siento», diría. Y él aplaudiría, solo una vez. «Oh, Connie, te he echado de menos –le respondería–. Esta casa es insoportable sin ti».

Connie no fue.

Una mañana entre semana, Tyler llevó a Susan Bradford a patinar y ella se rio como una niña cuando dio sus primeros pasos vacilantes.

–Hace siglos que no hago esto –dijo, con el pantalón marrón de esquí que le ceñía el amplio trasero. Cuando casi perdió el equilibrio al tropezar con una raíz que sobresalía del hielo, se precipitó hacia Tyler y, por un momento, él le agarró los brazos. Aparte de los apretones de manos, ese era su primer contacto físico y entre ellos brilló la posibilidad de intimidad. Más tarde, mientras patinaban uno junto al otro, él la cogió por el codo, y con la otra mano le señaló un halcón que planeaba muy alto en el cielo.

Mientras se tomaban un chocolate caliente en una cafetería de Hollywell, Tyler le miró los ojos grises e intentó imaginar qué aspecto tendría si estuviera enfadada con él.

–Casi me partió el corazón –dijo Susan, poniéndose la mano en el cuello del jersey, con los dedos muy separados. Le estaba hablando de las manoplas de punto que había tejido para sus sobrinas y de cómo la madre de las niñas les había cortado el pompón–. Pero debo reconocer que es mejor a que una de ellas se lo meta en la boca y se asfixie.

–Claro –dijo Tyler–. Toda precaución es poca.

–Me encanta hacer punto –dijo Susan, bajando la cabeza hacia la taza de chocolate.

–Es agradable, ¿verdad? –observó Tyler–. Mi madre solía hacer punto.

Quería hablarle de Connie. Quería decirle que la gente tenía una idea equivocada de ella, que era una buena persona que jamás había tenido los hijos que tanto deseaba. Quería hablarle de Walter Wilcox, solo en su casa que apestaba a gato. Quería contarle que Carol Meadows había perdido una hija hacía años. Que todo eso le parecía de una tristeza insoportable. Que no sabía qué hacer con Katherine.

–Mi madre también hacía punto –dijo Susan–. Era una mujer maravillosa.

–Seguro que sí.

–Fue muy valiente durante su enfermedad.

–Tienes que venir a comer otro domingo –le propuso Tyler. Pero una sensación desagradable le estaba creciendo por dentro y miró alrededor en busca de la camarera para pedirle la cuenta.

Acostado en la cama al lado de su esposa, Charlie Austin dijo en voz baja:

–Se casó con una zorra.

Doris volvió la cabeza.

–¿De quién estás hablando?

–De tu reverendo. Esa mujer era una zorra.

Doris se incorporó con esfuerzo y se tiró del camisón de franela.

–Charlie, no puedes hablar mal de los muertos. ¡Dios santo!

–Estamos todos muertos –respondió él.

Doris se quedó apoyada sobre el codo, mirándolo en la penumbra. La luna llena que brillaba tras las finas cortinas le perfilaba el cuerpo, tapado por el edredón, que se alzaba como un gran animal marino con el peso apoyado sobre una aleta.

–Estoy preocupada por ti –dijo Doris por fin.

–¡Oh, por el amor de Dios! –Charlie se puso de espaldas a ella y vio la silueta

borrosa de la luna tras las finas cortinas–. Mañana debería nevar, pero las nubes todavía no han llegado –dijo.

–¿Por qué has hablado así de esa pobre mujer muerta? –Doris volvió a echarse, también de espaldas a él.

–Porque lo era. Y también sabía que yo lo sabía.

–Me parece increíble que estés diciendo todo esto, Charlie. Era de otro estado; era tímida, creo, y ahora está muerta. ¿Quieres que la gente te critique cuando estés muerto?

–Me trae sin cuidado lo que hagan.

Doris lo castigó con su silencio.

Charlie tenía pensado contarle que Chris Congdon había mencionado, durante una reunión del consejo, que Tyler no quería un órgano nuevo; nadie lo quería aparte de Doris, comprendió Charlie. A todos les importaba un bledo. En cambio, dijo:

–Hablando de forasteros. He oído que un promotor inmobiliario de Nueva York quiere construir un barrio de casas de veraneo en la otra orilla de China Lake. Cerca de ese campamento para chicos judíos.

–Oh, Charlie. –Doris se volvió de nuevo hacia él–. Es espeluznante.

A él tampoco le gustaba imaginar a esos ricachones que a veces se veían en verano entrando en la estafeta de correos para comprar sellos con un billete de cien dólares…, haciendo fotografías del colmado, por el amor de Dios, y diciéndose entre ellos: «Qué pueblecito tan coqueto, ¿no?».

–Qué más da –replicó a Doris–. Allí ya hay cabañas de veraneo, ¿qué son unas cuantas más?

–Pero las cabañas, Charlie, son de gente que vive en Maine, ya lo sabes. Vienen de Bangor o de Shirley Falls. Si ese hombre es de Nueva York, las nuevas viviendas serán inmensas. Y bien podrían ser judíos, además.

–Duérmete, Doris.

–¿Qué te ha hecho hablar así de Lauren Caskey? Ha sido horrible.

–Duérmete.

Había hablado así de Lauren Caskey porque estaba pensando en la mujer de Boston, en que todo se había sabido con solo una mirada, en que un hombre podía conocer a una mujer y, antes de que transcurriera un segundo, esa mujer –no muchas, pero sí algunas– podía mirarlo a los ojos y él podía saber que le gustaba el sexo. Caskey, ese idiota ciego y arrogante, creía que podía casarse por el sexo y que nadie se daría cuenta. Pero saber que Lauren había tenido una agonía tan larga… Charlie cerró los ojos y, de repente, sintió unas absurdas ganas de llorar; pensó en toda la nieve que cubriría el pueblo durante el invierno ya próximo, y en el cadáver de Lauren en su tumba. «Por favor», se dijo. Esa era ya la única frase que utilizaba cuando rezaba.

El Domingo de los Administradores, el cielo matutino era una límpida superficie de color azul claro y el mundo parecía descarnado, completamente desnudo. Las ramas sin hojas permitían ver el río helado desde la carretera, con una costra de nieve azulada en las márgenes y el centro gris, donde se presentía el agua gélida que corría por debajo. La Academia Annett, con sus tres edificios blancos, parecía empequeñecida esa mañana, con el aparcamiento vacío, los arces pelados y, detrás, el cielo azul y la fina franja de carretera desierta. Y Tyler, camino de la iglesia para pedir a sus feligreses que abrieran el corazón (lo que ese día significaba abrir el bolsillo), percibía tal desolación en el paisaje, tal aspereza en la escena desplegada ante sus ojos, que parecía impregnarle el alma.

Quizá no fuera el único que tenía esa sensación, porque la congregación cantó sin entusiasmo «Bendito sea el lazo que une»; después, todos dejaron los libros granates de los himnos y se sentaron. Un bostezo sofocado detrás de un programa, mujeres que se arreglaban los abrigos, alguien que se agachaba para recoger un guante caído al suelo, la impresión de que estaban poniéndose cómodos para pasar largas horas allí.

–Y ahora… reflexionemos –dijo el reverendo Caskey. Se acordó de un alumno del seminario que se había desmayado delante de su primera congregación–. No debemos permitir que la religión se convierta en una parodia de Dios. –No recordaba si el hombre había terminado el sermón, solo que una enfermera sentada en la primera fila había ido a socorrerlo–. El hombre de fe –continuó– es aquel que se atreve a perderse a sí mismo en el amor a los otros, que se atreve a ser solidario con el sufrimiento ajeno, igual que Dios lo es con nosotros.

El hombre que se había desmayado no le caía simpático, pero no recordaba por qué.

–En estos tiempos –prosiguió Tyler–, muchos se preguntan: ¿cómo es posible que el mundo pueda seguir armándose para la guerra después de la destrucción de los últimos cincuenta años? Pero la propia Biblia nos explica cuál es la causa de la guerra. –Tyler hizo una pausa y se pasó un dedo por el labio superior. La única vez que se había desmayado había sido en cuarto curso, durante su única lección de piano, cuando había vomitado sobre las teclas. Había visto puntitos delante de los ojos. En ese momento no los veía; era solo que todos le parecían muy lejanos–. «¿De dónde vienen las guerras y los pleitos entre vosotros? ¿Acaso no vienen de…?».

En la logia del coro, un libro de himnos cayó ruidosamente al suelo.

–La capacidad de amar de Dios es infinita –dijo Tyler, con la cara tan caliente que parecía iluminada por cirios desde atrás–. Nos ha mostrado con el ejemplo que es mejor dar que recibir. Dar es nuestra manera de loar a Dios y permanecer a su lado. –El hombre que se desmayó aquel día quizá acabó como bibliotecario en el seminario. Tyler no quería ser bibliotecario. Una gota de sudor le rodó por la cara y cayó sobre la Biblia. Se enjugó la frente con un pañuelo–. De niña, santa Teresita decía la verdad cuando escribió: «Él desciende para encontrar otro cielo que le es infinitamente más querido, el cielo de nuestras almas, creadas a su imagen».

Dos anchos rayos de sol entraron por las ventanas e incidieron en la alfombra granate y los respaldos blancos de los bancos; un pendiente centelleó cuando Rhonda Skillings se volvió para quitar un hilo de la manga de su marido. Al alzar la vista, Tyler creyó verla susurrar y volvió a notar calor.

–Recemos –dijo. Bonhoeffer confesó en la cárcel que se había cansado de rezar. Quizá debería decir eso a su congregación, pero no quería volver a alzar la vista–. Recemos –repitió.

Al final del servicio, tenía la sensación de haber pasado un mes en un campamento militar. No por el esfuerzo físico de correr de acá para allá con un fusil y un macuto, sino por el sombrío malestar de estar en compañía de personas con las que no tenía nada en común. En el coche, su madre le preguntó en voz baja:

–¿Qué te pasa?

Unos días después, era la hora del almuerzo en clase. Los niños estaban sentados a sus mesitas, sacando galletas saladas con mantequilla de cacahuete, bolsitas de patatas fritas, galletas, manzanas… La señora Ingersoll abrió una lata grande de zumo de piña y lo vertió en minúsculos vasos de papel. Katherine vio que Martha Watson la miraba, de manera que abrió la fiambrera roja de plástico y fingió que rebuscaba dentro, pero sabía que no había nada aparte de un sándwich de mantequilla de cacahuete.

–¿Cómo es que nunca traes nada aparte del sándwich? –le preguntó Martha.

Katherine cerró la fiambrera y apartó la mirada. En la puerta estaba la señora Skillings. La señora Ingersoll dejó la lata de zumo y fue a hablar con ella en voz baja. Y después Katherine oyó –todos oyeron– que la señora Ingersoll decía:

–Katie, ¿puedes venir, por favor?

Los niños dejaron de hablar y observaron a Katherine cuando se encaminó hacia la puerta del aula, tan asustada que parecía que los brazos se le estaban derritiendo.

–Ve con la señora Skillings –le dijo la señora Ingersoll–. Estaremos todos aquí cuando vuelvas.

En el largo pasillo no había nadie más. La señora Skillings parecía tan alta como si llevara zancos.

–Creemos que eres una niña muy especial –le dijo–. Hemos pensado que te divertiría jugar un rato conmigo en mi despacho.

Cuando la señora Skillings se sentó, el vestido le crujió un poco. Se puso unas gafas que tenían cositas brillantes en los bordes puntiagudos. Estaba tan distinta con ellas que parecía haberse transformado en otra persona.

–Dime, ¿cuál es la diferencia entre la cerveza y la Coca-Cola?

Katherine miró los grandes pendientes blancos de la mujer, que parecían las puntas de minúsculos pasteles. Estaba sentada con los pequeños hombros echados hacia delante y las manos en el regazo. La señora Skillings le había puesto un alto banquito de madera bajo los pies.

–Para que no se te duerman –le había dicho.

Katherine apartó la mirada y se quedó callada.

–Probemos con otra pregunta –dijo la señora Skillings. Movió una hoja de papel, y el delicado tintineo de sus pulseras hizo que Katherine se estremeciera de la cabeza a los pies.

Sin despegar los ojos del regazo, Katherine susurró:

–Sé un secreto.

La señora Skillings se quedó un momento callada y después le preguntó:

–¿De verdad, cariño?

Esa noche Tyler estaba sentado en el sofá del estudio mientras la luz de la luna entraba por la ventana. Katherine estaba a su lado, hojeando una revista que tenía puesta del revés en el regazo.

–¿Quieres colorear? –le preguntó Tyler.

Ella negó con la cabeza.

–¿Te duele la tripita?

Katherine se encogió de hombros.

–¿Tienes ganas de volver a ver a Jeannie dentro de unos días?

La niña asintió.

–Yo también. –Tyler imaginó los ojos risueños de Jeannie, como una vez habían sido los de Lauren. Imaginó los ojos de Susan Bradford y pensó que no dejaban traslucir nada: ¿cómo sería pasar toda una vida con alguien cuyos ojos no dejaban traslucir nada? Pensó en la pobre Connie, en la luz que le inundaba los ojos cuando se reía; dondequiera que estuviera ella en ese momento, debían de estar cargados de preocupación.

Tyler se masajeó el punto bajo la clavícula e imaginó a Bonhoeffer en una gélida celda, escribiendo: «Solo sé una cosa: te fuiste y ya todo se fue». Bonhoeffer se reconfortaba componiendo sus poemas. Las personas se reconfortaban escribiendo

cosas. Las cartas de Lauren, ahora en el desván, cartas que se había escrito a sí misma. «¿Por qué siento este vacío cuando tengo a Tyler y a la niña?». El reverendo le dio un golpecito a Katherine en la rodilla.

–Vámonos, hija. ¿Qué me dices? –Cogió los patines del zaguán, la subió al coche junto a él y coronó la colina hasta llegar a China Lake.

No había nadie más en el lago. Los patines de Tyler hacían un ruido maravilloso al cortar el hielo. Katherine estaba sentada en un tronco, tiritando envuelta en una manta. Tyler iba y venía, repitiendo mentalmente el poema de Bonhoeffer: «Así quiero pensar y pensar de nuevo, hasta encontrar lo que he perdido». Los patines se hincaban en el hielo y lo impulsaban cada vez a más velocidad, hasta que aminoró la marcha y regresó para coger a su hija en brazos. Ella se agarró bien a él, rodeándole el cuerpo con las piernecillas, y juntos se deslizaron por el lago iluminado por la luna; ras-ras-ras, hacían los patines. Ras-trero.

Tyler vio la cascada de luz lunar que caía sobre la tierra y, aun sabiendo que todavía estaba a tiempo de recuperar su vida, gracias al amor de Jesucristo, tuvo un estremecimiento de desesperación tan recóndito que las piernas podrían haberle fallado de no haber tenido a Katherine en brazos. Un único pensamiento, tembloroso y apenas formado, aparecía como un oscuro montón de piedras colocadas al borde de una grieta, y la mente de Tyler reptaba hacia ellas, y después se alejaba corriendo: ¿podría ser que no tuviera identidad?

Nunca antes le había parecido posible un pensamiento así. Pero se preguntaba si la locura acechaba tras el montón de piedras, y aunque la fe debería bastar para salvarlo, le parecía que la fe era un camino que dejaba atrás el montón de piedras sin vacilar y serpenteaba junto al borde de la profunda grieta a la que él sentía el impulso de acercarse para mirar dentro. No, Tyler no estaba perdiendo la fe: la fe parecía haberlo perdido a él. Y tampoco lo ayudaba saber que, en otro poema, el propio Bonhoeffer se había preguntado: «¿Quién soy? ¿Este o aquel? ¿Seré hoy este, mañana otro?».

No lo ayudaba, porque Bonhoeffer había sido un gran hombre mientras que él solo era Tyler Caskey. Patinó por el lago, notando los suaves golpes de las crestitas de hielo bajo los pies, las sombras de las píceas ahusadas y oscuras a la luz de la luna. No quería regresar a su casa vacía. Walter Wilcox había dicho que todas las noches se quedaba despierto en la cama pensando en las cosas que había hecho y en las que no.

Se detuvo con brusquedad, trazando un rápido circulito.

Si Walter Wilcox se acostaba en su cama todas las noches, no estaba durmiendo en la iglesia. La manta de debajo del banco la utilizaba otra persona. Tyler patinó hacia la orilla del río. Dejó a Katherine en el suelo y se desató los patines.

–Por supuesto –dijo Carol Meadows al teléfono–. Ahora mismo le preparo la camita plegable.

Como si él mismo fuera un fugitivo, Tyler abrió la puerta de la iglesia solo en parte y entró con sigilo. Atravesó el vestíbulo, donde sobre un estante junto a la puerta había viejos programas colocados en abanico cuya blancura resaltaba en la penumbra, y entró en la iglesia sumida en la oscuridad. Un rayo de pálida luz lunar se colaba por la ventana más alejada. En un sonoro susurro, Tyler dijo:

–¿Connie?

Esperó. No se oyó ningún ruido. Despacio, echó a andar entre los bancos, dejando atrás el rayo de luna. Cerca del presbiterio no se veía nada.

–¿Connie? Debes de tener frío. Estoy solo –añadió.

Subió los dos escalones que conducían al presbiterio y se acomodó en la silla. Un coche pasó por la Main Street: las luces de los faros entraron brevemente por las ventanas y se alejaron. Tyler cerró los ojos, recitando para sí: «Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre…», y cada palabra le pareció un espacio oscuro y cálido en el cual él era demasiado grande para meterse.

Por encima de él, en la logia del coro, se oyó un tenue movimiento. Tyler se levantó, con el corazón palpitándole en la oscuridad. Y después la voz de Connie, juvenil:

–¿Tyler?

–Sí. Estoy aquí.

Ella bajó la escalera. Cuando llegó al pie, Tyler vio su alta silueta perfilada en el embudo de suave luz. El pelo, suelto, le caía sobre los hombros en finas ondas canosas.

–¿Están aquí? –le preguntó.

–No. No hay nadie. ¿Estás bien? –Tyler fue a rodearla con el brazo–. Estaba preocupado, Connie. –Un olor rancio emanaba de ella como una densa nubecita–. Ven a sentarte –dijo, y la llevó al banco de la primera fila, donde se sentó a su lado. A la pálida luz, la cara de Connie resultaba casi irreconocible. Parecía una anciana; la piel de las mejillas le colgaba de los pómulos marcados, le caía flácida bajo la boca.

–Tengo… miedo –dijo cada palabra con cautela.

–Sí, es normal que lo tengas. –Tyler siguió rodeándola con el brazo.

–¿Pueden detenerme en una iglesia?

–Creo que sí. Pero aquí no hay nadie. ¿Necesitas comida?

Connie negó con la cabeza, y Tyler vio las lágrimas que le brillaban en las mejillas. Sacó el pañuelo del bolsillo y se lo dio; luego, le puso una mano en la nuca, como si fuera una niña, o una amante.

–¿Qué voy a hacer? –preguntó ella.

–Lo pensaremos. ¿Dónde has estado?

–En ninguna parte. El granero de los Littlehale, la cocina de un restaurante de Daleville algunas noches… Es bastante fácil colarse dentro de las casas. Te sorprenderías.

–Pero estás helada, y debes de tener hambre.

–Más que nada, estoy asustada y cansada.

–Sí. –Él le frotó el hombro con la mano.

–¿Puedo quedarme un rato aquí sentada contigo?

–Claro.

Tyler pensó en el día que había entrado en la cocina hacía unas semanas para enseñarle los puños de la camisa, en el miedo absurdo que había sentido al descubrir que los tenía gastados y en la calma con la que ella lo había animado a comprarse una camisa nueva.

Connie enterró la cabeza en su pecho y Tyler le acarició la espalda y el pelo. Notó el bulto de su omóplato a través del abrigo.

–Tyler. –La voz de Connie sonaba apagada y ella se incorporó un poco, mirando al frente–. Es muy extraño, Tyler. Pero no sé si lo hice. Es solo que la mente se me pone rara y pienso: «¿Lo hice de verdad, o solo me lo parece?».

El aliento le olía tan mal que parecía que tuviera un animal descompuesto delante de la cara. Tyler tuvo que hacer un esfuerzo para no volver el rostro.

–Si te preguntan qué te he contado, ¿se lo tienes que decir?

–No. Lo que hablas con tu reverendo es confidencial.

–¿Aunque no venga a la iglesia?

–Sí, claro.

Connie se le apoyó otra vez en el brazo y negó con la cabeza despacio.

–La primera vez… ¡Oh, Tyler! No sabía si daría resultado. ¿Has visto a la gente en esos sitios? Nadie iba a verla nunca. No se podía mover. Yo le cambiaba los pañales… –Connie se puso a temblar como una hoja.

–Connie, me gustaría traerte algo de comer y ropa de abrigo.

–No, solo estoy cansada. Deja que me quede aquí un momento. Quiero contarte esto. No se lo he contado nunca a nadie. Pero es una historia estúpida. No soy lista, Tyler.

–Me gustaría abrigarte, y que bebieras algo caliente.

–No te vayas –respondió ella, tocándole el dorso de la mano.

–No me iré.

Connie respiró hondo y lo miró. Tyler tuvo que contener el aliento para no respirar su olor. La vista se le había habituado a la oscuridad y le veía los ojos, la vitalidad que irradiaban.

–No me refiero a estar enamorado, ¿pero me quieres? –le preguntó.

–Sí, sí. Y estaba preocupado por ti.

Ella asintió, en un gesto pequeño y lúcido.

–Yo también te quiero. ¿Puedo contarte lo que hice?

–Cuéntamelo. No será una historia estúpida –dijo Tyler–. Tú no tienes nada de estúpida.

Connie acercó los codos a la cintura y juntó los brazos como una niña que aún espera que la abracen, y Tyler siguió rodeándola con el brazo.

–Cuando volvió de la guerra, Adrian estaba algo distinto. Sí, lo sé…, todo el mundo lo estaba. Se había lanzado en paracaídas sobre Normandía y creo que todos esperaban morir, aunque, en realidad, nadie espera morir, ¿no? Regresó a casa con una condecoración por haberle salvado la vida a un hombre. –Connie se inclinó hacia delante y Tyler apartó el brazo–. No quería hablar del tema, así que yo no le pregunté. Adrian nunca ha sido muy hablador. Pero fue años después cuando, por fin, me soltó una noche: «Connie, tengo que contártelo». Y me lo contó. «No puedo describirte cómo era», me dijo, pero lo hizo bastante bien. Creía que iba a confesarme que había matado a alguien, pero, en cambio, me dijo que había amado a alguien. Y no estoy hablando de una chica francesa que salía corriendo de un granero, feliz de que la salvaran, ni siquiera de una chica inglesa de un *pub* de Berkshire.

»Me contó que le había salvado la vida a ese hombre, que había cargado con él a lo largo de más de seis kilómetros hasta un pueblo, al amanecer, atravesando pastizales, parando a tumbarse para descansar, y me dijo que había amado a aquel hombre. Al principio, yo no sabía a qué se refería. Pero después le pregunté: "¿Quieres decir que tuvisteis relaciones, que hicisteis esas cosas?". No quería que se sintiera mal. Hay hombres que se suicidan porque son maricas, ¿sabes?, y yo quería fingir que no pasaría nada. Y él contestó que no, que no habían hecho esas cosas: el hombre estaba casi muerto. Y después, al cabo de un buen rato, al ver que Adrian parecía incómodo, tremendamente incómodo, insistí: "Pero tú querías tener relaciones con él, ¿no?". Y él miró hacia otra parte y respondió: "Bueno, sí, Connie. Así es. Quería hacerlo. Y me está devorando por dentro". Eso fue un buen golpe, pero él seguía incómodo, y entonces me puse a pensar: el hombre al que salvó le manda felicitaciones de Navidad todos los años desde el Medio Oeste; tiene esposa e hijos, lo tiene todo. Pero luego recordé cómo miraba Adrian las felicitaciones a veces y le dije: "Ade, ¿aún sientes eso

por él?". Me acuerdo de que tenía la boca seca mientras se lo preguntaba. Y él respondió: "Sí, Connie. No consigo olvidarlo, y me está devorando por dentro".

Connie encorvó la espalda y bajó la cabeza, como si explicarlo la hubiera dejado agotada.

–Es absurdo –murmuró.

–¿El qué?

–Que me importe.

–Pues claro que te importa. Pero la guerra tiene un efecto extraño en la gente, Connie. Es…, bueno… Salvar una vida es un acto muy íntimo y probablemente hizo que Adrian se sintiera muy unido a aquel hombre. Pero se siente mucho más unido a ti. De lo contrario, nunca te lo habría contado.

–¿Pero por qué tuvo que contármelo? ¿Por qué no se lo calló?

–Como él dijo, Connie…, lo estaba devorando por dentro. Y al no contárselo a nadie, quizá había dejado de parecerle real, y esa es una sensación que puede volverte loco, creo.

–Sí. –Connie lo miró–. Yo también lo creo. Una sensación como esa puede volverte loco. –Se miró el regazo–. Pero cambió las cosas. Quizá no tendría que haber sido así, pero fue así. Hizo que me sintiera sola. Y me lo contó justo después de que se muriera Jerry. –Asintió–. Cambió las cosas.

–No es demasiado tarde. Cuando resuelvas esto… –Tyler hizo un gesto con la mano para aludir a la situación actual de Connie.

–Tengo que tumbarme –dijo ella; se apartó y se echó boca arriba en el banco, con los pies colgando.

–Connie, creo que deberías ir al médico.

–Deja que me quede un rato más.

–Anda, apoya los pies en el banco, así, ponlos aquí. –Connie llevaba botas de hombre.

–Estoy cansada. ¿Tyler? –Alzó el mentón para poder ver su cara por encima de la suya–. No soporto pensar que soy patética.

–¿Quién es patética, Connie? Solo estás intentando hacerlo lo mejor que sabes, como la mayoría de nosotros. Eso no tiene nada de patético.

Ella se incorporó y el movimiento levantó otra oleada del olor que llevaba encima. En una voz tan baja que Tyler tuvo que inclinar la cabeza para oírla, dijo:

–Me quedé sorprendida cuando dio resultado con la primera. Aún no sé si fui yo. Una cosa extraña. Una especie de pequeño experimento, como cuando Jerry y yo jugábamos en el bosque. Una vez, él llevaba una navajita, no era más que un chiquillo, debía de tener tres o cuatro años, y solo era una navajita. Jerry dijo: «¿Cómo será por dentro la panza de ese sapo?». Y lo abrió en canal. Recuerdo que el sapo nos miraba con los ojos desorbitados, mientras Jerry le abría la blanda panza y salía una sustancia líquida de color marrón. –Connie sorbió bruscamente por la nariz y se enjugó los ojos con el pañuelo de Tyler–. Pobre sapo. No sabíamos lo que hacíamos. ¿Por qué no lo sabíamos? ¿Tyler? ¿Puedes decirle a Dios que siento lo del sapo?

–Dios lo sabe, Connie.

–¿Lo sabe todo?

Tyler asintió.

–Oh, Jesús. –Connie se estremeció de la cabeza a los pies y Tyler volvió a pasarle un brazo por la espalda–. Ella sí que era patética, Tyler. Dorothy Aldercott. Yo le daba de comer. Estaba paralizada, así que había que meterle la comida en la boca. Yo me

ocupaba de dar de comer a los residentes paralizados. Eran seis. Los traían a la cocina en una camilla, porque era el sistema más fácil: ponerlos a todos en fila. Desmenuzábamos galletas saladas en vasitos de plástico, con leche. Cuando se reblandecían, tenía que meterles la papilla en la boca con una cuchara y ellos se quedaban ahí echados, mirándome, pero no tenían los ojos bonitos como el sapo. Los tenían horribles, y a Dorothy Aldercott le había salido barba. No sé por qué, pero a algunas mujeres viejas les pasa. Espero que a mí no me pase, pero supongo que ahora ya da igual. De vez en cuando alguien la afeitaba, y, cuando yo le daba de comer y le limpiaba la cara con una servilleta, debajo notaba la barba rasposa. Ella me miraba, sin poder moverse, y me partía el alma… Esa es la verdad. Me daba pena, mucha pena. No soportaba verla vivir de esa manera. Nadie iba nunca a visitarla; no podía hablar, ni quejarse. Y lo mismo pasaba con todos los residentes paralizados. Y Dorothy Aldercott tenía dos hijas. Lo miré en su expediente. No iban nunca a verla. Ella sí era una mujer patética.

–La situación era patética –matizó Tyler–. No sé si se podría decir que ella lo era.

Connie se miró el pie; había cruzado las piernas y estaba subiendo y bajando la bota de hombre.

–Un día, uno de los cocineros, que ya llevaba años en la granja del condado, dijo que era posible librarlos de su sufrimiento en dos segundos, que bastaba con darles demasiado de comer. Como no tragan bien, la comida acaba en el conducto equivocado y se ahogan, creo, con la papilla de galletas saladas. Así que un día seguí dándole cucharadas, y ella seguía mirándome con esos ojos, y yo le toqué la cara, con dulzura, y le dije: «No pasa nada, Dorothy», porque en ese momento la quería, Tyler. Has dicho que salvarle la vida a alguien, como hizo Adrian, es íntimo. Bueno, también es íntimo al revés. Y luego… se fue. La segunda, Madge Lubeneaux, se resistió un poco y eso me hizo sentirme rara, así que ya no volví a hacerlo.

Tyler notó escalofríos en todo el lado izquierdo –la espalda, el muslo, el brazo–, como si una ola cargada de minúsculos erizos de mar lo hubiera embestido.

–Connie, ¿estás diciendo que mataste a esas ancianas?

Ella asintió, mirándolo en la penumbra con una especie de impasibilidad inocente, pero perpleja.

De nuevo, la sensación de que lo embestía una ola cargada de minúsculos erizos de mar.

–¿Crees que hice mal? –preguntó Connie, como si la idea la sorprendiera.

–Sí. Creo que sí.

–¿Por qué? Si las hubieras visto…

–He visto cosas.

–Sí, claro –respondió ella, con voz cansada.

Tyler no lograba detener los escalofríos que le recorrían el cuerpo. Le quitó el brazo de la espalda.

–Supongo que demostrarán que lo hice a propósito, y después me mandarán a la cárcel de por vida.

–Connie, la policía te busca por robar.

–¿Robar? –Ella lo miró como si hubiera dicho una locura–. Nunca he robado nada en mi vida. Era Ginny Houseman la que robaba en ese sitio. Dios santo, me sorprende que nunca la pillaran. Robaba cosas a los pacientes en cuanto llegaban; estaba en admisiones y también robaba cheques de las oficinas. Fuimos amigas por un tiempo, pero la verdad es que no me caía bien. Tyler, yo no robé nada.

–Te creo.

–¿Y ellos me creerán?

–No lo sé.

–Si no saben lo de esas dos residentes paralizadas, ¿debería confesárselo? Es un delito, supongo.

–Sí, Connie, es un delito.

Ella se apartó de Tyler y se volvió para mirarlo bien a la cara.

–Ahora me ves de otra forma.

–Connie, necesitas ayuda.

–Pero te lo dije ese día.

–¿Qué me dijiste?

–Te hablé de Becky, y de cómo se deshizo del bebé.

–Sí. –A Tyler le palpitaba el corazón.

–Y tú dijiste: «Oh, todos somos pecadores», o algo parecido.

–Sí, Connie, pero…

–Y ahora piensas que soy una asesina y me ves distinta, aunque te conté que mi hermana hizo lo mismo.

–No es lo mismo, Connie.

–¿Y por qué no?

–Oye, Connie. Vayamos a buscarte ayuda.

–¿Vas a entregarme? El bebé de Becky habría tenido toda la vida por delante. La vida de esas mujeres ya había terminado.

–Pero ellas no.

–Me confundes, Tyler. ¿Vas a entregarme?

–Puedes quedarte en la iglesia hasta que hayamos decidido qué hacer –respondió Tyler. Luego, añadió–: Estás conmocionada. –Pero el que estaba conmocionado era él. Se levantó–. Necesitas ayuda. Voy a buscar a Adrian.

Connie bajó la cabeza, llorando, y Tyler volvió a sentarse. Pero le tenía mucho miedo.

–Ven conmigo –dijo–. No le explicaré a nadie lo que me has contado, pero vuelve conmigo a tu casa.

Connie negó con la cabeza.

Tyler se quedó sentado, mirándola.

–Esto es lo que voy a hacer –dijo por fin–. Voy a llamar a Adrian para que venga a buscarte. No puedes seguir durmiendo en iglesias y graneros. Y lo que tú le cuentes será cosa tuya. Lo que me has revelado a mí es una conversación confidencial entre un reverendo y su feligresa. Dejaré que seáis Adrian y tú los que decidáis.

Connie atravesó el aparcamiento oscuro andando entre los dos hombres, con la cabeza gacha. Tyler la ayudó a subir al asiento del acompañante del camión.

–Connie…

Ella lo miró y le dirigió una sonrisa cansada y triste.

Tyler se retiró mientras el camión se alejaba.

Charlie Austin estaba en la cabina telefónica con los dedos fríos y temblorosos. Marcó el número. Al tercer pitido, oyó su voz… Oh, su voz. Le pareció que había sobrevivido a todas las pruebas de la vida solo para poder oír esa voz, que surgía de aquel cuerpo que él conocía y adoraba.

–Soy yo –dijo.

–Hola, yo.

Charlie se aclaró la garganta.

–¿Qué tal estás?

–Bien, bien. ¿Y tú?

–Bien –respondió Charlie. Se pellizcó la nariz y miró el oscuro cielo–. Volveré a verte pronto, gracias a Dios.

–Oye, tengo que decirte una cosa. Lo he pensado bien. Y no te convengo.

Charlie estaba encerrado en un espacio oscuro y angosto. Las palabras eran como pequeños alambres que lo rodeaban.

–Y tú tampoco me convienes a mí. Anoche dormí mejor de lo que había dormido en meses y eso lo dice todo, creo. Dice muchas cosas. Me alegro de haber tomado la decisión.

Charlie no dijo nada. Se quedó inmóvil en la oscuridad, con el auricular en la mano.

–Es mejor que nos tomemos un descanso.

–¿Durante cuánto tiempo?

Ella tardó un momento en responder.

–Durante mucho tiempo, Charlie –dijo por fin–. Esto no me hace bien. Me ha transformado en una persona que no me gusta, y es culpa mía, lo sé. Pero tú me has presionado, y yo no puedo con la presión.

Charlie abrió la boca, pero no dijo nada.

–«Presión» quizá no sea la palabra justa, y creo de verdad que es culpa mía. No debería haber ido tan lejos con esto.

El espacio oscuro y minúsculo que lo envolvía se hizo más oscuro aún; estaba encerrado dentro de un barril. Estaba muriéndose.

–¿Puedes decirme por qué? –Se oyó decir.

–Claro –respondió la mujer. Y, pese a su aturdimiento, Charlie se dio cuenta de que ella estaba preparada, y firme–. Hace que me sienta como si fuera dos personas distintas. Una que te desea y otra que… Bueno, no puedo con la presión. Tenemos que dejarlo.

–¿Has conocido a otro? –preguntó Charlie.

–No se trata de eso. No pienso hablar de ese tema contigo, Charlie. Te estoy diciendo que esto no me hace bien, y tampoco te lo hace a ti. Se ha vuelto malsano. Y no lo soporto. Me siento presionada, continuamente, y no me hace bien. Ni tampoco a ti. Puedo ser tu amiga, quizá más adelante, si necesitas hablar. Ahora mismo tenemos que dejarlo.

«Amiga».

–No podemos ser amigos –dijo Charlie. Tenía la voz apagada, débil.

–Está bien. No quiero continuar esta conversación. Lo siento, Charlie. Ha sido culpa mía. Adiós.

La última palabra quedó cortada cuando ella colgó.

Charlie sacó los cigarrillos del bolsillo y echó a andar, fumando, helado de frío. Su mente aturdida no dejaba de repetirse las palabras: «No sé qué hacer. No sé qué hacer». Andaba y fumaba. Pasó por delante de casas donde aún se veía luz en las ventanas. Pasó por delante de otras que tenían todas las luces apagadas. Pensó en la suya, y no supo cómo lo haría. Volver a casa. Quedarse. Ir a dar clase al día siguiente. «No sé qué hacer».

Había una luz encendida en el salón del reverendo. Charlie aminoró la velocidad y miró por la ventanilla del coche. Había fumado y paseado durante más de una hora después de que lo despacharan en la cabina telefónica, y ahora dio media vuelta al principio de Stepping Stone Road y pasó otra vez por delante de la casa del reverendo. Después, dio marcha atrás y dejó el coche cerca del final del camino particular; cerró la puerta sin hacer ruido y echó a andar con el mismo sigilo. No pensaba que la casa pudiera parecer tan solitaria. Por la ventana del salón vio a Tyler sentado en una mecedora y, estirando el cuello por encima de la barandilla del porche, vio que estaba echado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas y la cabeza gacha. Charlie lo observó durante un buen rato, con las manos metidas en los bolsillos del abrigo y los dedos de los pies tan fríos que parecían piedras calientes dentro de las botas. Tyler no se movió. Charlie se preguntó sin emoción si estaba muerto. Subió al porche, se encendió un cigarrillo y tosió. Tiró la cerilla al suelo y la aplastó con la bota. Volvió a toser. Poco después, la puerta se abrió y el reverendo asomó la cabeza al porche alumbrado por la luna.

–¿Charlie?

Al pasar por su lado, Charlie pensó que Tyler olía un poco mal; tenía el pelo enmarañado y la camisa blanca tan arrugada que parecía que hubiera dormido con ella.

–Pasa, Charlie –dijo el reverendo con educación–. Pasa, por favor.

Charlie tuvo el repentino impulso de darle un fuerte empujón para tirarlo al suelo. Por un instante, se imaginó la escena: la obtusa estupidez que le mudaría las facciones cuando cayera de espaldas y golpeara los muebles con sus grandes extremidades.

–¿Dónde está la niña? –preguntó Charlie. Había un álbum de colorear en el suelo, junto con algunos lápices de cera.

–Es más de medianoche, Charlie. ¿Estás bien? Siéntate. –El reverendo le señaló el sofá.

Charlie se dio la vuelta, inspeccionando la habitación. La única luz provenía de la lámpara próxima a la mecedora; una oscuridad escalofriante parecía agazaparse en las esquinas. El techo era tan bajo que Charlie se sentía como una enorme seta que acababa de crecer en la humedad de la casa. Cerca de él, en el suelo, había un jersey y un par de zapatos rojos de niña. La nieve derretida de las suelas de sus botas estaba avanzando hacia el jersey. Charlie se dirigió al otro extremo del sofá y se sentó en el borde, sin sacar las manos de los bolsillos. Era una locura hablarle a ese hombre de la mujer de Boston, confesarle que le daba miedo ir a casa.

–La recaudación podría bajar –le dijo.

Tyler siguió de pie, con las manos relajadamente en las caderas.

–Es pronto para decirlo, ¿no? Tenemos hasta final de año.

Charlie encogió solo un hombro.

–Quizá. Pero corren rumores. –Al ver que Tyler no respondía, Charlie añadió–: A mí me trae sin cuidado. Pero dicen que tienes algo con esa mujer, Connie Hatch.

–Eso es absurdo. –El tono de Tyler carecía casi por completo de expresión.

–Cuentan que le has regalado un anillo.

Tyler no dijo nada; solo se sentó en la mecedora.

–¿Dónde está?

–Yo no sé qué pueda estar haciendo Connie en este momento –respondió Tyler.

–¿Y qué dice de la lujuria tu buen amigo Bonhoeffer?

Charlie alzó el mentón y le pareció atisbar una expresión defensiva en el rostro del reverendo, pero Tyler lo miró con los ojos entornados y él apartó la mirada.

–¿Tienes problemas, Charlie?

Charlie se recostó en el sofá y echó los pies hacia delante. Miró el techo.

–Yo no. Pero tú quizá sí.

–¿Por qué? –preguntó por fin Tyler–. ¿Por un rumor?

Charlie cerró los ojos.

–Claro. La gente se pone nerviosa. Necesita tomarla con alguien, sobre todo cuando percibe debilidad en quien se supone que es fuerte.

Pasó un tiempo antes de que Tyler hablara.

–Por lo general, siempre hay una razón para tomarla con alguien –dijo al fin.

Charlie abrió los ojos y resopló, indignado.

–Bueno, tú se la has dado. Después de ser el señor Maravillas, te has vuelto engreído y distante. Y ellos se enteran de que le has regalado un anillo a tu asistenta…, y ya no hay quien los pare. Tanto si creen que te has liado con Connie Hatch como si no, solo se alegran de tener una razón para tomarla contigo. –Charlie se levantó con esfuerzo. La angustia que sentía tras la llamada a Boston era tan grande que parecía una enfermedad física que se había apoderado de él. Se dirigió a la puerta.

–¿Qué clase de problema tienes, Charlie?

Charlie se dio la vuelta y echó a andar hasta quedarse enfrente de Tyler. Bajó la cara para acercarla a la del reverendo.

–No te has dado cuenta, Caskey –dijo en voz muy alta–. Estamos hablando de ti.

Tyler se balanceó hacia atrás en la mecedora.

–Oh –dijo Charlie, apartando la cara–, pobre desgraciado. Don Ponlaotramejilla. Pobre puto desgraciado. –De pronto, se dio otra vez la vuelta y avanzó un paso hacia Tyler, que lo estaba mirando con expresión de forzada serenidad–. Apuesto a que podría darte un puñetazo en la cabeza, ahora mismo, y tú solo dirías: «Bien, Austin, dame otro». ¿No es así? –Charlie se alejó y se miró las botas–. Caray, Caskey, volverías loco a cualquiera. –Alzó otra vez la vista–. ¿También volvías loca a tu esposa?

Los ojos de Tyler parecían exhaustos, como puntitos de luz medio enterrados en la tierra.

Charlie negó con la cabeza.

–Y, además, apestas. ¿No tenéis agua caliente en este sitio? –Miró alrededor–. Esta casa es una pocilga.

–Para responder a tu pregunta, Bonhoeffer creía que la lujuria nos aleja de Dios –dijo Tyler en voz baja poco después.

Charlie se encontraba demasiado mal para seguir de pie. Fue a sentarse en el brazo del sofá.

–Nos aleja de Dios. Entiendo.

–Y es terrible.

–¿El qué?

–Estar alejados de Dios.

–Pues te contaré un secretito, Caskey. Puedes predicar hasta que las ranas críen pelo, pero todo el puñetero mundo está alejado de Dios.

Tyler asintió despacio.

Charlie tenía la sensación de que la tráquea se le había vuelto de esponja; de un momento a otro, podía dejar de respirar. No le gustaban los rincones oscuros de esa habitación, pero le daba miedo volver afuera, al frío. No quería irse a casa. En su cabeza, estallaron imágenes tétricas y vio sangre que salía a borbotones del cuello de un hombre.

–¿Quién se inventó esa gilipollez de la religión? –Se oyó exclamar–. Oh, yo te diré por qué va bien, fijo. Te hace sentirte superior, y a todos les encanta sentirse superiores. –Charlie se rio–. Soy tan superior que ni tan siquiera voy a decir que soy mejor. ¡Dios! Me da náuseas. Puñeteros sinvergüenzas. –Notaba un ligero zumbido en la cabeza. Miró en el comedor. De la pared colgaba el cuadro de un cervatillo, con la moteada grupa vuelta hacia él–. ¿Qué dices a eso, Caskey? ¿Don Sabelotodo?

Volvió a mirarlo y vio que Tyler tenía los brazos apoyados en los brazos de madera de la mecedora. Este se miró las rodillas y, por fin, respondió con voz cansada:

–Solo lo que ya he dicho. Que no es culpa de Jesucristo, Charlie, que el cristianismo, o cualquier religión, pueda utilizarse para ridiculizar a Dios.

–Qué palabras tan rebuscadas y sofisticadas. Hay otra cosa que no he entendido nunca, Caskey. Esa gilipollez que siempre sueltas, lo de la gracia barata y la gracia cara. –A Charlie le temblaba una rodilla. Hizo fuerza con el pie contra el suelo–. Es un guirigay, pero tú sigues repitiéndolo como si tuviera sentido.

–Tiene sentido si crees que la manera en la que vivimos nuestra vida tiene sentido –replicó Tyler con frialdad.

–Sí, bueno… No lo entiendo. –Charlie quería gritar. En cambio, apretando los dientes, dijo–: Una gilipollez. –Y escupió saliva.

En voz baja, en un tono más amable, Tyler susurró:

–La cuestión es… ¿cómo vivo mi vida? ¿La vivo como si fuera importante? La mayoría creemos que lo es. Que nuestra relación con Dios, con el prójimo, con nosotros mismos… es importante.

Charlie se cruzó de brazos, se miró las botas y negó con la cabeza.

–Y si es importante, entonces decir «oh, he pecado, pero Dios me quiere, así que me perdonará» es un ejemplo de gracia barata.

–¿Por qué? ¿Qué hay de malo en eso? ¿Sabes lo que pienso? Creo que os encanta tenernos cogidos por los huevos.

–Porque no cuesta nada, por eso. La gracia cara es cuando pagas con la vida.

–Como tu amigo Bonhoeffer. Don Mártir.

–Bueno, no. El arrepentimiento y el precio de la conversión pueden adoptar muchas formas. –Tyler abrió las manos, con las palmas hacia arriba–. Tú, por ejemplo, enseñas a los jóvenes la belleza de la lengua…

–Oh, no. A mí no me metas en esta gilipollez. Solo he hecho una pregunta. Nada más.

Tyler asintió, se llevó las manos a la cara y se la restregó con fuerza.

–Anoche, en la reunión de diáconos –dijo Charlie, con aire pensativo–, todos los hombres estuvieron hablando de coches, de ruedas de nieve, de la revolución cubana y de cuántas lavadoras está fabricando Rusia. Y las mujeres, hasta donde yo sé, solo hablaron de que el reverendo podría estar follándose a su asistenta. Ninguna de las dos conversaciones significa nada para mí.

–¿Qué significa algo para ti?

A Charlie le pareció que la pregunta era agresiva. No recordaba lo que acababa de decir, solo que había hablado demasiado. Dirigió a Caskey una mirada dura, fría.

–Entender por qué eres tan burro y engreído. Eso significaría algo para mí. –Se levantó–. Tengo que salir de aquí antes de que te dé un tortazo que te deje KO.

Por primera vez desde que vivía en la granja, Tyler cerró las dos puertas con llave. Recogió el jersey del suelo del salón y miró los charcos que habían dejado las botas de Charlie. Encendió otra lámpara en el salón: las paredes brillaron en dos círculos de

color rosa. El hecho de estar solo en casa, de que Katherine durmiera con los Meadows esa noche, hacía que una tenebrosidad se cerniera sobre el salón como si se tratara de las enormes alas de un murciélago gigantesco. Hasta ese momento no se había dado cuenta de lo mucho que dependía de la niña, de su callada presencia y de sus miradas circunspectas. La llamaría por la mañana, antes de que fuera a la escuela con los hijos de los Meadows.

Dejó una luz encendida en la cocina y fue a acostarse en el sofá del estudio. No se quitó la ropa, ni siquiera los zapatos. No sabría decir qué era lo que más le preocupaba: Connie, Charlie o su propio futuro. Ojalá dimitiera Charlie de su cargo de diácono mayor; lo haría todo más fácil. Comunicaría al consejo que apoyaba la decisión de adquirir un órgano nuevo; estaba claro que ese no era el momento de oponerse a la compra. Pero era Connie, su presencia doliente en la iglesia, lo que seguía removiéndole las entrañas. ¿Qué debería haber hecho? ¿Qué debería hacer al día siguiente? Cuando pensaba en cómo le había reconfortado tenerla en casa…, el alma se le encogía, presa de una especie de enfermedad. Recordó aquella primera tarde de otoño, cuando había regresado a casa después de reunirse con la profesora de Katherine, y se preguntó qué era lo que había visto en los ojos verdes de Connie. ¿Qué era esa mirada de reconocimiento?

Tyler se incorporó a medias, con los codos apoyados en el sofá. ¿Podía haber sido una especie de torva camaradería? ¿Como si los dos estuvieran unidos por una secreta y deliberada relación con la muerte? ¿Era eso lo que se había visto en sus miradas ese día?

No. No quería aceptarlo.

Un carámbano se estrelló contra al suelo al otro lado de la ventana y Tyler se levantó, con el corazón palpitándole. Recorrió la casa, mirando por las ventanas, pero no vio nada. Sentado otra vez en su sofá, se fijó en que la luz del día iba ganando terreno a la oscuridad y comprendió que no había ni principio ni fin, sino solo el mundo, que no dejaba de girar. Le vino a la mente la figura robusta de su suegro, que hacía años le había soltado que no soportaba que nadie dijera «se ha puesto el sol» o «ha salido el sol», pues no era cierto. Había mirado a Tyler con dureza, como si él solo fuera el responsable de esa crasa distorsión del lenguaje.

–Es una ilusión –le había dicho su suegro.

Y Tyler había respondido:

–Bueno, sí.

Al recordarlo en ese momento, se dio asco y deseó haberle contestado: «Oh, para ya. Eres un idiota burgués».

Más allá de la pila para pájaros, con los ojos fijos en el gris horizonte mientras veía los campos inundarse de luz a lo lejos, mientras veía surgir el viejo muro de piedra, fue plenamente consciente de que este no era más que un montón de piedras colocadas hacía un siglo; el esfuerzo invertido en construirlo y la serena belleza que le había ofrecido durante años parecían haber desaparecido con la crudeza de la luz matutina que iba aumentando con aire cansado. Se sentó al escritorio y pensó que no era bueno pasar toda la noche en vela.

«Necesitan tomarla con alguien, sobre todo cuando perciben debilidad». Las palabras de Charlie le suscitaron burbujitas de preocupación que fueron en aumento, y Tyler regresó al sofá y volvió a acostarse.

¿Qué había querido decir Charlie?

Se despertó como si estuviera saliendo de una anestesia y oyó que llamaban a la puerta. Era el hijo de los Carlson, que tenía una mano enguantada alzada para mirar

por el cristal de la puerta.

–Lo siento mucho –dijo Tyler, y el aire frío le hizo visible el aliento–. Katherine se ha quedado a dormir con los Meadows. Di a tu madre que me sabe fatal haberme olvidado de llamar.

Cuando el niño bajó los escalones corriendo, Tyler saludó a la señora Carlson con la mano y le dijo «lo siento» moviendo los labios. Ella asintió, con la cara parcialmente oculta por los gases del tubo de escape arrastrados por el viento, pero Tyler tuvo la sensación de que no parecía contenta de que la hubiera hecho esperar.

–Lo siento mucho –gritó, mientras ella daba marcha atrás.

El aire invernal parecía darle mordisquitos a través de las mangas de la camisa blanca. «Estoy harto de decir que lo siento», pensó con inesperada ferocidad.

El teléfono estaba sonando. Tyler estuvo a punto de llamar: «¿Connie?». Pero era el señor Waterbury, que quería saber si Tyler podía ir a la escuela al día siguiente por la tarde para reunirse con Mary Ingersoll y Rhonda Skillings.

–Sí, claro –asintió Tyler–. Estaré encantado.

La señora Meadows había encontrado un viejo vestido de una de sus hijas para que Katherine lo llevara a la escuela. Arrodillándose para abrocharle el cuellecito blanco, le dijo:

–Eres una niña muy guapa. –Katherine la miró a los grandes ojos castaños–. Igual que tu madre. –La señora Meadows tenía las mejillas suaves y un poco sonrosadas en la parte de arriba, cerca de los ojos. Olía a polvos de talco. Katherine dio un pasito hacia delante, esperando que el cuello del vestido requiriera más atención–. Deja que te cepille el pelo. Si te hago daño, me lo dices. ¿Te tiro demasiado?

Katherine negó con la cabeza.

–Caramba, estás preciosa.

La hija mayor de los Meadows pasó por su lado; era tan mayor que tenía libros de texto. Se paró a mirar y sonrió a Katherine.

–Mamá, ¿no crees que debería quedarse con el vestido?

–Sí. –La señora Meadows le puso el pelo por detrás de la oreja–. Si no te importa llevar un vestido usado.

Davis Meadows se acercó. Llevaba un pantalón gris con vuelta. Katherine lo vio abrir un cajón de la mesa del recibidor, sacar los guantes y ponerse el sombrero.

–Katie es guapa por sí sola. Con o sin vestidos usados.

La señora Meadows le había preparado la comida y había encontrado una vieja fiambrera. Katherine la llevaba un poco levantada, porque era una de las cosas más bonitas que había visto nunca. En un lado, tenía un dibujo de Alicia en el País de las Maravillas. Mientras le subía la cremallera del abrigo, la señora Meadows le dijo:

–¿Te regaló alguna vez tu madre un anillito de oro?

Katherine bajó la fiambrera y la miró de hito de hito.

–¿No? Probablemente tu padre lo guarda para cuando seas un poco mayor. Tu madre tenía un anillito de oro con una piedrecita roja que quería regalarte.

–Mamá está en el cielo –susurró Katherine.

–Sí, cariño. Te está viendo y te quiere, igual que cuando estaba aquí. Y ahora quiere que yo te abrace muy muy fuerte.

La señora Meadows la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí. A Katherine le tembló la boca. Le horrorizaba pensar en la idea de ponerse a llorar delante de esas personas maravillosas. Volvió la cara.

–Sal y espera en el coche con papá –pidió la señora Meadows a uno de sus hijos–.

Haz que todos se abrochen el cinturón: nosotras vamos enseguida. –Ruidos de pasos, de besos, tan próximos que tenían que ser en la otra mejilla de la señora Meadows, y después la casa se quedó vacía. La señora Meadows se puso de pie–. ¿Qué te parece, Katie? ¿Te gustaría venir más a menudo? Nosotros estaríamos encantados.

Katherine asintió.

–Hablaré con tu padre.

–¿Puede venir también Jeannie?

–¡Claro! ¡Sería divertido! Corre a subir al coche. Mis hijos te enseñarán cómo se abrocha el cinturón de seguridad. –Por un instante, Katherine notó una mano que le acariciaba la cabeza.

Rhonda Skillings había informado tanto al señor Waterbury como a Mary Ingersoll de que su breve conversación con Katherine Caskey daba a entender que podía haber algo entre Tyler y su asistenta: según parecía, él le había hecho un regalo, un anillo. Y aunque no estaba segura de que la situación fuera tan grave como Katherine podía creer, Rhonda le dijo a Mary y al señor Waterbury que era de suma importancia, al menos de momento, que la información se mantuviera en la más estricta confidencialidad. Pero Mary Ingersoll fue a casa y se lo contó a su marido –total, no contaba: era su marido, a un marido se le puede contar todo–, y pronto telefoneó a una amiga. «No se lo cuentes a nadie», le pidió, y la creyó cuando ella le aseguró que no lo haría, porque, al fin y al cabo, se trataba de una vieja amiga de confianza. Cuando colgó, con la sensación de estar ante una caja de bombones pensando «oh, solo uno más», llamó a otra amiga. «¡No se lo cuentes a nadie!», repitió.

La propia Rhonda Skillings se descubrió incapaz de no irse de la lengua cuando telefoneó a Alison Chase para hablar de los arándanos contaminados.

–Estoy harta –acababa de decirle Alison–. Espera…, deja que cierre la puerta. –Alison tenía un teléfono con el cordón tan largo que podía encerrarse en la despensa para hablar en privado, y Rhonda, imaginando la escena, se sintió obligada a hacerle confidencias–. Me importa un comino que los arándanos estén contaminados –añadió Alison–. Utilizaré la gelatina de lata: qué más da. Estoy harta de cocinar y lavar platos, y de estar siempre limpiando lo que mancha mi familia.

–Yo también me harto –respondió Rhonda, que tenía la sensación de que el vago rumor sobre Connie y Tyler era como tener un trozo de tarta que apenas la dejaba hablar–. A veces sueño con vivir en una mansión inglesa llena de criadas.

–Yo soy la criada –dijo Alison–. Y la casa está hecha un desastre.

–Oh, estoy segura de que eso no es verdad –replicó Rhonda, aunque sabía que lo era–. ¿Se queja Fred?

–No, no se queja. Pero dice, con educación: «A ver si conseguimos tener un poco de orden». Es una crítica. Además, ordenar no sirve de nada. Los muebles están todos rayados…

–Te explico un truco. Mezcla café soluble con un poquito de agua hasta que se haga una pasta y extiéndela sobre las rayas. Da resultado, te lo juro. ¿Y estás haciendo las camas antes que nada? Recuerda que Jane siempre lo dice: hacer las camas.

Dentro de la despensa a oscuras, Alison emitió un gemido de disgusto.

–Ojalá se las hicieran ellos.

–Los chicos no se las harán –dijo Rhonda, que tenía un hijo y una hija–. Los chicos son unos cerdos, Alison. Quizá haya esperanza para la siguiente generación, pero ahora mismo son unos cerdos.

Alison se apoyó en la puerta de la despensa.

–Para Jane, son los suelos.

–Es cierto –convino Rhonda–. Jane friega el suelo todos los días y después se siente mejor.

–¿Qué vas a hacer con los arándanos? –preguntó Alison.

–No lo sé. ¿Te acuerdas del científico que dijo que tendríamos que comer siete toneladas de bayas diarias durante años antes de desarrollar cáncer de tiroides?

–No –respondió Alison–. ¿Siete toneladas diarias? Entonces, ¿por qué tenemos que preocuparnos?

–Porque el científico trabajaba para la industria química que fabrica esa sustancia. El herbicida. Aminotriazol. Algo así.

–Dios mío –dijo Alison–. No puedes fiarte de nadie. ¡El mundo se ha vuelto tan corrupto! Intentas llevar una vida sencilla, decente, ¿y qué pasa? Por un lado, te envenenan las industrias químicas y, por otro, te avasalla la hija del reverendo. Creo que después de Navidad dejaré de dar catecismo, Rhonda.

–Oye –dijo Rhonda–. Voy a contarte una cosa. Entre tú y yo.

Cuando colgó, Alison abrió la puerta de la despensa y susurró:

–¡Fred, Fred! ¡Ven!

Fred estaba viendo la televisión con sus hijos y, cuando su esposa lo llamó, fue a reunirse con ella en la despensa.

–¿Qué pasa, Ali?

Al final, el hijo mayor aporreó la puerta.

–¿Qué estáis haciendo vosotros dos ahí dentro?

–Déjanos en paz –gritó Fred a través de la puerta.

–Puaj –dijo el muchacho–. Qué asco. Me dais ganas de vomitar.

Y así fue como corrió la voz de que Tyler se entendía con la asistenta. Era la noticia más dramática desde la muerte de Lauren y, en cierto modo, lo era incluso más, porque no estaba del todo clara. Muchos no hicieron caso, aduciendo que la niña «no estaba bien» y que algo así era sencillamente ridículo e impensable. Otros no estaban tan seguros. En cualquier caso, brindó a los habitantes de West Annett la oportunidad de quejarse de su reverendo, quien los había defraudado cada vez más, sin sentirse culpables. El comportamiento de Tyler se examinó con tanto detalle que el hecho de que hubiera dicho a Alison Chase que su crujiente de manzana estaba exquisito cuando, en realidad, detestaba las manzanas adquirió un lustre de carácter cuestionable. Doris Austin contó a todo el mundo que Tyler le había prometido un órgano nuevo –o que casi lo había hecho– y después se había echado atrás. Fred Chase comentó que jamás había oído a un reverendo congregacionalista citar a los santos católicos como hacía Tyler. Auggie y Sylvia Dean se preguntaban por la joven que últimamente aparecía en el banco del fondo de la iglesia: ¿era cierto que vendía cosméticos en Hollywell? Y ¿no era cierto que habían visto a Tyler patinando con ella? Pues ese no era precisamente el comportamiento de un hombre que había hecho proposiciones a su asistenta, una mujer casada mucho mayor que él, una mujer buscada por la policía del estado, ¡por robar, nada menos! Pero esas cosas pasaban. Se oía hablar constantemente de hombres desesperados que no aguantaban ni dos minutos sin una mujer bajo su techo. Tyler era un hombre reservado, pensándolo bien. Y cuando el río suena, agua lleva.

Bertha Babcock, la profesora jubilada de Lengua, estaba tan disgustada por los rumores que le dijo a su marido que guardara los trajes de Padres Peregrinos: no le apetecía ir por las escuelas para dar charlas sobre la historia de los primeros colonos

de Maine, ni tampoco celebrar en su casa la reunión de la Sociedad Histórica, porque sabía que sería una tarde de chismorreos. Estaba sentada en el mullido canapé, mientras su pequeño doguillo, Miles, se alzaba sobre las patitas traseras y temblaba presa de una imperiosa necesidad, ladrando por la boquita con los ojos desorbitados. Bertha siguió sentada con las manos en el regazo, pensando que, hacía años, Tyler había estado de acuerdo con ella en que la poesía de Wordsworth «Erraba solitario como una nube» era la más bella jamás escrita en inglés, y después, un día, riéndose con socarronería, le había enseñado una parodia que había encontrado: «¡Cuando de pronto vi una muchedumbre, una hueste de impagados recibos!».**

Se quedó sentada en el canapé hasta media mañana, contemplando la distorsionada vista del río por el cristal viejo y deforme de la ventana del salón. Por fin, el doguillo dejó de ladrar y se desplomó a sus pies.

Mientras tanto, Tyler, después de recibir la llamada del señor Waterbury, estaba sentado en la cocina escuchando la radio. El noticiario no hablaba de Connie y no le parecía oportuno llamarla a casa. «En el plano nacional –dijo el locutor–, el presidente Eisenhower no ha respondido aún a la reciente declaración del primer ministro Jruschov de que Rusia está fabricando doscientos cincuenta misiles al año, todos equipados con ojivas de hidrógeno. Jruschov insiste en que destruirá todas las armas si las demás potencias siguen su ejemplo». Tyler miró alrededor: había platos sucios en la mesa, ollas en el fregadero. El cesto que estaba junto a la puerta del zaguán trasero rebosaba ropa sucia. Cerca de la nevera, una bayeta seguía embadurnada de la salsa de tomate de las alubias que había comido hacía días. Imaginó a su madre entrando por la puerta y se levantó para abrir el grifo del fregadero. «Estas vacaciones de Navidad, haga algo especial para su familia», sonó en la radio, y Tyler alargó la mano para apagarla.

Mientras echaba un chorro de lavavajillas en una esponja, le pareció que el fregadero era muy pequeño y estaba demasiado bajo. La olla que estaba lavando no le quedaba limpia; las alubias incrustadas cayeron al fregadero, pero la pegajosa capa de tomate reseco no se despegó. Dejó la olla y fue al salón. No estaba totalmente seguro de que Charlie hubiera estado en su casa la noche anterior, ni tampoco de haber encontrado a Connie en la iglesia. Recordó que, en la Marina, el capellán le había dicho que, en caso de conmoción, el sujeto necesitaba que le explicaran lo que había ocurrido más de una vez. «Repetición», había insistido. Tyler no creía que estuviera conmocionado, pero le asustaba lo lejanos e irreales que le parecían los muebles, las ridículas paredes rosas, los calcetines sucios junto al sofá, la alfombra de nudo que su madre les había hecho: todo eso lo dejaba perplejo. Se acordó en ese instante de que Charlie Austin había sobrevivido a la marcha de la muerte de Bataan en Filipinas durante la guerra. Alguien se lo había contado a su llegada al pueblo, ¿pero quién? ¿Y era verdad? ¿Por qué motivo había escogido Charlie ese momento para amenazarlo?

No creía, como había asegurado Charlie, que la gente lo encontrara «engreído y distante». Los rumores de que tenía una relación indecente con Connie no le parecían dignos de una reacción por su parte. Además, ¿ante quién respondería? Sintió la tentación de llamar a Ora Kendall, pero no le correspondía a él preguntar qué tonterías se decían a su costa. Intentó buscar en sus viejas carpetas un sermón que pudiera utilizar ese domingo, pero no se sentía capaz ni de eso. La llamada del señor Waterbury le había suscitado una inquietud cuyo calor se le expandía por las extremidades. La voz del director era diligente y educada cuando le había asegurado que solo se trataba de un «informe de rendimiento», pero, mientras se movía

inútilmente por la casa, empezó a pensar que esa voz ocultaba novedades desagradables.

Se sentó con una libreta y escribió: «Shirley Falls. La Marina. Papá. Orono. El seminario. Lauren. West Annett. Katherine. Jeannie. Lauren (M.). Connie». Después borró la palabra «Connie». Leyó cada palabra en voz alta, intentando hallar una conexión con ella. Esa era su vida, según parecía.

Sonó el teléfono y Tyler corrió a cogerlo. Matilda Gowen, su secretaria, le explicó en tono vacilante que Skogie y ella habían decidido pasar el invierno en Florida. Se marcharían justo después de Navidad, pero Matilda quería que Tyler lo supiera con antelación, para que tuviera tiempo de encontrar un sustituto. No, en ese momento, no se le ocurría nadie que pudiera estar interesado en el trabajo.

–No debes preocuparte por eso –le dijo Tyler–. Ya encontraré a alguien. Skogie y tú os merecéis un buen descanso.

Habían alquilado una casa en Cayo Hueso, le explicó Matilda. Era idea suya.

–Estupendo –dijo Tyler.

Cuando colgó, no sabía decir si ella había estado igual que siempre. Creía que no. Matilda no era una persona locuaz, pero le había parecido distinta al teléfono. A lo mejor se sentía mal por fallarle. Quizá había oído los absurdos rumores sobre Connie, pero ella no los habría creído.

Miró la lista que tenía en la mano. «Shirley Falls. La Marina». Negó con la cabeza. Solo eran palabras y, no obstante, en torno a ellas giraba un universo de colores, olores y acontecimientos. Cogió un lápiz y trazó una serie de círculos alrededor de las palabras «Katherine» y «Jeannie».

La mañana parecía interminable. Al otro lado de la ventana, el cielo estaba gris y encapotado. Tyler esperó. Esperó a que telefoneara Connie, Adrian, Ora Kendall o Doris…, a duras penas lo sabía. Pero se sentía suspendido por encima de su vida, como si fuera un hombre grande haciendo el muerto en un lago, mientras, por debajo de él, los peces nadaban por el pueblo de West Annett, camino de sus respectivas ocupaciones. Y él no tenía nada que hacer. Se dio cuenta de que últimamente sus feligreses lo llamaban con mucha menos frecuencia que antes para hacerle una visita, rezar, pedirle consejo u orientación. Recordó que, a menudo, había tenido la sensación de no dar abasto; que había metido en el cajón del escritorio la cita de Henri Nouwen: «Llevaba toda la vida quejándome de que me interrumpían constantemente en mi trabajo, hasta que me he dado cuenta de que mis interrupciones eran mi trabajo».

Llamó a Carol Meadows y le dio las gracias por quedarse con Katherine; se disculpó por no haber llamado a su hija esa mañana, antes de que fuera a la escuela.

–Oh, es una niña muy dulce –respondió Carol–. Le he dicho que nos encantaría que volviera a visitarnos y que trajera también a la pequeña Jeannie.

–Oye, Carol –dijo Tyler–, odio tener que pedirte otro favor. Pero mañana por la tarde tengo una reunión. ¿Puedo dejártela durante una hora más o menos? Te la llevaré después de comer, cuando salga de la escuela.

–Claro –respondió Carol–. A propósito. Esta mañana le he puesto uno de los viejos vestidos de Tracy. Si le gusta, quédatelo.

Cuando colgó, Tyler pensó que Davis Meadows era un hombre muy afortunado. Pese a la muerte de su primogénita, hacía tantos años, Davis y Carol daban la impresión de estar plácidamente unidos. Lo que Tyler sentía, mientras volvía a dar vueltas por la casa vacía, era envidia. La envidia era como un mar gris dentro de él,

lleno de olas. Que los demás estuvieran envueltos en el edredón de su mundo, a salvo en el seno de sus familias…, le dolía. Y no quería ser así: «Atestados de toda injusticia, llenos de envidia, homicidios, engaños, malignidades, chismosos…».

Chismosos.

Cogió el abrigo y el sombrero, y fue al pueblo a pie. El cielo estaba casi blanco y, mientras caminaba, aparecieron diminutos copos de nieve que no parecían venir de arriba, sino del aire circundante. Cuando entró en la iglesia, oyó música de órgano y vio la espalda de Doris en la logia del coro; estaba tocando. Tyler se sentó en el banco del fondo y buscó la manta o algún rastro de Connie. Pero, según parecía, no había regresado. La alfombra estaba lisa y aspirada; no había olor, ni migajas, ni ninguna otra cosa. A través de las altas ventanas miró la nieve, que ahora caía con suave constancia y ya había empezado a cubrir las ramas de los arces: era como un fino polvo blanco, como si alguien hubiera espolvoreado azúcar glas sobre el mundo. Escuchó el órgano aún con el abrigo puesto, inmerso en una especie de fatigado trance, y le pareció que dentro de él caían pequeños copos de nieve. Cuando la música cesó, el silencio se impuso de golpe. Se estremeció.

–Doris –dijo–, ha sido precioso. Toca un poco más, ¿quieres? ¿Qué me dices de ese himno maravilloso, «Quédate conmigo»? Me encantaría oírlo. Siempre ha sido mi preferido.

Oyó el golpe de un libro al cerrarse y, poco después, Doris bajó por la escalera de la logia del coro.

–No soy una muñeca de cuerda –dijo.

Tyler la siguió hasta el vestíbulo.

–Doris, ¿va todo bien?

–Oh, ahora te lo preguntas. –Se estaba poniendo el abrigo y, cuando Tyler se acercó para ayudarla, se apartó–. Me presento en tu despacho llorando, ¿y podías tú molestarte en llamar para ver cómo estaba? No. ¿Cuántas semanas han pasado? Supongo que has estado muy ocupado.

–He estado ocupado. Pero tienes razón, y lo siento.

Doris tenía las mejillas arreboladas y llevaba la trenza tan ceñida alrededor de la cabeza que Tyler le veía el cuero cabelludo en algunas zonas.

–Ya –asintió–. Bueno, no te molestes en compadecerte de mí. Estoy bien.

–La música era preciosa, Doris. Es agradable entrar aquí y oírte tocar.

–Si es tan agradable, Tyler, ¿por qué no has llamado nunca a Chris Congdon para pedirle que incluyan la adquisición de un órgano nuevo en el presupuesto? Han empezado a reunirse para hablar de las finanzas del año próximo, como bien sabes. O a lo mejor tienes otras cosas en la cabeza.

Por un horrible instante, una súbita chispa de rabia pareció estallar en el cerebro de Tyler.

–¿A qué otras cosas te refieres, Doris? ¿Estás pensando en algo concreto? ¿Por qué no me dices las cosas a la cara? –replicó con frialdad.

Ella lo miró con los ojos tan redondos que parecían monedas.

–Oh, te diré las cosas a la cara –dijo, estrujando las partituras contra el abrigo–. Te diré a la cara que no tolero que nadie me hable en ese tono. ¿Lo entiendes? –Se alejó a toda prisa y varios copos de nieve le cayeron del moño trenzado.

De la noche a la mañana, parecía haber crecido. Katherine se quedó de pie en la cocina con la fiambrera prestada y esperó mientras su padre le bajaba la cremallera del abrigo.

–Te he echado de menos –dijo Tyler–. Esta casa no es la misma sin ti. –Le pareció que incluso la cara de su hija tenía una expresión más adulta. Katherine lo miró con una especie de distanciamiento y, por un momento, Tyler imaginó que se hacía adolescente y luego se convertía en una mujer joven que lo miraba de esa manera, como si ya no lo necesitara–. ¿Te lo has pasado bien con los Meadows?

Katherine asintió.

–Puedes volver mañana después de la escuela. Yo tengo una reunión.

Su única reacción pareció una ligera inspiración.

–¿Te parece bien? ¿Te gusta estar en su casa? –Katherine volvió a asentir–. Bien. –Tyler le cogió la fiambrera y la dejó en la mesa.

Katherine la miró con anhelo. Esperaba que su padre no la obligara a devolverla. Le encantaba la hermosa Alicia del País de las Maravillas dibujada en un lado. Cuando la había abierto a la hora del almuerzo, dentro había encontrado galletas saladas y pasas, un sándwich de mantequilla de cacahuete y crema de malvavisco cortado en cuatro trozos, y también dos galletas.

Se quedó coloreando en la mesa del comedor hasta la noche. Coloreó un dibujo de la señora Meadows con sus bonitas mejillas sonrosadas; otro de Alicia en el País de las Maravillas con sus largos cabellos rubios, y otro más del señor Meadows llevando el pantalón gris con vuelta y un sombrero parecido al de su padre.

Para cenar, Tyler abrió una lata de espaguetis y los calentó en una olla. Katherine puso en la mesa dos tenedores y dos servilletas de papel cuando su padre se lo pidió.

–Tesoro –le dijo Tyler, cuando la olla empezó a borbotear–, ¿te ha hecho alguna vez daño Connie Hatch? –Katherine lo miró de hito en hito–. ¿Te ha zurrado alguna vez, o algo parecido? –Tyler apagó el fogón y fue a sentarse a la mesa. Katherine negó con la cabeza, en un gesto apenas esbozado, y vio que a su padre se le habían quedado los labios de color naranja después de haberse metido en la boca un puñado de espaguetis. Tyler se limpió la boca con la servilleta–. ¿Sabes qué significa chismorrear?

Katherine notó calor en la cara. Conocía la palabra, pero no su significado preciso, y por algún motivo ese fallo delante de su padre la hacía sufrir.

–Chismorrear es cuando la gente habla de los demás y dice cosas que probablemente no son ciertas.

Tyler continuó hablando, pero una sensación de horror había invadido a Katherine, que cruzó los dedos debajo de la mesa. Se acordó de que, en catecismo, les habían explicado que encerraban a niños en cuevas y después les preguntaban si creían en Jesús. Si respondían que sí, se los llevaban y los echaban a los leones. Katherine sabía que ella habría cruzado los dedos y habría respondido que no, que no creía en Jesús, y saber eso era un secreto que guardaba muy adentro. La convertía en una mala persona, como al hombre que renegó de Jesús tres veces antes de que cantase el gallo, y eso era horrible. Lo habían crucificado cabeza abajo.

–Así que, si alguien te dice algo sobre Connie o sobre mí, no debes hacerle caso, ¿de acuerdo? Los rumores empiezan por culpa de la mezquindad de la gente. Es triste, Katherine, pero hay personas que no pueden evitar ser mezquinas. No debes hacerles caso, ¿entendido?

Katherine asintió, pero mantuvo los dedos cruzados con fuerza bajo la mesa.

El despacho del señor Waterbury tenía tres grandes ventanas, dos que daban al aparcamiento de la parte delantera y otra orientada hacia el patio y los campos de deporte a lo lejos. Esa tarde un débil sol de invierno entraba en la habitación y vertía desvaídas estelas de luz sobre el gran escritorio de madera del director y sobre la falda marrón de *tweed* de Mary Ingersoll. El señor Waterbury se recostó en su silla giratoria de madera, que crujió cuando cruzó las piernas. No era un hombre robusto, pero tenía una cierta corpulencia, como si lo hubieran inflado solo un poco con una bomba de bicicleta. Tenía un bolígrafo en la mano, sin apretarlo, y en ese momento señaló con él a Rhonda Skillings.

–Estoy de acuerdo contigo –dijo–. No hay necesidad de sacar el asunto de la asistenta. Si Tyler se entiende con ella, es un tema completamente distinto. No nos conviene que piense que lo hemos llamado para lanzarle acusaciones.

–Exacto –respondió Rhonda. Estaba sentada en una gran silla tapizada de cuero granate bruñido, claveteado con tachuelas. También ella tenía un bolígrafo en la mano, y una carpeta en el regazo–. Estamos aquí para ayudar a su hija. Punto final. «Preocupación» es nuestro lema de hoy. Le expondremos los miedos surgidos de la omnipotencia infantil, combinados, por así decirlo, con la posterior etapa de desarrollo ligada al complejo de castración…

El señor Waterbury y Mary Ingersoll se lanzaron una rápida mirada. La cara del director reveló, por un momento, la expresión de un hombre que está perplejo, pero no quiere parecerlo:

–Preocupación, sin duda –dijo, asintiendo con vigor y sacudiéndose los hombros, como si acabara de descubrir la caspa que los manchaba–. La preocupación es nuestro lema todos los días.

Rhonda se metió la punta del bolígrafo entre los cabellos y dijo:

–Mi teoría es esta: siempre que Tyler oye algo negativo sobre el comportamiento de Katherine, lo percibe como una herida narcisista. Lo que genera una rabia narcisista. Y eso es justo lo que queremos evitar.

–Desde luego –dijo Mary Ingersoll, sentada junto a la ventana.

Tanto Rhonda como el señor Waterbury le sonrieron con amabilidad.

–No debes preocuparte –le aseguró Rhonda.

–¿Va a continuar siendo reverendo… –preguntó Mary– si está liado con una mujer casada? Es asqueroso.

El señor Waterbury, que iba a la iglesia episcopal de Hollywell, le hizo un gesto a Rhonda con la palma de la mano abierta.

–Bueno, no tenemos ninguna seguridad de que eso sea cierto –dijo Rhonda–. Y esa decisión le corresponde a la iglesia. Por tanto, es importante que hoy nos centremos únicamente en Katherine. Cuesta imaginar que sea cierto –añadió.

–Todo es posible cuando un hombre sufre –dijo el señor Waterbury–. Conocí a un hombre que se casó con la mejor amiga de su esposa seis semanas después de que esta muriera.

–¿Pero estaba casada la mejor amiga de su esposa? –preguntó Mary.

–No. No estaba casada. –El señor Waterbury lanzó una mirada apesadumbrada hacia el escritorio.

–Voy un momento al baño –dijo Mary, levantándose.

–Claro, querida. –Rhonda apartó las piernas para dejar pasar a la joven.

Tyler no quería dejar el coche en el aparcamiento principal, pues imaginaba que las personas sentadas en el despacho del señor Waterbury podrían verlo y quizá seguirlo con la mirada mientras lo atravesaba. Por ese motivo, rodeó la escuela y aparcó detrás. Entró en el edificio por la puerta lateral y el olor del miedo lo asaltó de inmediato, mezclado con la presencia de… ¿pintura?, ¿tiza?, ¿pegamento? Le impregnó la garganta cuando se detuvo en la escalera, junto con el recuerdo infantil de la vieja señora Lurvy, que solía cerrar la boca a sus alumnos con cinta adhesiva amarilla si susurraban; el rollo dominaba su mesa con la autoridad de un instrumento quirúrgico. Tyler había sido uno de sus alumnos preferidos, pero Belle había tenido urticaria durante meses cuando empezó a ir a su clase. Al oír un fuerte taconeo, Tyler se volvió. Por encima de él aparecieron un par de zapatos marrones, seguidos de unas medias de nailon y una falda de *tweed*. Una especie de parálisis lo dejó inmóvil, mirando hacia arriba, cuando la falda de *tweed* empezó a bajar la escalera y le permitió vislumbrar un muslo enfundado en una media, la fugaz imagen de una liga. Era Mary Ingersoll y podría no haberlo visto. Tyler, en su estado, había abierto la boca, pero cualquiera que fuera la parte de él que tomaba las decisiones había decidido no saludarla. Sin embargo, ella se dio la vuelta y lo vio. Lo miró de hito en hito; él le sostuvo la mirada.

–Hola –dijo Tyler.

Mary lo saludó con la cabeza y siguió andando.

–Voy enseguida –le gritó Tyler.

Ella no respondió y él la vio alejarse por el pasillo. Le parecía una injusticia colosal que Mary lo hubiera mirado como si lo hubiera sorprendido en una conducta propia de un pervertido. ¡No era culpa suya!

Se quedó inmóvil en el pasillo vacío, mientras el olor a pegamento y pintura lo oprimía. Por la puerta abierta de un aula, vislumbró las sillitas y las mesitas. Cuando se dio la vuelta, vio que un conserje se acercaba con una larga fregona. Alzó la mano para saludarlo y echó a andar por el pasillo hacia el despacho del director.

–Pasa, pasa –dijo el señor Waterbury, dándole un vigoroso apretón de manos–. Conoces a Rhonda, creo. Y a Mary, naturalmente.

Mary Ingersoll, sentada junto a la ventana, parecía abatida, pero Rhonda se levantó:

–Hola, Tyler –lo saludó, al tiempo que le cogía una mano entre las suyas–. Gracias por venir, Tyler. –Hablaba despacio, como si él fuera sordo y tuviera que leerle los labios.

–Siéntate, siéntate. –El señor Waterbury le señaló una gran silla de madera–. Deja que te coja el abrigo.

Cuando se quitó el abrigo y le dio el sombrero, Tyler se sintió desnudo sin ellos. Al sentarse, lanzó una mirada a Mary Ingersoll y le sorprendió darse cuenta, por la forma en que lo miró la joven, de la antipatía que le tenía.

–Bien, pues.

Rhonda Skillings sonrió. Llevaba un peinado alto ondulado con el flequillo tan enrollado y corto que daba la sensación de que, si le hacía falta, podía levantar la mano y quitarse el pelo entero. Hizo un gesto con la cabeza al señor Waterbury, que estaba inclinado hacia delante al otro lado del gran escritorio. La lámpara del escritorio proyectaba un pequeño arco de luz sobre una carpeta abierta que contenía, comprendió Tyler con un ligero vuelco del corazón, diversos informes sobre Katherine. El señor Waterbury se puso las gafas, echó un vistazo a los papeles, y volvió a quitárselas.

–Me temo que hay varios incidentes, ¿sabes? –le dijo a Tyler–. Gritar, escupir, hacer

dibujos obscenos.

–¿Dibujos obscenos?

–Bueno…

–¿Katherine ha hecho dibujos obscenos? –dijo Tyler en voz baja.

–Dibujó a una mujer defecando, me temo.

–¿Puedo verlo?

El señor Waterbury le dio el dibujo y Tyler le echó una ojeada.

–Esto no es obsceno –dijo, devolviéndoselo–. Por el amor de Dios. Llamar obsceno a esto.

–Es anormal –dijo Rhonda–. Digámoslo así.

Mary Ingersoll se había ruborizado violentamente y Tyler se dio cuenta de que la mujer del dibujo era ella.

–Pero… esta es una época fascinante en educación. –El señor Waterbury enarcó las cejas oscuras y le dio a Tyler un folleto encuadernado–. Ten, puede que esto te resulte interesante. –Tyler miró la tapa. *La búsqueda de la excelencia*–. Es un informe –explicó el señor Waterbury–, financiado por la Fundación Rockefeller el año pasado, escrito por los educadores más destacados del país, quienes proponen educar por separado a los niños inteligentes.

Tyler asintió ligeramente, en un gesto conciliador.

–Y también a los retrasados.

En el aparcamiento, un autobús escolar chirrió al ponerse en movimiento.

Rhonda tomó la palabra.

–De acuerdo con su puntuación en un test de inteligencia, Katherine tiene un retraso, Tyler. Ahora bien, no creemos que la niña sea retrasada, ni por un instante. Pero sí consideramos que necesita ayuda.

Mary Ingersoll observó a Tyler de hito en hito y le sostuvo la mirada antes de apartar los ojos.

–Hemos aprendido mucho sobre los niños –dijo el señor Waterbury–. Dios mío, cuando éramos pequeños nadie pensaba en estas cosas.

Tyler se aclaró la garganta sin hacer apenas ruido.

–¿Qué cosas?

–Esta es mi teoría sobre Katherine. –Rhonda puso la espalda recta y se tocó el pendiente blanco redondeado–. Pero antes, Tyler, permíteme resumirte algunas nociones básicas. Del mismo modo que nosotros –y movió la mano para incluir a los demás– necesitaríamos que nos enseñaras historia de la religión, creo que a ti te ayudaría comprender algunas teorías básicas de la psicología.

–Pero no uses demasiadas palabras difíciles, por favor –dijo Tyler. Ella disimuló, riéndose, pero todos sabían, porque flotaba en el ambiente, que Tyler se sentía como un gran animal acorralado. Dejó *La búsqueda de la excelencia* en el escritorio de Waterbury, entrelazó los dedos y esperó a que Rhonda empezara a hablar.

–Los niños son seres sexuales –dijo.

Mary Ingersoll se puso a juguetear con la cadena de la crucecita que llevaba al cuello; sus dedos iban y venían.

–Los niños vienen al mundo y lo único que conocen es el pecho de mamá. –Rhonda se puso una mano en el pecho por un momento–. Tienen hambre, lloran, y mamá los coge en brazos. Son poderosos, ¿comprendes? Desde su punto de vista, son ellos los que controlan el mundo. Omnipotencia infantil, se llama.

La luz vespertina que entraba por las altas ventanas había adquirido la pálida tonalidad gris que anunciaba el ocaso. Los árboles del final de aparcamiento parecían

lejanos, desnudos y frágiles, perfilados en el cielo. El señor Waterbury se echó hacia atrás para encender la alta lámpara de pie, y un embudo de luz amarilla iluminó de repente la mitad del escritorio y el regazo de Mary Ingersoll.

–Omnipotencia infantil –repitió Tyler despacio–. Eso es una palabra difícil.

–Son dos. –Mary se recostó a medias en la silla y se pasó una mano por el regazo.

–Dos. Sí, en efecto. –Se hizo el silencio y a Tyler le rugió el estómago. El señor Waterbury se apresuró a ofrecerle un caramelo–. No, gracias –respondió él.

Rhonda le sonrió.

–Bien. Hasta ahora, ¿me vas siguiendo, Tyler?

–Parece que sí.

Mary Ingersoll dejó de juguetear con la cadena. Tyler la miró, sin sonreír.

–Muy bien, pues. –Mientras Rhonda hablaba, el carmín empezó a pegarle los labios por las comisuras. Tyler vio como se volvía gomoso, tanto arriba como abajo, hasta que le apareció una bolita de una sustancia blanca en el labio inferior. Rhonda habló de sexualidad infantil, del complejo de Edipo, del de Electra, de cómo las niñas desarrollaban deseos sexuales por sus padres–. Muchas niñas pequeñas dicen a sus padres: «Ojalá te divorciaras de mamá y te casaras conmigo».

Tyler jamás había oído nada semejante en boca de una niña. Echó una ojeada al señor Waterbury, que estaba mirando a Rhonda con la expresión exageradamente complacida y avergonzada de un padre que ve actuar a un hijo en una función de teatro.

Rhonda pasó a hablar de la envidia del pene y del complejo de castración, e incluso se puso la mano en la entrepierna, para asombro de todos, al describir el miedo que siente una niña cuando se da cuenta de que tanto ella como su madre parecen haber sufrido una mutilación. A continuación, retomó el tema de la omnipotencia infantil, la creencia de los niños de que pueden hacer cualquier cosa, de que el mundo está en su poder, de que son como Dios. Se interrumpió para sonreír a Tyler; él le devolvió la mirada, pero no la sonrisa.

–Los niños pequeños interpretan las cosas al pie de la letra –prosiguió Rhonda. Mary Ingersoll, sentada junto a la ventana, asintió. Rhonda les recordó que Toby Dunlop, cuando era pequeño, había oído a Marilyn: «Dios mío, estoy hasta las cejas», y Toby, desconcertado, le dijo: «Pero mamá, yo no veo que tengas nada en las cejas».

El señor Waterbury se rio.

–Es así, ¿verdad? –exclamó–. Justo así.

Tyler se cruzó de brazos. Rhonda continuó:

–Freud era un genio. Antes de él, no teníamos ni idea de cómo actúa el yo, de igual manera que la humanidad no sabía nada de las estrellas antes de la invención del telescopio. Galileo nos permitió explorar los horizontes del espacio exterior y Freud nos ha permitido explorar los horizontes de nuestro espacio interior.

De repente, a Tyler le entró tanto sueño que los párpados casi se le cerraron.

–Freud era muy inteligente. –Mary Ingersoll hizo ese comentario, sentada junto a la ventana–. Sabía muchísimas cosas. –Tyler salió de su ensimismamiento, respiró hondo y cruzó las piernas–. Todo lo que nos pasa en la vida tiene su origen en nuestra infancia –afirmó Mary.

Tyler la miró.

–¿Es eso cierto? –le preguntó en tono condescendiente.

Mary se ruborizó y dijo:

–Pensamos que Katherine cree que mató a su madre.

El silencio se cernió sobre el despacho. Tyler miró de un rostro a otro.

–Pensamos –concluyó Rhonda, en voz baja– que, teniendo en cuenta su etapa de desarrollo, y el concepto de omnipotencia infantil, Katherine podría estar culpándose inconscientemente de la muerte de su madre. ¿Sabes, Tyler? Desde el punto de vista etimológico, «infante» es aquel que no puede hablar.

Fuera, en el campo de deporte, sonó un silbato.

En la colina apartada del pueblo, donde estaba la casa de los Meadows, el cielo casi tenía el color de los vastos campos que se extendían por detrás de ella; la línea del horizonte era fina y borrosa, salvo en la parte donde crecían unos cuantos alerces dispersos, con enredaderas desnudas enroscadas en las ramas, todo ello bajo una fina capa de nieve caída días antes. Más cerca de la casa, crecían altas espigas de trigo con las cabezas dobladas por el peso de la nieve. Todo –los campos con la fina capa de nieve, los árboles desnudos y el trigo– tenía un ligerísimo matiz de color azul lavanda.

Arropada en un abrigo de invierno, un gorro de lana y recios guantes, Katherine miró alrededor. Pensó que el mundo quizá estaba construido sobre la bota de un gigante como el leñador Paul Bunyan, pero el gigante era muchísimo más grande en la puntera estaba el pueblo de West Annett, y en verano crecía musgo en la bota: pequeños terrones sobre los que se edificaban casas, como la casita roja de los Meadows, y también la suya. En invierno, cuando el gigante andaba por la nieve, las casas se cubrían de nieve y nadie sabía que vivía sobre la bota de un gigante, pero podía ser cierto. Era un gigante bueno, que no quería hacer daño a nadie, y a lo mejor ni siquiera sabía que el mundo le crecía en la puntera de la bota, porque era tan alto que no veía allí abajo.

Pero su madre lo sabría, porque desde el cielo se alcanza a ver muy lejos.

Katherine echó la cabeza hacia atrás y miró el cielo, pero estaba gris y parecía un poco removido, como un remolino de porquería dejado por una bota sucia. A lo mejor es que, por la noche, el gigante se echaba con las botas apuntando hacia arriba y lo dejaba así de manchado. Cuando el gigante se acordaba de limpiar el suelo, el cielo tenía un bonito brillo azul. Katherine sonrió ante la idea de que el cielo pudiera ser el suelo; el gigante podía estar boca abajo y nadie lo sabría. La gente no se caería porque era tan fuerte que todo lo que había sobre la tierra estaba protegido en el interior de los trocitos de tierra, ramitas, hielo y nieve.

–¡Daos prisa! –gritó la hija mayor de los Meadows. Acababa de salir por la puerta trasera de la casa y estaba dando palmadas. Llamaba a sus hermanos, y también a Katherine–. Vamos –añadió–. ¡Mamá ha dicho que podemos jugar un rato en el refugio antes de que se haga de noche!

Ese acontecimiento especial se repetía a intervalos regulares, pero espaciados en el tiempo. A Davis Meadows le gustaba saber que, incluso cuando había nieve en el suelo, el refugio antiatómico que tanto se había esmerado en construir podía abrirse con rapidez y, por tanto, a veces dejaba que Carol lo abriera cuando él no estaba en casa y los niños podían jugar dentro. Pensaba que sus hijos debían estar familiarizados con él para no pasar miedo si se producía un ataque nuclear y su familia y él tenían que pasar varios días dentro.

Katherine no daba crédito a sus ojos. En el patio trasero, la señora Meadows, con su abrigo rojo y sus botas de nieve, se agachó y levantó una trampilla.

–Tened cuidado, niños –dijo–. Tened cuidado. De uno en uno. –La hija mayor bajó la primera y desapareció bajo tierra. A continuación, le tocó al niño, ayudado por su madre; después, a la otra niña, y por fin fue el turno de Katherine. Una escalera bajaba y bajaba, y había una luz encendida–. Date la vuelta y baja de espaldas –le

aconsejó la señora Meadows, y eso hizo Katherine, despacio, notando que alguien le cogía las piernas y le ayudaba a poner los pies en el siguiente travesaño.

–Solo diez minutos –gritó la señora Meadows desde arriba–. Y recordad las reglas.

Había estrechas literas empotradas en las paredes, y también dos camas plegables en los lados del cuartito al que Katherine bajó.

–Siéntate –dijo la hija mayor, y Katherine lo hizo en una de las camas plegables–. Mira, hay cartas. ¿Quieres jugar a *Pesca*?

Katherine no se movió. Había una muñeca de trapo en una de las literas y la hija menor, al ver que Katherine la miraba, se encaramó a la cama y se la arrojó.

–Puedes jugar con ella –le dijo–. Pero luego tienes que dejarla aquí.

–¿Tenéis un refugio antiatómico? –le preguntó la hija mayor, mientras repartía las cartas.

Katherine negó con la cabeza.

–¿Y qué haréis cuando nos bombardeen? –preguntó la menor.

Katherine se encogió de hombros.

–Podríais moriros, por las cosas que habrá en el aire –dijo el niño en tono pesimista.

–Para, Matt –le ordenó su hermana–. No la asustes.

De la pared colgaban una pala grande, un pico, una linterna y un abrelatas. Katherine se volvió para mirar detrás de ella. Había hileras de latas de comida, como las que ellos tenían antes en el zaguán. La señora Meadows, que estaba bajando por la escalera, le sonrió a Katherine con las mejillas sonrosadas.

–Matthew, cariño, quita los pies de la cama. Asegurémonos de que las pilas de la radio y la linterna funcionan. –Descolgó esta de la pared y la encendió.

–Déjame cogerla –le pidió la hija menor, y la señora Meadows se la dio.

–¿Quieres jugar un rato con la muñeca? –le preguntó a Katherine, ofreciéndosela. Ella asintió y se sentó en la cama con la muñeca a su lado, estirándole las piernas hacia delante–. Bien, voy a probar la radio. Apaga la linterna. No nos conviene gastar las pilas.

Un ruido de electricidad estática llenó el cuartito y la señora Meadows se puso a toquetear los botones de la radio, colocada junto a una mesa en la que descansaban dos ollas.

–Podemos vivir aquí dentro hasta dos semanas –le explicó a Katherine la hija mayor–. Hay agua detrás de ese armario.

–¡Chis! –ordenó su madre, acercando la oreja a la radio–. Oh, Dios mío.

La señora Meadows se enderezó. La voz del locutor decía: «… buscada por la policía por robar en el hogar de ancianos del condado, se ha entregado. La policía dice que Constance Hatch ha pasado casi un mes escondida antes de decidir…». La señora Meadows apagó la radio.

–Mamá, ¿qué ha pasado? –preguntó la hija mayor, volviéndose.

–No estoy segura –respondió la señora Meadows–. Volvamos a casa.

Mientras estaba prisionero en el despacho del señor Waterbury, Tyler era consciente de que el dolor bajo la clavícula le estaba irradiando con tanta intensidad que se sentía como si tuviera un clavo incrustado en ese punto. Pero siguió sentado sin moverse. Si había oído bien, Rhonda había dicho en tono decidido que todo el mundo experimentaba el deseo de matar a sus padres. Que esa información se le comunicara como si fuera una verdad irrefutable, que el tono decidido de Rhonda estuviera imbuido de una autoridad contenida pero indiscutible, mientras Mary Ingersoll expandía en el ambiente la nociva nube invisible de su desdén y el señor Waterbury

lucía la sonrisa entusiasta de un hombre que, pese a su confusión, suscribía todo lo que se estaba diciendo, le parecía tremendamente ofensivo a Tyler y le exigía apelar a toda su fuerza interior para comportarse de una manera civilizada, educada, viril. Pero la rabia, como el mar Rojo, se le arremolinaba en la cabeza.

–El pecado original, Tyler –dijo Rhonda sonriendo, inclinada hacia delante–, responde a todo esto. Es fascinante, la verdad. El mito del pecado original ha surgido de la necesidad del hombre de bregar con el sentimiento de culpa. Nos sentimos culpables, todos nosotros. Y la culpa nos confunde. La historia de la caída del estado de gracia, el hecho de que nos echaran a patadas del jardín del Edén, y nuestra capacidad de redención ejercen tal fascinación sobre nosotros porque, en realidad, nos sentimos culpables de nuestra rabia infantil, del deseo inconsciente de matar a nuestros padres. Nuestra inocencia se hace pedazos, ¿sabes?, antes incluso de que tengamos palabras para entenderlo.

Silencio.

Todos lo miraban. Tyler asintió despacio, porque, en verdad, no tenía la menor idea de qué hablaba Rhonda; solo sabía que le parecía absurdo, como si le hubieran lavado el cerebro. Quería soltarle que era una idiota, como su suegro, y que, cada vez más, vivían en un mundo sin Dios. Miró por la ventana. Fuera ya había oscurecido y el cristal reflejaba la escena del despacho: la lámpara tras el escritorio del señor Waterbury; la figura inmóvil de Mary Ingersoll, con las piernas cruzadas e inclinada hacia delante. Tyler miró más allá del reflejo y vio una pequeña bandada de pájaros que volaba de la copa desnuda de un árbol a otra cercana. «¿Por qué escondes de mí tu rostro?… Desde mi juventud, estoy enfermo y al borde de la muerte».

–¿Qué opinas, Tyler? –preguntó Rhonda.

Él se volvió para mirarla.

–Bueno –dijo, asintiendo un poco–, todo lo que has dicho es interesante, sin duda. Y a mí me parece una sarta de tonterías. –Tenía la sensación de estar completamente ajeno a sí mismo; no sabría decir de dónde provenían sus palabras ni quién las estaba permitiendo; un vacío parecía circundarlo, pero le salieron más frases de la boca, una maraña de cuerdas, un amasijo de cosas–. No logro entender cómo puede ayudar a Katherine tu reinterpretación del relato del Génesis. Interpreta lo que te apetezca, pero hacer pasar a Katherine por semejante sandez con todo lo que ya lleva encima, acusarla de… –y en ese punto Tyler se volvió hacia el señor Waterbury– hacer dibujos obscenos… Os pregunto: ¿qué está pasando aquí? Cuando yo era pequeño, siempre decían: «Deja de pensar en porquerías» y…

–Eh, calma –dijo el señor Waterbury, y su silla rechinó cuando se recostó en ella–. Calma. Reflexionemos y evitemos hablar sin pensar. Intentemos ser educados.

Era de esperar que Mary Ingersoll sonriera. Tyler era su oso de feria, su payaso de circo. Y pensó que se había pasado la vida intentando ser educado. Anteponiendo siempre al prójimo. Probablemente, estaba teniendo un ataque de corazón en ese momento, o un derrame cerebral, porque el dolor bajo la clavícula era casi insoportable.

–Oh, Tyler –dijo Rhonda con calma–. Ha habido un verdadero malentendido. En mi afán, he exagerado la situación. Solo intentaba ayudarte a ver a qué puede estar enfrentándose Katherine, para que juntos consigamos que empiece otra vez a hablar.

Una sensación de vértigo se había apoderado de Tyler.

–Pido disculpas –se dirigió al señor Waterbury–. Pido disculpas por el comentario sobre las porquerías.

–Oh, claro, claro. No te preocupes –asintió el señor Waterbury.

Llamaron a la puerta del despacho y, tras un momento de desconcierto, el señor Waterbury fue a abrir.

–Gracias –susurró–. Sí, tienes razón. Gracias.

Regresó y se sentó.

–Caray –exclamó, mirando alrededor–. Mi secretaria acaba de enterarse, y ha pensado que podía ser importante porque el señor Caskey estaba aquí –señaló a Tyler con la cabeza–, de que Connie Hatch…

Tyler notó calor en todo el cuerpo.

–¿Connie Hatch qué? –preguntó Mary Ingersoll, echándose aún más hacia delante.

–Por lo visto, se ha entregado y ha confesado el asesinato de dos mujeres. –Todos miraron a Tyler. Él cerró los ojos despacio y volvió a abrirlos igual de despacio.

–Oh, Dios santo –dijo en voz baja–. La pobrecilla.

Esa noche sonaron los teléfonos. No en casa de Tyler, que esperaba noticias de Adrian Hatch, pero sí en muchas otras casas a lo largo del río. Mary Ingersoll estaba describiendo a Tyler Caskey como un «pervertido» ante una amiga:

–Se quedó ahí parado, mirándome por debajo del vestido –le dijo–. Estos reverendos son unos reprimidos. Dios santo…

Era una suerte que Alison Chase tuviera una línea telefónica que permitía conversar en grupo porque, de esa manera, Rhonda y Jane Watson podían hablar con ella al mismo tiempo.

–No parecía sorprendido –dijo Rhonda–. La mayoría de la gente diría: «¿Qué? ¿Mi asistenta es una asesina?». Pero él no ha actuado así.

–Cuéntanoslo otra vez –suplicó Jane, moviendo la mano para indicar a su hijita, Martha, que se fuera, que volviera a su habitación–. ¿Tenía la actitud de alguien que ha tenido, bueno…, ya sabes, relaciones íntimas con ella?

–No –respondió Rhonda–. No, la verdad es que creo que esa parte no es cierta. Parecía más bien que ya lo sabía.

–Si lo sabía –intervino Alison Chase–, entonces ha dado cobijo a una fugitiva.

–No forzosamente –replicó Jane–. Si no sabía dónde estaba, no se le puede acusar de haberle dado cobijo.

(–¡Lo que es aún más irónico –le estaba diciendo Mary Ingersoll en ese momento a otra amiga– es que ha acusado al señor Waterbury de pensar en porquerías!).

–¿Cómo ha ido el resto de la reunión? –quiso saber Jane–. Martha me dijo que el otro día la niña, por una vez, llevaba comida en la fiambrera.

–La reunión ha ido mal –respondió Rhonda, y su tono defraudó a sus amigas, porque estaba utilizando un tono de voz reservado y «profesional» que a ellas no les gustaba.

–Oye, Jane –dijo Alison, de pie en la despensa con el largo cable de teléfono–. ¿Qué harás este año con los arándanos?

–De lata –respondió Jane–. No pienso acercarme a un arándano contaminado. No pienso dejar que a Martha le salga alguna enfermedad rara dentro de veinte años.

–¿Martha come arándanos? –preguntó Alison–. Mis hijos no los comen. Ni tampoco pescado. Ni nada que sea verde. Nada que tenga color, ahora que lo pienso.

–La reunión ha ido mal –continuó Rhonda–, porque, tal como yo sospechaba, Tyler no soporta oír nada negativo sobre su hija. Es superior a él. Y la pobre Mary Ingersoll. Es buena chica, pero también muy joven. Solo quiere ser importante, ¿sabéis?, y ayudar; pero está claro que saca de quicio a Tyler.

–A Martha le cae muy bien –observó Jane–. Siempre habla de su pelo. Pero no sé si

la quiere, a diferencia de otros niños.

–¿Algunos niños quieren a Katherine? –preguntó Alison–. ¿Quiénes?

–No, no. Por Dios. Hablaba de Mary Ingersoll.

–Es buena profesora –reconoció Rhonda–. Le falta un poco de experiencia, nada más.

–¿Dónde está Connie ahora? –quiso saber Jane.

–Creo que la tienen en la cárcel del condado –respondió Alison.

–¿No es irónico que la cárcel esté en el mismo edificio que la granja del condado, donde Connie hizo esas cosas? –dijo Rhonda.

–Yo también lo he pensado –observó Alison–. Sería bien raro si terminara encarcelada justo donde cometió los delitos.

–Bueno, esa es la cárcel del condado, y si Connie ha matado a esas mujeres, la trasladarán a una cárcel del estado. Al correccional de mujeres de Skowhegan. Supongo que para el resto de su vida. ¿Cómo las mató? ¿Lo han dicho?

–Ahogándolas, creo –respondió Jane.

–¿Ahogándolas? –repitieron Alison y Rhonda al unísono–. ¿Cómo se puede ahogar a una pobre vieja enferma sin que nadie se dé cuenta? –dijo Alison.

–No lo sé –respondió Jane–. Pero he oído algo sobre exhumar los cadáveres para ver si tienen agua en los pulmones. El primo de Charlie Austin, ¿sabéis?, trabaja en el Departamento de Policía. Así que Doris se ha enterado.

–Un horror –dijo Rhonda–. Un verdadero horror. ¡Y cuánta rabia! Un acto lleno de rabia.

Cuando colgaron, Jane llamó otra vez a Alison.

–¿Se necesita un doctorado en Psicología para saber que matar a alguien es un acto lleno de rabia? –Las dos mujeres se rieron hasta que se les saltaron las lágrimas.

Tyler no era capaz de dominar su ansiedad cada vez mayor y, cuando terminaron de comer, dejó los platos en el fregadero y dijo:

–Ratita, salgamos a dar una vuelta.

Sin decir una palabra, la niña fue a coger el abrigo y Tyler la sentó a su lado en el asiento delantero. El cielo oscuro se había despejado, las estrellas se veían por encima de los campos sumidos en la oscuridad y la luna, como medio botón blanco, brillaba en el cielo. Tyler condujo hasta la casa de Connie, sin saber qué iba a hacer. La caravana estaba a oscuras, pero había luz en la planta baja de la gran casa de Evelyn. Tyler imaginó a Evelyn y Adrian hablando seriamente de Connie y se angustió: debería estar con ellos.

–Será solo un momento –dijo, aparcando junto al granero. Pero, cuando subió al porche, descubrió que Adrian y Evelyn estaban viendo la televisión, mirando al frente. Evelyn pareció reírse de algo que salía en la pantalla. Tyler esperó un rato; luego dio media vuelta y regresó al coche.

Fue a Hollywell, a la estación de autobuses desde la que Lauren lo había llamado aquel día sin saber dónde estaba. Circuló por Main Street, dejó atrás la farmacia y dobló por una callejuela que pasaba por delante de la casa en la que vivía Susan Bradford. Había una luz encendida en el salón y lo conmovió imaginarla allí sola, pero el sentimiento le pareció muy lejano.

Regresó a casa por carreteras secundarias, triste de volver a la granja, porque estar en movimiento hacía mínimamente soportables el dolor y la ansiedad que sentía; se puso a darle vueltas otra vez al sermón. «No tenéis ni idea –pensó mientras imaginaba a su congregación– de lo ofensivo que es entrar en la casa de Dios y mancillarla con

vuestros pensamientos mezquinos y crueles».

Katherine parecía haberse quedado dormida. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del asiento y la cara vuelta hacia la ventanilla. El inesperado sonido de su voz queda lo sorprendió.

–Papá, ¿por qué nos sigue la luna? –preguntó.

En efecto, era irónico que la cárcel estuviera en el mismo edificio que albergaba la granja del condado, donde Connie había trabajado y donde Tyler había visitado a la perpleja Dorothy Aldercott. La cárcel no estaba equipada para alojar presas, porque había muy pocas, de modo que habían colocado a Connie en un pabellón aparte, donde le llevaban las comidas para que no coincidiera con los hombres.

–Resulta que confesar un delito no basta para que el estado se crea que lo has cometido. –Adrian habló mirando el parabrisas, sin volver la cabeza hacia Tyler, ni tan siquiera cuando Tyler se giró hacia él.

–Te refieres a que necesitan pruebas que lo corroboren, ¿no? –dijo Tyler.

Adrian no respondió.

La carretera que llevaba a la granja del condado era larga y se alejaba de la principal serpenteando por un tramo de terreno yermo y desarbolado. Luego, se encaramaba por una colina cubierta solo de grandes lenguas de nieve virgen, azul gris contra el cielo nublado. El edificio propiamente dicho era de ladrillo amarillo sucio, con algunos pabellones anexos aquí y allá, desgarbados y de aspecto cansado, en apariencia tan desprovistos de humanidad que el alambre de espino enrollado en lo alto de dos paredes, visible cuando Adrian redujo la marcha, pareció dotarlos por un instante de una extraña vitalidad, antes de que el significado se hiciera patente. «Estuve en la cárcel y vinisteis a mí».

Puesto que Connie había dicho que Tyler era reverendo, su reverendo, le permitieron verla a solas. Adrian se quedó en el pequeño vestíbulo junto a la recepción, y Tyler, después de haber recibido el educado saludo del *sheriff*, fue confiado a un hombre uniformado, de rostro inexpresivo, que lo guio por una serie de puertas enrejadas cerradas con llave. Antes de abrir la siguiente cerraba la anterior, de modo que, en dos ocasiones, Tyler se halló literalmente enjaulado, mientras el hombre buscaba las llaves sin prisa en un llavero grande como un platillo. Tyler sujetaba el sombrero con ambas manos, tan empapado de sudor que incluso se notó las muñecas húmedas mientras esperaba para cruzar las rejas pintadas de amarillo. Después, se encontró en un cuartito sin ventanas donde solo había una mesa y tres sillas. Esperó. Las manecillas de un gran reloj de pared marcaban las diez y veinte, y Tyler tardó un rato en darse cuenta de que estaba estropeado; no avanzaba.

Una sensación de calma lo invadió, pero sabía que no debía fiarse de ella, que solo significaba que algo se había parado dentro de él, como el reloj. Sin mover la cabeza, inspeccionó el cuarto. Probablemente, no se había pintado desde su construcción. Dos bombillas brillaban muy por encima de él. Con un cierto aletargamiento pensó que, de haber sido Dietrich Bonhoeffer, quizá se habría suicidado.

Enfrente de él se produjo un pequeño alboroto, la puerta metálica se abrió, un guardia retrocedió y apareció Connie, con un holgado vestido beis, el pelo suelto, los ojos enrojecidos y hundidos. Tyler no la habría reconocido. Pero la cara se le iluminó, y extendió los brazos hacia él.

–¡Tyler! –exclamó.

Jeannie había aprendido a decir: «Papá es *levelendo*. *Levelendo*». Lo chilló, aplaudiendo, mientras Margaret Caskey estaba de pie detrás de ella y la vieja perra, Minnie, meneaba el rabo y se echaba en el suelo apoyando la cabeza en el balancín de la mecedora.

–Fíjate cómo habla, Tyler –exclamó la señora Caskey–. Llevo toda la semana señalándole una foto tuya y repitiéndole: «Papá es reverendo», y ahora ha aprendido a decirlo.

Riéndose, la pequeña Jeannie enterró la cabeza en un cojín del sofá y después lo arrojó al aire.

–Papá, papá –chilló, y volvió a estallar en alegres carcajadas

Katherine la miraba, con una mano en la boca.

–Quítate la mano de la boca –ordenó su abuela–. Palabra de honor, no tienes ni idea de cuántos gérmenes viven en una mano. En todo. ¿Sabes qué son los gérmenes, Katherine?

–Papá es *levelendo* –dijo Jeannie, que empezaba a parecer agotada; tenía la piel clara y, en cuanto se cansaba, le salían sombras azuladas en torno a los ojos. Era la primera vez que no se había dormido en el coche, le explicó la señora Caskey a Tyler. Estaba en la etapa de pasar de dos siestas a una. Tyler no recordaba que Katherine hubiera pasado de dos siestas a una.

–Perdón –se excusó, porque estaba sonando el teléfono del estudio.

Era Ora Kendall.

–Tyler…, ¿qué pasa?

–Qué alegría oírte –respondió Tyler–. Hace tiempo que no hablamos. ¿Cómo estás, Ora?

–Oh, para. La gente murmura, Tyler. Ya debes de saberlo.

Parecía que una yema de huevo se hubiera roto en el horizonte y se estuviera colando por el borde de la tierra.

–No estoy al corriente de los chismes del pueblo.

De repente, Tyler se notó rígido, sin aliento, como si habitara el cuerpo de un hombre muy anciano. Puso la espalda recta. «Contra mí han abierto su boca engañosa: con lengua mentirosa han hablado contra mí».

–Sobre todo de Connie. Yo no lo creo, pero cuentan que ayer fuiste a visitarla a la cárcel.

–¿Y qué pasa si fui, Ora? Fui con su marido. Un reverendo visita a la gente que tiene problemas.

–¿Qué te dijo? Dios mío, ¿de verdad lo hizo?

–Ora, ya sabes que nunca revelo mis conversaciones.

–De acuerdo. Bueno, la gente rumorea que debes de haberla ayudado a esconderse. Oh, dicen cosas de todo tipo. Y en mi opinión… ¿Quieres mi opinión?

–Sí, la verdad. Sí.

–En mi opinión, más te vale empezar a salir de casa y hablar con tus feligreses. Déjate ver, por el amor de Dios. Cuéntales tus preocupaciones y diles que entiendes las suyas.

El cielo era de un azul cada vez más oscuro, con esa franja amarilla por debajo. Los árboles de las colinas estaban marrones, desnudos e inmóviles.

–Entiendo –asintió Tyler, sentándose despacio.

–Jane Watson iba incluso a… Oh, no importa. Pero bájate del pedestal y vuelve a hablar con la gente llana, Tyler.

–Entiendo –repitió Tyler. Le picaban las axilas–. Quien quiera ver a su reverendo, Ora, quien quiera ver quién es y oír lo que tiene que decir, puede venir a la iglesia mañana.

Se sentó en su silla y miró mientras el amarillo se borraba del cielo. Justo cuando pensaba que el sol se había puesto del todo, volvió a verse un reflejo en el cielo de un espléndido color púrpura rosado contra las nubes estriadas. Tyler intentó recordar el aprecio que antes le tenía a Ora, pero el recuerdo le pareció muy lejano. Lo que le ocupaba el pensamiento era Connie, como un espeso musgo oscuro: su imagen cuando el guardia se la había llevado, la forma en que se había vuelto en la puerta para mirarlo, con los ojos enrojecidos como los de una niña asustada; Tyler había alzado la mano para intentar trasmitirle que regresaría, porque no se lo había dicho explícitamente mientras hablaban. Camino de la salida, se había cruzado con los presos que se dirigían al comedor, el mismo que utilizaban los residentes de la granja del condado alojados en el otro lado del edificio. Esos hombres le habían dado miedo; lo habían escrutado con los ojos brillantes mientras los guardias les repetían que avanzaran. Le había preguntado al *sheriff* si Connie estaba segura allí y él había respondido que sí, que no iba a pasarle nada mientras estuviera bajo su custodia. Habían traído a una guardia de la cárcel de mujeres de Skowhegan. Tyler no recordaba haber conocido nunca a un guardia de prisiones. Bonhoeffer se había hecho amigo de sus guardias, al menos de algunos.

Tyler se dio unos golpecitos en los labios con los dedos. Se quedó mucho tiempo sentado, hasta que las colinas fueron apenas visibles a lo lejos y la pila para pájaros se convirtió en una mera silueta gris al otro lado de la ventana.

Cuando las niñas estuvieron acostadas, Margaret Caskey se sentó en el sofá con su labor de punto, moviendo el brazo con brusca rapidez.

–Siéntate –le ordenó a Tyler, y él se acomodó en la mecedora–. Como te podrás imaginar –continuó, con una ceja levantada y los ojos fijos en la labor–, me puso enferma enterarme de que Connie Hatch ha declarado que mató a dos mujeres. Tenías a una loca en tu casa, Tyler. Vaya susto me llevé.

Tyler esperó un momento.

–He ido a verla –dijo por fin.

Margaret Caskey dejó de mover las agujas.

–¿Has ido a verla? ¿Adónde?

–A la cárcel. Ayer, con Adrian. Fuimos juntos.

–¿Por qué, en el nombre de Dios, te sientes obligado a ir a ver a esa mujer?

–Mamá, por el amor de Dios… Es mi trabajo. Tiene problemas.

Su madre se puso de nuevo a tejer.

–Claro que tiene problemas. Pido al cielo que la encierren para el resto de su vida.

Él la miró, intentando recordar a la madre de su juventud, sin conseguirlo. Le parecía que la mujer sentada en el sofá estaba compuesta de moléculas tan compactas que la cara, los dedos largos y los tobillos finos podrían estar hechos de algún metal bajo la piel. Y, no obstante, era mortal, pensó Tyler. Como todos.

–Espero que te des cuenta –dijo ella, mirándolo y dando un tirón al hilo– de que el mero hecho de tenerla en casa puede haber perjudicado tu reputación.

–¿De qué estás hablando? –preguntó Tyler–. Fue la iglesia la que la contrató.

–Sí, y, si no recuerdo mal, algunas mujeres de la Sociedad Benéfica no eran muy

partidarias ya desde el principio. Dejó de ir a la iglesia hace años y ahora es fácil preguntarse por qué. Ni tan siquiera a Lauren le gustaba, pero tú insististe en que se quedara. Y, aunque seas un reverendo que hace la obra de Dios, no creo que debas seguir teniendo contacto con ella durante mucho más tiempo.

Tyler no había querido mencionarlo, pero una cierta angustia, y algo más, lo empujó a decir las palabras.

–Bueno, mamá, parece que corre un rumor absurdo. Como pasa en un pueblo pequeño, cuando la gente se aburre de su vida y necesita un poco de emoción.

Margaret Caskey dejó de hacer punto y lo miró.

–Dicen que me entendía con Connie. Que incluso, según parece, le regalé un anillo.

–Tyler… ¿Qué?

Tyler enarcó las cejas con aire cansado.

–La gente se inventa cosas. Pero no es justo para Connie. Ni para su marido.

–¡Connie! ¿A quién le importa Connie? ¿Y tú? ¿Quién está difundiendo ese rumor, y qué has hecho tú para pararlo?

–Mamá, cálmate. Baja la voz. Si un reverendo reaccionara a todos los rumores que corren por su parroquia, no tendría tiempo para nada más.

La señora Caskey dejó la labor de punto, sacó un pañuelo de la manga del jersey y se lo llevó a la boca varias veces.

–¿Y qué pasa si Susan Bradford se entera de ese chisme horrible?

–¿Qué pasa si se entera? Yo no puedo hacer nada. Si se lo cree, es que no me conoce bien.

–Es que no te conoce bien, ¡esa es la cuestión! Te está conociendo poco a poco. Por el amor de Dios. Todo esto me pone mala. Malísima.

–Entonces no tendría que habértelo mencionado.

–No hagas eso, Tyler Caskey. No finjas que tienes que ocultarme cosas solo porque no te gusta cómo reacciono.

Tyler se levantó y echó a andar hacia la puerta del salón.

–¿Adónde vas? –le preguntó su madre.

–Tengo trabajo. Mañana daré un sermón muy importante.

–Bien, he invitado a Susan a comer después.

Tyler se volvió.

–¿La has invitado? ¿Sin decírmelo?

Su madre cogió la labor.

–Te lo estoy diciendo ahora, ¿no? ¿Crees que ha sido fácil para mí verte este último año? Tienes la oportunidad de mejorar tu situación y parece que ni siquiera te das cuenta.

Tyler se imaginó cogiendo la mecedora, arrojándola contra la pared y arrancándole tantos travesaños del respaldo como pudiera. La imagen lo sorprendió tanto que volvió a sentarse en ella y apoyó las manos en los reposabrazos con cuidado.

–Hay alguien por ahí que quiere hacerte daño, Tyler, y tú tienes que averiguar quién es. A lo mejor fue la propia Connie la que hizo correr la voz, antes de huir a Dios sabe dónde.

–Eso es un disparate, mamá. –Tyler tenía la boca seca.

–No es ningún disparate. Esto podría costarte el trabajo. A veces pienso que nuestros antepasados hacían bien en poner a los mentirosos en la picota, en el mismo centro del pueblo, donde la gente podía abuchearlos.

Katherine, que estaba escuchando desde lo alto de la escalera, agazapada contra la barandilla, notó negros círculos de oscuridad que giraban por encima de ella. Era

como si hubiera entrado en la ilustración de la pared del aula de catecismo: una niña en una cueva oscura, esperando a que fueran a buscarla para echarla a los leones. Aunque hubiera cruzado los dedos y hubiera dicho que no creía en Jesús para que no se la llevaran, no había dado resultado: le había llegado la hora y no había nadie en la cueva para rezar con ella. Era igual que cuando Connie le hablaba de estar encerrada en el retrete exterior con su hermano de pequeños, de las telarañas en la apestosa oscuridad. Ella, sin embargo, no tenía ningún hermano, estaba sola y estaba ocurriendo: la oscuridad de su engaño había llegado para atraparla, y tenía tanto miedo que estaba mareada, ni siquiera era capaz de mantenerse en pie, aunque lo intentaba agarrándose a la barandilla, y de repente estaba cayendo… más y más, despacio y deprisa al mismo tiempo, pum-pum, cabeza abajo, un peldaño tras otro, el grito de su abuela, la gran mano de su padre. Por último, ahí estaba, envuelta en sus brazos.

–Lo hice yo –sollozó–. Lo hice yo, papá. Fui yo, fui yo. No quería.

La sentaron en el sofá y le inspeccionaron los brazos y las piernas.

–Muévelos –le decían–. ¿Puedes moverlos?

Y, después, su abuela alzándose sobre ella.

–¿Qué es lo que hiciste, Katherine?

La niña volvió la cara y oyó ordenar a su padre, en voz alta y fuerte:

–Mamá, vete a la cama.

–No pienso irme a la cama.

Una voz más alta y fuerte:

–Mamá. Vete a la cama.

El silencio se hizo mientras la señora Caskey subía la escalera. Katherine volvió la cabeza. Su padre, tan alto, tan arriba, la miraba.

–Fui yo –susurró, llorando.

Tyler volvió a comprobar que no tenía moretones ni huesos rotos; luego la llevó al estudio y cerró la puerta. Eso la asustó: era la primera vez que veía esa puerta cerrada. Seguía llorando. Su padre se sentó trás el escritorio con ella en el regazo.

–Dime, ratita –le susurró.

El domingo por la mañana el cielo estaba sereno y el aire era frío. La nieve que bordeaba la carretera parecía encogida y endurecida, y el sol incidía en los árboles lateralmente, proyectando largas sombras sobre la carretera. Hacía demasiado frío para que el sol derritiera los charquitos helados o ablandara la nieve atrapada en las ramas de los árboles desnudos. En la cañada que discurría junto al tramo superior de Main Street, el arroyuelo que desembocaba en el río era un gris abultamiento de hielo tan duro que parecía músculo. Estaba bordeado de helechos helados, resecos y rotos, como si alguien hubiera abierto paquetes de espinacas congeladas y las hubiera dispersado por el bosque.

Tyler se fijó en todo eso; vio, también, la mano huesuda y enguantada de su madre apoyada contra el salpicadero cuando tomó la curva; vio el polvo del salpicadero, el bulto que la alianza de bodas le formaba en el guante. En el asiento trasero, Jeannie se reía mientras Katherine le susurraba al oído.

–Espero que no le estés contando ningún secreto –dijo su abuela.

Tyler habló en voz baja:

–Déjala en paz.

Echando un vistazo al espejo retrovisor, descubrió que Katherine lo miraba, y le guiñó un ojo. Ella le dirigió una sonrisa tan ancha que la boca se le abrió, y enderezó

los hombros bajo el abrigo.

Tyler se había quedado levantado con ella hasta muy entrada la noche, teniéndola en el regazo, mientras ella hablaba y gesticulaba con las manitas. Le había explicado a la niña que responder a la pregunta de la señora Skillings no era chismorrear, que no había hecho nada malo diciéndole que él le había dado un anillo a la señora Hatch; estaba confundida, y la gente se confundía a menudo y decía cosas que no eran verdad.

–¿Qué es la picota? –le preguntó Katherine–. Eso de lo que hablaba la yaya.

Tyler le hizo un dibujo.

–Una cosa horrible –respondió–. La gente ya no lo hace.

–¿Lo hacían antiguamente?

–Eso es.

–¿Perderás el trabajo, como ha dicho la yaya?

–Oh, no.

–Hay una muñeca de trapo en el patio de los Meadows. Dentro de una casa bajo tierra. Cuando llegue la bomba, ¿dolerá?

–No habrá ninguna bomba, tesoro.

–¿Cómo lo sabes?

–Porque nadie quiere destruir la Tierra. Los rusos, igual que nosotros, quieren que el mundo siga existiendo.

–¿Y los Meadows no lo saben?

–Bueno, a veces la gente tiene miedo.

–Yo tengo miedo. –Katherine alzó la vista y lo miró a los ojos.

–¿De qué tienes miedo?

–De morirme.

Tyler asintió.

–¿Mamá se murió porque Dios sabía que era su hora?

Tyler volvió a asentir.

–¿Por qué era su hora?

–No lo sabemos.

–¿Lo sabe Dios?

–Dios lo sabe todo.

–¿Sabe Dios que una vez, mientras estaba jugando en tu estudio, entró la señora Gowen y me enseñó que podía sacarse los dientes?

–¿De verdad?

Katherine asintió. Un momento después, preguntó:

–¿Por qué no me quiere la yaya?

–Tesoro, la yaya te quiere.

Katherine balanceó los pies y después se quedó quieta.

–No lo parece.

–Bueno… –Tyler le rodeó el cuerpecito con ambos brazos y la estrechó con fuerza–, la yaya se preocupa mucho, pero a veces la gente tiene tantas cosas en la cabeza que se le cruzan los cables.

Katherine pareció pensar en eso durante un rato.

–A Connie Hatch se le cruzaron los cables.

–Sí, creo que sí.

De nuevo, Katherine reflexionó sobre lo que había dicho su padre.

–Caramba –exclamó, con un suspiro–, Dios debe de estar ocupadísimo.

Pasada la medianoche, Tyler la metió en la cama. Una rendija de luz se colaba por

debajo de la puerta de la habitación de su madre, pero Tyler volvió a bajar para trabajar en el sermón. Se pasó un buen rato levantándose, llevándose las manos a la cara y volviendo a sentarse. Por fin, escribió y escribió. Se sentía como un deportista que llevaba años entrenándose para la carrera que estaba a punto de correr. La fuerza creció dentro de él, menguó, volvió a crecer. Jamás en la vida había dado un sermón de tal dureza.

El pasaje de las Escrituras lo extraería de Isaías 59 y concluiría con las palabras «y se mantiene alejada la justicia; porque la verdad ha tropezado en la plaza y la honradez no puede entrar». A continuación rezaría, diciendo: «Solo la infinita misericordia de Dios puede aliviar el infinito sufrimiento de la vida humana».

Antes de las ofrendas, leería el salmo 26: «Yo amo, Señor, el templo donde vives, el lugar donde reside tu gloria… Ahora piso tierra firme, y en público alabaré al Señor».

Y después daría un sermón como ninguno de los anteriores.

«¿Pensáis –escribió Tyler– que porque hemos descubierto que el sol no se pone y que, en realidad, giramos alrededor de él a una velocidad vertiginosa, que no es la única estrella del firmamento, pensáis que eso significa que somos menos importantes de lo que creíamos ser? Oh, somos mucho menos importantes de lo que creíamos ser, y somos mucho mucho más importantes de lo que creemos ser. ¿Imagináis que el científico y el poeta no están unidos? ¿Suponéis que podéis responder la pregunta de quiénes somos y por qué estamos aquí valiéndoos solo del pensamiento racional? Es vuestro deber, vuestro honor y vuestro derecho natural cargar con el peso de ese misterio. Y es vuestro deber preguntar, en cada pensamiento, palabra y acción: ¿cómo se puede servir mejor al amor?

»No servís a Dios cuando os deleitáis hablando de rumores sobre pobres de espíritu que no pueden defenderse; no servís a Dios cuando ignoráis la pobreza de espíritu que lleváis dentro».

El cielo empezaba a clarear cuando Tyler dejó el lápiz. Releyó lo que había escrito y descubrió que había incumplido una regla fundamental del arte de la predicación; había utilizado «vosotros» en vez de «nosotros». Se quedó mucho rato meditando sobre ello. Después, se lavó la cara y se quedó dormido en el sofá.

Cuando se despertó, Katherine estaba de pie delante de él. Se había vestido sola; llevaba el jersey de cuello vuelto puesto del revés, con la etiqueta, que ponía BUSTER BROWN, por fuera, como una minúscula lengua blanca a la altura de la garganta.

–Papá –susurró–, ¿sigues sin estar enfadado conmigo por lo que te dije anoche?

Él la rodeó con el brazo.

–Estoy lo contrario de enfadado.

–¿Qué es lo contrario de enfadado?

Tyler se incorporó y se restregó la cara.

–No enfadado, supongo.

La risa de Katherine, sincera e inesperada, la hizo parecer mayor. Pero después se puso a dar vueltas sobre sí misma como la niña que era.

–Entonces, aún me quieres –dijo con voz cantarina.

Ahora, Tyler volvió a mirarla en el espejo retrovisor y vio que tenía las manitas de Jeannie entre las suyas.

Entró en el aparcamiento de la iglesia. Vio el coche de los Austin, el de los Chase y el de los Gowen. Los dejó atrás y bajó la suave cuesta para aparcar cerca de su estudio. ¿Cuántas veces había ido allí? Una punzada de nostalgia le encogió el corazón; la escena, con su familiaridad, pareció desorientarlo. Cuando apagó el motor se dio cuenta de lo cansado que estaba, del ligero dolor que notaba en las piernas, y

tuvo la sensación de que le habían colocado una tela mosquitera detrás de los ojos. Besó a las niñas, y su madre se las llevó al aula. En el estudio, Tyler se sentó al borde de la silla. «Señor, mi Dios, mírame, respóndeme: ilumina mis ojos… así no dirá mi enemigo: "Lo he vencido"; y mis adversarios no se alegrarán de mi caída. Más yo en tu misericordia he confiado».

«No me abandones ahora».

Uno tras otro, los coches fueron llegando y aparcando cerca de la iglesia, los largos y lustrosos capós encarados en el centro del aparcamiento. Las mujeres salían, atándose pañuelos alrededor de la garganta, con el bolso en el otro brazo, y esperaban a sus maridos, que estaban buscando llaves y billeteras, y después echaban a andar por la acera, saludándose con la cabeza en silencio. Llegaron más coches, furgonetas y sedanes que casi rozaban el suelo. No quedaba sitio en el aparcamiento de la iglesia y algunos tuvieron que dejar el coche en la calle.

–Parece un funeral –murmuró Jane Watson a su marido, quien enarcó una ceja por toda respuesta.

En su estudio del sótano, Tyler solo fue vagamente consciente de un aumento del alboroto por encima de él cuando dejaron a los niños en el aula de catecismo y las mujeres entraron en la cocina próxima a la sala de reuniones para asegurarse de tenerlo todo listo a la hora del café. Estaba ocupado leyendo a Bonhoeffer. En una carta desde la cárcel, había escrito a su amigo Eberhard Bethge que no había que permitir que la psicoterapia y la filosofía existencialista se convirtieran en los pioneros de Dios. «La Palabra de Dios no se alía con la rebelión que suscita la desconfianza, con la rebelión desde abajo». Tyler anotó eso en el margen del sermón. Y después, cuando empezó a cerrar el libro, posó los ojos en un renglón que Bonhoeffer había escrito a sus padres: «Ahora han empezado los sombríos días de otoño y debemos intentar hallar luz dentro de nosotros».

Por encima de él, Tyler oyó el principio del preludio del órgano; se puso la sotana, abrochándosela por delante, y subió la escalera. Cuando cruzó la puerta lateral para entrar en el presbiterio, le pareció que el preludio sonaba demasiado alto y, sin alzar la vista, notó que la iglesia estaba llena. Ocupó el «trono» y esperó, con la mirada baja, pero sin cerrar los ojos. «Debemos intentar hallar luz dentro de nosotros». Imaginó la luz que Katherine desprendía después de su conversación de la noche anterior y cómo, en ese sentido, le había recordado a Lauren. Movió las piernas y le parecieron llenas de cemento. Que la gente reunida ese día en la iglesia le hubiera hecho acusaciones estúpidas a sus espaldas, mientras su hija era presa de la tristeza, y su asistenta de sus propios pecados, le parecía despreciable.

El preludio del órgano terminó.

Tyler se levantó y subió al púlpito. Desde que él predicaba allí, la iglesia jamás había estado tan llena. Había gente sentada hombro con hombro en todos los bancos, incluida la tercera fila. Vio a Susan Bradford al fondo, muy bien peinada y con una expresión comedidamente satisfecha de ligera sorpresa. Su madre estaba sentada no muy lejos de ella, pálida, erguida. Atisbó la silueta de Mary Ingersoll, junto a su joven marido. Por un momento, los imaginó a todos vestidos con ropajes coloniales, reunidos allí para asistir a un ahorcamiento público. Miró el sermón, las palabras de Isaías. Volvió a alzar la vista. Ellos esperaron. Se alejó del púlpito y se dirigió al centro del presbiterio. Quería decirles: «¿Por qué habéis venido hoy a la casa del Señor?». Pero no fue capaz de articular palabra.

Regresó al púlpito. Estaba enfadado, pero la rabia no parecía hallarse dentro de él,

sino más bien alrededor de él. Dentro de él no había nada. Ninguna luz. Nada. Alzó un brazo, lo bajó. Los rostros que lo observaban le parecieron extrañamente desconocidos, aunque entre ellos estuviera su madre, con tanta tensión en la cara que se vio obligado a apartar la vista. Regresó al centro del presbiterio. Oyó que la iglesia se quedaba en silencio. Miró la alfombra, se volvió y contempló la sencilla cruz de madera colgada de la pared. Miró otra vez a su parroquia. Rhonda Skillings tenía la boca entreabierta.

Omnipotencia infantil. Tyler tragó saliva. Estaban esperando. Regresó al púlpito. Lo único que tenía que hacer era leer los versículos de Isaías, leer una oración, leer algo de lo que había escrito. «Yo amo, Señor, el templo donde vives». Pero no podía hablar. Pensó en Katherine: «¿Por qué nos sigue la luna?». Omnipotencia infantil. Puso un brazo sobre el púlpito para apoyarse. Oh, señor Freud, todos somos bebés cabezones, y, extrañamente, le vino a la mente la imagen de Jruschov, con la cara colorada, alzando el puño. Tenía pensado alzar el puño ante esa gente, pero ni tan siquiera podía hablar. «Encerrado estoy, y no puedo salir».

En el silencio de la iglesia, llegó. La minúscula barraca del fracaso que había acechado en el horizonte avanzó hacia él con silenciosa certeza. Tyler se inclinó hacia delante. Bajó las comisuras de la boca, como si el corazón se le hubiera contraído. Dijo en voz baja:

–Oh, lo siento. No puedo seguir haciendo esto.

Oyó un grito sofocado en un banco del fondo, después otro, y otro más. Bertha Babcock se llevó una mano al cuello y gritó: «No». Por encima de él, en la logia del coro, se oyó un sollozo ahogado. Tyler se dirigió al centro del presbiterio. Alargó apenas las manos, como para suplicarles, pero lo que vio en las caras de los parroquianos fue miedo. No parecían enfadados… Jane Watson, Fred Chase, Rhonda… No, parecían niños que se habían excedido con una broma pesada y tenían miedo. Tyler no quería que nadie tuviera miedo.

Una lágrima le llenó el ojo derecho. La notó crecer, resbalarle por la cara. Le rodaron por las mejillas lágrimas procedentes de ambos ojos, mientras seguía allí, inmóvil. Lloró y lloró, y los hombros le temblaron ligeramente. No se tapó la cara; no se le pasó por la cabeza hacerlo. Solo notaba el agua que le salpicaba de los ojos, emborronando las caras que lo miraban. De vez en cuando, alargaba las manos como si intentara decir algo.

Y entonces estalló la música del órgano. Doris Austin estaba tocando «Quédate conmigo», y Tyler se dio la vuelta para mirar la logia del coro; después, se volvió otra vez hacia sus feligreses: se habían puesto de pie y algunos cantaban. Y ahí estaba Charlie Austin, andando hacia él por el pasillo. Charlie, mirándolo a los ojos, asintiendo ligeramente con la colorada cabeza, como si dijera «no pasa nada». Charlie cogiéndolo del brazo, ayudándolo a cruzar la puerta del presbiterio, a bajar los escalones.

El desorden del estudio del reverendo sorprendió a Charlie. Los libros del estante estaban torcidos, o apilados unos sobre otros, muchos con papelitos que asomaban de las páginas. Charlie odiaba ver una estantería así. La superficie del escritorio no se veía debido a la cantidad de papeles que había esparcidos por ella. La ventanita daba directamente al suelo nevado; desde allí abajo, no se veía ni tan siquiera un árbol.

Charlie volvió a mirar al reverendo. Pensaba que jamás habría querido presenciar una escena como esa, o que habría apartado la vista por educación. Pero no le parecía que hubiera nada vergonzoso en mirar lo que tenía delante. Tyler lloraba sin freno y

sin hacer apenas ruido. Sus ojos parecían muy azules mientras observaba a Charlie. En su cara se apreciaba una especie de inocente desconcierto, y Charlie siempre recordaría el modo en que las lágrimas le manaban de los ojos, como gotitas de agua límpida, y lo azules que siguió teniéndolos durante todo ese tiempo. Tyler lloraba, pero también sonreía a Charlie. Era una sonrisa extraña, con una especie de franqueza casi infantil que parecía amigable pese al torbellino de acontecimientos. De vez en cuando, Tyler alzaba la mano, como si quisiera decir algo, pero luego volvía a dejarla caer en el regazo.

Charlie se limitó a asentir. Se preguntó qué recordaría Tyler de ese momento. Le apoyó una mano en el hombro, sobre la sotana que aún llevaba puesta.

–Oye –le dijo.

Tyler asintió, sonriendo, con los ojos grandes y azules deshechos en lágrimas.

–Oye –repitió Charlie. Pero, en realidad, no sabía qué decir. Si él se hubiera desnudado en público como acababa de hacer Tyler, querría suicidarse de vergüenza. No quería que Tyler se sintiera así. Dijo–: No debes preocuparte, Tyler.

–¿Por qué? –preguntó el reverendo, con inocencia. Estaba sentado con las manos juntas en el regazo y no hacía ningún intento de enjugarse la cara. Al ver que Charlie no le respondía, continuó–: No sé si puedo seguir siendo reverendo, Charlie. Creo que no estoy bien.

–Estás cansado. No hay que avergonzarse de estar cansado.

–¿No?

–No.

Tyler miró por la ventana con sus ojos azules. Luego, se volvió de nuevo hacia Charlie y dijo:

–Has tenido problemas, ¿verdad, Charlie? Lo has pasado mal.

–Estoy bien. ¿Crees que podrías hacerme el favor de sonarte la nariz?

–Oh, claro.

Por un momento, Charlie temió tener que sacar su pañuelo para ponérselo en la nariz, como si fuera un niño, pero Tyler rebuscó bajo la sotana, sacó un pañuelo y se enjugó la cara.

–Oye –se dirigió a él, con los ojos azules aún brillantes y muy abiertos–, Doris ha tocado mi himno preferido mientras estaba en la iglesia, pasándolo mal. Ha sido adorable, ¿verdad? Ha sido adorable lo que ha hecho.

Charlie asintió.

Llamaron a puerta con brusquedad y Charlie se levantó para abrirla. Era Margaret Caskey.

–Me lo llevo a casa –anunció–. Las niñas están esperando en el coche. No puedo dejar sola a Jeannie mucho tiempo.

–Claro –respondió Charlie, apartándose.

Su madre estaba al volante y las niñas, sentadas detrás. Nadie hablaba. Tyler iba con las manos metidas en los bolsillos del abrigo, derramando aún alguna que otra lágrima, con lo que la vasta superficie azul del cielo parecía temblar, al igual que los árboles desnudos que crecían junto al río, cuyas márgenes estaban heladas y cubiertas de capas de nieve azulada. El débil sol de mediodía proyectaba una luz tenue sobre los campos, y el manto de nieve virgen endurecida irradiaba un suave brillo que se expandía hacia el horizonte, o hacia un granero o el bosque cercano.

Katherine, que antes, en su felicidad, se había imaginado dando volteretas por las laderas de verdes colinas, iba sentada detrás de su abuela, apretando con fuerza la

mano de Jeannie mientras observaba a su padre, cuya cara veía en parte desde el asiento trasero. Nunca nunca había imaginado que un hombre adulto pudiera llorar. Era asombroso, como si de repente un árbol se hubiera puesto a hablar. Notaba pequeñas punzadas de terror que no paraban de pellizcarle las entrañas.

Cuando entraron en casa, su padre se quedó de pie en el salón, sin quitarse el abrigo, con la cabeza inclinada hacia delante, como si el techo fuera demasiado bajo.

–Arriba, niñas. Ahora.

Su abuela chasqueó los dedos y ellas la siguieron, pero cuando Katherine miró a su padre, él le dirigió una extraña sonrisa de aparente sorpresa y ella supo que las cosas iban mal, pero dejó de notar los lúgubres pinchazos en la barriga. Se sentó en la cama al lado de Jeannie y le cantó, en voz baja, una canción tras otra.

Abajo, Tyler permanecía de pie. Miró el sofá y la mecedora, se dio la vuelta y miró dentro del comedor. Miró a su madre cuando ella entró en el salón; se encogió de hombros y le sonrió, pero ella tenía la cara cenicienta y los labios exangües.

–Mamá –dijo Tyler–, siéntate. ¿Estás bien?

Muy despacio, ella se sentó en el borde del sofá y Tyler fue a sentarse a su lado.

–Quítate el abrigo –le dijo su madre casi en un susurro–. Por el amor de Dios.

Tyler se quitó el abrigo sin levantarse.

–Mamá, ¿qué pasa? –le preguntó.

Ella se volvió hacia él. Sus ojos, desnudos y bordeados de rosa, parecían desprovistos de pestañas.

–¿Qué pasa? –repitió ella, de nuevo en un murmullo–. Nunca me había sentido tan humillada. Nunca. En toda mi vida.

Tyler se recostó en el sofá y se miró las puntas de los pies, apoyadas ante él en el suelo; le parecían muy lejanas dentro de los zapatos negros de piel. Los zapatos tenían los bordes mojados. Se había dejado las botas de agua en el estudio de la iglesia.

–Sentirse humilde es bueno –dijo.

–Cállate.

Tyler vio que a su madre le temblaba la mano que tenía en la rodilla.

–Te diré una cosa, Tyler Richard Caskey. Lo que no es bueno es no ver a Susan Bradford nunca más. Y ya puedes despedirte de hacerlo. Se ha llevado tal decepción que casi no podía ni mirarme, y se ha ido derecha al coche.

Tyler imaginó la escena: Susan subiendo al coche, poniendo el intermitente al final del aparcamiento, regresando a Hollywell presa de un profundo desagrado.

–Bien –dijo–. Está bien así.

–Bueno, dime qué piensas hacer. Estás teniendo una crisis nerviosa, Tyler, y es horroroso verte así. No entiendo cómo no has acudido a mí antes, para evitar el espanto de la escena de hoy.

–¿Estoy teniendo yo una crisis nerviosa? –preguntó Tyler.

–Un hombre adulto no se comporta como lo has hecho tú en la iglesia, a menos que esté muy muy mal.

–¿Por qué estás tan enfadada conmigo? –inquirió.

–Tendrás que volver conmigo a Shirley Falls –dijo su madre, cuya voz ya volvía a tener su volumen normal–. Pero te juro, Tyler, que no puedo tener a esa niña en mi casa durante mucho tiempo. Y tú no estarás en condiciones de ocuparte de ella. Tendré que llamar a Belle y ver qué puede hacer.

–¿Qué niña?

–Katherine, naturalmente.

–No volveré contigo a Shirley Falls, mamá. Es mejor que ninguno de los dos esté en

tu casa. De hecho, querría que dejaras a Jeannie aquí.

Su madre se levantó.

–Estás loco –afirmó–. Has perdido por completo la cabeza. Esta es la primera vez desde que murió tu padre que no tengo la menor idea de lo que debo hacer.

Tyler miró alrededor.

–Yo no creo que esté loco.

–Los locos nunca lo creen.

La vieja perra, Minnie, se levantó y se escabulló al rincón más alejado del salón, donde se acurrucó con el hocico apoyado en las patas y los observó con mirada lúgubre.

–Mamá, por Dios. Te comportas como si fuera yo un asesino. –Tyler volvió a mirar alrededor–. A lo mejor lo soy –masculló, pensando en las pastillas que había dejado junto a la cama de Lauren–. A lo mejor lo soy.

–Bueno, ya basta. Vuelve a ponerte el abrigo. Llamaré ahora mismo a Belle y después nos iremos.

Tyler se levantó y fue a sentarse en una de las sillas del comedor. Su madre lo siguió y se quedó observándolo, y él la miró durante mucho tiempo antes de responder. Habló en voz baja:

–No tengo ninguna intención de irme ahora mismo, mamá. Tengo que ocuparme de mi vida y de mis hijas. No quiero que te lleves a Jeannie, y no te lo estoy pidiendo, te lo estoy diciendo.

–No pienso dejar a esa niña aquí contigo.

Tyler asintió despacio.

–Pues lo harás. Aquí no hay necesidad de la sentencia de Salomón de cortarla en dos.

La señora Caskey cogió el bolso y se abotonó el abrigo con gestos furibundos.

–¿Y qué vas a hacer, si se puede saber?

–No lo sé –respondió Tyler–. No tengo la menor idea.

Los teléfonos no sonaron de casa en casa ese día, ni siquiera en los días siguientes. La gente que se sentó a comer ese domingo estuvo callada, salvo para mandar a sus hijos que utilizaran la servilleta o ayudaran a recoger la mesa. Era como si hubiera acontecido una muerte que nadie podía asimilar: una reserva típica de Nueva Inglaterra se apoderó del pueblo, un ambiente de respetuoso silencio, mezclado con una cierta dosis de sentimiento de culpa ante lo que se había presenciado.

El desasosiego se apoderó de muchos y, cuando cayó la noche, varias mujeres ya habían hablado en voz baja con sus maridos y les habían pedido que llamaran a la granja para asegurarse de que Tyler estaba bien. «¿Adónde irá?», les preguntaron a sus esposos. «Dile que no queremos que se vaya». Y cuando Fred Chase, Skogie Gowen y Charlie telefonearon, se sorprendieron de oír que contestaba el propio Tyler. Les contó que estaba a punto de irse a Brockmorton para buscar a un estudiante del seminario que lo sustituyera hasta encontrar una solución definitiva. Pareció sorprendido cuando le dijeron que no querían que se marchara.

En consecuencia, los habitantes de West Annett se prepararon para celebrar el día de Acción de Gracias con escaso entusiasmo. En algunas casas no se pulió la plata como solía hacerse. Se decía que habían vuelto a sorprender a Walter Wilcox durmiendo en la iglesia. La gente esperaba con el corazón apenado y, en el transcurso de la semana siguiente, al encontrarse en el colmado, las mujeres no hablaron de Tyler. Hablaron del escándalo de los concursos de televisión, de que ya nada ni nadie

parecía de fiar. No mencionaron a Connie Hatch, que, según la prensa, seguía en la cárcel del condado hasta que la policía y el procurador del distrito determinaran si era necesario exhumar los cadáveres. El domingo llegó un estudiante del seminario, un hombre con la cara ancha y las cejas oscuras que tartamudeaba. «Q-q-que la m-m-misericordia del Señor sea c-c-con todos n-n-nosotros. –Era un Domingo de Comunión, pero Doris no cantó un solo–. El Señor dijo: "T-t-tomad y bebed t-t-todos de él. Este es el c-c-cáliz de mi sangre"».

Mary Ingersoll se movía por el aula despacio, como si hubiera envejecido diez años. Un sentimiento de vergüenza le impedía hablar con Rhonda o con el señor Waterbury, y ellos tampoco hicieron ningún comentario al respecto. El señor Waterbury se limitó a observar, en tono amable:

–Hay que seguir adelante, Mary. Aún no sabemos si la niña volverá.

Mary quería que le dijera: «Lo hiciste lo mejor que pudiste», pero él no lo hizo, y ella no sabía si se lo merecía. En cuanto había visto llorar a Tyler Caskey había comprendido, sin que se formaran palabras dentro de ella, que sus iracundos pensamientos y suposiciones sobre su carácter no eran, sencillamente, ciertos. Era un hombre abrumado por el dolor, y Mary se avergonzaba del placer que había sentido al denigrarlo ante sus amigas y su marido.

Y luego, el lunes después del día de Acción de Gracias, los teléfonos empezaron de nuevo a sonar.

11

Tyler se había quedado con George Atwood. Después de que su madre se marchara ese día tan extraño, había metido a las niñas en el coche junto con un edredón y una almohada, y ellas durmieron mientras circulaba por la autopista entre vastos campos cubiertos de nieve que relucían en la oscuridad de la noche. Después, los altos árboles de hoja perenne, más oscuros incluso que el cielo, dieron paso a las tortuosas callecitas del pueblo cuando subió por la colina y paró delante de la casa de los Atwood. Les había llamado antes de salir y lo esperaban. Había una luz encendida en el salón. George abrió la puerta casi de inmediato.

–Pasa, Tyler –le invitó–. Pasa.

Hilda Atwood acostó a las niñas dormidas en el piso de arriba y dejó a los hombres solos para que hablaran en el estudio de George. Tyler miró alrededor y recordó las veces que había estado allí sentado cuando era estudiante, pensando qué vida tan estéril debía de llevar el matrimonio. Ahora, el estudio le parecía acogedor y seguro como un cuadro de Norman Rockwell.

–Oh, Dios mío –dijo, y George asintió.

Tyler le explicó lo que había sucedido y nada en la expresión de George mostró la menor sorpresa. De vez en cuando le hacía una pregunta y, cuando Tyler llegó a la parte en la que se había derrumbado delante de sus fieles y Charlie Austin había subido al púlpito para rescatarlo, George volvió a asentir despacio. Tyler se recostó en la silla, agotado.

–Quédate ahí –dijo George–. Voy a preparar un té bien fuerte.

Hilda entró para informarles de que las niñas dormían.

–¡Dios! –exclamó Tyler–, se me ha olvidado decírtelo. A veces, Katherine moja la

cama.

–Sé lavar sábanas –respondió Hilda.

Cuando George regresó con el té, ella volvió a salir del estudio.

–Le he soltado a mi madre que era bueno sentirse humilde –señaló Tyler.

–Lo es, sin duda.

–Bueno, ahora yo solo siento miedo.

–¿De qué?

Tyler dio un sorbo a la taza de té que George le había llevado y volvió a recostarse en la silla.

–Creo que no tengo un centro de gravedad. En el sentido en que, como decía Bonhoeffer, lo tienen los hombres maduros.

George se restregó una ceja blanca despacio, se miró la mano, abrió los dedos sobre la pernera del pantalón y volvió a mirar a Tyler.

–Yo no estoy seguro de tener un centro de gravedad. –No parecía preocupado por ello.

–¿De verdad? –preguntó Tyler–. Pero es necesario.

–¿Por qué? –George se quitó las gafas y las puso bajo la lámpara–. De hecho, podría afirmar que ninguno de nosotros tenemos un centro de gravedad. Que fuerzas antagónicas nos tironean constantemente por todos lados y resistimos lo mejor que podemos. –Se limpió las gafas con un pañuelo–. Podría sostenerlo –añadió, volviendo a meterse el pañuelo en el bolsillo–, si quisiera. –Se puso de nuevo las gafas.

Tyler miró las manos bien proporcionadas del anciano apoyadas en los brazos de madera de la silla. Las uñas estaban limpias y lisas, con un levísimo matiz rosado en las puntas. Tyler podría haberse inclinado hacia delante para cogerle la mano.

–Es un alivio oírtelo decir –reconoció–. ¿Sabes?, a veces Bonhoeffer tiene ese tono. Ese… –Alargó la mano, frustrado–. Ese tono de saberlo todo.

–Sabía muchas cosas –replicó George–. Pero sospecho que, si su centro de gravedad le preocupaba tanto, es porque a veces le parecía bastante inseguro.

–Supongo que es cierto. ¿Pero sabes de qué me di cuenta no hace mucho? Y debo reconocer que me molestó un poco. –Tyler volvió a coger la taza de té–. Decidió amar a una muchacha de diecisiete años porque sabía que lo adoraría. Ella había perdido a su padre y a su hermano en la guerra, así que Bonhoeffer pasó a ser las dos cosas para ella.

–¿Y eso significa que no lo amaba?

–¿Pero a quién amaba? ¿A Bonhoeffer? Casi no lo conocía. En realidad, lo que sentía era amor por su padre y su hermano.

–Tyler –dijo George, estirando las piernas despacio–, ¿estás molesto con él porque era humano? ¿Porque escribió sobre el valor, pero sintió miedo? ¿Qué te habría gustado que hiciera, Tyler? ¿Seguir vivo y afrontar la cárcel de la monotonía doméstica, donde ya nadie lo aclamaría como a un héroe? ¿Vivir lo suficiente para ver cómo la joven de diecisiete años se convertía en una esposa madura, cansada de lavar la ropa y cocinar, que ya no se iluminaba como un árbol de Navidad cada vez que él entraba por la puerta? ¿Preferirías que no lo hubieran sacado desnudo de la celda para ahorcarlo en el bosque, sino que hubiera vivido para afrontar los horrores de la vejez, para ver morir a su esposa, para presenciar cómo sus hijos se iban de casa?

–Dios mío –dijo Tyler. Dejó la taza y se aflojó la corbata–. Bueno, ambos escenarios requieren mucho valor, creo.

George sonrió sin separar los labios, pero sus ojos viejos irradiaron bondad cuando los posó en Tyler.

–Casi todos los escenarios lo requieren.

Tyler cerró los ojos y oyó el silbido del radiador. Suspiró hondo. Por último, volvió a abrirlos y se quedó mirando el zócalo de madera pintado de blanco.

–¿Hay alguna vacante en la biblioteca del seminario, George? Debe de haber algún piso para estudiantes en el que pueda vivir con las niñas durante un tiempo.

–Por teléfono me has dicho que los diáconos y el consejo no quieren que te vayas.

Tyler negó con la cabeza.

–No me imagino subiendo otra vez a ese púlpito.

–Nadie ha dicho nunca que ser reverendo fuera un trabajo fácil.

Tyler lo miró con franqueza.

–Es un trabajo muy difícil, George. Dios sabe que lo es.

Tras las gafas de montura dorada, George lo observó con sus pequeños ojos.

–¿Por qué crees que soy profesor?

Tyler cogió la taza.

–Yo no podría ser profesor.

–Sospecho que sí podrías. –George descruzó las piernas despacio y volvió a cruzarlas en el otro sentido–. Pero yo creo que tú eres reverendo, Tyler. Tienes un trabajo esperándote, imagino, en West Annett. Después de unos años encontrarás otra iglesia y tu vida cambiará, porque así es la vida. Pero ahora mismo…

–¿Tengo que volver?

–Si tu congregación te quiere, creo que debes volver.

–Iba a presentar mi renuncia.

–Eso me has dicho. ¿Es porque te sientes expuesto, porque ahí arriba has perdido tu virilidad?

–Creo que les he demostrado que no estoy a la altura.

–¿Y no deberías dejar que decidieran ellos?

Tyler no respondió. No se había planteado que volver a predicar en West Annett fuera una posibilidad.

–Mandaremos a un estudiante del seminario durante un par de semanas. No hay problema. Y tú puedes quedarte aquí con las niñas todo el tiempo que quieras. Hilda estará encantada de tenerlas en casa. Pero debes hablar con tus feligreses en cuanto te sientas preparado. En mi opinión, sí estás a la altura.

–¿De verdad?

George se encogió de hombros.

–Acabas de plantarle cara a tu madre, Tyler. Creo que ahora podrías comerte el mundo.

Cualquiera que haya sufrido una pérdida sabe que el duelo conlleva un tremendo desgaste del cuerpo, por no hablar del alma. Perder a un ser querido es una agresión; al final, hay que dejar espacio para un cierto agotamiento, tan fuerte como la atracción que ejerce la luna sobre las mareas. Y Tyler, durante los diez días transcurridos en casa de los Atwood, pasó una increíble cantidad de tiempo durmiendo. Se despertaba con la luz del día, pero sentía que el sueño lo envolvía de nuevo, casi de inmediato, y siempre con la fuerza de un anestésico. Cuando al fin salía de la habitación dando tumbos, avergonzado por lo que él pensaba que era pereza, era Hilda Atwood la que le decía, con voz firme:

–Vuelve ahora mismo a la cama, Tyler. Eso es justo lo que necesitas.

Y él volvía a la cama, con el cuerpo tan pesado por el cansancio que le daba la impresión de que atravesaría el colchón con su peso y caería al suelo de madera.

Dormía profundamente y sin soñar, y, cuando volvía a despertarse, al principio no sabía dónde estaba, pero, al oír las voces de las niñas en el piso de abajo, se tranquilizaba y se quedaba inmóvil, como si estuviera en una cama de hospital con fracturas múltiples. Pero no estaba en un hospital, podía mover las extremidades y, mientras se afeitaba en el espejo del baño, daba gracias de corazón.

Todas las tardes atravesaba la calle y rezaba en la iglesia en la que se había ordenado y casado, y donde había asistido al funeral de su esposa. Ahora rezaba en el banco de la primera fila, mientras el sol entraba por la vidriera donde ponía «ADORAD AL SEÑOR EN LA GLORIA DE LA SANTIDAD». Pensó en los traductores que, hacía solo unos años, al preparar la versión revisada de la Biblia, habían cambiado el primer versículo, «En el principio *cuando* Dios creó el cielo y la tierra», y meditó sobre lo bella que era la adición de la palabra «cuando» para reflejar mejor lo que ellos creían que expresaba la palabra hebrea original: Dios existía antes del principio. Qué bello era atisbar la eternidad de Dios, pensó, y decidió que, cuando Katherine fuera mayor, le explicaría esa reflexión.

Entretanto, llevó a las niñas a montar en trineo y, en el patio de los Atwood, las ayudó a construir un muñeco de nieve con ellos.

Katherine, recordando a la señora Meadows, metía con cuidado los rizos rubios de Jeannie bajo el gorro, le acariciaba la cabeza y le decía:

–Eres una niña muy guapa. –Cuando Jeannie perdió una manopla, Katherine corrió tras ella–. No cojas frío, cariño –le gritó.

Hilda Atwood dijo:

–Tienes unas hijas encantadoras, Tyler.

Esa noche, Tyler se aseguró de repetírselo a Katherine:

–La señora Atwood me ha dicho que tengo unas hijas encantadoras.

En el estudio de George, los dos hombres conversaban. Tyler le habló de su visita a Connie en la cárcel del condado. Le confesó a George que no quería volver nunca más, pero que debía hacerlo.

George asintió.

–No es agradable, pero creo que tienes la obligación de ir.

Lo que Tyler no le contó era que ver a Connie en la cárcel le hacía sentir que también era su sitio, dado que había dejado el frasco de pastillas en la mesilla para Lauren. Tyler pensaba mucho en eso cuando estaba despierto en el cuarto de invitados de los Atwood. No podía quitarse de la cabeza la imagen del sufrimiento de Lauren en aquellos últimos días y, cuando pensaba en ello, sentía que, de haber tenido los medios y la posibilidad, quizá le habría clavado una aguja en el brazo para que no tuviera que despertarse y volver a saber, otra vez, que estaba enferma y pronto tendría que abandonar a sus hijitas. Habría puesto fin a la vida de su esposa, de haber tenido valor. Ella lo había tenido. Tyler pensaba en eso a menudo. Incluso le parecía que aquel había sido su último momento de intimidad, haberle dejado el frasco de pastillas en la mesilla.

Estaba mal, pero volvería a hacerlo. Por esa razón, jamás hablaba de ello; había sido su último acto privado. La complejidad de aquello, y de Connie y lo que ella había confesado, parecía más de lo que era capaz de entender, y sospechaba que jamás lo haría y que tendría que aceptarlo.

Pero una noche le dijo a George:

–Lauren no era feliz siendo la esposa de un reverendo.

–Bueno… –respondió George, estirando las piernas–, es peor que ser reverendo.

–No, hablo en serio.

–Oh, yo también.

George alzó la vista para mirarlo y enarcó las blancas cejas.

–Creo que dejó de ser feliz conmigo.

George respiró hondo y, durante un rato, ninguno de los dos habló. Por fin, George afirmó:

–Nadie, que yo sepa, ha descifrado el secreto del amor. Amamos de forma imperfecta, Tyler. Todos nosotros. Incluso Jesús batalló con eso. Pero yo creo…, creo que la capacidad de recibir amor es tan importante como la de darlo. En realidad, es lo mismo. Piensa, por ejemplo, en el acto de amor físico entre un hombre y su esposa. Si uno de los dos se contiene, reprime su capacidad de recibir ese placer, ¿no es esa una forma de no dar amor?

Tyler, profundamente abochornado, notó que se ruborizaba.

– Es solo un ejemplo, Tyler.

–Sí.

–Sospecho que lo máximo que podemos esperar, y no es poco, es no rendirnos nunca, no dejar nunca de darnos permiso para intentar amar y recibir amor.

Tyler asintió, con los ojos clavados en la alfombra.

–Tu congregación, me parece a mí, te ha dado amor. Y es tu deber recibirlo. Quizá, hasta ahora, lo que sentían era un amor infantil, lleno de admiración; pero lo que te pasó ese domingo, y su reacción… Eso es un amor maduro y compasivo.

–Sí –dijo Tyler–. Sin duda.

Por la mañana llamó a Charlie Austin y organizó una reunión con los diáconos y el consejo al día siguiente por la tarde. Llamó a su madre, como hacía todos los días, para saber cómo estaba.

–¿Cómo crees que estoy? –respondió ella. Tyler se preguntó si su madre carecía de la capacidad para recibir amor. Después, llamó a Belle.

–Se le pasará –le dijo su hermana–. No va a borrarte de su vida. Hasta entonces, bienvenido al mundo de los adultos.

Tyler dio un largo paseo por los jardines del seminario. «El mundo de los adultos». Pensó en la convicción de Bonhoeffer de que la humanidad se hallaba a las puertas de la edad adulta. El mundo estaba alcanzando la mayoría de edad y necesitaba una nueva concepción de Dios: no un Dios dedicado a resolver problemas ni tampoco un Dios con el que solo se contara para hacer lo que el hombre ya sabía hacer. Tyler se detuvo bajo un enorme olmo y miró el río que corría por el valle, al pie la colina. Si la relación del mundo con Dios estaba cambiando, bueno, también lo estaba haciendo su relación personal con Él. Recordó las palabras del himno que siempre le había gustado tanto: «No hay amparo; gran maldad se ve. En las tinieblas quédate conmigo». Sabía que podría decirse (y quizá Rhonda Skillings lo hiciera) que solo se trataba de la súplica de un niño asustado que alargaba la mano en la oscuridad para coger la de Dios Padre.

Pero Tyler, tarareando la melodía para sus adentros mientras estaba bajo el olmo –«la noche viene ya…; En las tinieblas quédate conmigo»–, sintió que Dios existía en el himno mismo, en el anhelante y pesaroso reconocimiento de la soledad y los miedos que llegaban en la vida. Su expresividad, su veracidad eran lo bello. Pensó que William James había escrito que un estado mental solemne nunca es puro ni simple, sino que parece contener, en cierta medida, su contrario. Y para Tyler, era esa misteriosa combinación de esperanza y pesar lo que constituía, en sí misma, un regalo de Dios. Aun así, le costaba comprender lo que sentía. Era como si, en sus largas noches de sueño profundo, muchas de las ideas que había tenido estuvieran

cambiando poco a poco y quedando sepultadas bajo otras nuevas, aún sin forma.

–Se me ocurren tantos pensamientos… –le confesó Tyler a George esa noche, mientras estaban sentados conversando en el estudio–. Y no logro expresarlos, ni tampoco juntarlos.

–Bien –respondió George–. La confusión te impedirá ser dogmático. Un reverendo dogmático no sirve para nada.

Poco después, Tyler añadió:

–Bonhoeffer pensaba que el mundo se estaba haciendo adulto. Pero me pregunto qué pensaría del mundo actual, tan adulto con sus armas nucleares.

George enarcó una ceja. Después habló en un murmullo:

–Probablemente diría que le toca al hombre, no a Dios, resolver este embrollo. –El anciano se recostó en la silla y suspiró hondo–. Vuelve al púlpito, Tyler, porque ese es tu sitio. Y Tyler, dejando a un lado las armas nucleares por el momento, un día de estos vas a tener que llamar a los Slatin. Son los abuelos de tus hijas, por mucho que te cueste soportarlos.

–Sí –asintió Tyler, dándose unos golpecitos en los labios con los dedos–. Tengo mucho que hacer.

A la tarde siguiente, en el salón de la casa de los Dean, donde había cenado hacía años con Lauren, Tyler se reunió con los diáconos y miembros del consejo y los escuchó mientras le decían que querían que regresara.

–¿Qué es lo que necesitas, Tyler? –le preguntó Fred Chase–. Dinos qué necesitas.

Tyler tenía el corazón acelerado.

–Bueno, para seros sincero –respondió–, necesito salir de esa granja. De esas paredes rosas.

–Ya lo habíamos pensado –reconoció Fred Chase, al tiempo que le hacía un gesto con la cabeza a Skogie.

Skogie se aclaró la garganta.

–Nos vamos al sur durante el invierno, ¿sabes, Tyler? Y nos gustaría que aceptaras nuestra casa. Es grande y cálida, y está más cerca del pueblo. Y hemos pensado que, cuando volvamos, podríamos pasar el verano en uno de los chalés nuevos que están construyendo en la orilla de China Lake. La verdad es que esa casa es demasiado grande para nosotros.

–Hay dinero –intervino Chris Congdon–. Encontraremos la manera. No tendrás que quedarte en esa granja.

–Necesitaré ayuda con las niñas –comentó Tyler.

También habían pensado en eso. Carol Meadows y Marilyn Dunlop ya habían hablado de establecer turnos para ocuparse de las niñas.

–Y… tengo deudas. –Tyler sonrió al decirlo, porque no esperaba más de lo que ya le habían ofrecido, pero, cuando ellos asintieron y le respondieron que le aumentarían el sueldo «como ya deberían haber hecho hacía tiempo», se quedó tan atónito que estuvo a punto de decir: «No, no, no hace falta». Pero entonces recordó que George le había hablado de que la capacidad de recibir era tan importante como la capacidad de dar, de manera que se limitó a darles las gracias.

Esa noche, Charlie Austin observó a Doris mientras se preparaba para meterse en la cama. Ella se colocó de espaldas a él antes de ponerse el camisón de franela por la cabeza; llevaba años sin mostrarse desnuda ante él, libremente, y quizá ya no volviera a hacerlo. Charlie comprendió en ese momento que no se trataba tanto de inhibición sexual, dado que él sentía la misma timidez, como de un cúmulo de vergüenza que se

había interpuesto entre ellos con el paso de los años, no solo por sus discusiones verbales, sino también por el secreto de sus desilusiones y resentimientos más íntimos. Un velo de falsedad pendía entre ellos, y a Charlie le dolía profundamente saber que la culpa –o eso le parecía esa noche– era casi toda suya. Sentía que se había ensuciado y que, por tanto, también había ensuciado a su familia, y que por ello tendrían que arrastrar siempre un pañal sucio tras de sí hasta la vejez.

–Tyler parecía descansado –dijo Charlie–. Listo para volver.

–Me alegro –se limitó a observar Doris. Se metió en la cama a su lado, extendiéndose crema en las manos.

–Fue un bonito detalle que tocaras ese himno para él –añadió Charlie–. Lo agradeció mucho, Doris. Me lo comentó después, en su estudio. No se le escapó el gesto.

–Me alegro –repitió Doris–. Se me ocurrió así sin más.

Había una bondad innata en ella, pensó él. Una bondad que había quedado oculta bajo el polvo de las preocupaciones domésticas. Doris apagó la lamparita de noche y él, con gesto cauto, le buscó la mano. Ella dejó que se la cogiera, untada de crema, ambos echados boca arriba en la oscuridad. Charlie recordó que hacía años Caskey había dicho en un sermón que la expresión hebrea para referirse a Satanás era «el Acusador», y se sintió como Satanás echado junto a su esposa. La había acusado de muchas cosas a lo largo de los años: de gastar demasiado dinero, de estar nerviosa con tanta frecuencia que la felicidad parecía imposible, e incluso de servirle la comida demasiado fría. No veía forma de redimirse de las calumnias que había introducido en su hogar: Satanás se acusaba ahora a sí mismo. Aún pensaba todos los días en la mujer de Boston, todavía la añoraba con un deseo que le daba náuseas, aunque había momentos en los que su recuerdo, de repente, lo repugnaba por un instante. El recuerdo de sí mismo lo repugnaba.

–Ya no me importa tener un órgano nuevo –afirmó Doris, con calma.

–¿Estás segura? –Charlie volvió la cara hacia ella en la oscuridad–. Aún hay dinero, incluso con los gastos de Caskey.

–Sí –respondió Doris–. Espero que nadie saque siquiera el tema. Se me han quitado las ganas… Eso es todo.

Charlie no sabía qué decir.

–No te apenes –añadió Doris–. Quizá más adelante. Pero ahora mismo me da igual.

–De acuerdo.

–¿Charlie? –Doris hablaba mirando al techo–. A lo mejor algún día podrías contarme lo que viste en la guerra. Cómo es que sobreviviste.

–Sobreviví porque los japoneses me ordenaron que condujera un *jeep*. Ellos no tenían ni idea de cómo hacerlo. –Le sorprendió darse cuenta de que nunca se lo había contado.

–Pues gracias a Dios –contestó Doris, sin dejar de mirar al techo, apretándole la mano, solo un poco–. Pero si un día, solo un día, pudieras contarme lo que viste…, después ya no volveríamos a mencionarlo nunca más.

Ya se lo había pedido otras veces, y él siempre le había respondido con aspereza que no se lo pidiera más.

–No se lo contaré a nadie –añadió Doris, volviendo la cara hacia él.

Charlie permaneció callado y, un momento después, ella le apretó la mano y se apartó.

–A lo mejor lo intento –dijo Charlie por fin, con voz ronca–. Algún día, quizá. –Al cabo de un buen rato, la oyó respirar más despacio, mientras se quedaba dormida.

Y así fue como, entre Acción de Gracias y Navidad, el reverendo Caskey fue a ver a todos los miembros de su congregación, casa por casa, de manera muy parecida a como había hecho a su llegada al pueblo. Se presentaba por la tarde y hablaba en voz baja, y los habitantes de West Annett no podían evitar acordarse de cuando les había hecho esas visitas hacía años, cuando era un hombre más joven, ancho de espaldas y sociable, cuya bonita esposa de aire distraído no era como ellos se esperaban. Ahora se sentaba inclinado hacia delante, con los codos apoyados en las rodillas, atento aún a lo que le decían, pero su rostro revelaba el cansancio de los años. Todavía se reía, y los ojos azules se le iluminaban; aún ladeaba la cabeza mientras miraba a su interlocutor, pero tenía más años y, cuando se levantaba para marcharse, su paso ya no tenía el alegre brío de antes.

Hizo una visita a Mary Ingersoll y a su marido, y les preguntó por la familia y sus años de universidad. Parecía muy distinto al hombre con el que Mary se había tropezado en la escuela, y se sintió intimidada de un modo diferente. Pero el reverendo había tenido la actitud justa, convinieron después ella y su marido; no había estado ni demasiado deferente ni demasiado deseoso de agradar, solo educado, cansado e interesado, según parecía, en sus necesidades.

–A lo mejor podríamos correr la hora del servicio de las diez a las once, para que los que trabajáis mucho entre semana podáis dormir un poco más. Pero podéis venir siempre que queráis: para eso está la iglesia, para atenderos siempre que lo necesitéis.

Y de ese modo, tanto el pueblo como Tyler decidieron que se quedaría, al menos de momento. (La mujer de la farmacia ya no volvió a presentarse en la iglesia, y aún había quienes se preguntaban dónde encontraría Tyler otra esposa). Él también se lo preguntaba, pero, más que nada, se sentía enormemente aliviado de tener juntas a las niñas, y desconcertado de que su parroquia lo quisiera tanto.

Todas las semanas iba a visitar a Connie. Le llevó libros, un jersey y unos cuantos pares de calcetines, con el permiso del *sheriff*. A veces, Adrian lo acompañaba, pero otras iba solo. En una ocasión, Connie le susurró, aunque estaban solos en la sala de visitas, que había pensado en «acabar con todo». Él le cogió las manos y le suplicó que no lo hiciera.

–Si tú sigues viniendo a verme –dijo ella–, puedo aguantar. Y también Adrian. Si él también sigue viniendo. Pero el viaje será más largo cuando me trasladen a Skowhegan.

–¿Ha comentado Adrian que va a dejar de venir?

–No.

–Bien pues. Y yo tampoco.

En la siguiente visita, Connie le explicó a Tyler que había hecho amistad con la guardia contratada para vigilarla, y, por primera vez, sus ojos se parecieron más a los de antes.

–¿Lo ves? –le dijo Tyler–. Donde hay un ser humano, existe siempre la esperanza del amor.

Connie se recostó en la silla.

–¿Crees que es lesbiana? –preguntó.

–Dios mío, no. Me refería al amor que se siente por los amigos, Connie.

–¿Como nosotros?

–Como nosotros.

Pero cada vez que se marchaba, Tyler tenía la sensación de que se alejaba de la muerte. Codiciaba cada rayo de sol que se reflejaba en el salpicadero; cada rama de árbol le parecía tan dulce que se imaginaba pasando las manos por la áspera corteza,

como si fuera la carne de una mujer amada. Detestaba con toda su alma el trayecto cuesta arriba hasta la cárcel del condado y el hogar de ancianos; lo desconcertaba pensar en el dolor encerrado tras esas paredes y se sentía culpable de saberse libre: cada visita le recordaba el frasco de pastillas que había dejado en la mesilla de Lauren. Pero no podía frenar la enorme sensación de alivio que lo invadía cuando descendía al mundo cotidiano, y, cuando se incorporaba a la carretera principal, solía detenerse a hacer algún recado solo para tropezarse con gente. Doris Austin estaba a veces en el colmado y Tyler se apresuraba a alcanzarla, porque su presencia habitual le parecía espléndida, un regalo.

–Doris –decía–, ¿qué tal estás? Me alegro muchísimo de verte.

–Hola, Tyler.

Ahora estaba más tímida. Cuando había ido a verlos a su casa para darles las gracias por su ayuda en aquel día de angustia, se había inclinado de golpe y había abrazado tanto a Doris como a Charlie antes de marcharse. No estaba seguro de haber abrazado nunca a un hombre hasta entonces: cuando se marchó a la Marina, su padre y él se habían estrechado la mano. Al apretarle el hombro a Charlie, había notado una delgadez sorprendente y una súbita rigidez, como si el gesto lo hubiera horrorizado por alguna razón. Pero ellos se habían quedado juntos en la puerta de casa, en el frío aire de la noche, cuando Tyler se dirigió al coche y, después, les dijo adiós con la mano al salir marcha atrás del camino particular, mientras la trenza de Doris brillaba bajo la luz de la entrada y a Charlie le centelleaba la manga de la camisa blanca al alzar el brazo y dejarlo levantado.

Tyler ya no trabajaba en el estudio de la granja, dado que pronto se mudaría a la casa de los Gowen, pero había retomado la costumbre de ir a la iglesia todas las mañanas, después de que la señora Carlson pasara a recoger a Katherine y después de dejar a Jeannie con los Meadows. A veces rezaba en un banco y otras veces no rezaba; solo se quedaba ahí sentado durante mucho rato, pensando en Lauren, en sus hijas y en Connie. Recordó que Kierkegaard había escrito que «ningún hombre nace falto de espíritu, y si lo pierde, no es culpa de la vida, sino del hombre mismo».

Una mañana se dio cuenta de que lo que había sentido el día que había llorado ante su congregación y había visto a Charlie Austin acudir en su ayuda, así como había oído las notas del himno elevarse del viejo órgano, era el Sentimiento. Eso lo sorprendió: era muy distinto de las otras veces, pero, sin duda, había sido eso, el Sentimiento. «Oh Señor, ciertamente yo soy tu siervo… e hijo de tu sierva. Tú has soltado mis ligaduras». Miró por la alta ventana. El cielo tenía un dulce color azul claro, como la manta de un bebé. Una vez más, comprendió que su relación con Dios estaba cambiando, como debía ser. «Te ofreceré un sacrificio de gratitud…».

Un nevoso día de diciembre, llegó un camión para transportar los bienes del reverendo de la granja a la casa de los Gowen. Tyler había dado permiso a Katherine para no ir a la escuela, porque no quería que saliera de una casa y regresara a otra. Pensaba que lo mejor para ella sería ver cómo tenía lugar el cambio, pero Jeannie se quedó con Carol Meadows. Después de que los hombres se marcharan con el camión, Tyler dio otra vuelta más por la casa. Luego, cogió a su hija de la mano y giró el chirriante picaporte de la puerta tras ellos; juntos, bajaron los escalones ladeados del porche.

Carámbanos tan grandes como el brazo de un hombre pendían del borde del tejado del porche. La ligera nevada que había empezado al alba ya estaba volviendo el mundo más blanco, renovando la superficie de las cosas de tal modo que los

carámbanos y la nieve habían adquirido un ligero matiz azulado.

–Tesoro –dijo el reverendo, y cogió a su hija en brazos. Ella se le abrazó al cuello, pero se volvió con él para mirar la casa.

–No queda nada –afirmó ella.

Tyler la besó en la mejilla y ella le apoyó la cabeza en el cuello. Y todo le pareció extraordinario: el familiar olor de su hija, su enredo de pelo en la nuca, la casa en silencio, los troncos de los abedules sin hojas, la nieve que le caía en la cara. Extraordinario.

Notas

* Fenómeno popular entre la población negra del sur de los Estados Unidos que consiste en explosiones periódicas de fervor religioso y largas ceremonias caracterizadas por gran número de conversiones y bautismos. *(N. de la T.)*.

** «I Wandered Lonely as a Cloud». El texto original dice: «I wandered lonely as a cloud / That floats on high o'er vales and hills, / When all at once I saw a crowd, / A host, of golden daffodils […]». La parodia que encuentra Tyler para el último verso reza así: «A host, of unpaid household bills». *(N. de la T.)*.

Título original: *Abide wit Me*

© 2006, Elizabeth Strout
Esta traducción se ha publicado gracias al acuerdo con Random House, una división de Penguin Random House LLC.
© 2022, de la traducción: Rosa Pérez Pérez
© de esta edición, 2022 por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición en formato digital: octubre de 2022

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Av. Riera de Cassoles, 20, 3º B, Barcelona 08012 (España)
wwww.duomoediciones.com
Gruppo Editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 978-84-19521-34-7
DL B 18.668-2022
Código IBIC: FA

Composición: David Pablo

Imagen de la cubierta: *Indian Summer*, © Susan Abbott
Diseño de la cubierta: Elsa Suárez Girard

Conversión a formato digital: David Pablo

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos